

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL

**TRABAJO DE TESIS REALIZADO COMO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE
DOCTOR EN COMUNICACIÓN**

**RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA
EL CASO RECIENTE DE LA CIUDAD DE MEDELLÍN**

AUTORA: NIETO NIETO, GLORIA PATRICIA

DIRECTORA: NIETO LÓPEZ, JUDITH

MEDELLÍN, 2013

TABLA DE CONTENIDO

Resumen y palabras clave [v]

Presentación [vii]

Capítulo 1. Donde Dios espera [1]

 Referencias bibliográficas [15]

Capítulo 2. Colombia: guerras y relatos [16]

 1815. El asedio de Cartagena [39]

 1817. Fusilamiento de Policarpa Salavarrieta [40]

 1819. Fusilamiento de los prisioneros de la batalla de Boyacá [41]

 1828. La noche septembrina [44]

 1841. Las batallas de María Martínez [45]

 1861. Batalla de Campo Amalia [46]

 1863. Expulsión de las Carmelitas [48]

 1877. Matanza en Mogotes [49]

 1885. Recuerdos de un general [51]

 1900. Hospital de sangre [54]

 1928. El sufrimiento y la muerte de José Fontalvo [57]

 1948. Sombra enemiga [59]

 1964. Muerte de Sangrenegra [64]

 1973. La Operación Anorí [65]

 1979. Ballena Azul [66]

 1985. Asalto al Palacio de Justicia [67]

 1989. Asesinato de Luis Carlos Galán [69]

1990. Muerte en Pueblo Bello [70]

1997. Masacre de El Aro [73]

2002. Antún Ramos salva a su pueblo [75]

2002. En busca de El Diablo [76]

2002-2003. La escuela de Martín Llanos [77]

Referencias bibliográficas [79]

Capítulo 3. Narrativa, memoria, conocimiento e identidad [83]

Narrar en medio de la guerra [84]

Contar el horror [88]

Voces de urgencia [98]

Historias de barbarie y dignidad [103]

En primera persona [107]

Referencias bibliográficas [114]

Capítulo 4. La reinención de una escritura [142]

En el lugar de los hechos [146]

A fuego lento [150]

Escuchar a los sufrientes [161]

Referencias bibliográficas [163]

Capítulo 5. Los escogidos: Acertijos de un cronista [166]

Referencias bibliográficas [184]

Capítulo 6. Relatos de una cierta mirada [187]

Pavarandó, septiembre de 1997 [190]

Río Verde, 12 de octubre de 1998 [192]

Machuca, 18 de octubre de 1998	[193]
Nariño, 30 de julio de 1999 - 1	[195]
Nariño, 30 de julio de 1999 - 2	[197]
Pueblorrico, 15 de agosto de 2000	[199]
Granada, 3 de noviembre de 2000	[201]
Medellín, 17 de mayo de 2001	[203]
Peque, 4 de julio de 2001	[206]
Bojayá, 10 de mayo de 2002	[208]
San Francisco, junio de 2002	[209]
Medellín, 16 al 21 de octubre de 2002	[210]
San Carlos, 18 de enero de 2003	[212]
Urrao, 5 de mayo de 2003	[213]
San Roque, mayo de 2003	[216]
Alto Andágueda, junio de 2004	[217]
San Francisco, 13 de noviembre de 2005	[219]
Medellín, 21 de mayo de 2010	[221]
La Granja, julio de 2010	[223]
Bellavista, 15 de agosto de 2010	[225]
Medellín, 30 de septiembre de 2010	[227]
Referencias bibliográficas	[229]
Capítulo 7. De su puño y letra	[232]
El lugar de las palabras	[236]
Nuevas voces	[256]

La cita con la palabra [263]

Viajar al interior para tejer el afuera [268]

Diez pasos para llegar a una historia [275]

Referencias bibliográficas [279]

Capítulo 8. Jamás olvidaré tu nombre [283]

Tres sucesos amargos. Por Amanda Uribe [283]

Navidad y terror. Por Dioscelina Pérez [293]

Un papá fusilado. Por Mariela Ocampo [298]

Mataron a mis hijitos. Por María Edilma Flórez [303]

Capítulo 9. El cielo no me abandona [312]

Hay un ángel. Por Carmen Nelly Orozco [312]

Sin respuestas. Por María Theresa Giraldo [325]

Perdí el miedo. Por Jaime Avelino Bravo [340]

Carta a mis nietos. Por María Helena Cadavid [347]

Capítulo 10. Donde pisé aún crece la hierba [355]

Bitácora de un andariego. Por Eugenio Serna [355]

Con los ojos del alma. Por Diomedes Osorio [369]

La esperanza de los hermanitos Úsuga. Por Cristian C., John E. y Octavio Úsuga [384]

Nunca hubo otro día así. Por Elvia Posada [392]

Conclusiones [401]

Bibliografía [409]

RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

EL CASO RECIENTE DE LA CIUDAD DE MEDELLÍN

Resumen

Los relatos autobiográficos, construidos en un escenario fronterizo de las ciencias sociales donde el periodismo actúa como eje articulador de metodologías, constituyen procedimientos y géneros literarios apropiados para relatar las experiencias de las víctimas de conflictos violentos, largos y permanentes como el colombiano. A esta constatación se llega después de un trabajo de reflexión sobre cómo narrar la guerra desde una perspectiva diferente a la del periodismo de titulares; y después de aplicar un modelo metodológico en talleres de escritura dirigidos por periodistas con el propósito de encontrar caminos para contar la guerra desde adentro. El resultado de esos talleres, publicados en los libros *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona*, y *Donde pisé aún crece la hierba*, son la evidencia de un hallazgo propio de esta tesis. Además, son piezas literarias poseedoras de una verdad subjetiva imprescindible para construir la memoria política de un país. Una vez leídos, y vistos en perspectiva histórica, estos relatos en primera persona, sumados a los cientos conservados en archivos, ofrecen claves para comprender la profunda herida de la sociedad colombiana y, tal vez conociéndola, sea posible idear caminos para enmendar las fracturas de nuestro sistema democrático.

Palabras clave

Narrativas, escritura autobiográfica, periodismo, violencia, conflicto armado, víctimas, memoria.

Publicaciones parciales de esta tesis

Nieto, Patricia; Franco, Natalia; Rincón, Omar (eds.). (2010). *Tácticas y estrategia para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Nieto, Patricia (ed.). (2006). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Nieto, Patricia (ed.). (2007). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Nieto, Patricia (ed.). (2010). *Allí donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Nieto, Patricia. (2011). *Relatos de una cierta mirada*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Nieto, Patricia. (2012). “Crónicas a fuego lento en la nueva narrativa periodística colombiana. El pasado se hace presente y la memoria se sobrepone a la verdad”. En: Jorge Miguel Rodríguez (coord.). *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.

PRESENTACIÓN

El que comienza es el relato de una travesía que empezó hace siete años, cuando la ciudad donde he sido periodista durante 22 años se aprestaba a recibir a 2.033 combatientes de los grupos armados ilegales de derecha conocidos como paramilitares. El proyecto, impulsado por el gobierno nacional de Colombia, denominado Desmovilización, Desarme y Reinserción de los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada en la ciudad de Medellín, completaba en el año 2005 su segunda y última fase.

En medio de la expectativa por el retorno de quienes habían sido protagonistas, en tanto victimarios, de una de las etapas más crueles del conflicto, una gran parte de la población civil se preguntaba qué hacer con los dolores que ellos les habían infringido, cómo mirarlos a la cara cuando comenzaran a desempeñar oficios comunes como conducir un taxi o vender pan, por qué aceptar que los verdugos recibieran beneficios del Estado de los que estaban excluidas las víctimas, quiénes escucharían los relatos de las víctimas del mismo modo como en esa época se escuchaban las versiones escalofriantes de los victimarios.

Estas inquietudes manifestadas en voz baja por los ciudadanos coincidían en el tiempo y en el espacio con las preguntas que me hacía por esa época, cuando empezaba mis cursos de formación doctoral en la Universidad Nacional de La Plata. Esos interrogantes podrían sintetizarse en cómo narrar la guerra colombiana desde el periodismo de manera que ese tema, presente en más de doscientos años de historia, interese a cada lector, lo convoque como ciudadano con capacidad de reflexión y de acción, y le dé elementos para tomar decisiones sobre el futuro de la nación.

Con esa pregunta comencé mi trasegar por atajos, callejones y pasadizos estrechos de los que apenas emerjo con el presente trabajo, que tal vez ofrezca una ventana a quienes hoy, cuando el

país se enfrenta a una nueva espiral de violencia, se plantean preguntas similares desde diferentes disciplinas.

En primer lugar, es posible declarar que este trabajo partió de una reacción de inconformidad frente al periodismo que acompaña la guerra y es muy limitado para conocerla e interpretarla, del que hice parte como reportera durante casi una década. Al comenzar mis búsquedas descubrí una corriente de cronistas que ha propuesto una manera renovada de relatar la barbarie y la dignidad que son las huellas de las guerras colombianas. De esas metodologías —reinventadas— y de las obras resultantes de su aplicación, se deriva una inflexión en la teoría periodística clásica expresada en esta tesis con una máxima: en el periodismo narrativo del conflicto armado colombiano, la memoria se sobrepone a la verdad.

Después del análisis de las obras de varios colegas y de realizar ejercicios de investigación periodística por fuera de la rutina de las salas de redacción, confirmé que si bien las obras del periodismo narrativo son imprescindibles para comprender la realidad colombiana, su alcance es limitado, porque las crónicas, los relatos de viaje, los perfiles, las entrevistas en profundidad y hasta los reportajes-ensayo son acercamientos desde el afuera de los acontecimientos con la intención de conocerlos para relatarlos a un público lejano a los escenarios de la guerra.

La constatación anterior permitió la elaboración de una nueva serie de preguntas que también incorporé como eje de esta tesis: ¿Cómo concebir narrativas desde “el adentro” de la guerra que privilegien a los sujetos que la han padecido por encima de las acciones bélicas? ¿Cuál es el territorio espacial y temporal para que dichas narrativas sean posibles? ¿Quiénes pueden ser los narradores que den cuenta de esa cara oculta del conflicto colombiano? ¿Cuál es la pertinencia social y política de una propuesta en este sentido? ¿Cuáles son las metodologías más apropiadas

para lograr que dichos narradores puedan convertir las anécdotas del dolor y del sufrimiento en escritura?

El centro del problema del que me ocupé a partir de entonces fue cómo narrar la guerra desde el adentro sin perder la perspectiva de la naturaleza multiforme del conflicto colombiano. Esto me llevó a considerar que la nueva fase de la investigación debía girar en torno al objeto mismo y, un poco menos, en torno a un método predeterminado por una disciplina específica. En este caso, pude constatar que el objeto de observación (las narrativas), que era a la vez objetivo (narrar), al convertirse en una obra por construir, se ubicaba en esa generosa intersección donde diversas disciplinas se rozan, se cruzan y se fertilizan: la producción cultural.

En ese ámbito fue posible proponer un método para narrar la guerra a partir del mestizaje entre las técnicas del periodismo narrativo, ya conocidas y probadas por mí en diferentes escenarios, y las metodologías que desde las ciencias sociales y las artes me acercaran a responder mi pregunta y las de miles de víctimas que desde diversos sectores de la ciudad se preguntaban si alguien escucharía sus historias para incorporarlas al relato que empezaba a gestarse, al parecer, solo al calor de las voces de los guerreros.

Relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia. El caso reciente de la ciudad de Medellín es el resultado de esa experimentación que le dejó a la ciudad tres libros en los que se relatan los padecimientos y la dignidad de quienes han sufrido los rigores de la guerra de las últimas décadas; al periodismo, un camino hacia posibilidades narrativas insospechadas cuando cede la palabra a los demás, los acompaña en su decir y los convierte en coautores de los relatos; y a mí, la certeza de que el periodismo que se agita en las fronteras móviles de las disciplinas exalta la vida aun en países donde la muerte no descansa.

CAPÍTULO 1.

DONDE DIOS ESPERA

Tapizado de selva y coronado de vapor de agua, el valle del río Atrato es el hogar de miles de seres leñosos, erguidos y frondosos. Cedros, castaños, laureles, caimitos, jobos, caracolíes, palmas y árboles del pan elevan sus troncos hasta romper la bóveda verde, cargarse de luz y convertirse en el motor de la vida de uno de los lugares más ricos y frágiles del planeta. A sus pies, respira Antún Ramos Cuesta, un negro fino de un metro con 87 centímetros de estatura y 90 kilos de peso, quien alza sus brazos para proteger a los negros e indígenas, habitantes ancestrales de un mundo pletórico de oro, uranio, gas, carbón, platino, cobre, petróleo, sulfatos, manganeso, agua, ríos y bosques.

Cuando Antún navega por el Atrato, un río de 750 kilómetros de longitud que desemboca en el Mar Caribe, es como si viajara una buena nueva. Al verlo, los campesinos apostados en los muelles rústicos de sus pueblos de madera, sonríen, levantan la mano y pronuncian su nombre como si fuera una oración. Decir Antún es atraer la serenidad, encender los buenos deseos y revivir la gratitud.

Él es uno de los 119 religiosos que desde la Diócesis de Quibdó, capital de Chocó, uno de los departamentos con mayor población negra de Colombia, ha optado por la defensa de la vida de un pueblo diezmado silenciosamente, y por la protección de los pobres, en una región amenazada desde la Conquista de América. Los curas de allí repiten la frase que el padre Albeiro Parra, líder de la Pastoral Social en la región, pronunció alguna vez al suspender un oficio para atender una tragedia: en el Atrato a Dios le toca esperar. Y allí, donde Dios espera, Antún es el símbolo del sufrimiento, de la resistencia y de la capacidad de volver a sonreír después de padecer el horror.

El 9 de mayo del 2002, Antún remontó el río sin conciencia de los paisajes. Viajó en el fondo de la champa, extraviado en imágenes espantosas. Esa vez sus amigos de los muelles no se extendían en saludos, solo miraban con ojos inundados al sacerdote sobreviviente de la *masacre de Bojayá*, uno de las peores crímenes de guerra de la historia reciente de Colombia.¹ Antún salió de Bellavista, cabecera de Bojayá, para recorrer, en contra de la corriente, 188 kilómetros de agua en busca de seguridad y reposo en Quibdó. En su cuerpo de hombre de 27 años se aprisionaba el sufrimiento contenido de nueve días de pánico que, según relata él mismo, llegaron a ser insoportables:

Cuando vi que no podía más, que ya casi me desmayaba del hambre y del cansancio, porque por la noche pasaban helicópteros disparando, yo me metía debajo de una mesa para protegerme de las balas. Era tan dramática la situación que yo vi a una señora, en medio del pánico por los combates, correr por las calles cubriéndose con un periódico (Ramos, 2011, agosto 23).

La última semana de abril de 2002, dice la Diócesis de Quibdó en su página web, “Comenzaron a llegar a las goteras de los pueblitos de Vigía del Fuerte y Bojayá² unos doscientos hombres en once embarcaciones de alto cilindraje”. Eran paramilitares del bloque Elmer Cárdenas de las Autodefensas Unidas de Colombia, que desde el 20 del mismo mes hostigaban a la guerrilla y a la población civil del Atrato Medio. Arribaron con la consigna de recuperar la zona retomada por el bloque José María Córdoba de las FARC, como lo habían hecho decenas de veces desde 1996, cuando comenzó la guerra por ese cordón selvático que une

¹ El informe del Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación titulado “Bojayá. La guerra sin límites” dice: “La población civil en estado de indefensión, quedó como escudo ante la total indiferencia de los señores de la guerra que atacaban blancos civiles de manera indiscriminada, recurriendo repetidamente al lanzamiento de armas no convencionales, tales como cilindros bomba con metralla, e impidiendo la atención y auxilio médico a las personas heridas. Todas estas circunstancias hacen que lo sucedido en Bojayá pueda ser catalogado como un crimen de guerra” (2010, p. 14).

² La masacre ocurrió en Bellavista, zona urbana del municipio de Bojayá. Sin embargo, el evento del conflicto armado del que se ocupa este apartado se denomina Masacre de Bojayá.

a Colombia con Panamá y con los dos océanos; y que Antún Ramos describe de manera simple y exacta: “Es una zona muy estratégica: meter armas y sacar droga es muy buen negocio y por aquí se está cerca de Panamá; y estando cerca de Panamá se está cerca de medio mundo” (Ramos, 2011, agosto 23).

Ante la inminencia de los combates, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, la Defensoría del Pueblo, la Procuraduría General de la Nación, entre otras instituciones, emitieron siete alertas y solicitaron la intervención del Estado (Sánchez, 2010, p. 13). Estas instituciones respondieron al angustioso llamado de la Diócesis de Quibdó que escuchó las palabras mencionadas entonces por Antún, quien resume ahora: “Dos días antes de la masacre yo vine a dar un parte a Quibdó. Yo le informé al obispo lo que estaba pasando: que estaban los paramilitares, cuántos eran, en dónde estaban; que estaban los guerrilleros, cuántos eran, dónde estaban. Yo me regresé y mis superiores hicieron lo que les correspondía: pedir ayuda al Estado” (Ramos, 2011, agosto 23). Pero el Estado llegó solo con su Ejército cuatro días después de la tragedia, cuando nada más quedaban ruinas y cadáveres.

El 30 de abril, cuando ya decenas de familias de las zonas rurales habían llegado al pueblo, anticipándose a los efectos de los combates que se avecinaban, la guerrilla se ubicó en el Norte, en el Sur y en el Oriente; y taponó las salidas de Bojayá por Natití y Puerto Conto solo minutos después de que doscientas personas, con ayuda de Antún, lograron escapar del que ya era un cerco militar. A la mañana siguiente comenzaron los combates cuando la guerrilla asesinó a un comandante paramilitar que atravesaba el río.

El muerto, conocido como Camilo, dispuso una embarcación con veinte paramilitares para cruzar desde Bojayá hacia Vigía del Fuerte donde estaban atrincherados los hombres de las FARC. La guerrilla, al ver la aproximación, atacó e hirió a Camilo, al motorista y a dos

paramilitares más. A las seis y media de la mañana, ya Camilo yacía en la morgue y los combates arreciaban (Memoria Histórica, 2010, p. 53).

El mismo Camilo, capitán retirado del ejército, había reunido a la gente de Bojayá para informarle de los propósitos de la presencia paramilitar en la región. Ante él, una líder de la comunidad leyó la Declaración por la Vida y la Paz escrita en 1999 e informada también a las FARC el 22 de noviembre del 2001. “En esa declaración sostenían que como población civil deseaban estar por fuera del conflicto armado, se comprometían a mantener su autonomía como pueblo, y por lo tanto les solicitaban a los paramilitares que se retiraran del casco urbano” (Memoria Histórica, 2010, p. 48). Ante lo cual, Camilo respondió que su tarea era *limpiar* el Atrato.

Después de las palabras del comandante paramilitar, y en vísperas de celebrar su nombramiento como párroco, Antún se preparó según se lo dictaba su experiencia de dos años en Bojayá. Visitar casa por casa para transmitir fortaleza, permanecer con las botas calzadas por si era llamado para interceder por la vida de alguien, tener a mano una linterna y protegerse en un lugar seguro a la espera del combate. Antún recuerda que

antes tampoco había policía, entonces cuando mataban a alguien, me tocaba ir a recogerlo. Yo iba con las Agustinas o las Lauritas o los Verbitas, monjitas y curas que se pasan la vida metidos en estas selvas. Una vez, cuando iba a empezar una misa me llamaron: “Padre: se llevaron a Pedro”. Entonces recordé al padre Albeiro y le dije a la gente: “inventen qué rezar porque el cura se va, aquí a Dios le toca esperar”.

El fuego comenzó el 1.º de mayo, pero no cesó ese día, ni esa noche. El 2 de mayo, cuando las FARC ya dominaban dos barrios y tenían acorralados a los paramilitares en la iglesia; en la casa cural, en el centro de salud y en la casa de las Agustinas Misioneras se habían refugiado decenas de familias. Antún recibió a unas trescientas personas en el templo San Pablo Apóstol, de

doscientos metros cuadrados, porque pensaban que una edificación de cemento era segura y que los combatientes no atacarían un lugar sagrado. Despejó el centro del salón y tendió las colchonetas del grupo de gimnasia. Si los combates cesaban, cantaba canciones de cuna para que los niños durmieran; si arreciaban, rezaba fuerte y rápido para empatar las voces entrecortadas de los feligreses.

Al amanecer del 2 de mayo, la intensidad de los combates llevó a Antún a concluir que los feligreses no podrían retornar a las casas esa mañana. Entonces juntó alimentos y algunos cocinaron desayunos para todos. En esas estaban cuando una *pipeta*³ de las cuatro que lanzó las FARC hacia el grupo de paramilitares protegido detrás de la iglesia, no dio en el blanco. El arma, un tanque cargado de combustible y metralla, instalado dentro de un tubo repleto con dinamita de donde es lanzado al contacto de una mecha encendida, rompió el techo, cayó sobre el altar y explotó justo donde se apiñaban las mujeres embarazadas y los niños.

Hacia las once de la mañana, el tercer cilindro-bomba que disparó la guerrilla rompió el templo de la iglesia, impactó contra el altar y estalló, detonando su carga de explosivos y de metralla, produciendo una gran devastación: en el suelo y hasta en los muros quedó la evidencia de los cuerpos desmembrados o totalmente deshechos, y la sangre manchó el lugar, mezclándose y perdiéndose entre los escombros (Memoria Histórica, 2010, p. 59).

El estallido, las esquirlas, el gas y el incendio cegaron el sentido de Antún durante unos minutos. Cuando abrió los ojos, su pequeña iglesia estaba convertida en el teatro del horror. Vio un cuerpo decapitado dar tres pasos antes de irse al suelo, fetos expuestos porque los vientres de sus madres se abrieron, bebés estallados contra las paredes, muertos lamentándose, mujeres arrastrando sus piernas destruidas, y sintió el calor de su propia sangre que le brotaba de la frente.

³ A los tanques cargados con gas para uso doméstico en Colombia se les llama *pipetas* y han sido convertidas en armas.

“Rogué porque no me fueran a acabar los feligreses. Vi gente despedazada, sin piernas, sin manos... cabezas regadas, sangre, mucha sangre. Inclusive aprecié a ciudadanos corriendo mutilados” (Memoria Histórica, 2010, p. 53), le dijo Antún a la Comisión de Memoria Histórica. Vivo, como se reconoció, pensó que la muerte no lo encontraría quieto sino luchando por sobrevivir.

Entonces, empezó una jornada que se extendió por cinco días y se compuso de cuatro grandes tareas: sacar a los heridos, enterrar a los muertos, hablar por los medios de comunicación para salvar su vida y huir en el fondo de una panga.

Primero, sacar a los 119 heridos de la iglesia pese a que continuaban los combates: cargó atados de mujer y niño hasta la casa de las hermanas, donde había agua, agujas e hilo quirúrgico. Antún recuerda “que las Agustinas, que son enfermeras, con gasas o con toallas higiénicas o con calzones o con trapos, limpiaban, vendaban, curaban, hacían suturas con lo que tenían en la mano” (Ramos, 2011, agosto 23).

También dio órdenes a los vivos que se quedaron paralizados por el terror. De una toalla blanca hizo una bandera y salió gritando que era civil y exigía respeto por la vida mientras que los sobrevivientes lo seguían hasta el pequeño puerto. Sobre los hombros, Antún y quienes tenían heridas menores llevaron a los más gravemente heridos y a las matronas desmayadas por el horror hasta la panga usada para transportar bananos. Durante los talleres que el grupo de Memoria Histórica realizó en la región, un sobreviviente contó:

[...] en eso sale el padre Antún, que él estaba dentro de la iglesia; sale así por toda el agua, arriesgando su vida [...] y movilizándolo a la gente para que nos fuéramos en un bote [...]; si no fuera por el padre Antún, nos quedamos en Bellavista y la guerrilla acaba con el pueblo entero. Eso ahí todo el mundo no tuvo que ir ni por sacar plata, ni por sacar *lajas*, sí por sacar comida, todo el mundo se fue apenas con el cuerpo, y

con los brazos bogando en un bote grandísimo, porque ni los remos se pudieron cargar (Memoria Histórica, 2010, p. 53).

“Bueno, padre, ¿para dónde vamos?”, le preguntaron los sobrevivientes a Antún. Él dio la orden de tomar rumbo a Riosucio, el municipio que puede considerarse como la capital de la región. Pero minutos después, cuando el viento le acarició un poco el pecho y sintió que el agua le salpicaba la cara cayó en la cuenta de su error.

Íbamos en una embarcación que con un motor de bastantes caballos puede demorarse diez horas hasta Bojayá. Y de pronto me di cuenta de que íbamos a remo, que íbamos a tardar 25 horas y que llevábamos heridos con los intestinos afuera. Entonces decidí regresar y dirigirme a Vigía del Fuerte que está a pocos minutos, en la otra orilla del río —recuerda Antún y recita la idea que se le vino a la cabeza—: Si el pastor corre equivocadamente, también pone a correr a sus ovejas equivocadamente porque están en estado de indefensión (Ramos, 2011, agosto 23).

Pero en la ruta elegida, se le cruzó la guerrilla. Los combatientes querían que Antún atracara en el puerto principal y no en el más cercano al hospital. Estaban urgidos por requisar a los heridos y rematar a cualquier paramilitar que intentara huir camuflado entre los civiles. El cura discutió con combatientes, insultó a los comandantes y se abrió paso entre los hombres armados. Entonces fue cuando, dice Antún, el jefe guerrillero vio la sangre que le corría por el rostro y le preguntó: “Oiga padre, ¿a usted qué le pasó?”. La respuesta dejó sin aliento al comandante: “No sea malparido. ¿Es que no se ha dado cuenta de la cantidad de gente que mataron allá?”

Segundo, regresar para reconocer a los muertos. Contempló el especial orden con el que Minelia dispuso las partes dispersas de los cuerpos. Dice Antún:

Ella se quedó cuando todos nos fuimos para Vigía a pasar la noche y cuando regresamos, a un cuerpo le había colocado dos manos izquierdas o dos manos derechas o que a un niño le había colocado el pie de un adulto. Nos dimos cuenta cómo había ayudado a tres personas que quedaron heridas en medio de los muertos, en la iglesia. Ella les dio agua toda la noche, les montó una teja para que no se

mojaran porque esa noche llovió y les limpió las heridas con aguasal (Ramos, 2011, agosto 23).

Después de contemplar la escena de los cuerpos ordenados, Antún le dijo: “Minelia, te vi bien”, para agradecerle. Y ella le respondió: “Pastor, yo me voy, ahí te dejo tus muertos”.

Después, Antún bendijo los cuerpos de sus vecinos antes de enviarlos a la última morada. Y luego, trepado en unos troncos para que todos pudieran verlo y oírlo, trató de explicarles a los sobrevivientes por qué no habría funerales para los 79 muertos, 48 de ellos menores de edad.⁴

Recuerda haberlo hecho con las siguientes palabras:

Acabo de hablar con el médico que está aquí y él me explica que como está haciendo tanto sol y ha llovido y los cuerpos humanos se descomponen con facilidad y no se demora la contaminación y las enfermedades y no hay madera ni forma de hacer cien ataúdes [...], lo mejor es que los empaquemos en bolsas y hagamos una fosa común. Yo vi que la gente se miraba y alguien preguntó: ¿Qué es fosa común? Yo le dije: es empaclar a la gente en esas bolsas, abrir un hueco muy grande, echarla ahí y echarle tierra encima (Ramos, 2011, agosto 23).

Además, en la mente de Antún resonaban las palabras de un guerrillero: “Compadre, si no quitan los muertos, los quemamos. Vean qué hacen con esta cuestión; si no, hay que meterles candela”.

Controló su voz ya quebrada cuando se negó, pese a los ruegos, a encabezar nueve días de rezos por los adultos. Sintió rodar sus primeras lágrimas al prohibir las danzas y los cantos para cada niño muerto. Y cuando repitió que en lugar de ataúdes de cedro tendrían bolsas negras y que era necesario cavar una gran fosa para enterrarlos a todos, se echó a llorar en presencia de los demás humillados y ofendidos de Bojayá.

⁴ El Informe del grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación titulado *Bojayá. La guerra sin límites* dice que 79 personas murieron en los hechos de la iglesia; que trece más en sucesos anteriores o posteriores al ataque con la pipeta fueron asesinadas en corregimientos cercanos; y que seis de quienes estuvieron expuestos a la explosión murieron de cáncer en los ocho años siguientes (2010, pp. 127-134).

Las lágrimas regresan cuando rememora:

Yo lloraba porque para nosotros los afrodescendientes que a un muerto no se le haga velorio ni novena o a que a los niños no les hagamos los recitales, cantos y juegos del Gualí para celebrar que Dios se lo llevó antes de que sea sometido a sufrimientos, es una tragedia tan grande como la masacre misma. Para la gente es un golpe que su muerto no tenga un espacio. Aún en Bojayá la gente pregunta que si esos muertos si eran sus muertos, y que si los muertos ya descansaron (Ramos, 2011, agosto 23).

Ante el estupor de las personas que lo veían llorar, Antún le dijo al alcalde encargado: “Manuel, ofrezca plata y ron para que los hombres vayan a recoger a los muertos. A todos los que ayuden le vamos a dar un millón de pesos”. Antún recuerda que después de esas palabras, surgidas de su desesperación, diez personas comenzaron la tarea más aterradora de sus vidas.

Algunos pobladores, entre el 4 y el 6 de mayo, con la ayuda de miembros de las comisiones humanitarias de la Diócesis de Quibdó, volvieron a Bellavista. Allí adelantaron una primera labor de remoción de escombros e identificación de personas desaparecidas y de cuerpos, a partir de la cual elaboraron una lista de 86 muertos. Ese lunes 6 de mayo los voluntarios que habían empezado a reunir los cadáveres [...] reiniciaron su labor, enterrándolos en bolsas, en una fosa común que abrieron cerca de la desembocadura del río Bojayá en el Atrato, el único lugar que estaba seco (Memoria Histórica, 2010, p. 68).

Tercero, hablar ante la prensa para desmentir al general Mario Montoya, Comandante de la Cuarta Brigada del Ejército, empeñado en poner en boca de curas y monjas que el hecho era un atentado terrorista de las FARC y no resultado de la confrontación entre guerrilleros y paramilitares. Antún apareció en las televisiones del continente con su ropa sucia de barro y ceniza, denunciando el atropello de los grupos armados, el abandono del Estado y cómo el general Montoya, con sus palabras, además de mentir, ponía en riesgo la vida de los religiosos.

Mientras los primeros médicos en llegar hacían la inspección que determinó el entierro urgente y colectivo, Antún garabateó una carta dirigida al obispo Fidel León Cadavid. La primera

comunicación con sus superiores, después de ocurrida la masacre, viajó en las manos del periodista español Paco Gómez Nadal y en ella imploró ayuda humanitaria y presencia institucional en el menor tiempo posible:

Escribo esta nota a las 11:40 a.m. del 4 de mayo. Hace poco pasó un helicóptero y disparó alrededor del pueblo. [...] En la capilla teníamos a unas trescientas personas distribuidas en grupos y la pipeta lanzada cayó sobre el grueso de la población y mató a más de ochenta personas. A la fecha hemos recogido unos sesenta cadáveres, varios sin poder reconocerlos, pero nos quedan en la capilla veinticinco o treinta [...]. Estamos en Vigía SIN COMIDA; SIN ABRIGO; SIN NADA. Gestionen lo más rápido posible ayuda humanitaria. A los muertos no los hemos podido enterrar porque no hay condiciones y ya están descomponiéndose. [...] Aún hay combates, pero por fuera de la población. [...] En el Dios que nos bendice y nos acompaña (Ramos, 2002, pp. 53-55).

Cuarto, salir de Bojayá en el fondo de una panga para salvar su vida y en busca de tranquilidad para su mente ya perturbada. Antún no recuerda casi nada de ese viaje por el río. Las imágenes de ese paisaje se le borraron del mismo modo como olvidó las fechas y el número de días que duró el espanto. Solo ve su propia imagen ante los periodistas narrando por primera vez, con alguna coherencia, los hechos de Bojayá; cuando la prensa pudo llegar al sitio de la masacre, solo cinco días después porque el Ejército se encargó de impedirles la movilización, todos deliraban. Antún dice que:

Los periodistas solo me preguntaban por el número de muertos, pero no se preocupaban por mí en primera persona. No se interesaban ni por mi familia de sangre ni por mi familia diocesana que estaba en peligro por las palabras del general Mario Montoya. Toda la iglesia podía ser declarada objetivo militar, pero los periodistas en medio del horror no se daban cuenta. Me tocaba a mí, en ese estado de vulnerabilidad total, salir a desmentir a un General del Ejército de Colombia (Ramos, 2011, agosto 23).

Antún sólo pudo concentrarse en su propio duelo, después de hablar 45 minutos, desde Quibdó para todo el país, por la cadena radial RCN, y de conceder una larga entrevista al

periódico *El Colombiano*, para aclarar que el general Montoya mintió cuando afirmó: “Ya escucharon al padre Antún, dijo que aquí no hubo combate; dijo que aquí hubo un ataque de las FARC contra la población civil” (Ramos, 2011, agosto 23).

Al obispo de Quibdó le contó que lloraba todas las noches, veía sangre, pedazos de cuerpos alrededor de la cama aun cuando estaba despierto. Le dijo que veía niños llorando, pidiéndole auxilio. También, se enteró el superior, de que Antún había perdido quince kilos en pocas semanas y que aseguraba que alguien entraba a su cuarto “para neutralizarle la voz”. A fin de ayudarlo, la diócesis lo envió a reposar a tierra fría, lejos de Quibdó. De esa experiencia habla con humor:

A La Ceja me mandaron a una casa de reposo de sacerdotes, donde estábamos acompañados por gente profesional. Cuando yo llegué, me encontré con dos sacerdotes y nos burlamos de las locuras de nosotros: el uno era un violinista que tocaba un violín imaginario y decía las notas con la boca; el otro se creía Bruce Lee y se levantaba y les daba golpes a las paredes: “¡Respétame! ¡Yo soy exprotagonista!”; el tercero era yo que salía corriendo a cada rato y gritaba por las pipetas y esas cosas (Ramos, 2011, agosto 23).

Justo cuando los psiquiatras comenzaron a reducirle los medicamentos, Antún fue acogido por la parroquia de La Visitación de Medellín a donde asisten feligreses de estratos socioeconómicos altos. Allí, ante familias que siguen el Camino Catecumenal, una línea ultraconservadora del catolicismo, Antún habló sin parar durante tres horas. Él recuerda que ese fue el principio de su catarsis, que esas familias con abuelos y niños lo escucharon en silencio y, en las semanas que siguieron, lo alentaron con abrazos y oraciones. “Después de La Visitación he contado mi historia en muchos lugares. Al principio lloraba siempre. Pero luego, cuando aprendí que mi testimonio puede ayudar a que las personas se comprometan más, asumí que la vida para mí continuaba” (Ramos, 2011, agosto 23).

Diez años después, Antún dice que Bojayá le enseñó a ser feliz. Mientras esparce agua bendita sobre los feligreses de su parroquia Divino Niño, sonrío. Le gusta ver la expresión infantil con la que reciben las gotas a punto de terminar la eucaristía. Regresa al altar haciendo agitar su alba de estampados africanos, levanta su mano para bendecir a los feligreses, y agacha la cabeza para agradecer a Dios por los 32 mil litros de agua que almacena en un gran tanque debajo de sus pies.

Antes que reforzar los muros, rediseñar el salón en forma de medialuna, cubrir con cerámica el piso de tierra, pintar el cielo raso como una manta africana, echar a andar diez ventiladores, pintar y abollonar veinte bancas e instalar quince lámparas ojo de buey para convertir a su templo en el más acogedor de Quibdó, Antún hizo construir un taque para almacenar aguas lluvias que son, en el lugar más lluvioso del planeta, un bien codiciado pues no existen acueductos. Guillermo Abuhatab, presidente de la Junta de Acción Comunal, corre la tapa y deja ver su figura reflejada en el agua. También sonrío porque el tanque es quizá el símbolo del trabajo en equipo que Antún predicó desde que llegó hace cinco años.

Con el trabajo voluntario y constante de cuarenta vecinos que forman el consejo parroquial, Antún logró transformar el entorno urbano de la iglesia con una inversión de 150 millones de pesos que recogió billete a billete (no le gustan las monedas), e instalar la idea de responsabilidad social en un barrio de padres trabajadores y niños estudiantes. Con la seguridad de que la gente cuida el templo que es de todos y hace buen uso del agua que también es de todos, Antún deja las puertas abiertas, enciende su motocicleta de 250 centímetros cúbicos, acelera y recorre las calles empolvadas de Quibdó.

Al vuelo llega al barrio 2 de Mayo donde algunos sobrevivientes de Bojayá se hunden en la pobreza. Para Santos Mena, de sesenta años y sin piernas, abrazar a Antún es reafirmar que aún

hay seres hechos de amor. Todavía recuerda cómo Antún, al verlo mutilado después de múltiples cirugías, se tiró a llorar sobre sus hombros como si le doliera no haberlo salvado del todo. Beatriz Caicedo, que no se siente ni de Bojayá ni de Quibdó, lo aparta para contarle un dolor que la tiene sumida en el llanto. Y al despedirse, Yeya Caicedo, empresaria del *mototransportismo*, le recuerda volver con una botella de *biche* para emborrachar a Santos.

Ya en el centro de Quibdó, Antún escucha los dramas de sus alumnos del Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA, donde es capellán; gestiona recursos para Bonanza, que contrario al significado de su nombre, es uno de los barrios más pobres de Quibdó; se ocupa de las remesas de alimentos para las comunidades sitiadas del Atrato; conversa con comerciantes y políticos que pueden aportar al bienestar de los más pobres; revisa las provisiones de *bienestarina*, el complemento alimenticio que el Estado envía a las zonas más pobres; se entera de lo que se mueve en la ciudad y en la selva con el propósito de proteger a los civiles; e indaga por el curso de las investigaciones penales por la masacre de Bojayá, pues está convencido, como lo dijo en la entrevista que sirve de columna vertebral a este relato, que la justicia punitiva es condición necesaria para la paz.

Nosotros somos de una memoria muy frágil y aquí nos olvidamos de que mucha gente que está libre no debería estarlo. Por la masacre de Bojayá hay condenados de la escala baja del eslabón. De los duros, de los que articularon, organizaron o consintieron esas tragedia no hay nadie preso. La mayoría de los paramilitares que participaron están libres. Yo como sacerdote creo en el perdón cristianamente, pero se me hace difícil entender que a alguien que comete un crimen de lesa humanidad, de guerra, un genocidio, un etnocidio, lo veas en la calle. Y lo punitivo, ¿dónde quedó? Sin ese componente, uno como víctima no ve clara la reconciliación (Ramos, 2011, agosto 23).

Solo el sábado descansa. Dedicar 25 minutos para el corte de pelo; media hora para el arreglo de uñas de manos y pies; una hora para saludar a su padre; dos horas para charlar con sus amigas

de Las Américas, en donde se levanta la parroquia del Divino Niño; y un rato para orar en la buhardilla que le sirve de habitación antes de dormir.

“¿Por qué no fui yo uno de los muertos?”, se dice casi siempre antes de cerrar los ojos. La pregunta lo perturba desde que logró salir de la psicosis y la depresión que siguieron a los días del terror y que logró paliar con ayuda de psiquiatras en Colombia y de amigos y maestros en Europa. Yo sobreviví para ser feliz, ha logrado responder. Y para Antún, la felicidad no es otra que cuidarse en cuerpo y alma como hijo de Dios; y trabajar sin pausa para que los demás hombres y mujeres del Atrato sean respetados y dignificados. Por su entrega le llegan bellas recompensas como el abrazo de Santos, el olor que desprende en las noches el Galán de la Noche sembrado en su huerta, y la constatación de que sus padres, César y Carmelina, no se equivocaron cuando lo bautizaron Antún, que significa árbol alto y fuerte.



Foto 1. Antún Ramos, fotografiado por Natalia Botero. Julio 23 de 2011, Quibdó, Chocó.

Referencias bibliográficas

Memoria Histórica. (2010). *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Ediciones Semana, Taurus.

Ramos, Antún. (2002). Carta. En: Paco Gómez Nadal. *Los muertos no hablan*. Bogotá: Aguilar.

_____. (2011, agosto 23). Entrevista con Patricia Nieto. Quibdó: s. e.

Sánchez, Gonzalo. (2010). “Prólogo. Bojayá: la guerra sin límites”. En: Memoria Histórica. *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Ediciones Semana, Taurus. Pp. 13-23.

CAPÍTULO 2.

COLOMBIA: GUERRAS Y RELATOS

En Antún Ramos, el pueblo de Bojayá y la larga noche que les tocó vivir, se puede leer la historia de la guerra en Colombia. Revolución frustrada. Guerra civil. Confrontación bélica. Violencia. Conflicto armado menor o mayor. Guerra contra las drogas y el terrorismo. Violencia pública. Guerra sucia o irregular. Conflicto político armado. Todos los modos de nombrar, usados en distintas épocas y por enunciadores de diferente origen, aluden a “los ramalazos de violencias que cuando menos se espera golpean destruyendo vidas y bienes sin que importe qué nombre se les ponga” (Palacios, 2012, p. 25).

En un recorrido por el conflicto colombiano, un lector se encontraría con miles de acontecimientos como el de Bojayá, si fuera dable nombrarlos de uno en uno. La imposibilidad de tal tarea proviene no solo de la ya larga historia de guerras en Colombia, sino de las complejidades de cada una, que hace casi imposible llegar a un consenso en el modo de explicarlas, nombrarlas y agruparlas. Gonzalo Sánchez, estudioso de la violencia y director del Centro de Memoria Histórica adscrito a la Presidencia de la República, se pregunta: “¿Cómo ha podido Colombia sostenerse como paradigma de la democracia y el civilismo en América Latina si ha sido un país en *guerra endémica, permanente?*” (2007, p. 17).

El tópico referido por Sánchez, más allá de extenderse como lugar común en el imaginario de los colombianos, necesita una enumeración para cobrar sentido: catorce años de Guerra de Independencia, ocho guerras civiles generales, catorce guerras civiles locales, dos guerras contra el Ecuador y tres golpes de cuartel durante el siglo XIX. Levantamientos del pueblo en localidades dispersas, una insurrección, y la gran guerra que denominamos La Violencia en la primera mitad

del siglo XX. Y una guerra de guerrillas revolucionarias gestada en los años de 1960, seguida por el conflicto armado que se ha prolongado hasta hoy.

Stephen Ferry, reportero gráfico norteamericano que ha recorrido el territorio colombiano desde 1999, expresa así su perplejidad:

El conflicto en Colombia es distinto a otras guerras civiles en el mundo, que suelen tener causas étnicas, económicas o religiosas claras. Aquí hay un enredo de actores armados: dos guerrillas —las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN)—, el Ejército Nacional apoyado por los Estados Unidos, y una cantidad de milicias paramilitares de derecha y pandillas criminales. Caleidoscopio de factores históricos y sociales, este conflicto es casi imposible de resumir con palabras (2012, p. 8).

El libro *Violentología*, concebido por Ferry como “un manual del conflicto interno de Colombia”, ofrece dos líneas temporales, una abre el libro y otra lo cierra. Así separa, de manera didáctica, dos grandes periodos de la historia de Colombia. Gonzalo Sánchez señala el punto de quiebre: mayo de 1964. Según su narración,

el Ejército Colombiano atacó Marquetalia, un reducto de campesinos comunistas armados, acantonados en el departamento del Tolima, en un lugar remoto de la cordillera central. El líder era el veterano guerrillero Pedro Antonio Marín, alias *Manuel Marulanda* (también conocido como *Tirofijo*), quien había combatido al lado de los liberarles durante la guerra anterior llamada La Violencia (Sánchez, 2012, p. 30).

A la Operación Marquetalia, concebida por el gobierno como la estrategia para evitar la germinación de un movimiento comunista fuerte, sobrevivió Marulanda, quien después, al lado del líder comunista Jacobo Arenas, fundó Bloque Sur, la guerrilla que en 1966 se convirtió en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC.

La línea de tiempo propuesta por Ferry muestra cómo, hasta la aparición de las FARC, se puede hablar de siglo y medio de guerras civiles en Colombia. Andrés Bello, humanista

venezolano que vivió entre 1781 y 1865, afirma que “cuando en un Estado se forma una facción que toma las armas contra él, con el objeto de arrancarle el poder supremo o con el objeto de imponerle condiciones o cuando una república se divide en dos bandos que se tratan mutuamente como enemigos, esta guerra se llama civil que quiere decir guerra entre ciudadanos” (Bello, 1840, p. 240).

Una observación anotada al concepto anterior, escrito al calor de las guerras por la independencia y de las revoluciones, revueltas y trifulcas por la definición de la comunidad imaginada de los territorios separados de España, advierte que guerra civil no es el contrario perfecto de integridad del Estado, como podría deducirse de las palabras de Andrés Bello. En consecuencia, “la guerra civil debe ser entendida, principalmente como ruptura de la sociedad, como fragmentación de lo que parecía o pretendía ser una comunidad de intereses autorrepresentada y reconocida como tal por terceros, esto es, una sociedad unida por cualquier tipo de proyecto (político, étnico, religioso) que se rompe por cualquier motivo (político, étnico, religioso)” (Giraldo, 2001, p. 194).

Las investigadoras María Teresa Uribe y Liliana López, autoras de un trabajo que explora las relaciones entre guerras y relatos, aportan cinco anotaciones para precisar el concepto en el escenario colombiano: 1. La guerra civil se opone a la unidad política y por esto presupone la disolución y fragmentación de dicha unidad. 2. El carácter político de la guerra civil está dado porque al menos uno de los contendientes posee un vínculo con el gobierno. 3. La guerra civil es una ruptura de la sociedad. 4. La guerra civil siempre incluye la lucha corporal, el uso de armas y el derramamiento de sangre. 5. Las guerras civiles deben ser entendidas como luchas regularizadas por la dominación del territorio y la soberanía (Uribe, López, 2006, p. 32).

La cronología dibujada en el libro de Ferry comienza en las guerras de independencia que protagonizaron los ejércitos al mando de Simón Bolívar en contra de la monarquía española establecida en América por medio de Virreinos. La resolución de catorce años de luchas sangrientas, de las que hace parte el feroz intento de reconquistar los territorios, ocurrió en la batalla de Boyacá. Tras el triunfo, Simón Bolívar se trasladó a Santa Fe de Bogotá y, al tomar el poder, nombró a Francisco de Paula Santander como vicepresidente.

¿Qué pasó a partir de entonces?

El Libertador se vio convocado a enfrentar a los ejércitos reales que todavía dominaban algunos territorios y partió, de nuevo, en campaña guerrerista. Santander se quedó en Santa Fe de Bogotá al timón de un naciente Estado con respecto al cual no existían acuerdos previos y que ya, antes de asegurar su independencia, había pasado por una confrontación entre quienes asumieron la tarea de “inventar un país” (España, 2013, p. 21).

La confrontación entre Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, los generales que lideraron la independencia, se presentó pocos años después y fue el punto de quiebre definitivo entre las dos grandes líneas políticas que intentaban imponer su ideal de país. Las divergencias pueden describirse como sigue.

En cuatro años de gobierno, el general Santander demostró desde la vicepresidencia que era viable avanzar en el establecimiento de un régimen democrático y republicano. Respetó la libertad de prensa. Habló de la educación como esencial para la estabilización del nuevo país e introdujo la enseñanza de los principios democráticos en los planes de estudio de niños y jóvenes. Llevó a la autoridad civil a asumir la supervisión del clero; suprimió los conventos de menos de ocho religiosos y entregó sus edificios a la fundación de colegios; y planteó limitar las fuentes de ingresos de la Iglesia. Diseñó —aunque no las concretó— estrategias para abolir el modelo económico colonial. Logró enviar recursos para el avance de los ejércitos sobre las tierras todavía

no libertadas por medio de un empréstito millonario adquirido con Inglaterra, que luego se convirtió en un gran fiasco para el país. Palió la crisis con los venezolanos que se negaban a acatar órdenes desde Bogotá. Y enfrentó el regreso de Bolívar victorioso, después de libertar a Bolivia, convencido de la necesidad de un gobierno fuerte y centralizado, conservador, religioso, sostenido en acuerdos con la iglesia católica y defendido por un aparato militar. Estas convicciones de Bolívar habían sido plasmadas ya en la Constitución de Bolivia que circuló en la capital un poco antes de su arribo.

La carta política de Bolivia, redactada por el mismo Bolívar, era también el marco de acción que el Libertador quería imponer al llegar a Santa Fe. En ella se

acordaba que el Presidente sería vitalicio, dotado del derecho a nombrar sucesor y elegir a voluntad al vicepresidente. El sufragio, aunque reconocido, podría ser evitado a través de ese mecanismo, cosa que supuestamente libraría a los pueblos de los escándalos y las divisiones que traían aparejadas las elecciones. Una cámara de diputados, igualmente vitalicios, hacía el papel de corte del nuevo soberano (España, 2013, p. 65).

De esta manera, “la Gran Colombia podía seguir existiendo: el Libertador como cabeza máxima de un sistema fuerte, y en cada país uno de sus generales, a la manera de un sol y sus planetas” (España, 2013, p. 65). Mediante la Ley Fundamental de 1828, en el Libertador-Presidente se concentraron todos los poderes. Posesionado como dictador, Bolívar derogó todas las normas de carácter liberal impulsadas por Santander. Abolió el plan de estudios laico y estableció uno colonial. A las escuelas volvió el latín, el estudio del catolicismo y la historia de la Iglesia. Acabó con la enseñanza del derecho público y constitucional. Restituyó los conventos y fortaleció el ejército.

En esta etapa, Bolívar salió ileso de la llamada noche septembrina, cuando los opositores atentaron contra su vida por considerar que estaba restaurando el sistema colonial y así se habría

paso una monarquía criolla. Los juicios recayeron sobre la línea política comandada por el general Santander que fue enviado al destierro.

A la muerte Bolívar, en 1830, Santander regresó a la presidencia. Sorteó problemas económicos derivados de los altos costos de la guerra, la fijación de los límites entre los antiguos países miembros de la Gran Colombia, la negociación del pago de la deuda externa, el fortalecimiento administrativo de las provincias, la reorganización de la producción campesina desarticulada por los desplazamientos ocurridos en las décadas anteriores, y el restablecimiento de los principios de una sociedad laica.

En 1836, José Ignacio de Márquez fue elegido como sucesor de Santander. Al sacar del gobierno a todos los seguidores de Santander, De Márquez le dio cuerda a una práctica política que se convertiría en costumbre en la naciente nación: el triunfador de las elecciones excluiría al perdedor de todo proceso de gobierno y el derrotado en las urnas se opondría a toda decisión o acción del gobernante. De esa manera, los opositores políticos se convirtieron, primero en adversarios y, después, en enemigos. Una vez muerto Santander, el 6 de mayo de 1840, no quedaba dique que contuviera el alzamiento de los liberales en contra del presidente De Márquez.

Basta repasar las secuencias descritas en los párrafos anteriores para hacerse a una idea de cómo las guerras se reprodujeron por los mismos motivos durante el siglo XIX. Guerra de la Patria Boba, Guerra de los Supremos, Guerras de 1851 y 1854, Guerra del 60, Guerra de Los Colegios, Guerra de 1885, Guerra del 95 y Guerra de los Mil Días son los nombres de las grandes confrontaciones armadas del siglo antepasado. “¿Qué clase de motor impulsaba aquella violenta dinámica?” (España, 2013, p. 65). El mismo autor se responde:

Buena parte de aquellas guerras se libró en torno al proceso de desmonte de las instituciones heredadas de la Colonia, la erradicación de los censos sobre la tierra, la

esclavitud, el tutelaje de la Iglesia sobre el Estado y la educación. A medida que el país encontraba nuevas vías de actividad económica, y se creaban nuevos centros de desarrollo, el mundo naciente chocaba a cada paso con el antiguo (España, 2013, p. 18).

En otras palabras, las guerras del siglo XIX (amén de motines, rebeliones, revoluciones, alzamientos) se libraron como parte del proceso de creación de un orden político al que la mayoría se uniera en obediencia y en el cual los individuos pudieran ejercer su nueva ciudadanía.

El segundo gran periodo de la contienda armada en Colombia —el de las guerras civiles del siglo XIX es considerado el primero— se conoce como La Violencia. Gonzalo Sánchez, en el libro de Ferry, explica que para mediados del siglo XX el país transitaba por una confrontación creciente entre las clases dominantes y las subalternas (Sánchez, 2012, p. 18).

Lo anterior supone, entonces, que los cambios económicos y sociales provocados durante la relativa calma alcanzada después de la Guerra de los Mil Días habían propiciado la aparición nuevos actores.

En primer lugar, en el curso de las tres primeras décadas se había ido construyendo un verdadero movimiento obrero independiente, marcado por procesos tan dispares como la Tercera Internacional, el anarquismo español y las nuevas corrientes de la doctrina social católica; en segundo lugar, habían aflorado las luchas campesinas, con organizaciones autónomas como las ligas y los sindicatos agrarios que se instalaron en el corazón de la economía cafetera y en el eje de las articulaciones entre la hacienda y la política; y, en tercer lugar, el pueblo con su vaguedad conceptual, pero también con su materialidad ruidosa, había irrumpido en la plaza pública, como un punto obligado de referencia en la definición de estrategias políticas (Sánchez, 2012, p. 18).

Los puntos de tensión de este *nuevo país* eran entonces: el manejo de los bienes y de los recursos públicos, el poder extendido de la Iglesia católica, la pervivencia de las pugnas históricas entre los partidos políticos y la irrupción de una clase obrera con discurso, ideología y

capacidad de lucha. En torno a dos personajes de la vida política se ha gestado el relato nacional de La Violencia. Jorge Eliécer Gaitán, jefe del partido liberal con gran popularidad entre las clases obreras y campesinas, y Laureano Gómez, conservador capaz de dar vida a una estrategia de represión que recurrió a la violencia criminal.

Al momento de las elecciones para presidente, en diciembre de 1949, Laureano Gómez fue el único candidato. El opositor, Darío Echandía, se retiró de la campaña porque no había garantías de seguridad —ya había sido asesinado Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948— y los derechos políticos de los liberales era constreñidos de diversas maneras.

Se inició una campaña cerrada para impedir la cedulaación del adversario por todos los medios, especialmente con ayuda de los registradores y delegados del estado civil. [...] Se cedulaban menores de edad con partidas de bautismo fraudulentamente expedidas, se violó la ley domiciliar y hasta los muertos votaron. Después de la inhabilitación política y electoral seguía la inhabilitación moral. Nada más sencillo pues esta se ejecutaba desde los pulpitos con arengas incendiarias en contra de los liberales (Blandón, 2010, p. 57).

Una vez en el poder, Laureano Gómez arreció con una campaña para exterminar a los liberales que había comenzado años atrás cuando percibió en Gaitán un contendor con perfil presidencial. El terror fue promovido desde el Estado para borrar a los liberales de la faz de la tierra. Comisiones de la Policía y del Ejército llegaban a pueblos y veredas para detener, torturar, asesinar y destruir los cadáveres de quienes eran considerados enemigos del partido conservador. Narraciones de sobrevivientes de esa época hablan de quemas de pueblos, masacres de familias, descuartizamientos de hombres vivos, violaciones a mujeres y niños, ahorcamientos, exhibiciones de cabezas cortadas y dispersión de partes de cuerpos por caminos rurales realizadas por policías y militares a nombre del Estado.

Frente a estos desmanes, en las poblaciones surgieron cuadrillas de hombres armados para defender sus tierras, sus familias y sus vidas. Algunas lograron establecer zonas controladas por ellos en donde protegían a sus gentes y desde donde planeaban ataques al enemigo. Esas cuadrillas fueron llamadas guerrillas —en 1952 se calculó que había unos 40 mil guerrilleros liberales y de izquierda— y algunas pervivieron aún después del pacto que dio fin a La Violencia, denominado Frente Nacional.

Los miembros de esas guerrillas —a quienes también se les llamó bandoleros— no aceptaron el acuerdo firmado entre los partidos políticos para poner fin a La Violencia. Algunos consideraban que las amnistías “eran insuficientes, sospechosas o engañosas las garantías ofrecidas; y otros porque, habiéndose acogido transitoriamente a ellas, encontraron que los continuos hostigamientos que padecían y el peso de tantos años de vida irregular les impedían readaptarse a la vida rutinaria del campo” (Sánchez, 2012, p. 23).

Una de esas guerrillas, conformada por unos cincuenta excombatientes de La Violencia y comandada por Pedro Antonio Marín, alias Tirofijo, se refugió en Marquetalia, zona rural del departamento del Tolima. Allí, sin control del Estado, habitaban además de campesinos comunistas, guerrilleros que se negaron a entregar las armas. Sobre ese lugar puso el ojo el gobierno después de que el senador Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano Gómez, la llamó República Independiente de Marquetalia.

Los operativos en contra de Marquetalia comenzaron en 1962 por medio de un cerco por tierra y aire. Los campesinos huyeron hacia los Llanos Orientales y se reagruparon al pie de la Cordillera Oriental, al sur del Meta y Caquetá. Con ellos, caminaron también los rebeldes que lograron protegerse en medio de la población rural. Dos años después, Manuel Marulanda,

sobreviviente, fundó las FARC. Y la historia de Colombia comenzó a transitar hacia una época convulsa que ha cobrado la vida de miles y miles de personas.

La línea de tiempo de este periodo —tercero de la contienda armada en Colombia, que comenzó con el nacimiento de las FARC— cierra el libro de Stephen Ferry. Este, uno más de los innumerables ciclos de las violencias colombianas, es conocido como Conflicto Armado. Tal nombre se ha impuesto al de guerra civil como una estrategia para proteger al país de las consecuencias, que por ejemplo, en el orden internacional, traería para Colombia reconocer un estado de guerra.

En la actualidad, el país que acepta declararse en estado de guerra civil se precipita a un abismo: las calificadoras internacionales de riesgos lo descalifican para la inversión, los intereses de su deuda externa se encarecen al extremo, se les saca de las rutas de turismo, se le aparta como un apestado de la comunidad internacional, y queda a un paso de ser objeto de una acción intervencionista, motivada por sentimientos humanitarios o por la necesidad de proteger al vecindario. No resulta extraño que una ruidosa y en ocasiones amarga puja teórica anteceda esta clase de definición (España, 2013, p. 17).

En el Conflicto Armado confluyen el Estado colombiano, a través de sus fuerzas armadas; las guerrillas de extrema izquierda en procura de la toma del poder por la vía armada; y los grupos paramilitares de extrema derecha que surgieron como contra-guerrillas. En el eje de esta confrontación se insertó, en los años de 1980, el narcotráfico, cuando grupos armados de diversa índole encontraron en este negocio un medio para financiar sus acciones y así extender su poder en vastos territorios. Es claro que estos actores se han entrecruzado durante medio siglo y en todo el territorio. “Incluso se podría argumentar que no existe un conflicto colombiano *per se*, sino muchos conflictos violentos —sociales, económicos y políticos— que a través del tiempo se han exacerbado y mezclado de forma inextricable” (Ferry, 2012, p. 11).

La historia del Conflicto Armado ha sido dividida por algunos autores en tres fases: la incubación, la expansión y el desbordamiento de los actores armados no estatales (PNUD, 2003). La primera de ellas se ubica entre 1964 y 1983, cuando aparecen las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), también llamadas de primera generación. Estas guerrillas surgieron en un momento de expansión mundial de las insurrecciones armadas imbricadas en el largo proceso de la Guerra Fría que se lidió por medio de terceros: la Unión Soviética apoyó a muchos de estos movimientos, y Estados Unidos lideró las acciones en su contra. Después, en las décadas del 70, nacieron el Movimiento 19 de Abril (M-19); el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT); y el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL), único de reivindicaciones étnicas.

Las FARC son una guerrilla descendiente de las autodefensas campesinas liberales y comunistas de los años de La Violencia, formadas como una reserva estratégica del Partido Comunista para enfrentar un eventual golpe de Estado o una pérdida de garantías para participar en política. El primer grupo de guerrilleros revolucionarios comunistas estaba conformado por 52 sobrevivientes de la ofensiva de las Fuerzas Militares sobre Marquetalia, y se llamó Bloque Sur hasta 1966, cuando adoptó el nombre de FARC, con el propósito de darse a conocer como un ejército estructurado, bajo la orientación del Partido Comunista. El bautismo se hizo en la segunda conferencia del grupo, realizada en el Sumapaz, cerca de Bogotá, bajo la dirección de Luis Alberto Morantes (Jacobo Arenas), Pedro Antonio Marín (Manuel Marulanda o Tirofijo) y Ciro Trujillo Castaño. Arenas era el representante del Partido Comunista en el Estado Mayor de las FARC y su principal orientador político; mientras que Marulanda y Trujillo eran los dirigentes militares y encargados del plan de expansión territorial desde el centro y oriente del

país. Esa campaña comenzó con menos de cuatrocientos hombres. Solo a comienzos de los años de 1980 llegarían a ser mil combatientes, concentrados casi todos en áreas rurales.

El ELN nació a la luz de la teoría foquista propugnada por Ernesto Che Guevara y bajo clara orientación de Cuba. En este país, en 1962, se creó y se entrenó la brigada José Antonio Galán, bajo el mando de Fabio Vásquez Castaño, conformada por colombianos becados para adelantar estudios. Fabio y sus hermanos Marco y Antonio estaban convencidos de la importancia de llevar la revolución a Colombia. En julio de 1964, con otros quince hombres, empezaron la que llamaron la marcha guerrillera por el departamento de Santander, que culminó en enero de 1965 con la toma del municipio de Simacota. Con esa acción se dieron a conocer e hicieron público su manifiesto ideológico, muy cercano a los ideales vigentes en La Habana.

Este golpe de opinión los hizo muy conocidos en las ciudades; se mostraron como un movimiento insurgente cercano a la clase obrera y a los estudiantes universitarios. El grupo se nutrió con la llegada de sacerdotes inspirados por la Teología de la Liberación, como Camilo Torres Restrepo —excapellán de la Universidad Nacional, muerto en combate al poco tiempo de ingresar a las filas del ELN—, Domingo Laín —muerto en combate en 1974— y Manuel Pérez, el cura español que fue por 25 años su máximo dirigente. Igualmente, se sumó a sus filas Nicolás Rodríguez Bautista —conocido como Gabino—, quien ingresó al movimiento cuando tenía catorce años y es hoy uno de los integrantes del Comando Central. El ELN creció muy rápido y para comienzos de los años 1970 tenía cerca de setecientos miembros, integrados en once frentes que estaban ubicados en las regiones del Magdalena Medio, Santander y Antioquia, y en algunas ciudades, donde adelantaban tareas de reclutamiento y formación ideológica. Para 1973, este grupo concentró la mayoría de sus fuerzas en el Nordeste de Antioquia, lo cual favoreció que en una sola acción, el Ejército lo golpeará duramente. En la denominada Operación Anorí murieron

Marco y Antonio Vásquez Castaño al lado de cientos de guerrilleros; también unos doscientos de sus miembros urbanos fueron detenidos o desertaron. Fabio Vásquez Castaño se refugió en Cuba y fue destituido del mando por los sobrevivientes, quienes apenas a comienzos de los ochenta empezaron el proceso de reestructuración y fortalecimiento —con la dirección del Cura Pérez—, ya bajo la denominación Unión Camilista, UC-ELN.

El Ejército Popular de Liberación (EPL) nació en 1967, tras la división del Partido Comunista, como el brazo armado de la corriente marxista-leninista, liderada por Pedro León Arboleda, Pedro Vásquez Rendón y Libardo Mora Toro, a quienes se unió después, en el plano militar, Francisco Caraballo. El grupo se dio a conocer en diciembre de 1967 con dos acciones en el departamento de Córdoba. En respuesta al Ejército desplegó un gran operativo que diezmó al incipiente EPL. Quedaron solo treinta hombres en armas.

De la segunda generación de grupos guerrilleros se destaca el Movimiento 19 de Abril, M-19, que tomó su nombre de la fecha de las elecciones presidenciales de 1970, en las que el partido del exdictador Gustavo Rojas Pinilla, de la derecha populista, denunció fraude en su contra. Esto llevó a que Carlos Toledo Plata, médico y militante de los Montoneros en Argentina, y Jaime Bateman, exmilitante de las FARC, empezaran a aglutinar a su alrededor a inconformes no solo con el supuesto fraude electoral, sino con el funcionamiento del Estado. Así, el 17 de enero de 1974, tras una campaña publicitaria de expectativa en los principales diarios del país, apareció el M-19 con un golpe efectista: el robo de la espada de Simón Bolívar del museo de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta. Ese fue el comienzo de una cadena de operaciones muy osadas como el robo de más de cinco mil armas de una guarnición militar el 31 de diciembre de 1978 y la toma de la Embajada de la República Dominicana en febrero de 1980. Estas acciones desencadenaron una gran ofensiva de los organismos de seguridad en su contra, lo cual llevó a su

repliegue hacia zonas rurales, donde al comienzo sufrieron bastantes bajas por su poca experiencia en este terreno.

El escalamiento del Conflicto Armado, su segunda fase, se presentó entre 1983 y 1991. En esta etapa ocurrieron varios procesos en forma simultánea: la guerrilla extendió su presencia e influencia en numerosas regiones; los paramilitares aparecieron como autodefensas, expulsaron a las guerrillas de algunas zonas donde luego establecieron sus fortines; los grupos de narcotraficantes chocaron con la guerrilla en desarrollo de sus actividades delincuenciales (Giraldo, 2005, pp. 43-78); y el Estado usó la represión para controlar el auge de los sindicatos, los movimientos estudiantiles y las organizaciones sociales en el entendido de que constituían la base social y política de las guerrillas.

Esta fase estuvo marcada por el incremento del número de combatientes de las guerrillas y la cualificación de sus hombres. También se caracterizó por su expansión por el territorio nacional hasta llegar a las ciudades; y por ubicar nuevas fuentes de financiación, como las industrias petrolera y bananera, de las que pudieran obtener mayor cantidad de recursos y con mayor frecuencia a través de la extorsión. Las guerrillas recurrieron al secuestro de familiares de terratenientes, industriales y banqueros para obtener recursos jugosos. Se presentaron acciones armadas que mostraron un cambio de estrategia política de las guerrillas, lo que llevó al Gobierno a combinar dos formas de control. Por un lado, puso en marcha el Estatuto de Seguridad Nacional que judicializó la protesta social e impuso un sistema militar para juzgar a los civiles de manera que el ejército fue investido con poderes para disolver cualquier conflicto, armado, social, laboral, y para judicializar a los implicados. Y, por otro lado, ante la reacción de las guerrillas que se unieron en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, el gobierno de Belisario Betancur propuso un proceso de paz con las FARC, que más tarde se amplió al EPL y al M-19. Con este

camino se esperaba llegar a una solución negociada que permitiera abrir canales de participación en actividades políticas legales a quienes dejaran las armas. También se allanarían las posibilidades para que los excombatientes hicieran parte del gobierno en todos sus niveles.

Sin embargo, con el argumento del incumplimiento de los acuerdos de paz, el M-19 se tomó el Palacio de Justicia el 6 de noviembre de 1985, con cuatrocientas personas adentro. La respuesta del Ejército fue a sangre y fuego. El resultado de los operativos de toma y re-toma, que se prolongaron durante 27 horas, fueron nefastos para el país: cien personas, entre civiles y combatientes murieron; entre ellas once magistrados de la Corte Suprema de Justicia. También once personas han sido declaradas desaparecidas

En la década de 1980 también se consolidaron los grupos armados de extrema derecha, conocidos más tarde como paramilitares. Antes, promediando los años sesenta, terratenientes, ganaderos y esmeralderos habían creado grupos armados sin ideología ni mando unificado para contrarrestar la acción de las guerrillas en contra de sus bienes y sus familias. Su organización coincidió con la visita a Colombia de una misión enviada por Estados Unidos para asesorar al gobierno en su lucha contra la expansión de la Revolución Cubana. Esa misión recomendó la creación de un grupo armado formado por civiles, para realizar tareas de contrainteligencia, contrapropaganda y actividades paramilitares y/o terroristas contra militantes o defensores del comunismo cuando fuese necesario (Sánchez, 2012, p. 66). En 1968, el Ministerio de Defensa aprobó proveer armas a estos grupos conformados por civiles. La experiencia de estos primeros grupos se convirtió en un aprendizaje para la aparición de los denominados de autodefensas, en los ochenta.

El resurgimiento de los grupos armados de derecha ocurrió en la rica región del Magdalena Medio, de donde lograron expulsar a las guerrillas de las FARC y el ELN. El grupo Muerte A

Secuestradores (MAS) fue creado por los hermanos Ochoa Vásquez y otros narcotraficantes para poner en cintura a las guerrillas que se habían convertido en sus enemigos porque intentaron obtener dinero a través de extorsiones y secuestros. El M-19 había secuestrado a Martha Nieves Ochoa, hermana de los miembros de uno de los clanes de mafiosos más poderosos de Colombia y esto provocó la ira del Cartel de Medellín, que enfiló sus armas en contra de toda organización de izquierda, armada o no. Al mismo tiempo, las FARC y el ELN habían diseñado una estrategia de extorsiones y secuestros de nuevo en el Magdalena Medio, donde ya los narcos eran dueños de extensas planicies ganaderas. Por lo tanto, la experiencia del MAS fue retomada y fundaron un nuevo grupo con el mismo nombre en Puerto Boyacá.

Ese modelo exitoso fue exportado al resto del país. Formaron grupos y establecieron campos de entrenamiento en Urabá, Córdoba, Putumayo y el Ariari. En esas regiones se encontraron con otros grupos de narcotraficantes, con quienes, rápidamente, hicieron alianzas debido a que coincidían en algunos intereses. Por ejemplo, en el Sur del país, los narcotraficantes debían pagarles a las FARC un impuesto por cada kilo de cocaína que sacaran de allí; para ellos era urgente controlar las ambiciones del grupo guerrillero. De esa manera, los miles de millones de dólares que la industria clandestina de la cocaína generaba financiaban no solo a los ejércitos privados de los grandes capos, sino que también llegaron a los actores del conflicto armado, como los paramilitares apoyados por las Fuerzas Militares. La expansión de estos grupos se realizó en dos grandes zonas geográficas. Al Norte y un poco hacia el Oriente del país operaban los hombres de Fidel Castaño y sus hermanos. Ellos protagonizaron una gran campaña anticomunista como respuesta al secuestro y muerte de su padre en manos de las FARC. Se denominaron Muerte a Revolucionarios del Nordeste, nombre que luego cambiaron por Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. En el Centro y en el Sur del país, se

desempeñaba Gonzalo Rodríguez Gacha, narcotraficante, al mando de mil hombres, que quería liquidar a la izquierda, porque fue víctima de un intento de robo por parte de la guerrilla. Para finales de los años ochenta, los paramilitares hacían presencia, además de los sitios ya mencionados, en la Sierra Nevada de Santa Marta, Caquetá, Guaviare y Putumayo. “Abarcaba pues el eje Urabá - Córdoba - Bajo Cauca - Magdalena Medio - Meta y era perceptible el propósito de expansión adicional, con la fundación de escuelas de entrenamiento en Puerto López (Meta), en Cimitarra (Santander) y en Puerto Boyacá” (PNUD, 2003, p. 59).

Fue precisamente Rodríguez Gacha quien lideró el exterminio de la Unión Patriótica (UP), el partido político en el que se agruparon los guerrilleros y militantes de izquierda que dejaron las armas en el proceso de paz de mediados de los años ochenta; época en que el colapso del comunismo en el mundo debilitó a varias guerrillas colombianas y llevó a negociar la dejación de las armas al M-19, el EPL, el PRT y el Quintín Lame. 2.500 militantes de la UP fueron asesinados. Tres candidatos a la Presidencia de la República por movimientos de izquierda fueron muertos a manos de sicarios: Jaime Pardo Leal, el 11 de octubre de 1987; Bernardo Jaramillo Ossa, el 22 de marzo de 1990; y Carlos Pizarro, el 26 de abril del mismo año.

Para entonces, era evidente una alianza entre autodefensas (apoyadas por ganaderos, empresarios colombianos, multinacionales), algunos políticos (cooptados por los anteriores para tramitar leyes a favor) y narcotraficantes (inquietos porque el tema de la extradición ya era parte de la agenda). La participación de los narcotraficantes en política de maneras directa —para la época Pablo Escobar ya era Representante a la Cámara— e indirecta —con la financiación de campañas al legislativo— fue denunciada y atacada por Luis Carlos Galán, candidato presidencial por el Nuevo Liberalismo y decidido defensor de la extradición como mecanismo

para combatir a los carteles, quien fue asesinado el 18 de agosto de 1989 por una alianza entre políticos, narcotraficantes, paramilitares y agencias de seguridad del Estado.

Frente a estos hechos que eran la evidencia del colapso del sistema político se abrió paso un movimiento social, denominado Séptima Papeleta, que llevó a la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente en 1990, para redefinir los principios políticos de la nación. Este proceso se desarrolló al mismo tiempo que se adelantaron negociaciones con el M-19, el EPL y el Quintín Lame, que obtuvieron derechos a participar en la discusión y elaboración de la Constitución de 1991. Las FARC pretendieron ir a la Asamblea Constituyente sin abandonar las armas, sin someterse a las elecciones para constituyentes, y a tener derecho a por lo menos la mitad de la asamblea, condiciones que el gobierno consideró desproporcionadas. El 9 de diciembre de 1991, día en que se realizaron las votaciones para elegir a los constituyentes, el Ejército atacó Casa Verde, el mítico campamento donde se suponía que estaba el Estado Mayor de las FARC. Pese a que las FARC no perdieron a ninguno de sus máximos dirigentes, sí provocó la dispersión de sus hombres (Escobar, Torres, 1995, mayo 21).

Otro de los puntos críticos de ese proceso fue la discusión de la extradición de colombianos que se dio, no solo en el recinto de la Asamblea, sino también en los espacios públicos. Los narcotraficantes manifestaban su rechazo al tema por medio de asesinatos selectivos, chantajes, extorsiones y atentados con carros cargados con explosivos. De esa manera, el Conflicto Armado se recrudeció en una fase denominada Narcoterrorismo; en el eje estuvo Pablo Escobar como financiador y estratega.

A partir de 1991, comenzó la fase del Conflicto Armado, denominada desbordamiento, que se extiende hasta hoy. Para entonces, el M-19, el EPL, el PRT y el Quintín Lame habían salido del teatro de la guerra después de negociaciones con el gobierno. Quedaban activos las FARC, el

ELN, algunas disidencias del EPL y los diversos grupos de paramilitares. Estos últimos comenzaron a articular una estrategia militar y política tendiente no solo a atacar a las guerrillas sino también a apropiarse de tierras productivas y a cooptar a las autoridades locales de la periferia. En este periodo, además, se intensificó la persecución contra Pablo Escobar por parte del Estado, para lo cual se alió con facciones de los paramilitares y del Cartel de Cali, y con recursos de Estados Unidos. El 3 de diciembre de 1993, el capo fue abatido en un barrio del Occidente de Medellín. Con esta acción, los paramilitares ganaron espacios en la vida política y penetraron algunas instituciones de carácter nacional, lo que más tarde les sería muy útil en su consolidación.

Por su parte, las FARC actuaron de modo similar al querer controlar la política local y ocupar grandes extensiones de tierra. Además, estratégicamente pasaron de la guerra de guerrillas a la guerra de posiciones, al contar con una tropa cada vez mayor, mejor entrenada y provista de armas sofisticadas, con lo cual impactaban casi todo el territorio colombiano; esto financiado, en gran medida, con el narcotráfico. En esta época las FARC golpearon duramente el Ejército por medio de ataques a bases militares o con tomas de municipios estratégicos. En estas acciones murieron centenares de soldados y cientos más fueron retenidos como prisioneros. Esta escalada fue en parte propiciada también por la poca o casi nula asistencia financiera y técnica de Estados Unidos a Colombia en el plano militar, ocasionada por las denuncias según las cuales la campaña presidencial de Ernesto Samper fue financiada por el cartel de narcotraficantes de Cali.

El ELN, por su parte, se mostró como un grupo en disputa con el narcotráfico, lo que le trajo duros enfrentamientos militares con las FARC. Sin embargo, en regiones como Arauca y Nariño, los bloques cedieron al narcotráfico y este se convirtió en el soporte de su fortalecimiento en esas fronteras.

En abril de 1997, tres grandes grupos —Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, Autodefensas del Magdalena Medio y Autodefensas de los Llanos Orientales— se unieron para conformar las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). En la práctica se trató de una federación de grupos regionales con el propósito de presentarse como una organización con un mando unificado, un plan nacional, una coordinación multirregional de las acciones y una agenda con pretensiones programáticas, todo con miras a lograr un espacio en la negociación con el Estado y un estatus que garantizara, a futuro, su reconocimiento como actor político.

En 1999 el gobierno de Andrés Pastrana dio inicio a las negociaciones de paz con las FARC. Al mismo tiempo avanzó en conversaciones con el gobierno de Estados Unidos para redefinir los criterios y las estrategias de la lucha contra el narcotráfico que, para la mirada colombiana, no podía desligarse de la lucha antiterrorista. Con esa justificación, Pastrana logró armamento sofisticado, tecnología para la guerra y mejor preparación para sus hombres en materia de inteligencia y de acción militar. Así, cuando los diálogos fracasaron, en febrero del 2002, a raíz de una serie de secuestros de políticos y acciones de guerra, las FARC se encontraron con un Ejército fortalecido, preparado para enfrentarlos en la selva y en las ciudades. Frente a este panorama, las FARC retornaron a su vieja estrategia de guerra de guerrillas.

Este proceso de paz que concentraba la atención del país en las FARC, y que se extendió hasta el año 2002, fue propicio para el crecimiento de las AUC y el recrudecimiento de sus acciones, que tomaron la forma predominante de masacres. En la misma época, las FARC atacaron el cuartel general de Carlos Castaño en el Nudo de Paramillo; lo que desató una guerra a muerte entre los que ya eran enemigos irreconciliables.

A partir de ese momento, las masacres se convirtieron en la acción armada más representativa de los grupos paramilitares dedicados a crear un corredor que separara el Norte del

centro del país y que también les permitiera controlar la producción de coca entre Urabá, Bajo Cauca, Sur de Bolívar y Catatumbo. En esta disputa por controlar los territorios estratégicos, la guerrilla respondió con las mismas armas de los paramilitares. Las FARC incrementaron los asesinatos y las masacres entre 1997 y 2001. Este fue un periodo de asesinatos selectivos, masacres indiscriminadas de civiles en zonas consideradas territorio del enemigo y destrucción de pueblos. Estos hechos se caracterizaron por la exacerbación de la crueldad: violencia sexual, desmembramiento de cuerpos, desplazamientos masivos de población, incineración de cadáveres, secuestros, desapariciones forzadas, siembra de minas antipersonal, despojo de tierras, ataques con explosivos.

En las elecciones del año 2002, ganadas por Álvaro Uribe Vélez, los grupos de paramilitares participaron para obtener escaños en el Congreso con candidatos propios y apoyaron a algunos más de la vieja clase política. Con tal avanzada, llegaron a constituir el 35% del legislativo, según informaciones divulgadas por los mismos paramilitares y confirmadas durante los procesos judiciales adelantados por la Fiscalía General de la Nación y la Corte Suprema de Justicia, en el macroproceso conocido en Colombia como la parapolítica. En esta etapa obtuvieron una mayor colaboración de organismos del Estado, en especial los de inteligencia, como el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), cuyo director no solo les facilitó informaciones sino también expertos de su entidad para capacitar a paramilitares en labores de seguimiento e investigación.

Como un intento de poner límite a la confrontación armada, se llevó a cabo la desmovilización de los grupos de paramilitares al comenzar el siglo XXI. Al mismo tiempo que se negociaba con ellos, entre 2002 y 2008, las guerrillas fueron perseguidas militarmente y diezmadas por la crudeza de los combates y la muerte en ellos de algunos de sus máximos

dirigentes. Como secuencia de los diálogos con unos y el combate a los otros, la intensidad del conflicto disminuyó temporalmente. El 13 de mayo de 2008, el gobierno colombiano extraditó a doce desmovilizados de las AUC, entre ellos los principales jefes. Esto, originado por su supuesto incumplimiento de los pactos acordados, generó que las fuerzas de exparamilitares que todavía estaban activas con el apoyo de algunos desmovilizados reorganizaran sus grupos con algún cambio en sus perfiles. Por ejemplo, algunas estructuras paramilitares empezaron a comportarse como carteles de droga con alta capacidad militar (ahora denominadas Bacrim), en tanto que la guerrilla aún tiene capacidad de acción y de guerra en ciertos lugares del país.

También en el año 2008, algunas instituciones de Derechos Humanos del gobierno nacional denunciaron una extendida práctica de efectivos del Ejército denominada Falsos Positivos y que corresponde técnicamente a ejecuciones extrajudiciales o ejecuciones sumarias. Se trata de secuestros y asesinatos de civiles que luego eran reseñados como guerrilleros muertos en combate. Esta práctica se realizó durante más de un lustro, según datos de la Oficina en Colombia de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos entregado en 2012, hay unas mil causas abiertas por estos hechos. Las investigaciones han logrado demostrar que algunos mandos militares participaron activamente en esto que fue una campaña para mostrar resultados en la lucha contra la subversión (Jiménez, 2013, mayo 8).

Marcos Palacios plantea que pese a los intentos de negociación, diálogo, desarme y desmovilización,

El modelo importado de “dos guerras en una” no se pudo manejar adecuadamente. Golpeó selectivamente la guerrilla, limitándola, sin destruirla. Aupó la desmovilización y reciclaje de los paramilitares; fortaleció el clientelismo parapólico y dejó en pie el negocio narcotraficante operando, más ágilmente, descentralizado. Como sus pares en Estados Unidos, los narcotraficantes

colombianos aprendieron a autodisciplinarse, bajando los costos de transacción implícito en el uso desembozado de la violencia (Palacios, 2012, p. 190).

El Conflicto Armado y sus estragos, materiales y humanos, pueden constatarse a través de las cifras:

Unas 600.000 personas asesinadas por diversos grupos armados y la fuerza pública (estimación del gobierno en septiembre de 2012). Más de 2.000 personas han muerto y 7.900 han resultado heridas desde 1990 por el uso de minas antipersona (estadística del gobierno). Más de 15.000 personas han sido víctimas de desaparición forzada en los últimos 30 años (Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos). Más de 3,7 millones de desplazados internos (según el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados). 1.754.275 hectáreas han sido reclamadas por desplazados en más de 23.000 demandas presentadas ante el Ministerio de Agricultura. Entre 2.000 y 3.000 guerrilleros están presos (estimativo de la ONG Colombianos y Colombianas por la Paz). Un total de 2.927 menores de 18 años se han desvinculado de las FARC desde noviembre de 1999 hasta julio de 2012 (Instituto de Bienestar Familiar). El PIB colombiano podría aumentar entre uno y dos puntos porcentuales en caso de alcanzarse un acuerdo de paz con las FARC (ministerio de Hacienda). Tres procesos fallidos de paz se han llevado a cabo entre el gobierno y las FARC desde los años 1980. 431.900 es el total de miembros de las fuerzas de seguridad de Colombia. Unos 9.200 combatientes posee la guerrilla FARC (estimación del Ministerio de Defensa) (Robayo, 2012).

La línea de tiempo de *Violentología* —que se ha seguido en estas páginas— termina con un signo de interrogación, pues es claro que para el Conflicto Armado Colombiano no se vislumbra resolución próxima y definitiva. Esta conclusión ya la anticipó Gabriel García Márquez cuando ficcionó:

De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos: rastrojos de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil. La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario, olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte. En menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma,

espació en las calles su confusa carga de desperdicios. Y esos desperdicios, precipitadamente, al compás atolondrado e imprevisto de la tormenta, se iban seleccionando, individualizándose hasta convertir lo que fue una callejón con un río en un extremo y un corral para los muertos en el otro, en un pueblo diferente y complicado, hecho con los desperdicios de los demás pueblos (García Márquez, 2012, p. 9).

Las Guerras Civiles del siglo XIX, La Violencia y el Conflicto Armado, aquí esbozadas, han dejado además de muertos, campos despoblados, legitimidades cuestionadas y temor en un gran acervo de narraciones impresas publicadas en folletos, hojas sueltas, periódicos y novelas de las que aquí se rescatan piezas, referidas solo a algunos eventos, para evidenciar, por un lado, la permanencia de la guerra y, por otro, la constante emergencia de palabras para relatarlas.

1815. El asedio de Cartagena

Tal vez el hecho más atroz del intento de Reconquista se conoce como el Asedio de Cartagena. La ciudad, ya establecida como territorio independiente desde 1811, fue rodeada por fuerzas navales y terrestres conformadas por más de 20 mil hombres: españoles, venezolanos y criollos leales a la Corona Española al mando de Pablo Morillo y Francisco Tomás Morales. Además de los ataques con armas, la población fue cercada por el hambre y las enfermedades no atendidas entre agosto y diciembre de 1815. Nueve mil personas, dos terceras partes de los habitantes de Cartagena, murieron sin alimento, con enfermedades epidémicas y sin atención médica.

Lino de Pombo, intelectual liberal, diplomático y sobreviviente de estos hechos, describió así lo que vivió:

El progreso de los estragos del hambre era en sumo grado aflictivo; pereciendo unos por falta de alimentos o postración de fuerzas, otros por las enfermedades consiguientes a la mala calidad de la triste ración que se proporcionaban, y prolongando otros su miserable existencia escuálidos, hebetados y con hinchazón

progresiva de las piernas. Carnes y harinas podridas, bacalao rancio, caballos y burros en detestable salmuera, perros, ratas, cueros, en fin, recurso de la generalidad desvalida; y escasas dosis de arroz con camarones secos y chocolate era el de las familias acomodadas que habían salvado esto de las pesquisas domiciliarias. Los extranjeros dedicados a la especulación del corso, conservaban tal cual depósito de víveres, y los beneficiaban sin misericordia, haciéndose en cambio dueños de las prendas de oro y piedras preciosas que existían en la ciudad. Y a pesar de tanta miseria y tantas congojas, nunca, durante la época del sitio, que duró cerca de cuatro meses, se oyó a nadie hablar, por desesperación siquiera, de sometimiento a la antigua madre Patria (De Pombo, 2011, pp. 59-60).

El 5 de diciembre, los sobrevivientes no pudieron más con el asedio y huyeron a Haití en barcos franceses. Los españoles ganaron la larga batalla, pero no había premio: la ciudad estaba desolada y los cadáveres malolientes se contaban por cientos en las viejas murallas. Cartagena fue vencida, después de 106 días de resistencia, y allí se restableció el gobierno virreinal.

1817. Fusilamiento de Policarpa Salavarrieta

En mayo de 1816, Pablo Morillo, el general encargado de la operación de Reconquista, estableció —desde Bogotá— tres tribunales militares con los cuales oficializó el llamado *Régimen del Terror*, nada distinto a la brutalidad con la que los españoles intentaron contener el proceso de Independencia en todo el territorio. Los tribunales en mención fueron: Consejo de Guerra permanente para juzgar a los patriotas que hubiesen cometido asesinatos, llamados delitos de sangre; Consejo de Purificación ante el que debían presentarse quienes estuviesen comprometidos con la revolución pero que no eran asesinos; y la Junta de Secuestros encargada de recaudar dinero y bienes para sostener la causa. En cumplimiento de estos planes, las fuerzas realistas fusilaron o desterraron primero a los políticos, gobernantes, intelectuales y militares que sostuvieron la primera campaña de independencia. Después, hicieron lo mismo con quienes

catalogaban como informantes o colaboradores entre quienes estaban varias mujeres y más de noventa sacerdotes.

Policarpa Salavarrieta fue una de esas mujeres sacrificadas por su entrega a la causa libertaria. A. Brown, un autor del que no se sabe mucho en Colombia, escribió una novela inspirada en la lucha de esta mujer que prestó servicios como espía y estafeta en la causa de Simón Bolívar. Se sabe que la obra fue publicada por fascículos entre 1894 y 1895 en *Journal des Voyages et des Aventures de Terre et de Mer* en Francia. El autor narra así el fusilamiento de la heroína, ocurrido el 14 de noviembre de 1817 a las nueve de la mañana:

Ramón Villegas palideció a su vez, pero su odio triunfó por encima de la turbación que sentía, se inclinó sobre el balcón y se dirigió al oficial encargado de comandar el pelotón de ejecución.

—¡Mátenlos ya! —gritó—. ¡Mátenlos! ¡Mátenlos de una vez!

Los cañones de los fusiles bajaron.

Instintivamente Pola Zalarita lanzó sus dos manos hacia delante, como para protegerse de los proyectiles; en un instante vencida por la caída de su energía frente a la muerte inmediata, sin remisión, gritó:

—¡Teneís valor de matar a una mujer!

—¡Mi bien amada, valor! —dijo Enrique rodeando a su novia con una mirada donde había puesto todo su amor.

—Enrique mío, perdóname esta debilidad. Sabré morir. ¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Adiós, hermosa novia mía!

Una fuerte detonación conmovió la atmósfera; los cuerpos de las dos víctimas se batieron pesadamente contra el suelo (Brown, 2011, pp. 251-252).

1819. Fusilamiento de los prisioneros de la batalla de Boyacá

El 2 de mayo de 1819, tres años después de que el *régimen del terror* comenzara su expansión por todo el territorio, Simón Bolívar inició la Campaña Libertadora de la Nueva Granada en los llanos de Apure, desde donde partió rumbo a la provincia de Casanare. Después de 45 días de viaje, unió sus fuerzas con las del general Francisco de Paula Santander y avanzó

sobre los Llanos Orientales, atravesó la cordillera Oriental por el páramo de Pisba y penetró en la antigua provincia de Tunja, donde se enfrentó a las tropas realistas.

Años atrás, desde allí Camilo Torres había pedido al pueblo exterminar a los españoles que “asaltan las ciudades, saquean vuestras casas, asesinan a vuestros ciudadanos [...]. El odio debe haberse encendido en vuestros corazones para perseguir hasta el escarmiento y la muerte misma a los que hacen profesión de tiranizar pueblos que la distancia parecía poner al abrigo de sus persecuciones” (Ruiz, 1992, abril). Estas palabras concordaron con las que Bolívar pronunció en 1813 en su Decreto de Guerra a Muerte, según el cual los españoles que no se unieran activamente en la lucha por la independencia serían castigados con la muerte. La ofensiva de Bolívar y Santander se concretó en las batallas de Gámeza y del Pantano de Vargas que fueron el preámbulo de la batalla definitiva, la de Boyacá, ocurrida el 7 de agosto de 1819.

Tres días después del triunfo, Bolívar llegó a Santa Fe de Bogotá. Nombró a Santander como Vicepresidente y lo encargó del gobierno de la Nueva Granada. Antes de partir para avanzar en la liberación de Venezuela, le propuso al exvirrey Juan de Sámano un canje de prisioneros. El 10 de octubre, Santander se enteró de que los 38 oficiales prisioneros intentaban seducir al pueblo con apoyo de los realistas residentes en la ciudad. Solo unas horas después, y sin consejo de guerra de por medio y sin esperar respuesta de Sámano, Santander ordenó “pasar por las armas a todos los oficiales prisioneros del ejército del rey”.

Del cronista santafereño José María Cordovez se conocen muchas historias de la Independencia y del siglo XIX en Colombia. El relato del fusilamiento del general español José María Barreiro, vencido en la batalla de Boyacá y enemigo acérrimo de Simón Bolívar, publicado en el tercer tomo de *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*, escritos entre 1850 y 1870, reza así:

“José María Barreiro, Francisco Jiménez, Antonio Pía, Antonio Galluzo. ¡A formar al frente!”. Cumplida la orden por los interpelados, el oficial indicó a los religiosos que podían acompañar a los presos al lugar del suplicio.

Aquel incidente produjo en los prisioneros la persuasión de que al sacrificio de los cuatro jefes nombrados se limitaría el rigor de las represalias. Barreiro y sus compañeros de suerte se postraron de rodillas con el fin de recibir la última absolución de los franciscanos, se despidieron de los que creían salvados, y emprendieron marcha con entereza militar.

Las siete de la mañana sonaban en el reloj de la torre inmediata, cuando los que iban a morir asomaron a la puerta de la prisión: un prolongado rumor de los numerosos espectadores los acogió. Barreiro marchaba a la cabeza del pavoroso grupo, acompañado del Padre Camero y de los soldados que debían tirar sobre el General; luego seguían los tres compañeros, cada uno con un religioso y dos ejecutores. La escasez de hombres y de municiones no permitían un medio más eficaz para deshacerse de los prisioneros: lo que no hicieran las balas debían completarlo las bayonetas.

Las cuatro víctimas se situaron al frente de los edificios del costado sur de la plaza. Barreiro vestía dolmán azul con entorchados, resto de sus brillantes uniformes; sus tres compañeros llevaban ropa de telas fabricadas en el país; todos iban con la cabeza descubierta.

Al llegar al sitio destinado para el fusilamiento, Barreiro dio frente, el primero, a los soldados; y antes de que le despedazaran el cráneo con los disparos a quemarropa, gritó con altivez:

—¡Viva España!

—¡Viva la Patria! ¡Mueran los godos! —replicó el pueblo con el frenesí de la venganza— (Cordovez, 1942, pp. 248-249).

En adelante, los tiradores cumplieron la orden de fusilar a militares de menor rango en lo que pude calificarse de cacería cruel. Eduardo Ruíz Martínez relata que

entre las descargas el teniente labrador queda vivo. Pide la gracia. No se le concede, y muere de un bayonetazo. Un paisano, Juan Francisco Malpica, español y realista, protesta desde el atrio de la catedral y grita. “Atrás viene quien las endereza”, refiriéndose a Morillo. Santander ordena en el acto su fusilamiento. Se alcanza a confesar. Es fusilado con los últimos tres reos. La mala puntería de los soldados causa en ellos muchas heridas. Varios son ultimados a sablazos. Con Malpica, el número de cadáveres llega a 39 (Ruiz, 1992, abril).

Todos fueron enterrados en una fosa común.

1828. La noche septembrina

El ingeniero francés Jean Baptiste Boussingault relató en sus memorias los pormenores de aquel atentado:

Las sociedades secretas son generalmente traicionadas por la imprudencia de sus afiliados; esto fue lo que sucedió el 25 de septiembre. Un oficial, Francisco Salazar, informó a la policía que un tal Benedicto Triana le había propuesto participar en una conspiración que tenía por objeto asesinar al Libertador. Triana fue inmediatamente detenido e interrogado, pero no se le encontró nada comprometedor y no se tomó ninguna medida. Sin embargo, los conjurados creyendo haber sido descubiertos, se reunieron al atardecer en casa de uno de ellos, Luis Vargas Tejada; se convino en actuar sin demora, los papeles fueron distribuidos: se contaba con el jefe del estado mayor, Ramón Guerra, con el comandante de las baterías de artillería, Rudesindo Silva, con varios oficiales y algunos estudiantes. Los comandantes Carujo, Horment, Sulaivar y el teniente López fueron encargados de atacar el palacio y de asesinar a Bolívar. A media noche, encabezando un piquete de artilleros seguido de conjurados, Canijo sorprendió al oficial de guardia, degolló a los centinelas y penetró en el palacio, después de haber hecho prisioneros a los hombres de turno. Un joven edecán, Ibarra, trató de detenerlos y fue derribado después de ser gravemente herido. Bolívar habitaba un entre suelo y los conjurados quisieron entrar allí, golpearon con fuerza y cuando iban a tumbar la puerta apareció Manuelita.

—¿Qué desean ustedes? —les preguntó con gran calma.

—¡A Bolívar!

—No está aquí, pueden buscarlo.

Se buscó en vano porque ella, al escuchar el ruido, adivinó una conspiración e inmediatamente, con ayuda de una sábana atada a una ventana que daba sobre la calle, había hecho escapar al Libertador. Puede juzgarse cuál fue la sorpresa de los conjurados.

—¿Pero dónde está el General?

—Está acostado.

—Llévenos a donde él esté.

—Bien, pero con una condición: que no lo matarán.

—Lo prometemos.

—Entonces síganme.

Manuelita, a la cabeza de estos hombres enfurecidos hasta la demencia, los hizo recorrer todos los pisos del palacio: se subió, se bajó y al fin se regresó al punto de

salida. La impaciencia de los conjurados era extrema: de pronto, Manuelita se volteó hacia la horda furiosa y les dijo: “Usé una estratagema para ganar tiempo. Ya Bolívar está fuera de peligro; lo he hecho escapar por esta ventana. ¡Ahora mátenme!”, añadió cruzando los brazos sobre su pecho. La tumbaron, la maltrataron y uno de los conspiradores la golpeó en la cabeza con su bota; diez puñales se levantaron sobre ella que no dejaba de gritarles: “¡Pero mátenme, cobardes, maten a una mujer!”. Tiempo después todavía se veía sobre la frente de Manuelita el rastro del golpe que le habían dado (Boussingault, citado por Vela, 2010).

1841. Las batallas de María Martínez

Al alzamiento liberal, que siguió a la muerte de Santander, se unieron quienes desde las provincias mantenían vivas las aspiraciones de autonomía y libertad.

Es claro que las provincias, dominadas por clanes y caudillos locales, tenían intereses muy fuertes [...]. La patria, para la generalidad de los pobladores, seguía siendo la provincia, Bogotá no representaba otra cosa que el odioso reemplazo del rey de España. Si habían terminado por sacudirse de encima al odioso soberano, no iban a tolerar el dominio desde esta remota y fría ciudad (España, 2013, p. 65).

En consecuencia, los ocho grandes jefes militares de las guerras de la independencia se declararon jefes supremos en sus regiones y desataron la guerra.

En Antioquia, por ejemplo, el jefe supremo era Salvador Córdoba, quien viajaba por los campos sometiendo a la fuerza a quienes se le oponían. “El 12 de noviembre de 1841, llegaron treinta de sus hombres a Sonsón, allanaron posesiones, persiguieron a los pobres, capturaron a veinte campesinos, intentaron recoger cincuenta mil pesos para financiar la guerra y se acomodaron en la plaza” (Nieto, 2012, p. 9). A él se enfrentó María Martínez de Nisser quien, vestida como hombre, se insertó en las filas leales al gobierno de Márquez, escribió un diario de su experiencia en las filas. El 5 de mayo de 1841, dejó la siguiente constancia:

Con mis compañeras, cuyo número se había aumentado, deseosas todas de ver al enemigo, nos colocamos en una línea recta a lo largo del filo de la loma; y como casi todas tenían pañolones colorados, les dije: pueda ser que alguno de los enemigos nos

vea, y nos tenga por una fuerte reserva. A la una y media de la tarde oí el estruendo de una carga cerrada que al llegar a la quebrada de la Frisolera dieron los quinientos fusileros que traía el supremo: sonido extraño para mí, y no menos sorprendente, pues el eco de las cordilleras lejanas repetía esta voz aterradora que al momento fue contestada, con la primera emboscada con un sonido más débil (Martínez, 2012, p. 89).

1861. Batalla de Campo Amalia

En 1856 fue elegido como presidente el conservador Mariano Ospina Rodríguez, quien arrasó con las conquistas alcanzadas por la llamada revolución liberal del medio siglo. Los liberales decretaron la libertad de los esclavos —lo que provocó otra guerra de la que no trataremos aquí—, establecieron, de nuevo, la separación entre la Iglesia y el Estado, y aprobaron el federalismo mediante el cual cada departamento tenía derecho a darse su propia constitución. La primera determinación de Ospina Rodríguez fue establecer un gobierno hegemónico y excluyente que dejaba por fuera a los liberales y a conservadores que —al decir del historiador Gonzalo España— el presidente consideraba contagiados de liberalismo. Y la segunda, devolver multiplicados con creces los poderes a la Iglesia católica que había sido determinante para su triunfo en las urnas (España, 2013, p. 122).

Frente a la arbitrariedad de Ospina, los liberales se alzaron en todo el país y se precipitó la Guerra Civil Colombiana en 1859. Surgieron diversos caudillos que se enfrentaron al gobierno conservador desde las provincias. Al mando de los subversivos estuvo el general Tomás Cipriano de Mosquera, un guerrero liberal triunfador en la Guerra de los Supremos, quien luchó con los discursos y las armas para mantener la autonomía de los estados federales.

Las restricciones a las libertades impuestas por el gobierno y el congreso dieron origen a revueltas en diversas regiones como Santander, Boyacá, Bolívar y Magdalena que en 1859 reclamaban soberanía. Cuando el gobierno pretendió dividir el Estado Federal del Cauca para

controlar sus territorios y riquezas desde el centro, este se unió a los estados de Bolívar y Santander bajo la denominación de Estados Unidos de Nueva Granada para combatir al gobierno legítimo de la Confederación Granadina, como se llamaba entonces el país.

En mayo de 1860, Mosquera rompió definitivamente sus relaciones con el gobierno central y se nombró Supremo Director de la Guerra y presidente provisorio de los Estados Unidos de la Nueva Granada. Armó a su ejército, venció tropas de otros estados, invadió territorios, libró duras batallas en tierras de los conservadores como Antioquia, dirigió a los ejércitos amigos que se movían en Santander y Bolívar, propuso acuerdos de paz que no fueron escuchados. También fue derrotado en Manizales y se vio obligado a firmar un acuerdo según el cual él se comprometía a regresar al Cauca y entregar las armas. A cambio, el gobierno de la Confederación daría una amnistía general a los rebeldes y anularía el decreto de división del Cauca. Como el gobierno central no aprobó expresamente el arreglo, Mosquera se preparó para tomarse la capital.

En esa campaña, Mosquera y los demás líderes rebeldes que se movieron por todo el país, enfrentaron cientos de batallas. Una de las más cruentas fue la conocida como Campo Amalia, donde 2.700 hombres de Mosquera se enfrentaron a 5 mil hombres del gobierno. José María Córdovez Moure reconstruyó el suceso con estas palabras:

Los dos ejércitos pusieron en juego las tres armas de batalla y combatieron con rabiosa bravura desde las siete de la mañana hasta las siete de noche. Hubo un momento en que estuvo perdido el general Mosquera, a quien se le abolló el caballo en un tremedal, y sólo debió su salvación a la heroica generosidad del coronel Simón Arboleda, quien le cedió el caballo que montaba y cayó prisionero en lugar del general.

Mil muertos y casi otros tantos heridos fue el resultado de la batalla, que quedó indecisa; el primero de los contendores que hubiera atacado al día siguiente habría conseguido la victoria, porque ambos ejércitos quedaron destrozados y sin ánimo de continuar la lucha por el momento. Los cadáveres insepultos y los desgarradores lamentos de los numerosos heridos abandonados a su suerte por más de dieciocho

horas, tocaron el corazón de los jefes de ambos ejércitos, quienes ajustaron un armisticio de tres días, tiempo que se creyó suficiente para los deberes que exige la humanidad (Cordovez Moure, 2006, pp. 297-298).

1863. Expulsión de las Carmelitas

Días después, los combates en Campo Amalia se acercaron a Bogotá, donde las gentes vivieron el terror del sitio. El presidente Mariano Ospina huyó, fue apresado, condenado a muerte y, finalmente, le perdonaron la vida y lo enviaron a prisión.

El 18 de julio de 1861, Mosquera se tomó la capital. Hizo fusilar a tres defensores del régimen y gobernó: dictó el decreto de Tuición de Cultos, mediante el cual la Iglesia quedaba subordinada al gobierno civil; expulsó a la Compañía de Jesús por apoyar a los conservadores; dictó el decreto de Desamortización de Bienes de Manos Muertas, medida que permitió confiscar los bienes de la Iglesia y venderlos en subasta pública; ordenó prisión para el arzobispo de Bogotá y decretó la extinción de las comunidades religiosas que no aceptaran las normas expedidas.

Mientras la guerra continuaba extendiéndose por todo el territorio, los agentes del gobierno hacían cumplir, también a sangre y fuego, las nuevas leyes. Rosa María de Santa Teresita, religiosa carmelita que vivió en el convento de Medellín durante más de cincuenta años, reconstruyó a partir de archivos oficiales, cartas y diarios, el momento de expulsión de las monjas que la precedieron.

Ocurrió que el viernes 29 de mayo de 1863:

llegó la hora fatal. Empezaron los agentes a dar en la puerta exterior del Monasterio los golpes más desacostumbrados y a vocear. Como la puerta no se abría, llamaron herreros que rompiesen los cerrojos. Tan pronto empezaron los golpes, la Priora hizo señal con la campana para que se reunieran en el coro. Cerrado el torno fue a levantar a la hermana Lucía, ayudada de otras dos religiosas. Con dificultad la llevaron la

coro bajo donde estaban reunidas las religiosas, cerraron la puerta y a una voz empezaron a rezar las letanías mayores y otras preces, entre suspiros y lágrimas. Falseada la cerradura de la puerta exterior y vencidos los fuertes cerrojos de la puerta reglar, a golpes de martillo y barra consumaron la violación del claustro subieron al coro alto, anduvieron por los corredores y otras partes y por último llegaron a la puerta del coro bajo [...]. ¡Vaya gendarme, diga a la tropa que entre! [...] Y empezaron a agruparse varios hombres con uniformes colorados. La Priora [...] pensando que los soldados empezarían a tomar a las religiosas en brazos y que las ultrajarían indignamente, comprendió que ya no le era lícito resistir más. [...] Desfilaban las religiosas; [...] la Priora, de rodillas, protestó nuevamente que eran echadas violentamente de su monasterio y de nuevo ofreció a Dios aquel doloroso sacrificio. Las señoras fueron recibiendo a las religiosas para conducir las a una casa preparada y que era de Mariano Uribe. La portería y la calle estaban llenas de soldados filados a uno y otro lado. Por en medio llevaban a las religiosas. Todavía llovía y algunas señoras las protegían con sus paraguas (De Santa Teresita, s.f., pp. 135-139).

1877. Matanza en Mogotes

Para continuar con la línea de gobierno trazada por Tomás Cipriano de Mosquera, el presidente liberal Eustorgio Salgar, siguió adelante con las reformas educativas que se concentraron en instaurar una educación liberal y laica, como una forma de romper con la tutela de la iglesia sobre las masas populares. Enrique Cortés, uno de los encargados de promover el movimiento, declaró: “El hombre que aprende, que despierta sus facultades, que entra en el comercio de las ideas, que deja de ser máquina y puede decir ‘pienso, luego soy’ no es ya esclavo del campanario” (España, 2013, p. 139).

La abierta actitud liberal de estos gobiernos hacia la educación predispuso a los conservadores y a los miembros del clero, quienes se dedicaron a combatir el proyecto. Cuestionaron la llegada al país de un grupo de alemanes con la misión de fundar escuelas normales para capacitar a maestros y abrir escuelas públicas en todos los estados. De la presencia de estos pedagogos se dijo que respondía a “un intento de ‘descatolizar’ a los colombianos ya que

algunos de ellos eran protestantes [...], calificaron la labor pedagógica de los maestros alemanes como ‘el arte del diablo’” (España, 2013, p.140).

Esta lucha por el control de la educación, reflejo de la lucha ideológica, se tradujo en la llamada Guerra de los Colegios, en la que también tuvieron peso razones económicas. El primer brote de violencia comenzó en el Estado Soberano del Cauca, donde se enfrentaron dos ejércitos regulares: el rebelde conservador al mando del presidente del estado de Tolima, general Joaquín María Córdova, y el gubernamental liberal del general Julián Trujillo. En los primeros combates los ejércitos estaban conformados por 7 mil y 4 mil hombres respectivamente. Semanas después, el gobierno reforzó su tropa con 3 mil reclutas más.

La guerra, iniciada el 9 de julio de 1876, se expandió por territorios como Antioquia, Santander, Valle, Tolima y Huila. En pocos meses, el país era de nuevo campo para una guerra que no respetaba ley alguna. En solo un año, por lo menos 10 mil colombianos fueron sacrificados. Una cantidad considerable de compatriotas quedó mutilada. Innumerables familias quedaron en la ruina. El país, después de la sangre derramada, se sumió en ruinas.

En los archivos de la guerra conservados hasta hoy se encuentran documentos, cartas y otros testimonios que dan cuenta de la crueldad de esta otra guerra. José F. Acevedo reportó al presidente del momento, Aquileo Parra, lo siguiente:

A un antioqueño Jaramillo que se presentó entre ellos con órdenes superiores para organizarlos le dieron muerte. El día 19 de este dieron también muerte a Mauricio Velásquez liberal enteramente pacífico [y que] otra guerrilla⁵ que merodea por estos lados, desde “Pacho” pasando por la “Pradera” hasta “Riofrío”, dio muerte a Eugenio Vega, liberal, hermano de un sacerdote, cometiendo con él actos de un salvajismo increíble. Lo mutilaron en el acto de cogerlo, en seguida le sacaron los ojos con un puñal y luego lo mataron arrastrándolo hasta echarlo en una quebrada. Todos estos

⁵ La guerrilla mencionada era de filiación conservadora y se daba a conocer con el nombre de Los Mochuelos. Nota de la autora.

hechos son exactos, y pueden publicarse como actos propios para caracterizar más a los religionarios (Subachoque..., s. f.).

Otro testimonio tan cruento como el anterior y característico de esta guerra, proviene del estado de Santander donde guerrilleros conservadores usaron con sevicia armas blancas.

Unos bandidos encabezados por Pablo Salazar se apoderaron de esa indefensa población [Mogotes] en la cual no se encontraba ningún individuo en armas, y cometieron crueldades con los pocos liberales que había allí. Los señores Corzos y Posidio Castellanos fueron asesinados en las calles y en sus propias casas en presencia de sus familias. Las armas empleadas fueron el hacha y el machete; los archivos públicos no se escaparon y fueron incinerados junto con cadáveres y miembros de liberales que habían caído bajo el hacha católica; también fusilaron al señor Bartolomé Durán en la Plaza de los Confines por orden del furioso regenerador señor Leonidas Torres; todos estos hechos fueron ejecutados por “estos modernos carlistas” (Guerra a muerte, 1877, marzo 13).

1885. Recuerdos de un general

En las elecciones presidenciales de 1880, Rafael Núñez llegó al poder mediante una alianza con el sector moderado del Partido Liberal y con el Partido Conservador. Al vencer al general Tomás Rengifo, por siete votos en contra de dos, Núñez derrotó al sector radical del liberalismo. Es decir, sacó de la escena política a quienes escribieron y reglamentaron la Constitución de Cúcuta, que regía al país desde 1863.

El proceso de conformación de la comunidad política *imaginada* por los liberales fue de nuevo interrumpido. Para Núñez era urgente reconducir al país hacia los principios conservadores y por lo tanto debía cambiar una constitución que

otorgaba a los estados asociados todas las prerrogativas posibles, tales como crear ejércitos y elevarlos al número que desearan y pudieran; darse sus propias constituciones, sus propios códigos civiles, penales y de comercio; montar el sistema tributario que desearan; establecer sus propios congresos (asambleas) deliberantes e inmunes; y nombrar el tren de empleados que tuvieran a bien, mientras que el ejecutivo central fue despojado por entero de la posibilidad de intervenir en los

conflicto domésticos de las secciones, así éstos se dirimieran a plomo (España, 2013, p. 128).

Frente a los ciudadanos, la Constitución del 63 otorgaba libertad “para armarse u ejercer el libre tráfico de pólvora y armas, lo cual fue denominado, eufemísticamente, como ‘el sagrado derecho de insurrección’” (España, 2013, p. 128).

El levantamiento de los liberales en contra de las decisiones de Núñez, quien finalmente impuso una nueva constitución política, no tardó mucho en ocurrir. Uno de los generales líderes de la insurrección fue Gaitán Obeso, quien al lado de Manuel E. Navarrete se levantó el 24 de septiembre de 1884 contra el gobierno del estado de Cundinamarca. Desde allí comenzó la expansión de sus tropas que tomaron el río Magdalena como la ruta estratégica para atravesar el país. Obeso y sus hombres se apoderaron de Barranquilla y sitiaron a Cartagena. También ganaron la batalla de La Humareda, el 17 de junio de 1885, pero ese triunfo no les alcanzó para ganar la guerra.

El 14 de septiembre del mismo año, Obeso fue detenido en las selvas de Santander. De Bogotá, una vez condenado, fue llevado a una prisión en Cartagena de Indias. Al año siguiente, cuando lo trasladaban para una cárcel en Pasto, los guardias lo entregaron al general Ramón Santodomingo Vila, uno de sus rivales. Pocos días después se supo que Obeso falleció víctima de envenenamiento.

La voz de Gaitán Obeso fue recreada por Inés Aminta Consuegra, en una novela situada en el campo de batalla:

Con las guerrillas de los Batallones Bolívar, Junín, Cundinamarca, Pichincha, Restaurador, Gaitán, Ocaña y Padilla, ataqué sin cejar las trincheras de los enemigos, desalojándolos y tomándoles prisioneros. Junto conmigo luchaban con creciente arrojo y brío, los generales Siervo Sarmiento, Mario Arana, Francisco Labarcés, Juan Rives Miranda y el coronel Abraham H. Juliao. La voz del denodado general

Francisco Durán resonaba en mi oído, firme y resuelta, dirigiendo los movimientos de sus subordinados. Y unas veces cerca de mí y otras alejado por las peripecias del combate, pero siempre en el punto más peligroso, en el puesto en que se arriesgaba con más honor la vida, se encontraba el general Nicolás Jimeno Collante. No descansaba un instante. Previsivo, olvidándose de sí mismo para pensar en los demás, alentaba con la mirada a los soldados vacilantes y se acercaba al fatigado oficial, reanimándolo con un gesto elocuente, con una de esas palabras de sincera y generosa emoción, que logran siempre despertar simpático eco.

En el calor del combate descubría a veces su cabeza y sus compañeros, arrastrados por la expresión de aquel rostro tranquilo y risueño, como el verdadero valor, firme como el deber, lo saludaban con un grito de afecto y se lanzaban con renovada fuerza hacia el enemigo. Cada uno de los jefes, oficiales y soldados cumplió con su deber.

El heroico sargento mayor Julio Castañeda, en el cumplimiento de una de mis órdenes, fue alcanzado por una bala certera del enemigo y cayó rindiendo la vida, sin que le arrancara una queja, un grito de debilidad, el recuerdo de su joven y adorada esposa, de su pequeña hija, que abandonaba al principiar la vida.

Murieron también a mi lado, desgarrando mi corazón tan doloroso espectáculo, el joven Francisco Jordán y mi leal y cumplido ayudante de campo, el teniente Leonidas Hinestrosa.

La lucha principiaba desde temprano continuaba aún, al ascender el sol al zenit. Hacía más de cinco horas que se combatía sin tregua, cuando recorrió las filas la voz de que el jefe de las fuerzas enemigas, general Vicente C. Urueta, había caído prisionero, entregando su espada en manos del comandante del batallón Pichincha, coronel Zoilo Urrea, el futuro vencedor de Barú. Supo él recibirla, tratando al jefe vencido con toda la hidalguía y generosidad que caracteriza al soldado liberal.

A pesar de este rudo golpe, el enemigo continuó resistiendo tenazmente. Las avanzadas de los batallones Ocaña, Junín, Cundinamarca y Gaitán, se batían a quemarropa con los veteranos del 14 y 4° de línea.

A la cabeza de los soldados, murió el sargento mayor Leocadio Navarro, valiente jefe del Ocaña; y a poca distancia de él, como si se hubieran citado para dar juntos una última prueba de arrojo y patriotismo, expiró también el coronel Samuel Juliao, herido en la frente.

El combate se prolongaba demasiado. El enemigo se mantenía sordo a los toques de cesar el fuego y parlamento, que ordené varias veces. Era preciso reunir en una última carga todo nuestro valor, toda nuestra decisión, para atraer la Victoria, que no volaba a refugiarse como tantas otras veces, en los pliegues de nuestra bandera, detenida por los esfuerzos del enemigo. (Consuegra, 2007, pp. 92-93).

1900. Hospital de sangre

Tras quince años sucesivos de los conservadores en el poder, las condiciones para que una gran guerra estallara estaban dadas.

Por una parte, los liberales derrotados fueron excluidos sistemáticamente de la vida política: sus votos eran quemados, no ocupaban ningún escaño en las asambleas departamentales, los estudiantes eran discriminados al momento de ingresar a la universidad pública por lo que fue creado un centro de educación superior de corte liberal hasta donde también llegó la censura conservadora, los periódicos liberales y conservadores opositores al gobierno fueron cerrados y algunos de sus directores enviados a la cárcel. “Carlos Martínez Silva no se cansaba de repetir que la exclusión del partido liberal significaba el desconocimiento de por lo menos la mitad de los colombianos” (España, 2013, p. 128).

Por otra parte, la oposición conservadora de los históricos criticaba al presidente en muchos frentes: acataba la política económica, monetaria y fiscal, ponía el ojo en el manejo de las aduanas y de los monopolios oficiales, denunciaba la corrupción imperante en el Estado, criticaba la parálisis de las obras públicas, señalaba el empobrecimiento generalizado de los habitantes y no pago de los salarios de maestros y jueces.

Además, Miguel Antonio Caro, presidente conservador entre 1892 y 1898, estableció un gobierno de enemistades: con los conservadores de Antioquia, con el expresidente Rafael Reyes, con sus viejos colegas de la academia y del mundo político, con varias personas que más tarde ocuparon la presidencia de la república.

La guerra comenzó, pues, el 17 de octubre de 1899, como respuesta a la negativa del Congreso de reformar la ley de elecciones que negaba a los liberales la posibilidad de acceder al poder por medio del voto. El primero en sublevarse fue el general Juan Francisco Gómez Pinzón.

El día mencionado se declaró en pie de guerra y salió armado de su hacienda La Peña para tomarse la población de El Socorro, en Santander. En su primera jornada derrotó a las tropas del gobierno cerca a la población de San Gil. Como respuesta a esta provocación, el gobierno declaró turbado el orden público en todo el territorio nacional y, amparado en esta determinación oficial, ordenó acabar con los liberales alzados en Santander. Con esta decisión, el gobierno conservador definió el modo de dar fin a los conflictos en este país: usó la represión violenta en contra de civiles liberales. A su vez, los liberales perseguidos se dispersaron en guerrillas.

A partir de entonces la guerra fue ley general. Las batallas que comenzaron en Santander se extendieron por todo el país. Después de más de doscientos combates en todo el territorio nacional, y en algunos pueblos de Venezuela y Panamá, que dejaron más de 100 mil muertos se firmó la paz en noviembre de 1902, entre el gobierno de José Manuel Marroquín y el derrotado partido liberal. Pero las acciones de guerra se prolongaron un año más, hasta el 1 de junio de 1903.

Estas fricciones profundizadas por la actitud soberbia de Caro fueron el preámbulo para el estallido de una gran revuelta que el gobierno conservador enfrentó con una de las estrategias que, sin duda, marcó el modo de dar fin a los conflictos en este país: usó la represión violenta en contra de civiles liberales. A su vez, los liberales perseguidos se dispersaron en guerrillas.

Al terminar la guerra, después de tres años de combates, el panorama del país era aciago. Debilitado el sistema monetario. Acrecentada la actividad de falsificación de billetes. La producción agrícola, paralizada. El desempleo, en aumento. Los caminos y carreteras, obstruidos por acciones de los rebeldes y por la falta de mantenimiento. “El número de muertos de la guerra se calculaba en 100 mil, poblaciones enteras vivían en los montes, la miseria era una calamidad masiva” (España, 2013, p. 251).

De esta guerra sangrienta en ideas y hechos pervivieron relatos orales que se transmitieron a varias generaciones del siglo XX. Algunos hechos quedaron registrados en crónicas que se han publicado en periódicos y libros. Max Grillo y Lucrecio Vélez consignaron sus impresiones sobre los atroces eventos de la guerra en crónicas y testimonios vigentes aun hoy. La similitud entre los relatos de las guerras de comienzos y finales del siglo XX da cuenta de que las causas y estrategias para derrotar al enemigo y someter a los civiles son igual de siniestras, no han cambiado. Los enemigos tampoco. Max Grillo contó así la convalecencia de un sobreviviente de una de esas batallas.

Al tercer día del combate se atrevieron las gentes de la ciudad y de sus alrededores a recorrer con calma los sitios de la matanza. Quedaron tan aterrorizados los habitantes, que se olvidaron de los deberes de la caridad cristiana. Las virtudes se entorpecieron con los instintos; pero enseguida se despertaron. Una viejecita que vive por la quebrada de La Iglesia fue de los primeros visitantes del campo. Se deslizó por los callejones, entre los árboles, y en la ceja del bosque oyó un débil lamento. Era un herido que con las piernas rotas se arrastraba trabajosamente en busca de lo desconocido. La anciana se acercaba a reconocer los cuerpos tendidos en el camino. Les quitó a los muertos algunas prendas. El primer vivo a quien halló fue a Ríos; estaba moribundo; su sangre había brotado en abundancia; luego le llegaron los tormentos del hambre y la fiebre. “Sáqueme de aquí”, alcanzó a decir a la viejecita; [...] arreglaron una camilla de varas y juncos, dirigiéndose al sitio donde permanecía el herido. Con dificultad lo trasladaban, y ya veían la choza, cuando se presenta una partida de soldados ebrios; lanzan palabrotas y groseramente empujan a los conductores de la camilla, la cual rueda martirizando al herido. Quieren rematarlo con las bayonetas. Los viejos, de rodillas, piden a la Virgen por la vida del agonizante. Los soldados acceden con la condición de que, si se salva, presenten a Ríos en el cuartel. En casa de los campesinos pasó unos días [...]. Era un joven interesante. Nuestros cuidados lo volvieron a la vida. Creímos salvarlo. Llegó un día en que cantamos victoria; desapareció la fiebre, las heridas perdieron el color alarmante; pero si el cuerpo se reponía, el espíritu ansiaba la muerte. Lo invadió una tristeza desoladora. Sentábase en el lecho y pedía una guitarra para entonar canciones de amor y de guerra que nos hacían llorar (Grillo, 1934, pp. 205-207).

Lucrecio Vélez plasmó su testimonio como combatiente:

El domingo 13 de mayo volvimos los curiosos de la víspera al campo de batalla de Palonegro, no ya como simples espectadores, sino como soldados del ejército. Íbamos a pelear y empezábamos precisamente por el día más tremendo de aquel combate. A las siete de la mañana salimos de Bucaramanga y desde los primeros pasos comenzamos a encontrar una procesión de heridos. ¡Qué espectáculo aquel! Salí de Bucaramanga bastante enfermo y, como era natural, el miedo y los dolores que iba presenciando por todo el camino, me pusieron peor. [...]
Me comí, pasado el coraje, dos génovas y un pedazo de dulce; me bebí un trago de ron encima y dizque quedé almorzado. Nos fuimos después al hospital de sangre que estaba allí cercano. No es posible imaginarse nada más tremendo que el hospital de sangre de Palonegro. [...] Cráneos partidos, caras ensangrentadas, ojos vidriados, lamentos recios, gritos de desesperación, quejidos sordos, heridos que se movían y heridos que se revolcaban entre la sangre, lágrimas de dolor, ropas en girones, pechos desnudos, piernas rotas, brazos partidos, y el movimiento incesante de los médicos y de los ayudantes, y de los que entraban a cada momento trayendo nuevas víctimas de aquella lucha salvaje donde se despedazaban con furia hombres que no se odiaban, que no se conocían siquiera y que seguramente, con excepción de los candidatos y de los ladrones, no sabían por qué habían ido a matarse a Palonegro (Vélez, 2009, pp. 342-343).

1928. El sufrimiento y la muerte de José Fontalvo

Después de la Guerra de los Mil Días, el país vivió un periodo de aparente calma. Los liberales, derrotados, se dividieron entre militaristas y civilistas. Los segundos decidieron abandonar la lucha armada pero no cesaron en participar decidida y agresivamente en las elecciones. Colombia no pudo salir de las ruinas en las que quedó después de las batallas porque la separación de Panamá trajo más pobreza. Mientras que los gobiernos se ocupaban de los grandes asuntos de la economía, la población estaba sumida en una decadencia material y moral preocupante.

Al terminar la segunda década del siglo XX, los movimientos de obreros y campesinos empezaron a tomar fuerza. En 1928, los obreros de la United Fruit Company iniciaron una huelga

para reclamar mejores condiciones laborales y salariales. Las crónicas relatan que fueron 25 mil los huelguistas y agregan que contaban con el apoyo de la población, de las autoridades civiles de Ciénaga, de los indígenas de la Sierra Nevada, de los comerciantes y de algunos ganaderos que les enviaban alimentos.

El 5 de diciembre, día de la negociación, unos 5 mil trabajadores estaban en la plaza del pueblo. Allí fueron rodeados por unos trescientos hombres armados que obedecieron a la orden de abrir fuego dada por el jefe militar Cortés Vargas. La cifra de muertos nunca pudo ser establecida. Algunas fuentes hablan de trescientos, otras de quinientos y también se dice que la suma ascendió a mil. Fue tanto el horror que produjo esta masacre que el país se resiste a olvidarla.

Jorge Eliécer Gaitán, abogado y miembro del Partido Liberal, viajó al lugar de los hechos para investigarlos. El informe que Gaitán presentó ante el Congreso generó debates acalorados por la decisión de los militares de disparar a una manifestación de civiles desarmados entre los que se encontraban mujeres y niños. Así, a sangre y fuego, comenzó la historia de las luchas sindicales en Colombia.

En el informe elaborado por Jorge Eliecer Gaitán se puede leer la historia tal y como se la narró Antonio Fontalvo, un sobreviviente.

Como a las seis de la mañana del día 7 de diciembre, me encontraba en Aracataca, en mi casa llamada la casa “El Sol”. Como a las 6:30 de la mañana de ese día salí de mi casa acompañando a tres mujeres de mi familia, llamadas Rosarito Villero, Matilde Villero y Simeona González (mi mujer) con dirección al “Cacao”, finca de propiedad del señor Mora que quedaba en el ramal que va al Retén; al llegar a esta finca encontré allí a veinte soldados que salieron a nuestro encuentro. Estos soldados estaban mandados por el capitán Julio Garavito, quien dio orden de prenderme; me amarraron con las manos atrás. Del “Cacao” los soldados me llevaron prisionero con ellos y dejaron seguir a solas a las tres mujeres que yo acompañaba.

Entonces los militares hicieron un retén en la finca Candelita, de propiedad de Joaquín Campo Serrano. Al llegar a esta finca, los soldados me amarraron las piernas por los tobillos. Me tiraron al suelo y esperaron allí para ver si pasaba alguien. De Candelita me hicieron seguir con ellos después de haberme soltado las amarras de las piernas, hacia otro portón más arriba de la misma finca, y al llegar a ese portón volvieron a amarrarme los pies como antes. Los soldados se quedaron en la guardarraya de ese portón, que es la salida del camino que va con dirección al Retén. Me tumbaron al suelo boca abajo. Estando en esa posición vi que por ese camino venían mi primo José Fontalvo y una amiga mía de nombre Mercedes Avendaño. Los soldados les gritaron ¡alto! y detrasito les dispararon; y los vi caer a ambos. Entonces los soldados corrieron hacia el lugar en que habían caído, que quedaba como a cinco brazas de donde estábamos. José Fontalvo estaba herido, pues la bala le entró por detrás y le salió por delante, y Mercedes Avendaño también estaba herida, la bala le entró por el costado izquierdo y le salió cerca de la ingle del derecho. Cuando ellos vieron que los soldados les brincaron, Mercedes Avendaño se hizo la muerta y lo mismo mi primo, pero a José Fontalvo uno de los soldados, con el yacatán, le abrió el vientre y se le salieron todas las tripas. Esto sucedió como a las tres de la tarde de ese día (Gaitán, 1972, pp. 27-29).

1948. Sombra enemiga

Al promediar el siglo XX, Colombia había logrado establecer las condiciones para la emergencia de una economía en ascenso asociada a la clase social en el poder. Por fuera de esa esfera quedaban miles y miles de familias para quienes estaba negado el acceso a los beneficios de la modernización económica. Esto generó un gran descontento que condujo a la reaparición de las luchas bipartidistas orientadas a buscar la equidad. Jorge Eliécer Gaitán, liberal, defensor de las clases populares y dueño de un poderoso discurso en contra de la oligarquía, lideró las protestas.

En 1946, Gaitán logró un triunfo abrumador en las elecciones. Al Senado llegaron 73 liberales y a la Cámara, 34. Ese mismo año, Gaitán fue proclamado jefe único del Partido Liberal. Tal decisión ponía en peligro la estabilidad del gobierno del conservador Mariano Ospina Pérez (nieto de Mariano Ospina Rodríguez), conocedor del liderazgo de Gaitán entre los habitantes de

las zonas rurales y en las barriadas obreras de las ciudades. Para Gonzalo Sánchez, “en torno a Gaitán, como símbolo aglutinante, se construía, por primera vez, una nueva unidad histórica: la unidad del pueblo” (Sánchez, 2012, p. 19).

La preocupación de Ospina frente al liderazgo ampliamente legitimado de Gaitán estaba relacionada también con la ola de violencia que surgía en el país en ese momento. Monseñor Germán Guzmán Campos observó que

sin duda, un extranjero que quisiera informarse sobre la situación actual de Colombia, al pasar una revista sobre la prensa del país la creería al borde una catástrofe o en el filo de una revolución. Los colombianos, en cambio, no nos alarmamos. ¿Por qué? ¿No nos es indiferente que cada 24 horas se registre un nuevo hecho de sangre, atribuido a luchas políticas? [...] Algo debe ocurrir, sin embargo, para que cristianos viejos no demos la importancia que se merece una situación semejante. Y es que no aceptamos esas versiones como se presentan. Ni los conservadores asesinados por los liberales, ni los liberales asesinados por los conservadores provocan nuestra alarma o nuestra indignación, porque todos esos informes son recibidos con un considerable descuento inicial. Esperemos, dicen las gentes, a ver cómo pasaron las cosas. Y ese —cómo pasaron las cosas— no se sabe jamás (Guzmán, Fals Borda, Umaña, 1977, p. 28).

Al comenzar 1948 se supo de la masacre de varios liberales en distintos pueblos del país. Samaniego, Moniquirá, Guamo, Pamplona, Molagavita, Sincelejo, Anserma, Ginebra, Abejorral, El Banco, Quibdó y Yacopi fueron, entre otros, escenarios de los crímenes. Ante estas noticias, Gaitán organizó manifestaciones como la *Marcha de las antorchas* y la *Marcha del silencio*. En la última, realizada el 7 de febrero de 1948, pide con vehemencia que el presidente Ospina ayude a cesar La Violencia: “Señor Presidente: Serenamente, tranquilamente, con la emoción que atraviesa el espíritu de los ciudadanos que llenan esta plaza, os pedimos que ejerzáis vuestro mandato, el mismo que os ha dado el pueblo, para devolver al país la tranquilidad pública. ¡Todo depende ahora de vos! Quienes anegan en sangre el territorio de la patria cesarían en su ciega

perfidia” (Gaitán, 1948). Las palabras de Gaitán aludían, de modo indirecto, a la que era una verdad a gritos: la policía del régimen conservador era la responsable de los asesinatos.

Dos meses después de pronunciar el discurso, el 9 de abril de 1948, Gaitán fue asesinado por un hombre que lo esperaba en la puerta del edificio donde trabajaba. Tras el crimen, se desató una serie de disturbios en todo el país. La gente demostró que con la muerte del líder no se ponía fin al descontento social; por el contrario, este se hizo más fuerte y radical. El gobierno, por su parte, después de contener las primeras rebeliones dio indicios de que “la política daba la impresión de volver a los cauces decimonónicos y deshacerse de todo lo social, tan arduamente construido en la primera mitad del siglo” (Sánchez, 2012, p. 19).

La represión, ejercida por el gobierno de Laureano Gómez, sembró el terror oficial, el sectarismo político y estrategia de tierra arrasada en todos los rincones.

Comisiones de la Policía y del Ejército llegaban como ciclones a pueblos y veredas inermes; [...] hubo en aquel entonces rituales del terror, una liturgia y una solemnización de la muerte que implicaban un aprendizaje de las artes de hacer sufrir. No solo se mataba; el cómo se mataba obedecía a una lógica siniestra, a un cálculo del dolor y el terror. Los cuerpos mutilados, desollados, incinerados, parecían inscribirse en el orden mental de la tierra arrasada (Sánchez, 2012, p. 19).

Esta guerra que duró diez años, desde 1948 hasta 1958, dejó entre 200 mil y 300 mil muertos, 2 millones de personas desplazadas de sus tierras, y el miedo inscrito en la memoria de varias generaciones, es conocida como La Violencia.

Alfredo Molano, sociólogo y cronista que ha escuchado infinidad de los relatos de las víctimas de La Violencia, narra de esta manera las vivencias de un campesino:

Un 3 de octubre venía subiendo una comisión del ejército hacia Cabrera. Mi tío Juan llamó a la gente, la reunió e hicieron planes. Dejaron que la tropa se acercara al pueblo por la carretera hacia Núñez. Arboloco los estaba esperando con veinte hombres y la tropa traía como trescientos. Dizque la chulada se veía venir bonita.

Todos en fila estrenando uniforme y estrenando la M-1. Arboloco los dejó pasar al anillo y luego, desde unos ocales, los encendió a candela, de atrás para adelante, no de adelante para atrás. Los soldaditos no sabían de dónde les disparaban. Hacían tiros a la loca, hacia donde pensaban que estaban los guerrilleros. En cambio Arboloco cada tiro que hacía era punto rojo.

Yo estaba en la casa cuando llegaron a avisarnos que había que salir porque venía el revire. Nos dijeron: “Échenle mano a lo que puedan porque hay que salir de aquí. No podemos aguantar más la guerra. No lleven sino lo que medio necesiten. Por el camino se encontrará qué comer. Lo importante es salir cuanto antes. Mi mamá dijo: “Yo lo que es de aquí no me voy sin mi máquina de coser. Para tenerla he luchado desde que era niña y ahora que la tengo no la voy a dejar para los chulos”. [...]

Ya habíamos llegado a Aposentos. Éramos treinta o cuarenta familias. En una de esas oímos los aviones; todos echamos a correr y a escondernos debajo de lo que hubiera. Venían empachados, echando unas luces bonitas, como rojas, como verdes. A mí se me hacía Navidad. Yo estaba subido en un árbol y vi venir el pájaro. Soltó una pelota grande. Yo pensé: “Qué raro. ¿Qué será lo que soltó? ¿Será que está poniendo?”. Yo dejé de mirar el avión y miré la pelota. Iba así, así, así, de travesía, como volando. Bonita se veía en medio del aire. Y cuando ya iba a caer, ¡suaz, el totazo! ¡Semejante totazo! [...]

El gobierno estaba dispuesto a matar a quien fuera; no se le dio nada que su tropa estuviera combatiendo: las bombas hacían muertos por parejo. Más de ellos que de nosotros, porque había más ejército en los anillos que guerrilleros. Pero así fue. Con tal de poder mostrar muertos nuestros estaba listo a dejar pelar cuantos soldados fueran necesarios. Esa vez la cosa estuvo fea. Y todo por La Cuncia. Mientras los muchachos combatían, nosotros corríamos. Sólo parábamos cuando oíamos que los aviones botaban bombas. [...] Cuentan que entonces se vino el silencio encima. Nadie se movía porque nadie sabía quién era amigo y quién era enemigo. Tampoco llegaban más refuerzos de un lado ni del otro. Cualquiera sombra podía ser del contrario. Así se hizo un pacto sin hacerlo: no se disparaba (Molano, 2001, pp. 82-85).

Juan de J. Franco, jefe del comando revolucionario del Suroeste y del Occidente antioqueños, contó lo siguiente en un memorial escrito en 1953:

Me tocó presenciar cómo a las ciudades llegaban hombres mutilados, mujeres violadas, niños flagelados y heridos. Vi a un hombre a quien le cercenaron la lengua, y refieren los testigos que, amarrados a un árbol, presenciaban esa escena dantesca, que los policías que ejecutaban ese acto decían: “Te la cortamos para que no volvás a

gritar vivas al partido liberal, manzanillo h.p.”. Y a algunos les amputaron los órganos genitales para que no procrearan más liberales; a otros les amputaban las piernas y los brazos, y sangrantes, los hacían caminar de rodillas. Y supe de campesinos a quienes mantenían sujetos mientras que otros policías y civiles conservadores, por turnos rigurosos, violaban a sus esposas y a sus hijas (Franco, 2010, p. 81)

Fidel Blandón Berrío narró así una de sus vivencias como sacerdote en una zona campesina de Antioquia.

El 2 de febrero la policía subió hacia Camparrusia, y al pasar por El Sacrificio, feraz y rica hacienda de don Luis Botero, de repente, la principal cuadrilla que estaba atrincherada al acecho con terreno de retirada a su favor, hizo blanco en un sargento que cayó fulminado a la larga distancia, mientras que otro caía herido. [...] ¿Qué pasó entonces? Llegaron a la secadora de don Rubén Rodríguez, la destruyeron y la quemaron. Pasaron a la casa de don Luis Manco [...] mataron a su señora, una hija casada y dos solteras, violaron otras dos y las colgaron para ahorcarlas. Después le prendieron fuego a la casa. queman todo. [...] La noticia de la muerte del sargento y del policía herido llegó a Urama antes de regresar la comisión y todos se llenaron de miedo [...] El teniente Rafael Mejía Toro puso retenes en todas las salidas, mientras el resto de los chulavitas se dieron a la tarea de recoger todos los hombres que hubiera en el pueblo para concentrarlos en la plaza. [...] Los 57 hombres fueron filados en media plaza y entonces intervinieron como anfitriones de aquel banquete macabro Cheno Tamayo y Lázaro Monares, con el fin de separar lo que era comestible de lo que era nocivo, es decir, los liberales de los conservadores.[...] Los pusieron manos atrás. Allí había ancianos, cojos, bobos, babiecas como Posso y jovencitos tiernos. Estaban pálidos y temblaban como juncos. [...] El teniente López [...] separó 19 que fueron amarrados y puestos a órdenes de sus polizontes y partieron por la vía a Camparrusia, en un desfile tan macabro como sombrío que hasta aquellos victimarios sin corazón lanzaban sus insultos y sus injurias como a la fuerza, como aterrados por lo que iban a hacer... [...] llegaron a El Guamo, cerca de Charrascal. Estaban maniatados e impotentes y los fueron requisando y despojando de todo lo que pudiera ser fruto de pillaje. No se harían un disparo ni se les dejaría gritar [...]. Con saña infernal fueron cayendo dos o tres sobre cada víctima con machetes , bayonetas y puñales entre alaridos ahogados y los lamentos desgarradores, y fueron cayendo aquí y allá desplomados (Blandón, 2010, pp. 212-214).

El escritor Jorge Child, por su parte, perfiló así a Guadalupe Salcedo, uno de los líderes de los bandoleros:

Es llanero, y ser llanero es ser raíz, hierba, estero; no tener límites, ser “uno mismo”, universo en sí, mónada, absoluto. Por eso cuando mataron a Guadalupe no mataron a nadie, y sigue presente. “Guadalupe Salcedo: presente”, le gritó un llanero el día de su entierro sin velorio. A los hombres suelen matarlos porque llevan algo de interés para los otros, que es también algo “de” los otros: porque son ricos y quieren robarlos; porque se quedaron con la mujer ajena; porque son políticos y hay que acabar con su influencia, su don de mando, su carisma; o los mediocres, para poder subsistir en su mediocridad, sin competidores, los hacen eliminar por los ‘pájaros’ por miedo a sus posibles embestidas. Esto quisieron hacer con Guadalupe. Pero a Guadalupe no lo mataron: le echaron bala. No podían matarlo porque Guadalupe nació muerto. Él no podía caer muerto a bala o con puñal; ni mucho menos como desaparecen los flojos: por una palabra o por el silencio del cobarde. ¿A Guadalupe matarlo? No vengan con cuentos. [...]

Muchos creyeron que Guadalupe había muerto. A su entierro no fueron más de mil llaneros. La prensa liberal no le quiso fabricar gran sepelio; era muy peligroso comprometerse con un hombre libre. Podrían llamarlo ‘comunista’ los conservadores que decían que Guadalupe era ‘marxista’. Metieron el cadáver en una bóveda de pobres, junto al de su compañero, Bruno Aldana. Un llanero le rezó un rezo de la virgen del Mayaré; un político aprovechó la ocasión para hacer un elogio de Gaitán y de Uribe Uribe; unas mujeres que no lo conocían lloraban sin saber por qué. Después los investigadores ordenaron su exhumación para seguirles la pista a los criminales, como si no supieran dónde están (Child, 1957, jun.-jul., pp. 136-140).

1964. Muerte de Sangrenegra

Pedro Claver Téllez, escritor de reportajes, describió la muerte del famoso “bandido” y personaje de La Violencia, conocido como Sangrenegra, en un hecho que precede el comienzo de la etapa Conflicto Armado Colombiano, 1964.

Sangrenegra yacía bocabajo, con las piernas y los brazos estirados, rígidos. En la mano derecha sostenía una pistola Browning, calibre 45. Aparte de la pistola y un machete que llevaba al cinto, no portaba más armas, pero tenía el cinturón y dos cananas repletas de munición.

Salvo el pantalón del dril negro, sus demás atuendos eran militares. Llevaba una chaqueta que, por sus distintivos (una barra y una estrella), correspondía a un mayor del ejército; guayos de civil, color café y un sombrero de uso privativo de los carabineros, que se encontraba al lado de su cadáver.

Llevaba puestas dos camisas: una roja y otra verde. En los bolsillos encontraron una billetera, cuyo interior contenía doscientos cincuenta pesos; la fotografía de una mujer llamada Lola, según la dedicatoria que rezaba detrás: Para Jacinto, mi amor. Te ama, Lola. Una imagen de la virgen del Carmen y un Sagrado Corazón. Le encontraron también una brújula y un escapulario.

Presentaba varios impactos en diferentes partes del cuerpo: uno en el hombro izquierdo, otro cerca del riñón y otro en la nalga. Los perros le habían destrozado las pantorrillas, los muslos y lo habían castrado.

—¡Maldita sea! —exclamó Pita—. Nos perdimos su agonía.

—No importa, Rubencho —dijo Molano Ramos—. Pero nos dimos el gusto de cazarlo.

Molano Ramos sacó la pistola y le disparó en el corazón. Rubén Pita en lo que quedaba de los testículos.

—Este bellaco violó a mi mujer —dijo Molano Ramos.

—Y a mí me impidió amar —dijo Pita—. No sé lo que es una mujer, señor alcalde.

—¡Dios mío, perdónalo! —dijo Felipe, casi al borde del llanto—. ¡Haga de mí su santa voluntad!

Eran las tres de la tarde del domingo 26 de abril de 1964 (Téllez, 1995, pp. 160-161).

1973. La Operación Anorí

En agosto de 1973, el Ejército de Colombia llevó a cabo la operación militar antisubversiva más grande, después de Marquetalia —1964—, que se lanzó contra la que entonces era la guerrilla colombiana de mayor alcance, el Ejército de Liberación Nacional, ELN. Este grupo era el que tenía más tropa y gente mejor entrenada militarmente, que aunque era de procedencia rural, tenía alta influencia en movimientos obreros y universitarios de las ciudades.

Tras la Operación Anorí, el ELN pasó de tener unos 700 guerrilleros, de tropa y del ala política, a contar apenas con unos setenta, pues se calcula que trescientos de ellos fueron detenidos o desertaron tras el éxito del Ejército, y que en la propia operación murieron más de un

centenar de guerrilleros. El cerco militar a Anorí, población del Nordeste de Antioquia, duró alrededor de un mes: durante una semana hubo combates entre milicianos y soldados, pero el sitio afectó a toda la población.

Desde el 26 de mayo aparecieron los guerrilleros en la región. Venían desde Amalfi y antes habían estado por Remedios. Los rumores que llegaron por primera vez al pueblo resultaron ciertos.

Javier Restrepo, un médico joven nacido en Medellín y que lleva aquí trece meses, cuenta que las versiones eran tan exactas que todo hacía prever un golpe del Ejército de Liberación Nacional, ELN. Desde ese día —el 26 de mayo— en Anorí no se pudo dormir con tranquilidad.

La alcaldía, el juzgado, el puesto de policía, surtieron a la población civil con las anticuadas armas que poseían en los empolvados archivos.

El peligro de golpe era inminente, hasta el punto de que en Anorí se comenzaba a dormir a las seis de la tarde, cuando regularmente la actividad concluía a las diez.

Desde todos los corregimientos llegaban datos. Que pasaron por ahí. Que estuvieron almorzando en tal parte. Que están muy bien organizados. Que son muy cultos y muy buenas personas. Que están preparando algo.

Los guerrilleros, cuenta el médico Restrepo, se camuflaban con los campesinos y llegaban hasta el pueblo en busca de alimentos, drogas, atención quirúrgica. El rumor corrió por el camino y pronto arribó a Medellín. Allí se hicieron los primeros contactos, se planeó la estrategia, se investigó y resolvieron iniciar la Operación Anorí. Eso fue el 7 de agosto. Ese fue el día indicado (Rincón, 1976, pp. 296-297).

1979. Ballena Azul

El día de año nuevo de 1979, el grupo guerrillero M-19 entró al Cantón Norte, establecimiento militar en Bogotá, y se robó más de cinco mil armas pertenecientes al Ejército Nacional. Era un hecho sin precedentes en la historia de las guerrillas latinoamericanas, porque sin derramar una gota de sangre, los insurgentes lograron su cometido: mostrar poder en la acción —de qué eran capaces— y a la vez debilitar al “enemigo”. La operación “Ballena Azul”, como la llamó el líder del M-19, Jaime Bateman, fue también un golpe de opinión en el que el grupo demostró estar fortalecido y tener una clara postura en contra del establecimiento. Pero la sangre vino después. El Ejército capturó a miembros del M-19 que, según los reportes de inteligencia, habían participado de alguna forma en el robo de las armas. Fuera de toda ley y al margen de

cualquier derecho, militares comandados desde las esferas políticas apresaron y capturaron a decenas de hombres y mujeres, para torturarlos y que confesaran quiénes más estaban implicados.

Más que una búsqueda de justicia, la ofensiva del Ejército fue una venganza.

“Llegamos a algo frío y húmedo con una resonancia especial que parecía una caverna. Allí me desnudaron, me vendaron los ojos, me subieron encima de una mesa, me ataron las manos atrás y luego quitaron la mesa y quedé suspendido en el aire y ahí empezó la paliza. Recuerdo que inicialmente me abrieron las piernas y alguien me golpeaba los testículos, creo que como con un cepillo de los que utilizan para lavar caballos. Perdí la noción de todo. Un rato me tenían colgado y me golpeaban, otro rato me bajaban, oía los gritos de otras personas; me decían que tenían familiares míos ahí... No lo creía, pero los gritos sí los oía. De pronto alcanzaba a ver a alguien... Eso era muy grande. Parecían cavas, una cosa como abovedada, se sentía mucha gente y mucho ruido y mucho aullido. Pero, feroz. Gritos feroces”.

El comandante Isidro no aguantó la tortura, psicológicamente nadie lo preparó para ello, el movimiento guerrillero M-19 estaba dispuesto para los golpes más audaces, sus hombres estaban dispuestos a dar la vida, pero hasta ese momento, enero de 1979, nunca estuvieron preparados para la tortura. [...]

Tal vez es una de esas noches bogotanas, frías y lluviosas. Desde un apartamento del norte de Bogotá Bateman se queda observando una construcción larga con un techo ovalado, sobre el que los rayos de luna llena y el mercurio de las luces que iluminan la construcción le dan un reflejo azuloso. Para él, hombre nacido a orillas del mar, la imagen lo remitió a comparar esa visión con una gran “ballena azul” que se levantaba en el centro de un mar enemigo —el grupo mecanizado Rincón Quiñones del Ejército—. En su vientre esa gran ballena, que no es otra que el más grande de los galpones que conforman el Cantón Norte, almacenaba centenares de armas y munición. [...]

Isidro, en su interrogatorio, perdería el conocimiento en varias oportunidades durante 18 días, en los que vio inflamarse sus testículos como papayas, producto de las golpizas sin misericordia que llegaban cada noche en unas cuevas que fueron denominadas, por centenares de torturados que pasaron por allí, como las cavernas de Sacromonte.

Dice Isidro: “Finalmente no pude soportar y, temiendo por mi vida, les dije lo que ellos querían que les dijera” (Morris, 2001, pp. 5-6).

1985. Asalto al Palacio de Justicia

El miércoles 6 de noviembre de 1985, el M-19 asaltó el Palacio de Justicia, ubicado en el corazón político de Bogotá, a una escasa cuadra del Palacio Presidencial. El comando Iván Marino Ospina del grupo de izquierda mantuvo cerca de cuatrocientos rehenes durante 27 horas.

Entre los retenidos había jueces de la república, magistrados, secretarias, mensajeros, oficinistas, trabajadores del restaurante y de las fotocopiadoras, así como una gran cantidad de visitantes. El Ejército Nacional, por orden del presidente Belisario Betancur, ejecutó la re-toma, en un contra asalto a sangre y fuego. Las consecuencias de ese hecho continúan siendo objeto de debate y juzgamiento en los altos tribunales de Colombia. Cien personas, entre civiles y combatientes, fueron asesinados; hasta la fecha, se han contabilizado once personas desaparecidas.

Humberto Murcia Ballén, quien fue miembro de la sala de casación civil de la Corte Suprema de Justicia durante quince años, le relató a la periodista Olga Behar su experiencia durante los nefastos sucesos del Palacio de Justicia. Entre los dos reconstruyeron las horas en que el magistrado permaneció como rehén en medio de las balas.

El Palacio de Justicia era un edificio de cuatro pisos. El primero estaba destinado a la biblioteca, las secretarías de la Corte y el Consejo de Estado, en el segundo piso estaba parte del Consejo de Estado, en el tercero la otra parte de la institución y la sala de Casación Civil de la Corte Suprema y en el cuarto, la sala penal de la Corte. Mi oficina estaba en el costado norte, hacia la calle doce. Estaba marcada con el 319, contigua a las escaleras de ese lado. Las oficinas estaban separadas por una pared de madera y al ingresar por el corredor se veía primero el despacho de las secretarias y luego de los magistrados. Estábamos en el mío cuando comenzaron los disparos del ataque y las armas.

Se rompieron los vidrios dobles y las balas ya entraban a mi oficina. Fue entonces cuando un disparo alcanzó a golpear la prótesis (en 1968 los médicos me diagnosticaron cáncer y debieron mutilarme la pierna derecha; desde entonces utilizo prótesis de madera); vino el desperfecto que me imposibilitaba los movimientos, aun estando acostado. Lo que hice fue tratar de quitarme los pedazos de palo que quedaban para lograr un mejor movimiento. Yo no tenía muletas, solo usaba un bastón. Quedé, pues, a merced de mi pierna izquierda.

Se oía un ruido ensordecedor de balas, ametralladoras, bombas, granadas, que venían de lado y lado. Fue cuando, a las cinco de la tarde, comenzó el incendio de la biblioteca, ubicada en la primera planta. Habíamos hecho algunas llamadas telefónicas a nuestros familiares, pero después resolví que se apagara la luz, se cerrara la puerta por dentro y se desconectara el teléfono, pues su continuo repicar me ponía más nervioso. Como las balas habían roto la vidriera del costado norte, comenzó a entrarse el humo del incendio.

Era un humo negro, el humo negro que produce el papel.

Por la pared me comuniqué con mi vecino de oficina, el magistrado Horacio Montoya Gil: “Me está llegando la bala, me han roto los vidrios y ahora es el humo”. Él me dijo: “Aquí no. Vente para acá”. Me arrastré hasta allí con mi secretaria. Horacio estaba con doña Rosalba, su secretaria, tirado en el suelo. Nos movimos así los cuatro, viendo la humareda, oyendo disparos, sintiendo el cruce de balas, con el ruido de las bombas y ametralladoras (Murcia Ballén, Behar, 2004, pp. 310-311).

1989. Asesinato de Luis Carlos Galán

Hacia finales de los ochenta, Colombia vivía una de las épocas más violentas, conocida como Narcoterrorismo: carobombas explotaban en los centros agitados de las ciudades, sicarios en motos de alto cilindraje baleaban a personajes públicos, y en los pueblos empezaban a recordar los hechos de La Violencia. Los narcotraficantes, aliados en carteles y encabezados por Pablo Escobar, le habían declarado la guerra al Estado desde 1983. Varios políticos, entre ellos Rodrigo Lara Bonilla, quien fuera asesinado en 1984, habían denunciado la influencia de esas estructuras ilegales en la clase dirigente nacional y se proponían acabar con la corrupción imperante en distintas instituciones. Así, en 1989, los candidatos presidenciales proponían una nueva forma de país que integrara pensamientos de izquierda y de derecha, luego del aniquilamiento de grupos como la Unión Patriótica, y que pudiera asomarse sin tanta desigualdad social a las goteras del siglo XX.

Luis Carlos Galán, precandidato por el Partido Liberal, que gozaba de alta popularidad y ya se perfilaba como posible Presidente de la República —había sido comparado con Jorge Eliécer Gaitán—, fue uno de los dirigentes que apoyó la propuesta de extraditar a los narcotraficantes a Estados Unidos, lo que no cayó muy bien entre estos y su alianza con políticos, paramilitares y agencias de seguridad del Estado. El 18 de agosto de ese año, en medio de una concentración pública en Soacha, Galán fue asesinado. María Jimena Duzán, periodista que hasta la fecha

continúa denunciando hechos de violencia en el país, narró así los últimos momentos del líder liberal:

Quedamos atentos, frente al televisor, a la espera de los noticieros. Un camarógrafo que cubría el desplazamiento de Luis Carlos hacia Soacha logró captar en su cámara uno de los momentos más tristes, dramáticos y estremecedores de la historia colombiana reciente. El poder de la imagen con toda su fuerza avasalladora, nos mostró en cámara lenta a todos los colombianos cómo Luis Carlos Galán —uno de los hombres más protegidos del país— se fue acercando a su trampa. La muchedumbre agolpada en la plaza lo levantó en hombros. Su cara llena de júbilo y sus brazos levantados en señal de batalla lo mostraban pleno de vigor y energía. Mientras Galán llegaba a la tribuna, camuflados entre la muchedumbre un grupo de sicarios conformado por seis hombres se fue apostando estratégicamente. Uno de ellos, situado al parecer debajo de la tribuna, disparó tres veces sobre Galán. Una de las balas entraría por la vena aorta causándole una hemorragia interna que casi automáticamente lo dejaría en estado de coma. El disparo fue seguido por una lluvia de fuego. Un guardaespaldas se arrojó sobre el desfalleciente Galán para protegerlo con su cuerpo. Rápidamente el cuerpo del candidato fue puesto en un automóvil, el cual partió veloz con rumbo al hospital más cercano. Uno de sus copartidarios vio al político todavía consciente mientras ayudaba a trasladarlo al interior del auto. “No me dejen morir”, fue lo último que le dijo mientras los ojos se le iban, moribundo (Duzán, 2004, p. 358).

1990. Muerte en Pueblo Bello

Al final de los años sesenta, surgieron en Colombia los grupos de autodefensas con el fin de combatir a las guerrillas. En el comienzo eran colectivos de ciudadanos armados para proteger sus bienes y los de su comunidad cercana de los secuestros y las extorsiones que los grupos armados de izquierda usaban como mecanismos para financiar su proyecto político y militar. Con el paso de los años, estos grupos incipientes fueron cooptados por estructuras financiadas por grandes propietarios de tierras y ganado, pequeños industriales y colonos para garantizar el control de los territorios una vez expulsaron a los guerrilleros. Es entonces, con financiación de Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha, dos narcotraficantes de renombre, nació Muerte A Secuestradores, MAS.

Las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, agrupación de varias tendencias paramilitares del país, se consolidó en la década de 1990 al mando de clan Castaño Gil, con el único objetivo de combatir a las FARC. Las AUC asesinaron a miles de civiles inermes.

Gran parte del poder de las AUC fue fortalecido a expensas de los narcotraficantes, con quienes las unió el odio visceral por las guerrillas. Esta alianza fue vista con buenos ojos por algunos agentes del gobierno que encontraron en los líderes de las AUC aliados con dinero capaces de apoyar el trabajo de contraguerrilla para el que los efectivos estatales no estaban suficientemente preparados. La alianza autodefensas - narcotráfico - Estado prometía avanzar en la pacificación de Colombia. Los efectos de esta estrategia desbordaron los límites: los paramilitares se convirtieron en un aparato de muerte incontrolable y, con su poder de seducción a través del poder del dinero y de las armas, permearon la institucionalidad en todos sus niveles.

Uno de los primeros grupos de autodefensas fue fundado por Fidel Castaño, tras la muerte de su padre mientras estaba secuestrado por las FARC. No eran más de cincuenta hombres los que acampaban y recibían entrenamiento militar en la finca Las Tangas, Córdoba. Los Tangueros, como los llamaron en la región, ejecutaron la masacre de Pueblo Bello, una de las primeras que registró la prensa y que hoy hace parte de los casos en manos de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Después de este hecho, el conflicto colombiano se encaminó hacia la fase conocida como desbordamiento, en ella, la crueldad no tuvo límites.

Entre el 13 y 14 de enero de 1990 un grupo de aproximadamente 60 hombres fuertemente armados, pertenecientes a una organización paramilitar creada por Fidel

Antonio Castaño Gil denominada “los tangueros” por la relación de éstos con su finca “Las Tangas”, salieron de la finca “Santa Mónica” de su propiedad, ubicada en el municipio de Valencia, Departamento de Córdoba. Su propósito era realizar un ataque en el corregimiento de Pueblo Bello, para secuestrar a un grupo de individuos presuntamente colaboradores de la guerrilla con base en una lista de la que eran portador. La motivación personal de Fidel Castaño para realizar dicho ataque habría sido que a finales de diciembre de 1989 la guerrilla habría robado varias cabezas de ganado de su propiedad y las habrían transportado a través de Pueblo Bello hacia otra localidad. En razón de este hecho, Fidel Castaño habría considerado que los habitantes de Pueblo Bello fueron autores o cómplices de dicho robo. [...]

El 14 de enero de 1990, entre las 20:30 y las 22:50 horas de la noche, incursionó violentamente en el corregimiento de Pueblo Bello dicho grupo de paramilitares, aparentemente hurtados, divididos en cuatro grupos. Cada grupo estaba al mando de un “jefe de comisión” y tenía funciones específicas: ocupar el centro de la población y “capturar” a las personas “sospechosas”; cubrir las vías de escape aledañas a Pueblo Bello; y bloquear las vías que de Pueblo Bello conducen a Turbo y a San Pedro de Urabá. Dichos paramilitares portaban armas de fuego de diferente calibre, vestían de civil, así como prendas de uso privativo de las Fuerzas Militares, y llevaban en el cuello trapos rojos y rosados. Los paramilitares saquearon algunas viviendas, maltrataron a sus ocupantes y sacaron de sus casas a un número indeterminado de hombres, a quienes llevaron a la plaza del pueblo. Asimismo, algunos miembros del grupo armado ingresaron a la iglesia ubicada frente a dicha plaza, donde ordenaron a las mujeres y niños que permanecieran en el interior y a los hombres que salieran y se dirigieran a la plaza. Allí los colocaron boca abajo en el suelo y, lista en mano, escogieron a 43 hombres que fueron amarrados, amordazados y obligados a abordar los dos camiones utilizados para el transporte de los paramilitares. [...]

Aproximadamente a la 1:30 de la madrugada del 15 de enero de 1990, llegaron a la finca “Santa Mónica”, donde fueron recibidos por Fidel Castaño Gil, quien ordenó que los individuos secuestrados fueran conducidos hasta una playa del río Sinú, ubicada en la finca “Las Tangas”. [...].

Cerca de 22 cadáveres fueron transportados hacia otra playa del Río Sinú en la misma finca “Las Tangas”, donde habrían sido enterrados (Corte Interamericana de Derechos Humanos, 2004).

1997. Masacre de El Aro

En La Granja, los muertos fueron cuatro. Sucedió en junio de 1996, cuando las Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá buscaron dar un “escarmiento” a los supuestos colaboradores de la guerrilla. Entre los asesinados había un adolescente de 14 años, una viuda de 47, un albañil y padre de familia de 25 y un discapacitado mental de 38 que vivía con sus padres. Desde febrero del mismo año, ya el viento anunciaba que venían hombres armados a matar a cualquiera que les pareciera sospechoso.

Más de un año después, en 1997, en El Aro —un caserío de no más de 800 personas— se empezó a oír que venían los paramilitares. El corregimiento, encallado en un descanso de montaña que conecta esa región del Nudo del Paramillo con la salida a los dos océanos en Chocó, Urabá y Córdoba, era un lugar de tránsito y escondite para las FARC y una fonda caminera para los arrieros veredales. Hombres armados y civiles pobres tenían que pasar por allí para cualquier traslado, y tenían que parar en las tiendas de abarrotes para alimentar bestias y recargar provisiones. El hecho de ser paso obligado y único lugar en medio de esa nada que son las montañas del Norte de Antioquia cercó a los habitantes de El Aro en aquel octubre de elecciones democráticas que tantos recuerdan. 150 hombres de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), conocidos como los “mochacabezas”, mataron a 15 campesinos —algunas versiones dicen que fueron más—, se robaron 1.200 reses, secuestraron a 20 arrieros para que llevaran el ganado hasta el departamento vecino, obligaron a 712 personas a salir corriendo de sus parcelas, y sumieron en luto y miedo a toda la región.

El viaje de ocho horas en mula desde Puerto Valdivia hasta El Aro se convirtió en una procesión de crímenes que duró siete días. Los hombres armados de las ACCU alzaron los fusiles en cada estación para “limpiar” del camino a quienes, según les parecía, auxiliaban o pertenecían

a bandos contrarios. Mataron al dueño y al trabajador de una finca junto al río Puquí, a un anciano de la vereda Remolino, al padre de dos niñas en Puerto Escondido, a tres campesinos de la vereda Organí a quienes les preguntaron por la guerrilla, a un agricultor que estaba arando la tierra en la finca Mundo Nuevo, al muchacho de 13 años que muy cerca de El Aro fue obligado a mostrarles el camino al pueblo, al tendero que vivía allí desde 1967, a la señora que ayudaba al párroco en la iglesia, a una mujer que acusaron de ser guerrillera, a tres hombres que departían en la única cantina y degollaron a una muchacha cuyo cadáver nunca apareció.

Después de la sangre sobrevino el abandono. No solo el de los sobrevivientes que quisieron huir porque quedaron amenazados, sino el del Ejército Nacional, la Policía y cualquier autoridad legal, quienes llegaron muy tarde para recoger los cadáveres y no cumplieron con el legítimo deber de auxiliar a las familias de la zona. El Comité de Derechos Humanos de Antioquia, encabezado por el abogado Jesús María Valle Jaramillo, oriundo de Ituango y asesinado en 1998, ya había denunciado en varias ocasiones los planes de las ACCU de tomarse La Granja y El Aro, por su enclave estratégico en el Nudo del Paramillo. Los llamados a la protección civil fueron desoídos por la Gobernación de Antioquia y por la IV Brigada del Ejército.

Los representantes presentaron las declaraciones testimoniales de diez personas, incluyendo a familiares de presuntas víctimas y residentes de El Aro al momento de los hechos, quienes señalaron, inter alia, lo que se resume a continuación. Los responsables de los hechos en El Aro “se habían identificado como autodefensas”. Cuando llegaron al pueblo, los paramilitares llevaron a varios pobladores a la plaza, los arrojaron al suelo y los colocaron en fila. Los paramilitares acusaron a todos de ser colaboradores de la guerrilla. Extendieron a las personas boca abajo, los pisotearon, y luego les dispararon. Cuando llegó un helicóptero, los paramilitares dijeron que el pasajero era Carlos Castaño. El pasajero del helicóptero se dirigió a la Inspección de Policía y habló con los que ahí se encontraban, incluyendo a uno que le decían “-” y un soldado conocido como “Rambo”. A “Junior” también le llamaron de Mauricio.

Entre los aproximadamente doscientos (200) hombres que incursionaron en El Aro, algunos eran conocidos como “Cobra”, “Pescado” y “El Tigre”. Los paramilitares se relacionaban con miembros del Ejército en Puerto Valdivia, incluso con “Rambo”,

quien era moreno y muy alto. “Rambo” había subido con soldados a El Aro ocho días antes de la masacre y fue visto posteriormente en Puerto Valdivia. Luego de matar a varios residentes del pueblo, los paramilitares quemaron las casas, los locales y los ranchos a su alrededor entre los días jueves y viernes.

El sábado los paramilitares salieron del pueblo luego de haberlo incendiado. El Aro “quedó acabado”. Los civiles enterraron a los muertos. Entre las personas muertas en esta incursión paramilitar se encontraban las siguientes: Guillermo Andrés Mendoza Posso, Nelson Palacio, Marco Aurelio Areiza, Wilmar Restrepo Torres, Darío Martínez, Luis Modesto Múnera, Alberto Correa, Dora Luz Areiza, Favio Zuleta, Omar Ortiz, Omar Iván Gutiérrez, Otoniel Tejada Jaramillo y Rosa Barrera.

El comandante paramilitar obligó a algunos residentes de El Aro a arrear ganado, enterrar los muertos y a cargar todo lo que ellos ordenaran. Entre las personas obligadas a arrear el ganado se encontraban los señores Omar Alfredo Torres Jaramillo, Libardo Carvajal, Román Salazar, Tomás Monsalve, Omar Iván Gutiérrez, Nobeires Antonio Jiménez, Milciades Crespo, Eulicio García, Ricardo Barrera, Rodrigo Alberto Mendoza, Gilberto Lopera, Francisco Osvaldo Pino Posada, Eduardo Rúa, uno que era conocido como Pipe, y otros. [...]

Luego de la masacre, toda la gente del pueblo salió desplazada hacia Puerto Valdivia. En Puerto Valdivia los desplazados se quedaron en un colegio. A los quince días el Ejército les informó que podían regresar a sus casas. Para ese entonces ya habían sacado todo el ganado de la región por Puerto Valdivia. Los desplazados no sólo perdieron sus papeles legales sino que perdieron todos sus recuerdos, tales como las fotografías, las imágenes de los santos que tenían colgadas en sus casas, así como toda su ropa y lo que habían construido durante su vida (Corte Interamericana de Derechos Humanos, 2006).

2002. Antún Ramos salva a su pueblo

El 12 de mayo de 2002, el periodista Javier Arboleda publicó una entrevista en la que el padre Antún Ramos explica la noticia de la masacre de Bojayá. Los siguientes apartes evidencian el horror que él vivió junto a sus feligreses:

¿Qué pasó cuando explotó la pipeta?

“Estábamos apeñuscados, esperando el desenlace. De pronto sentimos que habían lanzado algo muy fuerte. Miré para el techo y vi que se vino abajo. El Eternit también mató a mucha gente. Por ejemplo, una de las tejas me cortó en la frente y un pedazo de muro me cayó en los pies. Después, vino el caos total: la gente comenzó a correr despavorida, unos cuantos salieron para el sector de la ciénaga, donde también había combates y, otros, nos tiramos y cargamos con los heridos a la casa de las hermanas”.

¿Y qué pasó?

“Allí, nos brindaron los primeros auxilios. Sangraba demasiado, pero no me atemorice; por el contrario, seguí animando a la gente para que tuviera fortaleza y pudiera salir con vida, para que los muertos no fueran más...”.

¿Regresó a la capilla?

“No. Cuando salí de la capilla alcancé a ver muchos muertos. Durante un minuto me paré en la puerta y miré para atrás: ahí, entendí la magnitud de la tragedia. Hice un cálculo inicial y, mentalmente, conté entre 30 y 40 víctimas. Rogué porque no se me fueran a acabar todos los feligreses. Vi gente despedazada, sin piernas ni manos... cabezas regadas, sangre, mucha sangre. Inclusive, aprecié a ciudadanos que corrieron mutilados”.

¿Qué pensó entonces?

“Que era el momento de pedirle a Dios. Como negro, también invoqué a las ánimas, al alma de mi madre, muerta dos meses atrás, para que me diera luces de cómo manejar esta situación y sacar adelante a mi pueblo. Nunca perdí la calma, siempre animé a mi gente. Les dije: t r a n q u i l o s, confiemos en Dios” (Arboleda, 2002, mayo 12, p. 7A).

2002. En búsqueda de El Diablo

El 17 de mayo de 2002, el cronista Carlos Olimpo Restrepo relató lo siguiente al regresar de una misión periodística en zona rural de Antioquia.

El Diablo no aparece entre el reguero de cadáveres, su esposa, con un bebé de brazos, lo busca sin descanso, pero no hay rastro suyo en el que hasta hace unas horas era campo de batalla y ahora es un cementerio al descubierto.

Ella acaba de llegar desde el municipio de Yarumal a averiguar por su suerte, porque sabía que él hacía parte del Bloque Mineros de las Autodefensas y puede estar muerto, tirado junto con los demás cuerpos que se descomponen sobre el rastrojo.

En el Alto de la Laguna, de la vereda Los Chorros N.º 2 de Campamento, al Norte de Antioquia, hay, por lo menos, 45 muertos de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), diseminados en un área aproximada de 200 metros de largo por 100 metros de ancho. [...]

Las huellas del combate se notan a cada paso. Miles de vainillas de diversas armas vacías, tierra removida por las explosiones de granadas, cuerpos mutilados, vegetación aplastada que muestra el desesperado e inútil esfuerzo de un herido por escapar a la emboscada del frente 36 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

En este lugar, con los cadáveres en descomposición, se mezclan pedazos de lonas y plásticos, uniformes, ropa interior, desodorantes, lociones, radios, utensilios de cocina, fotografías, barajas desordenadas y cuadernos codificados.

Algunos campesinos, junto con sus hijos, suben al lugar a presenciar los vestigios del enfrentamiento. Se mueven con naturalidad entre los cuerpos, sin el menor asomo de temor. Sólo algunos pequeños se notan inquietos. [...]

En otro sitio, un joven, con voz de reproche dice a su padre: “¿para qué recoge eso? ¿No le da miedo?”. “¿Miedo de qué? ¿No ve que ellos están quietos?”. El campesino recoge cuatro o cinco bolsas de arroz, dos frascos de aceite y sigue en busca de otros elementos que le puedan servir para su hogar, sin importarle que a su alrededor se descompongan, a la intemperie, decenas de cuerpos. “Además, ellos nos dejaron sin comida”, dice como para justificarse.

Con un costal al hombro y un palo en la mano, que le sirve para remover los jirones de ropas, busca entre los cuerpos semidesnudos. “Por aquí tiene que haber alguna cadenita buena”, dice en voz baja a su hijo.

“Este sí es el Gato”. La voz es de una de las muchachas que llama a sus dos acompañantes. Tras mirar un rato y acordarse de algunos detalles, concluyen que ese sí es su cuerpo. El cadáver está casi negro, sus facciones permanecen intactas, pero a punto de estallar (Restrepo, 2002, mayo 17, p. 11A).

2002-2003. La escuela de Martín Llanos

Uno de los rasgos del Conflicto Armado colombiano ha sido el reclutamiento de niños para las filas de los ejércitos. Desde la aparición de las guerrillas en 1964 hasta el auge paramilitar de la primera década del siglo XXI, los niños han sido carne de cañón. En algunos casos, como el que refiere el siguiente texto, han sido adiestrados en las más terroríficas tareas como descuartizar al enemigo. Martín Llanos, hombre fuerte de los paramilitares en el Oriente del país y quien no accedió a negociar con el gobierno preparaba así a sus niños para el combate:

En el 2001, “Martín Llanos” decidió hacer fuerte su ejército. En un solo curso, de los varios que hizo en el 2002, entrenó a 220 muchachos. Se veían niños hasta de 13 años. A muchos los recogían de los pueblos y fincas de la zona, a otros los sacaron de correccionales como la de Villavicencio, se llevaron niños de la calle de Bogotá, muchachos en las esquinas de Ciudad Bolívar, del Tolima y hasta algunos incautos que caían con avisos que invitaban a ir a un “centro de rehabilitación especial para la drogadicción”.

A muchos les decían que iban a recoger arroz, y cuando llegaban y se daban cuenta, se veía mucho hombre llorar”, recuerda uno de ellos.

Y lloraban porque los entrenamientos eran campos de exterminio: muchos se quedaban a mitad de camino destrozados por sus mismos compañeros. El método “pedagógico” era macabro: se deshacían de los débiles o los que no parecían estar convencidos de la causa y con sus crueles asesinatos le daban al resto lecciones de barbarie. Cada uno de los entrevistados tiene su propia historia de cómo a los pocos días de llegados, les tocaba participar del descuartizamiento de cualquier recluta por una falta ínfima. No importaba la falta, era solo una excusa para convertir, en menos de dos meses, muchachos de 16 años en hombres dispuestos a matar. [...]

En un momento dado, abrumados además por la inmensidad del llano y la soledad, perdían cualquier sentido de los valores humanos. Hasta el punto de que tomaban como un pasatiempo de adolescentes comer carne humana.

Lo de la carne es curiosidad. En los cursos del 2002 o 2003 comía carne el que quisiera. En los de antes sí les tocaba obligados. En mi curso mataron a un ñero que con la droga tenía pasado el cerebro. Mataron al chino y un comandante dijo: traigan un pedazo de carne para que pruebe al que se le dé la gana o si no todos jartan a las malas. [...]

Comí del lado de la nalga. Como usted comer carne de marrano. Como usted fritar un pedazo de cuero con carne. Todo mundo como que sí comía, como que no. Cada uno cogía su pedacito. Y ya si le gustó se lo comía. Y es enfático en dejar claro, -No es para cogerlo de vicio y que si se le acabó la carne entonces mate al vecino”. En confesiones que han recogido fiscales de Justicia y Paz, otros “paras” han contado también este tipo de escarceos caníbales. Los ejemplos de episodios macabros, ocurridos en esa tierra, abundan.

[...] De todas esas historias nunca el país se enteró. Ni tampoco, a pesar de todo el ruido que implicó, se dio mediana cuenta de la dimensión de la guerra de abril del 2003 a octubre del 2005.

“Martín Llanos”, que dominaba gran parte del Meta y Casanare, en un ánimo de expansión desde el 2001 se empezó a extender hasta Mapiripán y Caño Jabón (ruta importante de la coca hacia el Guaviare) y hasta Boyacá. Mientras que Miguel Arroyave, que recién había comprado el bloque “para” a Vicente Castaño, empezó a tratar de recortarle terreno. Al principio, cuenta un investigador que vivió de cerca esa guerra, era una pelea entre “criollos” (los de Llanos) y “paisas” (los de Arroyave), en la que estos últimos, a pesar de ser grandes y fuertes, llevaban las de perder porque no conocían el terreno. Luego, bajaron a ayudarlo a Arroyave tropas de Carlos Castaño, de “Macaco” y de “Don Berna”. Y lograron sacar a los “buitragueños” del Meta en diciembre del 2003 (Sierra, 2007, noviembre 25).

Referencias bibliográficas

- Bello, Andrés. (1849). *Principios del derecho de gentes*. París: Imprenta de Bruneau.
- Blandón, Fidel. (2010). *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Uniediciones.
- Brown, A. (2011). *La madona de los patriotas*. Michel Hermelin (trad.). Medellín: Fondo Editorial Eafit.
- Child, Jorge. (1957, jun.-jul.). “El comandante Guadalupe Salcedo”. *Mito*. Vol. 3, N.º 14. Bogotá. Pp. 136-140.
- Consuegra, Inés Aminta. (2007). “Meditaciones del general Ricardo Gaitán O. en su prisión de Cartagena y Panamá”. En: *Narrativa de las guerras civiles colombianas*. Vol. V, 1885. Bucaramanga: Ediciones UIS. Pp. 71-179.
- Cordovez Moure, José María. (1942). *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*. Tomo III. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- _____. (2006). *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*. Vol. I. Bogotá: Epígrafe.
- Corte Interamericana de Derechos Humanos. (2004). “Masacre de Pueblo Bello vs. Colombia”. [En línea] C-140. Disponible en: <http://www.uasb.edu.ec/UserFiles/369/File/PDF/CentrodeReferencia/Bancodecasos/colombia/masacredepueblobellovscolombia.pdf>. Consultado el 10 de abril de 2013.
- _____. (2006). “Caso de las masacres de Ituango vs. Colombia”. [En línea] Sentencia. Disponible en: http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_148_esp.pdf. Consultado el 2 de abril de 2013.
- De Pombo, Lino. (2011). “Reminiscencias del sitio de Cartagena”. En: Moisés Álvarez Marín (comp.). *El sitio de Cartagena: una hazaña colectiva*. Cartagena: Instituto Internacional de Estudios del Caribe. Pp. 53-67.
- De Santa Teresita, Rosa María. (s.f.). *El Carmelo en Medellín 1791-1975*. Libro mimeografiado. Medellín: Convento de las Carmelitas Descalzas.
- Duzán, María Jimena. (2004). “Un atentado que cambió la historia. El asesinato de Galán”. En: Daniel Samper Pizano (comp.). *Antología de grandes crónicas colombianas*. Tomo II. 1949-2004. Bogotá: Aguilar. Pp. 357-365.
- Escobar, Alfredo; Torres, Édgar. (1995, mayo 21). “La operación Casa Verde”. [En línea] *El Tiempo*. Bogotá. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-330793>. Consultado el 2 de mayo de 2013.

- Ferry, Stephen. (2012). *Violentología. Un manual del conflicto colombiano*. Bogotá: Ícono.
- “Guerra a muerte”. (1877, marzo 13). *El Estado de Guerra*. N.º 24. Bogotá.
- Gaitán, Jorge Eliécer. (1948). “Oración por la paz”. [En línea]. Disponible en: <http://lacomunidad.elpais.com/vidales/2008/2/10/oracion-la-paz-jorge-eliecer-gaitan-7-febrero-1948>. Consultado el 2 de abril de 2012.
- Gaitán, Jorge Eliécer. (1972). *La masacre de las Bananeras*. 2.ª ed. Medellín: Pepe.
- Giraldo, Jorge. (2001). *El rostro de Caín. Guerra, paz y guerra civil*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- Giraldo, Juan Fernando. (2005). “Colombia in Armed Conflict?: 1946-1985”. *Papel Político*. N.º 18. Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. pp. 43-78.
- Grillo, Max. (1934). *Emociones de la guerra*. Bogotá: Casa Editorial Santafé.
- Guzmán, Germán; Fals Borda, Orlando; Umaña, Eduardo. (1977). *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social. Tomo I*. Bogotá: Punta de Lanza.
- Jiménez, Juan Sebastián. (2013, mayo 8). “Falsos positivos como crímenes de guerra, controvertida propuesta”. *El Espectador*. [En línea] Bogotá. Disponible en: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo-420743-falsos-positivos-crimenes-de-guerra-controvertida-propuesta>. Consultado el 10 de mayo de 2013.
- Memoria Histórica (2010). *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Ediciones Semana, Taurus.
- Martínez, María. *Diario de los sucesos de la Revolución en la Provincia de Antioquia en los años 1841-1841*. Medellín: Fondo Editorial Eafit.
- Molano, Alfredo. (2001). “Estuve muerto muchas veces”. En: Peter Schultze-Kraft (comp.). *La horrible noche. Relatos de violencia y guerra en Colombia*. Bogotá: Seix Barral. Pp. 77-85.
- Murcia Ballén, Humberto; Behar, Olga. (2004). “Tragedias. Yo sobreviví al Palacio de Justicia”. En: Daniel Samper Pizano (comp.). *Antología de grandes crónicas colombianas. Tomo II. 1949-2004*. Bogotá: Aguilar. Pp. 308-319.
- Nieto, Patricia. (2012). “Amores y batallas de María Martínez de Nisser”. En: María Martínez. *Diario de los sucesos de la Revolución en la Provincia de Antioquia en los años 1841-1841*. Medellín: Fondo Editorial Eafit. Pp. 7-12.
- Palacios, Marco. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

- PNUD. (2003). *El conflicto, callejón con salida. Informe Nacional de Desarrollo Humano. Colombia, 2003*. Bogotá: PNUD.
- Arboleda, Javier. (2002, mayo 12). “Un pastor en medio del fuego”. *El Colombiano*. Medellín. P. 7A
- Restrepo, Olimpo. (2002, mayo 17). “El diablo no aparece en el infierno”. *El Colombiano*. Medellín. P. 11A.
- Rincón, Héctor. (1976). “El cerco a la guerrilla en Anorí”. En: Daniel Samper Pizano (comp.). *Antología de grandes reportajes colombianos*. Bogotá: Nueva Frontera. Pp. 295-303.
- Robayo, Luis. (2012). “El conflicto armado de Colombia en cifras”. [En línea] Disponible en: <http://co.noticias.yahoo.com/conflicto-armado-colombia-cifras-112523845.html>. Consultado el 3 de mayo de 2013.
- Ruiz, Eduardo. (1992, abril). “Santander y las ejecuciones: 39 españoles y 21 patriotas fueron fusilados por el Hombre de las Leyes”. [En línea] *Revista Credencial Historia*. N.º 28. Bogotá. Disponible en: www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/abril1992/abril2.htm. Consultado el 2 de abril de 2013.
- Sánchez, Gonzalo. (2007). “Los estudios sobre la violencia. Balances y perspectivas”. En: Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (comps.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Medellín: La Carreta Histórica. Pp. 10-38.
- _____. (2012). “Raíces del conflicto”. En: Ferry, Stephen. *Violentología. Un manual del conflicto colombiano*. Bogotá: Ícono.
- Sierra, Luz María. (2007, noviembre 25). “Cuando el diablo se les metió a los paras”. [En línea] *El Tiempo*. Bogotá. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2741966>. Consultado el 20 de abril de 2012.
- “Subachoque, 24 de enero de 1877”. (s. f.). *Archivo de la guerra de 1876. Bogotá, correspondencia, documentos y planos relativos a la guerra de 1876 a 1877*. Folios 247-248.
- Téllez, Pedro Claver. (1995). *La hora de los traidores*. Bogotá: Panamericana.
- Vela, Juan Carlos. (2010). “La verdadera Manuelita Sáenz”. [En línea] En: *Memorias de Simón Bolívar y sus principales generales*. Disponible en: <http://www.memoriasdebolivar.com/blog/2010/06/manuelita>. Consultado el 29 de abril de 2013.

Vélez, Lucrecio. (2009). "El camino de Palonegro". En: Hoyos, Juan José (comp.). *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia, 1638-2000*. Medellín: Hombre Nuevo, Editorial Universidad de Antioquia. Pp. 340-343.

CAPÍTULO 3.

NARRATIVA, MEMORIA, CONOCIMIENTO E IDENTIDAD

El conflicto colombiano se ha narrado en diferentes épocas y con diversas estrategias. Tales narraciones poseen un gran valor subjetivo y simbólico en cuanto dan a conocer los acontecimientos desde la vivencia de cada una de las personas que actuaron y sufrieron el conflicto como víctimas, victimarios o testigos. Cada colombiano tiene su historia y busca los canales para legitimar la situación que ha conocido o vivido.

Este apartado se aproxima a las diversas formas de narración que ha tomado el conflicto colombiano. Investigadores, artistas, activistas y periodistas han propuesto diversas formas de contar que son enunciadas en las siguientes páginas.

El periodismo, por su parte, ha trazado una línea transversal en la historia colombiana, que es provocadora de una polémica permanente. Las reflexiones en torno al papel de los medios permiten afirmar que estos se han convertido en relatores de la guerra que otorgan visibilidad privilegiada a los guerreros, mientras que el país del no-guerrero, del sujeto que ha sobrevivido a la guerra, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano por encima de ella, no ha sido escuchado. Algunos analistas van más allá al decir que el periodismo de titulares acompaña la guerra; no la comprende, ni la contextualiza, ni diversifica los relatos.

Frente a la realidad de un periodismo de lo urgente, sometido a políticas editoriales comprometidas con los grandes poderes políticos y la rutinas laborales extenuantes, algunos cronistas, individualmente, han propuesto una manera renovada de relatar la barbarie y la dignidad que son huellas de las guerras colombianas. Esas metodologías —reinventadas— y las obras resultantes son hoy textos periodísticos imprescindibles para comprender el conflicto

colombiano. El aporte a esa comprensión se sintetiza en que la memoria se sobrepone a la verdad. Y es esta la máxima inflexión a la teoría periodística clásica que todavía pervive.

Como ejemplo de esa reinención de la narrativa periodística —que no es otra cosa que la reinterpretación de los acontecimientos—, se presentan en este capítulo dos ejercicios propuestos por la autora de esta tesis. En el primero, se develan los mecanismos de investigación y escritura de *Los escogidos*, un gran reportaje que relata los rituales de entierro y duelo que celebran los habitantes de un pueblo con los cadáveres de los NN que son arrastrados por el río Magdalena. El segundo, por su parte, propone una relectura de hechos del pasado a través de la reinterpretación de fotografías que registran hechos atroces. Estos ejercicios evidencian que el periodismo es una arena fértil para el encuentro de las disciplinas sociales y las artes cuando se trata de construir la memoria política de un país.

El límite de estas obras del periodismo narrativo *re-vivido* está en que siguen siendo acercamientos desde el afuera de los sucesos, interesados en responder a la necesidad común de quienes están lejos de los escenarios de la guerra y no conocen a los sujetos que la padecen.

Narrar en medio de la guerra

Las narrativas en contextos de guerra actúan como testimonios, documentos y denuncias que permiten la diversidad de verdades y de puntos de vista, tonos y modos de recordar. Las narrativas se consideran vitales para comprender los acontecimientos que llevaron al conflicto armado y las vivencias de la población durante la guerra. Su valor es subjetivo y simbólico, en cuanto dan a conocer los acontecimientos desde la experiencia de cada una de las personas que actuaron o sufrieron el conflicto como víctimas, victimarios o ciudadanos. Países como Argentina, Guatemala, Perú y España han convertido la narración en una estrategia para comprender lo que les sucedió.

La narrativa ha sido uno de los instrumentos utilizados para recopilar los casos de desaparición forzada ocurridos durante la dictadura militar en Argentina (1976 a 1983).

Buena parte de la literatura argentina de las últimas décadas da cuenta de la serie de rupturas que han quedado impresas en el cuerpo social: la violencia, la desaparición, el exilio y el miedo se han convertido en temas de escritura. La propia noción de “literatura argentina” es problemática en tanto ha quedado también dislocada: el exilio desde el que algunas obras literarias se escribieron da cuenta de este asunto: escritores perdiendo “su lengua”, “su entorno natural”, reapropiándose a partir de la escritura, de la configuración de espacios simbólicos que permitirían tal vez reconstruir la memoria. [...] Rastrear la escritura que surge en/de ese cuerpo (textual y físico) doliente y roto, para conocer los modos en que la identidad se escinde y se busca; así como para pensar en las formas que la memoria, individual y colectiva, configuran (Maldonado, 2005, mayo).

En los casos de Argentina, Brasil y Chile, también desde la cinematografía y la ficción televisiva se ha intentado ofrecer una lectura alternativa de la historia nacional, recuperando la memoria popular de los sucesos que se vivieron durante las dictaduras, la lucha por la defensa de los Derechos Humanos y la demanda de justicia para la reparación de las víctimas. Toda esta obsesión narrativa busca permitir una reconstrucción ética y política de la sociedad, donde ese “nunca más” quede como símbolo de rechazo en el nuevo régimen de la memoria social (Tzvi, 2001). La importancia del relato cinematográfico es que permite suponer “la existencia de características comunes” sobre cómo los regímenes militares construyeron su imperio del terror siguiendo “procesos históricos semejantes” (Tzvi, 2000).

El proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) en Guatemala se produjo después de firmado el acuerdo en Oslo, el 23 de junio de 1994, en el cual el gobierno guatemalteco se comprometía a realizar un esclarecimiento histórico de las violaciones a los Derechos Humanos que durante 36 años de conflicto armado se vivieron. El proyecto REMHI, desde la recolección de relatos, historias y testimonios, buscaba construir conciencia pública

frente a las vivencias de la guerra que sufrió la población, memoria necesaria para un proceso de paz y para la reconstrucción social. A la vez, se intentaba producir en el relato conceptos como verdad, justicia, reparación y reconciliación. La estrategia fue la sistematización de los testimonios de las víctimas y protagonistas de esta historia. El objetivo fue impulsar el acceso a una nueva convivencia, garantizando la confianza y la veracidad de los aprendizajes. La iglesia, como actor importante del proyecto, lideró el acompañamiento a las víctimas y la formación de dinamizadores para la recolección de testimonios y relatos en el trabajo de campo. Al final del proceso, realizado a lo largo tres años, se entregó un informe final que contenía cuatro tomos.

En el informe se abordaban los siguientes temas: impactos de la violencia, mecanismos del horror, entorno histórico donde sucedieron estos hechos, y las víctimas del conflicto.

REMHI (Recuperación de la Memoria Histórica) ha buscado conocer la espantosa historia de sufrimiento del pueblo, siendo las mismas víctimas los verdaderos protagonistas, ofreciendo a todo el país su palabra y testimonio, con el objetivo claro de sanar las heridas y que nunca más se vuelva a repetir. La reconciliación nacional, la paz, no es una firma, un decreto o una declaración política, sino el camino de todo un pueblo herido y victimado que ofrece y da perdón, que conoce su historia y los responsables de la misma y demanda reparación y justicia (Santamaría, 1999, octubre).

Investigadores, activistas sociales y artistas han explorado desde la escritura, el arte y la fotografía, la construcción de identidades sociales que emergen en la posguerra, creando movimientos sociales y culturales que visibilizan nuevos rostros y grupos, como el campesinado, los indígenas y las mujeres, y dando un mayor protagonismo a estos sujetos sociales en los procesos políticos, históricos y culturales. “Existe en la narrativa centroamericana escrita entre los años de 1960 y 1980 una tendencia que privilegia la reelaboración de temas y situaciones íntimamente ligadas al compromiso revolucionario de quienes escribieron. En sociedades como

la guatemalteca, la salvadoreña y la nicaragüense de esos años, la literatura posibilitó y desarrolló una reescritura alternativa de la historia” (Ortiz, 2001).

En España, la literatura en los años 1930 había tendido a la rehumanización y al compromiso social, al tratar con insistencia el tema de la guerra; pero inmediatamente después, en la posguerra, la narrativa social no alcanza ese nivel de denuncia, debido a la prohibición de la dictadura franquista. Durante este periodo la literatura profundizó en tres tipos de narrativa: ideológica, realista y humorística, intentando mostrar la época de desconcierto, exilio y pobreza de la población española. Solo cincuenta años después, en la década de 1980, vuelve a aparecer el tema:

novelas que van a tener como común denominador el tema de la Guerra Civil y la posguerra desde el punto de vista del bando derrotado. Todas esas novelas se inscriben en la necesidad de la sociedad española de conocer una parte de la historia de España silenciada por el bando de los vencedores y, en ese sentido, reivindicar la memoria civil de los últimos setenta años. Paralelamente se han editado diversas entrevistas a personas representativas de los grupos sociales ‘derrotados’ de la Guerra Civil y de su larga posguerra. Nos encontramos pues ante el fenómeno de elaboración de una narrativa de la memoria centrada en los hechos que van de los años treinta a los setenta en la literatura española contemporánea (Izquierdo, 2003).

En Colombia, el Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), hoy Centro de Memoria Histórica, se ha dedicado a investigar, documentar, visualizar y sensibilizar a la sociedad frente a la barbarie como un asunto de todos. Para eso se encuentran sistematizando, en la actualidad, una serie de casos emblemáticos, con el fin de dar a conocer a la sociedad colombiana la verdad de los hechos, las razones para el surgimiento y la evaluación de los grupos armados ilegales en el país. Ya se han hecho públicos los informes de casos específicos como: Trujillo, El Salado, Bojayá, Bahía Portete, San Carlos, Comuna 13, Carare, Remedios-Segovia, El Tigre, El Placer, tierras y conflicto, mujeres y guerra,

y resistencia en el Cauca (CNRR, 2009).¹ La idea es mostrar que es posible vincular la construcción de memorias a la construcción democrática. En estos informes se documenta el terror y sus múltiples facetas, pero también la dignidad y resistencia local para evitar el olvido y ganar la justicia, así como hay énfasis especial en relatar el papel de las mujeres en su condición de víctimas, por sus familiares muertos y/o desaparecidos, así como en su condición de guardianas de la memoria. Estos informes buscan, así mismo, analizar las dimensiones de los procesos de verdad, justicia y reparación, a través del proceso judicial y la evaluación de las tareas de reparación realizadas hasta el momento. El Grupo de Memoria Histórica busca socializar los objetivos que orientan su labor, así como los desafíos y responsabilidades involucrados en la reconstrucción, rigurosa y veraz, de la historia y la memoria del conflicto interno en Colombia.

Contar el horror²

El conflicto colombiano es también un duelo de relatos (Franco, Nieto, Rincón, 2010). Cada actor tiene su versión, construye su relato desde su punto de vista como victimario, víctima, gobernante, político en acción, testigo pasivo u observador experto. Cada quien relata los hechos de su rol: testigo, historiador, sociólogo, artista o periodista. Cada colombiano tiene su historia y busca los canales para legitimar la situación que ha conocido o vivido y las razones por las que ha actuado de determinada manera.

¹ Estos informes, realizados hasta el 2009, tienen títulos relacionados con los lugares —corregimientos y municipios según la división política de Colombia— que fueron epicentro de hechos específicos del conflicto armado: masacres, incursiones armadas, tomas bélicas, etc.

² Para la escritura de este apartado he tomado fragmentos incluidos en el libro *Tácticas y estrategia para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*, publicado en el año 2010 por el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina de la Friedrich Ebert Stiftung. Del proyecto que antecedió la publicación, fui tallerista; y del libro, coeditora junto a Natalia Franco y Omar Rincón, así como autora de algunos capítulos.

Desde las ciencias sociales y humanas, los investigadores han contribuido con sus búsquedas e interpretaciones a conocer y entender cómo las batallas colombianas se dan también en el terreno de los discursos. A continuación algunas menciones.

En *Las palabras de la guerra*, las investigadoras María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana María López Lopera parten de que las memorias asociadas a los eventos bélicos son trascendentales para comprender las relaciones entre guerra y nación; y, con esa lente, analizan el registro narrativo de las guerras civiles ocurridas en el territorio de la Nueva Granada entre 1839 y 1854.

Si la acción política no puede escindirse de las acciones bélicas cuando se trata de guerras por la nación y por el Estado, esto querría decir que las guerras por la nación no son mudas, son guerras con palabras, con relatos, con narraciones, con discursos y metáforas; con propósitos y proyectos explícitos que deben ser conocidos y acatados por el pueblo-nación en el intento por articular de manera orgánica a los sujetos sociales con los grandes propósitos políticos militares que se definirían por la vía armada (Uribe, López, 2006, p. iii).

En este camino, las investigadoras —socióloga y filósofa, respectivamente— abordan escritos en periódicos, folletos, hojas sueltas, proclamas, discursos y epístolas, para rastrear en ellos la retórica y la política, la representación de la acción y las justificaciones de las guerras, entre otros conceptos. En este tipo de trabajos, que miran las guerras del ayer con renovado interés, Gonzalo Sánchez, investigador de la Universidad Nacional de Colombia, ve la respuesta a la demanda social de un país que pide reencontrarse con su pasado para, tal vez, entender de dónde viene la guerra de hoy, inventar cómo conjurarla, proponer una continuidad o intentar una elaboración simbólica frente a la imposibilidad cercana de su fin.

Guerras, memoria e historia es el libro en el que Sánchez explora los procesos de construcción de identidad (las representaciones que nos hacemos de nuestros conflictos, dice), la

pluralidad de los relatos, trayectorias y proyectos que se tejen en las relaciones de poder, y “los lugares de la memoria” que quieren perpetuar la presencia o la vida de las personas, porque, agrega, la memoria es, en sentido profundo, una forma de resistencia a la muerte, a la desaparición de la propia identidad.

La historia, primer elemento, tiene una pretensión objetivadora y distante frente al pasado, que le permite atenuar “la exclusividad de las memorias particulares”. Diluye estas, o así lo pretende, en un relato común. La memoria, por el contrario, tiene un sesgo militante, resalta la pluralidad de los relatos. Inscribe, almacena u omite, y a diferencia de la historia es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente. La memoria requiere del apoyo de la historia, pero no se interesa tanto por el acontecimiento, la narración de los hechos (o su reconstrucción) como dato fijo, sino por las huellas de la experiencia vivida, su interpretación, su sentido o su marca a través del tiempo [...]. La memoria es una nueva forma de representación del decurso del tiempo. Mientras los acontecimientos parecen ya fijos en el pasado, las huellas son susceptibles de reactivación, de políticas de la memoria. El pasado se vuelve memoria cuando podemos actuar sobre él en perspectiva de futuro (Sánchez, 2006, p. 23).

Una vez esclarecidos los límites y las relaciones entre los tres conceptos que operan como título de la obra, Sánchez plantea que de las guerras del siglo XIX se recuerdan, a través de los relatos heroicos de los jefes guerreros, los momentos decisivos, es decir, las batallas: Peralonso, Humareda y Palonegro.

Del periodo conocido como La Violencia —confrontación bipartidista vivida entre 1946 y 1967—, dice Sánchez, perviven los relatos de las masacres, calificadas de “sin sentido”, y frente a ese sin sentido, que genera trauma, ha abundado, en los últimos años, la producción bibliográfica. Pero, resalta, son pocos los relatos de quienes la vivieron en carne propia. Los relatos más conocidos son *Guerrillas del Llano* de Eduardo Franco Isaza (Librería Mundial, 1959), *Cuadernos de campaña* de Manuel Marulanda (El Abejón Mono, 1973) y *Balas de la ley*

de Alfonso Hilarión (Santafé, 1953). Vale la pena agregar a la lista de Sánchez el testimonio, encubierto como novela para liberarlo de la lista de libros prohibidos, *El cielo no perdona*, escrito por Fidel Blandón bajo el seudónimo de Ernesto León Herrera (Argra, 1954), para contar lo que vio y vivió como sacerdote durante La Violencia en el Occidente antioqueño.

En los recientes años noventa, dice Sánchez, abundan los relatos de los guerrilleros reinsertados. “Líder guerrillero que se respete escribe un libro de memorias”, afirma, y compara esa década con el prolífico siglo XIX. Y luego, se pregunta, para provocar el debate: ¿Cuánta memoria y cuánto olvido requiere una sociedad para superar la guerra?

Con otra perspectiva, el investigador Cristo Rafael Figueroa Sánchez recopiló y analizó novelas, obras de ficción documental y de literatura testimonial escritas en torno al tema de la violencia en Colombia —tanto la llamada época de La Violencia, como el estado de conflicto permanente de nuestra nación—. El texto analiza la relación entre gramática narrativa, entendida como el establecimiento de nuevos órdenes que producen percepciones inéditas de la realidad, y violencia. En su búsqueda valora, primero, las obras en las cuales los hechos históricos determinan la gramática textual —narrativa en la violencia—; luego, aquellas que logran proponer una narrativa “externa” o alejada de los hechos mismos —narrativa de la violencia— y, finalmente, las gramáticas alternativas que han generado las múltiples formas de la violencia más reciente, la de finales del siglo XX, marcada por el narcotráfico.

Dice Figueroa Sánchez que entre 1946 y 1957 se publicaron alrededor de setenta novelas que, sumadas a las producidas en los años recientes, pueden ser ya un centenar, además de los incontables cuentos en los que los hechos violentos prácticamente dictan la estructura narrativa. Antes de 1954 se produjeron unas treinta obras. De todas ellas, novelas en La Violencia, escribe Figueroa:

son escritas por autores liberales que evidencian una expresa actitud de compromiso político por encima de la libertad inherente al proceso de creación artística. El terror implantado en los campos, el despojamiento de tierras, las increíbles torturas contra las víctimas y el éxodo hacia las ciudades son el *leit-motiv* de las novelas en La Violencia. El impacto de los hechos es tan fuerte, que la intensidad de estos determina una gramática narrativa, homogénea y repetitiva: idolatría por la anécdota, privilegio del enunciado, poca elaboración del lenguaje, débil creación de personajes, linealidad de la trama, siempre construida de acuerdo con el esquema causa-efecto, defensa de una tesis personal o partidista, abundancia de descripciones de masacres, escenas de horror y maneras de producir la muerte. Las novelas *El 9 de abril* (1951) de Pedro Gómez Correa y *Viento seco* (1953) de Daniel Caicedo son ejemplares de esta gramática narrativa (Figueroa Sánchez, 2004, p. 97).

La investigación le permite a Figueroa señalar que después del golpe de Estado a Laureano Gómez, en 1954, aparecieron novelas en las cuales las luchas por la tierra, el despojo, el desarraigo y el desplazamiento de los campesinos a las ciudades son los ejes narrativos. Ello demuestra, según el autor, que las novelas son documentos culturales cuyos contextos de producción y recepción permiten otras visiones del fenómeno de La Violencia, tal como se produjo en sus orígenes. De este periodo son *Sin tierra para morir* de Eduardo Santa (Iqueima, 1954), *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón (Del Alcázar, 1954), *Tierra asolada* de Fernando Ponce de León (Iqueima, 1954), y *Tierra sin Dios* de Julio Ortiz Márquez (Edimex, 1954).

El tránsito de los años cincuenta a los sesenta, la novela se libera de los colores azul y rojo propios de los partidos conservador y liberal, respectivamente. Los escritores, en palabras del profesor Augusto Escobar, comprenden que el objetivo no son los muertos, sino los vivos.

Comienza aquí la narrativa de La Violencia:

La Narrativa de la Violencia reelabora hechos, ficcionalizándolos o reinventándolos, para crear espacios literarios donde la realidad transfigurada permite comprender más y mejor móviles ocultos, efectos desencadenantes o secuelas irresueltas de la

violencia, la cual puede percibirse a través de imágenes significantes, cadenas simbólicas o alegorizaciones de todo tipo; tales sistemas estéticos de representación incluyen lo subjetivo y lo objetivo, lo personal y lo colectivo, lo psicológico y lo sociológico, lo visible y lo invisible, lo documental y lo ficcional (Figueroa Sánchez, 2004, p. 98).

De este tipo son emblemáticos *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez (Aguirre, 1961), y los tres cuentos ganadores del concurso organizado por *El Tiempo* en 1958: *La duda* de Jorge Gaitán Durán, *Aquí yace alguien* de Manuel Mejía Vallejo, y *Batallón antitanque* de Gonzalo Arango. A ellos siguieron *La mala hora* de García Márquez y *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo, primer y segundo lugar en el Primer Concurso Nacional de Novela, Premio Esso 1961. Luego aparecieron *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio (Mito, 1962), y *Cien años de soledad* de García Márquez (Sudamericana, 1967).³

Después de la firma del acto del Frente Nacional, que unió a los contrarios en su temor frente al ascenso del socialismo, aparecieron nuevas narrativas, dice Figueroa, que en un contexto de guerras, asonadas, secuestros, asesinatos, *boleteos* y asaltos, producen relatos alternativos que no respetan las fronteras entre “alta cultura” y “cultura popular”, y permiten la inclusión de voces y

³ El investigador Bodgan Piotrowsky enumera así las novelas de la violencia: *El 9 de abril*, de Pedro Gómez Correa; *El gran Burundún Burundá ha muerto*, de Jorge Zalamea; *El Cristo de espaldas*, de Eduardo Caballero Calderón; *El día del odio*, de J. A. Osorio Lizarazo; *Viento seco*, de Daniel Caicedo; *Viernes 9*, de Ignacio Gómez Dávila. Del año 1954, cuando aparecieron con más abundancia los títulos de este género, comentaremos: *Siervo sin tierra*, de Eduardo Caballero Calderón; *Horizontes cerrados*, de Fernán Muñoz Jiménez; *Pogrom*, de Galo Velásquez Valencia; *Tierra sin Dios*, de Julio Ortiz Márquez; *Lo que el cielo no perdona*, de Ernesto León Herrera; *Raza de Caín*, de Rubio Zacuén; *Las guerrillas del Llano*, de Eduardo Franco Isaza; *Sin tierra para morir*, de Eduardo Santa; *Los cuervos tienen hambre*, de Carlos Esguerra Flórez; *Tierra asolada*, de Fernando Ponce de León; *El exiliado*, de Arístides Ojeda Z. Todavía durante la época de la Violencia fueron publicadas las novelas seleccionadas: *El monstruo*, de Alberto Castaño; *El monstruo*, de Carlos H. Pareja; *El coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez. De entre las novelas editadas después de 1958 hasta los tiempos actuales, hemos elegido: *Cadenas de violencia*, de Francisco Gómez Valderrama; *Un campesino sin regreso*, de Euclides Jaramillo A.; *Quién dijo miedo*, de Jaime Sanín Echeverri; *Marca de ratas*, de Arturo Echeverri Mejía; *Carretera al mar*, de Tulio Bayer; *La mala hora*, de Gabriel García Márquez; *Detrás del rostro*, de Manuel Zapata Olivella; *El día señalado*, de Manuel Mejía Vallejo; *Manuel Pacho*, de Eduardo Caballero Calderón; *Guerrilleros, buenos días*, de Jorge Vásquez Santos; *La rebelión de las ratas*, de Fernando Soto Aparicio; *Diálogos en la Reina del Mar*, de J. J. García; *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; *El campo y el fuego*, de Clemente Airó; *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal; *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez; *Años de fuga*, de Plinio Apuleyo Mendoza; y *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez.

discursos que nunca antes habían tenido un espacio en lo público: comienza en Colombia el auge de la ficción documental, que intenta bucear en las poblaciones más vulnerables o en sus propias experiencias para recrear lo oído y lo vivido. Dice Figueroa Sánchez:

En esta línea de hibridaciones discursivas, también es característica la producción de “ficciones documentales” desde los años ochenta; algunas son creadas por periodistas, sociólogos o antropólogos, y otras por narradores de reconocido prestigio en el país y fuera de él. Este tipo de textos “novelizan” experiencias de afectados por la fuerza arrasadora de las múltiples violencias que se viven, o por oscuros procesos políticos entre los diferentes actores del conflicto. Se combinan procedimientos ficcionales, crónicas objetivas, documentos fidedignos, e incluso testimonios directos, con el objeto de representar una realidad determinada que apela al lector, quien conoce o reubica hechos y situaciones, es informado y a la vez obtiene nuevas posibilidades de interpretación a través de la estructuración de la materia narrativa (2004, pp. 105-106).

En este tipo de narrativa se destacan, de acuerdo con la exposición de Figueroa, *Siguiendo el corte* (El Áncora, 1989) y *Trochas y fusiles* (El Áncora, 1994), de Alfredo Molano; *Noches de humo*, de Olga Behar (Planeta, 1988); *La bruja: coca, política y demonio*, de Germán Castro Caicedo (Planeta, 1994); y *Noticia de un secuestro*, de Gabriel García Márquez (Norma, 1996).

Una vez empezó el siglo XXI, comenzó también el *boom* de las novelas del narcotráfico. Ellas, dice Figueroa, muestran “renovaciones y posibilidades estéticas del género con el cual empezó a representarse el fenómeno de La Violencia de mediados del siglo XX”. Las más significativas, a su juicio, son: *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo (Norma, 1994), *Cartas cruzadas* de Darío Jaramillo (Santilla, 1995) y *Rosario Tijeras* de Jorge Franco Ramos (Plaza y Janés 1999).

En conclusión, la compleja relación Gramática/Violencia, de acuerdo con las tres instancias que hemos señalado: Narrativa en la Violencia, Narrativa de la Violencia y violencias múltiples, no solo permite otra mirada a la historia literaria colombiana, sino que evidencia la capacidad que ha tenido y tiene el discurso narrativo para

reflejar, interpretar o resituar la violencia o La Violencia y sus prolongaciones metamorfoseadas durante el problemático proceso de modernización del país, hasta desembocar en un presente de incertidumbres y oscuras posibilidades (Figuroa Sánchez, 2004, p. 108).

Juan Carlos Vélez, historiador de la Universidad de Antioquia, aborda la relación entre las experiencias del recuerdo, el olvido y la violencia en Colombia durante la época contemporánea, y trata de establecer si se puede hablar acertadamente de una “amnesia de la sociedad colombiana”. Para ello se acerca a la producción narrativa testimonial y la ubica en el campo de las memorias ejemplares, por estar dirigida a un aprendizaje social que permita la superación del fenómeno.

Las memorias autobiográficas abordadas en el estudio de Vélez fueron escritas por personas vinculadas, en cierto modo, a los hechos que narran. De algunas, los autores son periodistas o escritores que participaron en procesos de paz y se acercaron a los protagonistas directos de la confrontación, como Olga Behar con sus obras *Las guerras de la paz* (Planeta, 1985), *Penumbra en el capitolio* (Planeta, 1986) y *Noches de humo* —clasificada como novela testimonial— (Planeta, 1988); Laura Restrepo con *Historia de una traición* (Claves Latinoamericanas, 1987); Germán Castro con su reportaje *En secreto* (Planeta, 1996); y Eduardo Soto-Trillo con *Voces sin voz. Revelaciones de un viaje a la zona de despeje* (Intermedio, 2001).

De otras obras, los autores son reporteros o académicos que accedieron a testimonios de víctimas o victimarios, como María López Vigil con *Camilo camina en Colombia* (Nuestro Tiempo, 1989); Patricia Ariza con *Bateman. Testimonio múltiple sobre Jaime Bateman Cayón. Político, guerrillero, caminante* (Planeta, 1992); Arturo Alape con su memorable libro *Las vidas de Pedro Antonio Marín, Manuel Marulanda Vélez y Tirofijo: los sueños y las montañas* (Planeta, 1994); Carlos Medina Gallego y su trabajo *ELN: una historia contada dos veces*.

Entrevista con “el cura” Manuel Pérez y Nicolás Rodríguez Bautista, Gabino (Rodríguez Quito, 1996); Constanza Ardila con *Guerreros ciegos. El conflicto armado en Colombia* (Cedavida, 1998), y Elvira Sánchez con *Patria se escribe con sangre* (Anthropos, 2000).

En algunos casos son los mismos protagonistas, víctimas o combatientes, quienes escriben sus versiones. Son los casos de Evelio Buitrago Salazar, quien, al comienzo de *Zarpazo. Memoria autobiográfica de un sargento segundo durante el gobierno de Rojas Pinilla* (1967), escribió: “Conozco la violencia que se llevó a mi padre, devoró a mis tíos y mermó mi heredad [...] aquí están mis memorias ceñidas a la verdad” (Buitrago Salazar, 1967, s. p.); del General en retiro Álvaro Valencia Tovar, autor de *Testimonio de una época* (Planeta, 1993); de María Eugenia Vásquez, con *Escrito para no morir* (Ministerio de Cultura, 1998); de Herbert Braun, con *El rescate. Diario de una negociación con la guerrilla* (Norma, 1998); y de Carlos Castaño, jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia, quien dictó al periodista Mauricio Aranguren un testimonio publicado como *Mi confesión. Carlos Castaño revela sus secretos* (Oveja Negra, 2001).

Una vez interrogadas en estas narrativas sus autores, sus procedencias, los lugares donde se publican, los géneros literarios utilizados, los objetivos declarados y los públicos a los que van dirigidas, el investigador Vélez sostiene que no se puede decir que Colombia sufra una amnesia colectiva, o que “las políticas de olvido” hayan cumplido con su objetivo de silenciar a quienes desean narrar o interpretar la violencia para recuperar la memoria y buscar la reconciliación. Pero precisa:

En Colombia hay una memoria social sobre la violencia, pero no existe un ámbito institucionalizado que propicie discusiones sobre la verdad, la justicia, las reparaciones morales y materiales, la reconciliación y la paz, como ha sucedido en otros países del continente, de Asia y de África. La violencia multiforme,

yuxtapuesta y difusa, como lo dice Daniel Pécaut, no corresponde a una situación provisoria sino a una realidad perdurable. En un entorno de estas características, no se puede desarrollar una acción política colectiva que funcionalice esas formas de recuperación de la memoria con el propósito de plantear un debate sobre el pasado que tenga implicaciones políticas, judiciales, económicas y culturales en el presente y en el futuro (Vélez Rendón, 2003, ene.-jun.).

Por otro lado, María Helena Rueda emprendió el estudio de los textos producidos en los últimos veinte años en torno al tema de la violencia, para analizar, desde una perspectiva cultural, cómo la violencia, especialmente la del narcotráfico, se transforma en un fenómeno manejable por la sociedad desde la palabra, y de qué manera los textos contribuyen a configurar un “estado de violencia”. En la búsqueda del conjunto de trabajos para su ejercicio académico, encontró riqueza de materiales.

Habla Rueda de una abundante producción discursiva en torno a la violencia a partir de los años cincuenta. Se refiere a novelas, películas, estudios académicos, testimonios, historias periodísticas, foros en internet y conversaciones de café que ofrecen motivos para continuar la reflexión, revisar los argumentos anteriormente planteados, modificar el rumbo de las discusiones y postular nuevas hipótesis. Y hace un llamado a los narradores del futuro:

El nuevo escenario del conflicto podría estar esperando sus relatores, pero la situación actual parece dominada por la exigencia de silencio que han impuesto tanto los paramilitares como la guerrilla, con sus amenazas a quienes expresen cualquier posición con respecto al conflicto. A esta imposición de silencio se suma una cierta inaccesibilidad que caracteriza a los escenarios actuales de la guerra [...]. Los combatientes no quieren que se sepa lo que realmente ocurre en el territorio donde se lleva a cabo la batalla. Las historias se siguen tejiendo, sin embargo, en el terreno de las hipótesis, los interrogantes y las propuestas [...]. El discurso oficial del gobierno viene promoviendo un consenso nacional en torno a la búsqueda de la paz, lo cual es casi lo mismo que decir que promueve ese consenso en torno de la guerra, puesto que la una no puede existir sin la otra: no es posible hablar de paz si no hay guerra. ¿Cuáles serán los relatos que se referirán a este proceso en unos años? ¿Seguirán contribuyendo a alimentar un imaginario nacional de la violencia? ¿Será este un

imaginario destinado a quedar en el pasado o a buscar siempre motivos para seguir consolidándose? Esta es quizás la disyuntiva principal que encuentra la escritura cuando se refiere a la violencia. Al enfrentarla los textos participan en cierta forma de ella, pero si no la enfrentan niegan la posibilidad de darle una presencia y una justificación social a través del discurso, quizás la única forma de hacerla partícipe en la construcción de un orden social diferente (Rueda, s. f.).

Voces de urgencia

Por su parte, la prensa y los medios colombianos se alejan bastante, en lo referido la información del conflicto armado, de una de las más recientes definiciones que les da soporte epistemológico: ellos conforman el “sistema que proporciona a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos” (Kovach, Rosenstiel, 2004, p. 24).

Las reflexiones en torno al papel de los medios permiten afirmar que estos se han convertido en relatores de la guerra que otorgan visibilidad privilegiada a los guerreros, mientras que el país del no-guerrero, del sujeto que ha sobrevivido a la guerra, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano por encima de ella, no ha sido escuchado. Y por ir detrás de las voces de quienes están en la batalla —combatientes con las palabras y con las armas—, la prensa ha burlado los principios de su oficio. Los seguimientos a cubrimientos de temas del conflicto armado dejan un sinsabor. Al fragor de la batalla, los periodistas han olvidado el significado de: interés público, exactitud, equilibrio, justicia, atribución, uso de contextos, rigurosidad investigativa y rigurosidad expositiva.

Al repasar los principales estudios sobre medios y conflicto armado es posible afirmar que el periodismo acompaña la guerra, no la comprende, ni la contextualiza, ni diversifica los relatos. Miremos algunos ejemplos.

Medios Para la Paz, una corporación creada en 1989 con el fin de “propiciar el ejercicio ético y con responsabilidad social del periodismo como instrumento de construcción de democracia y cultura de paz, con énfasis en el conflicto armado colombiano”, ha reflexionado a fondo sobre las narrativas periodísticas y los contextos y rutinas en las que estas se producen. Resultan interesantes algunos ejercicios, cuyos productos han sido publicaciones que sirven de guía para el trabajo de los reporteros.

En 1991, Medios Para la Paz publicó *Para desarmar la palabra. Diccionario de términos del conflicto y de la paz*. En la presentación de la primera edición, los editores recuerdan que la idea de construir un diccionario surgió de conversaciones que giraban en torno a cómo los periodistas forman parte del conflicto; una de las maneras más frecuentes era el uso impreciso de términos que no solo desviaban el significado de los hechos sino que evidenciaban por quién habían tomado partido. En el prólogo a la segunda edición, el periodista Arturo Guerrero explica que la lucha por el uso de las palabras precisas se da porque el lenguaje “define de modo supremo la calidad del producto final”. Allí, agrega:

En este punto suelen naufragar muchas buenas intenciones y muchos esfuerzos meritorios. Ceder en las palabras, aceptar el léxico del enemigo, son errores que se cometen bastante a menudo y no siempre de manera consciente. Se habla de ceder y si se acepta la presencia de un enemigo, es porque el trabajo con las palabras es también un combate, es la lucha entre la realidad y las varias versiones que procuran revelarla. [...]

El manejo moderno de los medios por parte de los distintos poderes es un duelo por imponer cada uno sus palabras. Para lograrlo se ha montado una espesa red de oficinas de comunicaciones en los despachos oficiales, de comisiones de agitación y propaganda en los campamentos guerrilleros, de asesores bien aceitados en las sedes paramilitares, de oficiales expertos en operaciones de inteligencia en los cuarteles de las Fuerzas Armadas (Medios Para la Paz, 2005, p. 5).

En el 2001, Medios Para la Paz sacó a la luz el libro *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*, en el que revela las difíciles situaciones de conflicto armado en que los periodistas ejercen su labor, y cómo éstas determinan las características de la información que llega a los ciudadanos. El libro es un acertado diagnóstico de lo que ocurre detrás de las noticias, pero no intenta justificar las deficiencias de los productos. En palabras de Medios Para la Paz, “la esencia del oficio periodístico se resuelve, pues, en el producto final, en los textos escritos, radiales o televisivos, que son los que recibe el público y en torno a los cuales se nos valora”, sin que importe para el lector lo que ocurre detrás del telón.

Reconocer que las guerras modernas, ya sean internas o internacionales, generan enormes dificultades y múltiples trampas que ponen en riesgo la información y la vida de los periodistas, es tarea urgente en un país como Colombia, que padece el conflicto armado más largo del continente americano, y en donde la verdad es amenazada como consecuencia de una nueva guerra, la de la contra-información, que adelantan sin excepción todos los bandos en pugna y que ya ha entrado en algunas salas de redacción (Medios Para la Paz, 2001, p. 5-18).

Cubrimiento periodístico responsable del desplazamiento forzado interno es el manual resultante de los talleres realizados por la misma corporación en el 2004, en ocho ciudades colombianas (Medios Para la Paz, 2005). En los encuentros con los periodistas, los académicos se propusieron llevarlos a reflexionar acerca de la mejor manera de informar sobre el desplazamiento forzado interno, y al hacerlo hallaron deficiencias que se trasladaban a los textos que publicaban.

La experiencia de los talleres evidenció que, en general, los periodistas tenían escaso conocimiento del marco jurídico internacional y nacional relativo a los derechos humanos y específicamente al desplazamiento forzado interno; mostró visiones estrechas de la situación vivida por miles de campesinos, originadas en las deficiencias de contexto; comprobó que

muchos periodistas no conocían las organizaciones de víctimas ni las funciones de las instituciones que velan por ellos, y por tal razón recurrían solo a la fuente oficial; dejó ver la incapacidad para traducir el lenguaje especializado a un discurso que pueda comprender un público heterogéneo; y si bien demostró agudeza de los periodistas frente al mensaje explícito, dejó ver la desatención de la mayoría frente a los mensajes latentes.

Al presentar el libro *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*, los editores señalan:

La frase “periodismo responsable en el conflicto armado” debería ser un pleonasma. La razón es sencilla: si el periodismo no es responsable no es periodismo. Pero es muy desafortunado que en la realidad la información veraz y objetiva, a cuyo servicio debería estar el periodismo, se ve con frecuencia maltratada por los intereses contrarios al bien general que utilizan y manipulan la información a su favor [...]. Si el periodismo se encuentra en medio de un conflicto armado tiene el alto riesgo de convertirse en un arma de guerra. Se pone al servicio de uno de los campos en conflicto y se puede dedicar a construir una imagen del enemigo con el fin de justificar su destrucción. No importa si el pretendido enemigo es tan malo como lo pintan: lo importante en el conflicto es justificar la dosis de violencia que se está empleando contra el adversario (Medios Para la Paz, 2006, p. 7).

Algunas observaciones, producto del análisis de 480 trabajos periodísticos producidos durante diplomados en cuatro ciudades colombianas, se convierten en una radiografía de cómo la prensa y los medios han cubierto el conflicto armado. Mario Morales, profesor de la Universidad Pontificia Javeriana, fue el encargado de la síntesis. Él dice que en los textos de prensa, radio y televisión presentados por los 116 reporteros se hallan las siguientes características: predomina lo episódico sobre lo interpretativo y lo contextual; la noticia es el género preferido, pero el que menos posibilidades de abordaje permite si se habla de equilibrio, diversidad de voces, contextos y rigurosidad investigativa; son pocos los relatos o narraciones; se aprecia falta de preparación, desconocimiento o confusión en el uso del lenguaje; la utilización de una sola fuente es un

derrotero afincado en el ejercicio del periodismo; la falta de contraste de voces genera la reiteración de una sola versión de los hechos; las voces que narran el conflicto son las oficiales, quedan por fuera las víctimas, que solo cuentan como cifras; en muchos casos no se identifican las fuentes de información, lo que da lugar a manejos “intencionados” de la información (Medios Para la Paz, 2006, p. 123).

Finalmente, Medios Para la paz presentó el texto *Cubrimiento periodístico responsable de la vinculación y desvinculación de los niños al conflicto armado*, que también es resultado de una serie de talleres en los que participaron 244 periodistas, líderes y funcionarios públicos. En la presentación del libro, Marisol Manrique y Mauricio Beltrán señalan que:

Un principio de la ética del periodista tiene que ver con que su papel consiste en registrar la realidad más no crearla. Pero la realidad se vuelve un entramado en las mentes de las personas donde distinguir hechos de sensaciones y noticias de sentimientos resulta imposible. Una distorsión generada por la falta de pericia al ejercer la profesión [...]. Se da por simple ignorancia al confundir a las víctimas con los victimarios y volver a repetir ese lugar común que habla de un número de subversivos abatidos “entre ellos tantos menores de edad”, o por el uso incorrecto de llamar desmovilizados a niños y niñas, jóvenes y adolescentes, que en verdad son desvinculados.

Esa falta de *sindéresis* en la relación de los hechos, la ligereza con que suelen transcribirse comunicados oficiales o la negligencia para investigar, van haciendo el ambiente mediático que primero oculta y luego distorsiona la realidad (Medios Para la Paz, 2009, p. 8).

Entre muchas otras investigaciones, estudios y reflexiones que se han realizado en Colombia, está *El conflicto armado en las páginas de El Tiempo*, que concluyó con la elaboración del manual de cubrimiento del conflicto armado y el terrorismo. Germán Rey, profesor de la Universidad Javeriana, expresa en este documento que

una de las apreciaciones más fuertes es el carácter oficialista de la información del periódico. La afirmación se desprende sobre todo del gráfico de las fuentes. La gran

mayoría proviene del estado, de los grupos guerrilleros y los paramilitares, lo que de por sí no es una sorpresa: son quienes tienen una relación más directa con la guerra. Sin embargo, lo que más llama la atención es la poca vocería de la sociedad y, sobre todo, la recurrencia de las víctimas, más por víctimas que por ciudadanos. —Y concluye que:— Lo que se necesita es un enfoque periodístico del conflicto, es decir, unas políticas informativas [...], hacer un esfuerzo por proponerse proyectos de información que apliquen otros enfoques, combinen matices de los acontecimientos de la guerra, convoquen diversas voces, mezclen interpretaciones en juego, y encuentren formas de narrar que vayan más allá del registro noticioso (Rey, 2003, pp. 115-118).

Otro estudio que avanza en conclusiones y recomendaciones en la misma línea es *La desmovilización de las autodefensas: un caso de estudio* (Cátedra Konrad Adenauer, 2004).

Uno de los centros que analizó más productivamente el asunto del periodismo de guerra en Colombia fue el Proyecto Antonio Nariño, con estudios liderados por Germán Rey y Jorge Iván Bonilla como *Calidad informativa y cubrimiento del conflicto* (2004), *La televisión del conflicto: representación del conflicto armado colombiano en los noticieros de televisión* (2005), *La infancia y la calidad periodística en el cubrimiento informativo del conflicto armado en Colombia* (2005); y estudios de casos, como *El cubrimiento de hechos de conflicto* (2004) y *La relación entre los periodistas y sus fuentes* (2004).

Historias de barbarie y dignidad

Frente al paisaje desolador que los grandes medios de comunicación dibujan para los reporteros, la investigación independiente ha sido el recurso utilizado por los periodistas para la producción de historias que requieren largo tiempo de reportería y espacio generoso para ser narradas. Los periodistas han encontrado en la literatura de no ficción el género y en el libro el formato editorial adecuados para divulgar las historias del conflicto. Además de las abordadas

por Juan Carlos Vélez en la investigación referida en un apartado anterior, revisaremos aquí algunos ejemplos:

Pedro Claver Téllez escribió *Crónicas de la vida bandolera* (Planeta, 1987) para contar episodios, que a veces parecen fantasiosos, de las vidas de quienes protagonizaron la violencia de principios del siglo XX —rezagos de la Guerra de los Mil Días— y La Violencia de mediados del siglo XX. El autor, quien vivió como niño al lado de su familia los rigores de la lucha a muerte entre liberales y conservadores, rastrea los recuerdos de los más ancianos y los suyos propios para perfilar a quienes fueron los bandoleros famosos en el territorio que hoy comprenden los departamentos de Santander y Boyacá.

No nacimos pa' semilla de Alonso Salazar (Cinep, 1990) convirtió la violencia del narcotráfico en texto escolar y de obligada consulta para los académicos. En el texto —un compendio de relatos de vida—, aparecen las voces de sicarios jóvenes contratados por el cartel de Medellín. Por primera vez en Colombia era posible leer, casi escuchar, los testimonios de quienes trabajaban al mando de Pablo Escobar, y penetrar en sus rutinas de muchachos humildes que encontraban en el mundo de las armas y el dinero una manera vivir que transformó la cultura de Medellín.

De la misma época son *El pelaíto que no duró nada* (Planeta, 1991) y *Mujeres de fuego* (Corporación Región, 1993). En el primero, Víctor Gaviria retoma la voz de un muchacho de la comuna nororiental de Medellín para narrar la vida de su hermano mayor, vinculado prematuramente a las bandas del narcotráfico, y muerto, también prematuramente, en las calles del barrio. En el segundo, Alonso Salazar rescata las voces de mujeres que acompañaron la vida de hombres vinculados a las filas armadas del narcotráfico. *Mujeres de fuego* tiene el sello de *No*

nacimos pa' semilla, pues logra entrar en la intimidad de una generación obligada por la violencia a configurar nuevos modelos de pareja y de familia.

Tres años después fue publicado *Rostros del secuestro* (Planeta, 1994), de Sandra Afanador y colaboradores, que recoge historias de hombres y mujeres afectados por la violencia y el secuestro. Este libro se caracteriza por la riqueza de puntos de vista narrativos: el secuestrado, sus familiares y sus captores relatan los hechos.

En el año 2000 se entregaron al público dos obras importantes. La primera es *Las mujeres en la guerra*, de Patricia Lara (Planeta, 2000), en la que diez mujeres narran sus vivencias del conflicto armado. El aporte de esta obra es acercarse a la guerra desde la mirada femenina de quienes trasiegan en diferentes escenarios de la violencia. La segunda obra es *Las guerras en Colombia* (Aguilar, 2000), de la mexicana Alma Guillermoprieto, una recopilación de los reportajes que ella escribió entre 1989 y 2000 para la revista *The New Yorker of Books*.

Juanita León y Carlos Uribe editaron, en el 2001, *Años de fuego: grandes reportajes de la última década* (Planeta, 2001). Un año después, Guillermo González Uribe escribió *Los niños de la guerra* (Planeta, 2002), en el que incluye once historias, en primera persona, de niños y jóvenes que hicieron parte de la guerra en Colombia, y que para el momento de las entrevistas estaban en programas para reaprender a vivir lejos de ella. También en el 2002 el español Paco Gómez Nadal publicó *Los muertos no hablan* (Aguilar, 2002), un texto en el que las voces de los supervivientes de la tragedia de Bojayá, población chocoana en la que el 2 de mayo de 2002 la guerrilla —en medio de un combate con paramilitares— lanzó un cilindro de gas como si fuera un misil y asesinó a 79 civiles, alcanzan presencia internacional. “Los muertos no hablan y a los vivos los llamamos con nuestro olvido”, escribió el periodista.

Con el título *La guerra no es un juego de niños. Historias de una infancia quebrada por el conflicto* (Intermedio, 2005), Pilar Lozano entregó seis relatos, en tercera persona, donde resulta conmovedor comprobar que muchos niños colombianos han crecido viendo morir y matar, y por eso tales hechos son parte de su cotidianidad.

Para expiar sus culpas por no haber contado toda la verdad en sus notas de prensa —ella así lo confiesa—, Juanita León publicó *País de plomo* (Aguilar, 2007). Con once historias reescritas, la periodista salda una falta cometida, no por presiones de sus editores, sino en atención a esa máxima de que todo lo que se incluya en una crónica debe ser posible de comprobar. Pasados los años, distantes del calor del combate, las fuentes y el reportero pueden, como lo demuestra este libro, moderar la historia para saber por qué ocurrieron los hechos y qué consecuencias tuvieron para los habitantes de un territorio.

Para cerrar este apartado, sin haber abordado la totalidad de las obras, comentaremos tres obras: *24 negro. Testimonios del conflicto armado en el Oriente Antioqueño* (Hombre Nuevo, 2007); *Llanto en el paraíso. Crónicas de la guerra en Colombia* (Universidad de Antioquia, 2008), y *Los escogidos* (Hombre Nuevo, 2012).

En el primero, Guillermo Zuluaga reconstruye ocho historias de violencia en una de las zonas más golpeadas en los últimos años por la confrontación militar entre guerrillas, paramilitares y Ejército. En el segundo, Patricia Nieto relata tres acontecimientos del conflicto armado ocurridos en diferentes regiones de Antioquia: la destrucción del templo del municipio de Caicedo, como punto de quiebre en la historia de la comunidad; la historia de vida de una mujer campesina víctima de la Violencia, que la dejó sin padre, y del conflicto armado, que la dejó sin tierra, le destruyó su familia extendida y le involucró a dos hijos en bandos contrarios; y el relato de cómo una comunidad campesina es gradualmente despojada de sus tierras y de cómo esos vecinos

logran restablecer algunos de sus vínculos en la ciudad. En el tercero, la misma autora, indaga en las prácticas religiosas de quienes adoptan los cadáveres de los NN que el río Magdalena mece en sus aguas.

Los anteriores son trabajos periodísticos rigurosos que reconstruyen la nación de la guerra a partir de testimonios contundentes, historias aterradoras y datos que producen desasosiego para el alma nacional; relatos de vida, dignidad y sobrevivencia; cuentos de guerra y barbarie; periodismo que intenta dar cuenta de lo incontable: el complejo conflicto colombiano.

Estos textos y otras obras periodísticas⁴ son imprescindibles para comprender el conflicto colombiano. Su límite está en que son historias en versión de los periodistas, un acercamiento desde el afuera (el periodismo siempre ve desde el afuera masivo), para responder a un deseo común que nos surge a los que vemos la guerra por televisión: conocer a los sujetos de la guerra.

En primera persona

Durante la última década, el testimonio se ha impuesto como el género para contar la guerra. Victimarios y víctimas han recurrido a este tipo de relato para dejar una versión personal, subjetiva e intimista, de sus vivencias.

En este universo, se destacan tres tipos de escritos, según sus autores: 1. Los redactados o dictados por los hombres de la batalla, quienes han contado con publicaciones de gran tiraje, ampliamente divulgadas en los medios masivos de comunicación. 2. Los escritos por víctimas del secuestro que han logrado salir con vida del cautiverio, ya sea fugados, rescatados o liberados, y que han obtenido audiencias en las grandes editoriales del mundo. 3. Los relatos de las víctimas

⁴ Hay trabajos investigados y producidos por la prensa que deben ser destacados como “La barbarie que no vimos”, publicado en 8 de diciembre de 2007, en la revista *Semana*. En televisión, se pueden ver el programa *Contravía*, de Hollman Morris: www.contravia.tv; el especial periodístico de Pirry del 26 de octubre de 2008 (Canal RCN): “Paramilitarismo en Colombia, los años en que vendimos el alma”, ganador del premio Simón Bolívar de periodismo en el 2009; y el especial de Canal Caracol, presentado en el 2007, “¡Colombia vive! 25 años de resistencia”. Así mismo, vale destacar el trabajo de los portales www.verdadabierta.com y www.olvidocero.com.

anónimas de toda clase de violaciones de los derechos humanos, construidos al amparo de organizaciones no gubernamentales, universidades, grupos eclesiásticos, asociaciones comunitarias y proyectos oficiales, que se publican en libros y folletos de bajo tiraje, blogs, multimedias, emisoras comunitarias, colchas tejidas a mano, canciones y altares conmemorativos.

En el primer grupo, pueden destacarse las siguientes obras: *Mi hermano Pablo* (Oveja Negra y Quintero Editores, 2000), escrito por Roberto Escobar Gaviria, hermano del capo, con la ayuda del periodista Juan Carlos Giraldo, para contar las acciones más importantes del narcotraficante colombiano con mayor reconocimiento. En *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos* (Oveja Negra, 2001), el periodista Mauricio Aranguren sirve de amanuense al máximo jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia. Después, la periodista colombiana Astrid Legarda presentó *El verdadero Pablo: sangre, traición y muerte* (Dipon y Gato Azul, 2005), en el que John Jairo Velásquez Vásquez, conocido en el cartel de Medellín como Popeye, relata su vida al lado de Pablo Escobar.

A los textos de autoría directa de los capos o comandantes se suman una serie de libros elaborados por personas de segunda o tercera línea en las estructuras delictivas de las mafias, que develan tanto mundos domésticos e íntimos como estrategias de los carteles para permear las instituciones. Circulan, entonces, el polémico libro *El hijo del ajedrecista I y II* (Oveja Negra, 2007), escrito por Fernando Rodríguez Mondragón, hijo de uno de los jefes del Cartel del Valle del Cauca; en él, este muchacho *rebelde* cuenta las vidas y los negocios de su padre y sus tíos, y sella una enemistad profunda con la casta de los Rodríguez Orejuela. En el mismo año, la diva de la televisión colombiana hasta los años ochenta, Virginia Vallejo, publica *Amando a Pablo, odiando a Escobar* (Grijalbo, 2007), en el que, además de narrar su historia amorosa con el Capo,

desovilla decenas de negocios ilícitos y crímenes en los que resultan involucrados reconocidos delincuentes y algunos hombres de la política colombiana.

Un año después apareció *Las prepago*, escrito por Alfredo Serrano Zabala (Giron Spanish Book, 2009), en el que narra la vida de mujeres bellas con grandes ambiciones, que conforman un cartel paralelo al de los hombres de la droga. Ellas han sido las amantes de capos, testaferros y *lava-perros* de las estructuras narco, y a través de sus historias se registra uno de los rostros femeninos de la cultura que crea el mundo mafioso.

En 2008 y 2009 se publicaron dos libros bastante singulares: *El cartel de los sapos. La historia secreta de una de las mafias del narcotráfico más poderosas del mundo* (Planeta, 2008), escrito por Andrés López, y *Las fantásticas: las mujeres del cartel* (Santillana, 2009), del mismo autor, acompañado por Juan Camilo Ferrand. La particularidad de estos libros es que han sido escritos por quien desde muy joven ingresó al cartel del Valle, y escaló posiciones que lo convirtieron en uno de los más buscados por la justicia de los Estados Unidos. En el 2001, se entregó a la justicia y negoció su pena con ese gobierno. Desde la celda escribió el primero de sus libros y esbozó el segundo. Ambos se convirtieron en éxito de librerías y, convertidos en libretos con la participación de Juan Camilo Ferrand, dieron origen a dos series de televisión triunfadoras en festivales y entre las preferidas del público.

De libros como los mencionados en este apartado, escribió Ricardo Silva Romero en la revista *Soho*: “desde *El señor de las sombras* hasta *Las prepago*, desde *Mi confesión* hasta *El hijo del ajedrecista*, da como resultado, gústenos o no, una especie de poema épico (los españoles tuvieron El Cid, los alemanes tuvieron Los Nibelungos) que pinta la nación en donde hemos estado parados desde hace más de treinta años”. Su planteamiento no se queda en la aceptación simple de que tenemos la literatura que nos merecemos, sino que va más allá y compara la

calidad literaria de estas obras de grandes ventas en librerías y semáforos con lo que nos ha pasado como nación, como comunidad, como cultura:

Las publicaciones de Oveja Negra, en especial las que coedita Quintero Editores, suelen despreciar los llamados del rigor periodístico, las leyes de la gramática española y las más elementales normas de redacción. Sus páginas no resisten una segunda lectura: se van destiñendo como periódicos sensacionalistas. A muchos de sus autores, escritores huérfanos de editores que redactan de manera tan confusa como piensan, no les importa combinar el tú con el usted en una misma frase, les cuesta diferenciar los tiempos verbales, les queda imposible no vanagloriarse de sus desmanes y les tiene sin cuidado la estructura de lo que están narrando porque no saben bien qué están narrando. Pero lo hacen así porque ese descarte de las reglas del juego en plena partida, esa tremenda confusión mental, esa ética hipnótica que parte de la base de que en la ilegalidad todo es más justo, ese no entender, del todo, que se ha cometido un crimen, ha sido el gran legado que nos han dejado los protagonistas de nuestras décadas pasadas (Silva Romero, 2009, marzo).

Al segundo tipo de textos pertenecen libros escritos por exsecuestrados mediáticos que al regresar del cautiverio se ven impelidos —por necesidad personal o por ofertas económicas de grandes editoriales— a narrar las múltiples adversidades de la vida en la selva, bajo la autoridad de carceleros guerrilleros, y las variadas estrategias adoptadas por ellos para sobrevivir durante años en condición de secuestrados. Uno de los primeros libros publicados fue *Secuestrada* (Espasa, 2001), en el que Leszli Kalli, de 19 años, relata cómo fue secuestrada en pleno vuelo, junto a los otros pasajeros que viajaban entre Bucaramanga y Bogotá. Del secuestro del gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria, y de su asesor de paz, Gilberto Echeverri Mejía, se publicaron dos libros póstumos: *Diario de un gobernador secuestrado* (Ediciones Revista Número, 2005) y *Bitácora desde el cautiverio* (Eafit, 2006), a través de los cuales los lectores conocen vivencias cotidianas y reflexiones filosóficas y políticas que estos líderes elaboraron

durante su largo cautiverio, que terminó en tragedia cuando las Farc decidieron asesinarlos, ante la presión del Ejército colombiano que intentaba un rescate militar.

En los años 2008 y 2009, se conocieron por lo menos ocho libros más escritos por exsecuestrados: John Frank Pinchao publicó *Mi viaje hacia la libertad* (Planeta, 2008) para contar cómo se fugó de las Farc; su libro dio lugar a un documental producido por Discovery Channel (2008), dado a conocer en casi todo el mundo.

Luis Eladio Pérez publicó *Siete años secuestrado por las Farc* (Aguilar, 2008) apenas cuatro meses después de su liberación. Lucy Artunduaga, esposa de Jorge Gechem, liberado por las Farc, publicó *Amores que el secuestro mata* (Círculo de Lectores, 2008), en el que narra la experiencia dolorosa de esperar durante años a un esposo, que al regresar la repudió por el manejo económico de sus bienes y porque durante el cautiverio él se había enamorado de otra mujer, una de las líderes políticas secuestradas. El mismo año, Jorge Gechem escribió *Desviaron el vuelo. Viacrucis de mi secuestro* (Oveja Negra, 2008); y Fernando Araujo, *El trapequista* (Planeta, 2008). En el 2009 aparecieron tres libros: *Cautiva* (Norma, 2009), de Clara Rojas; *Cartas a mamá desde el infierno* (Grijalbo, 2009), de Melanie y Lorenzo Delloye Betancourt, hijos de Ingrid Betancourt, y también *Años en silencio* (Planeta, 2009), de Oscar Tulio Lizano. En el año 2010, Ingrid Betancur publicó *No hay silencio que no termine* (Aguilar) en el que narra sus casi siete años en manos de Farc, que la secuestró durante una gira de su campaña como candidata a la presidencia de Colombia. Esta obra, de 710 páginas, es un viaje al horror que supone la privación de la libertad, el despojo de la dignidad, la humillación del sometimiento extremo: condiciones límites de la condición humana.

De los libros antes mencionados, la revista *Arcadia*, publicación especial de cultura de la casa editorial Semana, escribió:

Uno podría decir, después de leer varios de ellos que, en efecto, estos libros son importantes documentos históricos del conflicto armado. Su atractivo es coyuntural, pero su valor reside en el testimonio que dan de una de las tantas prácticas de guerra utilizadas por los grupos guerrilleros. Lo que les falta de trabajo estilístico les sobra, en especial al libro de Pinchao, en sinceridad. Los diarios y cartas escritas en cautiverio por Gaviria, Betancourt y Kalli son, por lo demás, doblemente desgarradores. Por un lado, estos escritos no están completamente mediados por las editoriales o las expectativas del mercado; por otro, fueron escritos desde el encierro con la esperanza de que cada palabra cautiva fuera la última (*Arcadia*, 2008, noviembre, p. 22).

El tercer grupo de testimonios es aquel escrito por el país del no-guerrero, del no reconocido, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano, por encima de la guerra. Por ahora, sus historias circulan entre públicos domésticos, en ámbitos casi vecinales, y por ello no han trascendido a la esfera simbólica, no son parte del gran relato nacional de la violencia, no son parte de la Historia.

En este contexto se llama la atención sobre estudios como *La palabra... La paz labra. Historias de niños, niñas y jóvenes excombatientes*, porque está en otra perspectiva, cuenta desde “el adentro”, desde la vivencia de las víctimas; construye así la contracara de esos seres guerreros, y los reconvierte en relatos que nos hablan de un país que produce sujetos que tienen como único destino la vida en las armas; no sobresale lo *matón*, sino aquella injusticia que hace que como nación estemos muriendo jóvenes. Marina Valencia, Omar Rincón, Martha Isabel Jordán y Patricia Barón, en un estudio para la Organización Internacional de Migraciones (OIM) y el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc) llamado *Desconexión Colombia* (2006), trabajaron el conflicto colombiano con jóvenes que hacen parte del programa gubernamental de desvinculación, y se interesa testimonial y analíticamente por “el adentro cultural”; no busca la actualidad del relato periodístico, ni la verdad de la guerra, sino que

intenta contar al sujeto y su cultura para explicar el conflicto desde categorías transversales como son nación, cuerpo, familia, institucionalidad, amor y medios de comunicación. Esta investigación presenta las emociones, creaciones, vitalidades, contradicciones y subjetividades de los jóvenes que estuvieron en la guerra; devela los sujetos culturales, esos que existen detrás de un nombre, una sonrisa, una emoción, una ilusión, una ficción, un relato de vida.

En esta línea de rescatar las voces de las víctimas, se encuentran trabajos que buscan diversificar los testimonios y modos de contar la guerra en Colombia. Uno de ellos es el eje metodológico de la presente tesis: los talleres *De su puño y letra. Polifonía para la memoria. Las voces de las víctimas del conflicto armado en Medellín*. Esta experiencia, en la que participaron 128 personas, produjo tres libros autobiográficos: *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El cielo no me abandona* (2007) y *Donde pisé aún crece la hierba* (2010). En las historias allí presentadas se manifiesta la cara oculta del conflicto armado, la que solo pueden relatar aquellos sobre quienes ha recaído la violencia: víctimas, sobrevivientes y testigos.

Otros estudios que han convertido las experiencias de la gente de la comunidad en historias y política son: *Lo que le vamos quitando a la guerra*, de Clemencia Rodríguez y otros (C3FES, 2008); *Jóvenes, memorias y violencia en Medellín, una antropología del recuerdo y el olvido*, de Pilar Riaño (Editorial Universidad de Antioquia, 2006); *Arte, memoria y violencia*, de la Corporación Región (Corporación Región, 2003); *La ciudad que no me quiere*, sobre los jóvenes que sufren la violencia en Bogotá, de Marta Ruiz (Fescol-Cerec, 2002); *Una botella de ron pa'l flaco* (Icesi, 2006), una serie de crónicas caleñas producidas en el taller de Harold Kremer, para contar los modos que toma la convivencia en una ciudad en quiebra. Y también el sitio web www.desdeadentro.info, que se presenta como “en-trama-do que se hace con y desde las historias

de la gente; historias que la guerra no ha podido matar, relatos que se cuentan para existir en el mapa de los visibles y los sobrevivientes”.

La guerra en Colombia se ha contado en diversos formatos, desde diferentes enfoques e ideologías. En muchos lugares del país se opta por poner a la gente a contar, a dar cuenta y a ser tenida en cuenta desde lo que ellos y ellas quieren relatar. Tener en cuenta es poner en evidencia el estar vivo, querer vivir en paz y hacer visible la dignidad de haber sobrevivido. Somos hijos de nuestros relatos, orgullo de nuestras historias. Sin historias no existimos, sin historias no hay paz ni reconciliación. Todo comienza con ser tenido en cuenta como historia.

Al finalizar las referencias bibliográficas de este capítulo, se ubican tres cuadros, a manera de recorrido cronológico, que incluyen las producciones cinematográficas, televisivas y digitales relacionadas con la violencia en Colombia, que han sido emitidas o producidas en el país durante las últimas décadas.

Referencias bibliográficas

- Arcadia*. (2008, noviembre) “El fenómeno de los libros sobre el secuestro. Bálsamo comercial”. *Arcadia*. N.º 38. Bogotá. Pp. 22-23.
- Buitrago Salazar, Evelio. (1967) *Memoria autobiográfica de un sargento segundo durante el gobierno de Rojas Pinilla*. Bogotá: Imprenta de las Fuerzas Armadas.
- Cátedra Konrad Adenauer. (2004). *La desmovilización de las autodefensas: un caso de estudio*. Bogotá: Universidad Javeriana, Fundación Konrad Adenauer.
- CNRR. (2009). *Memorias en tiempos de guerra*. [En línea] Bogotá: Centro de Memoria Histórica. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/index.php/informes-gmh/informes-2009/memorias-en-tiempos-de-guerra#>. Consultado el 8 de octubre de 2012.

- Figueroa Sánchez, Cristo Rafael. (2004) “Gramática-violencia: Una relación significativa para la narrativa colombiana”. *Tabula Rasa*. N.º 2. Bogotá. Pp. 93-110.
- Franco, Natalia; Nieto, Patricia; Rincón, Omar (eds.). (2010). *Tácticas y estrategia para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.
- Izquierdo, José María. (2003). *La literatura de la generación del cincuenta en España y la narrativa actual de la memoria*. [En línea] Oslo: Universidad de Oslo. Disponible en: <http://folk.uio.no/jmaria/lund/2003/ponencias/Izquierdo.pdf>. Consultado el 8 de octubre de 2012.
- Kovach, William; Rosenstiel, Tom. (2004). *Los elementos del periodismo*. Madrid: El País.
- Maldonado, Nelly. (2005, mayo). “Identidad, memoria, escritura: Una sola muerte numerosa de Nora Strejilevich”. [En línea]. *Coloquio Writing Exile, Migrancy, Nomadism, Bordercrossing*. Montreal: Universidad de Concordia. Disponible en: http://artsandscience.concordia.ca/cmll/Dislocation_Maldonado.htm. Consultado el 8 de octubre de 2012.
- Medios Para la Paz. (2005a). *Para desarmar la palabra. Diccionario de términos del conflicto y la paz*. 2.ª ed. Bogotá: Medios Para la Paz.
- _____. (2005b). *Cubrimiento periodístico responsable del desplazamiento forzado interno*. Bogotá: Medios Para la Paz.
- _____. (2006). *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*. Bogotá: Medios Para la Paz.
- _____. (2009). *Cubrimiento periodístico responsable de la vinculación y desvinculación de los niños al conflicto armado*. Bogotá: Medios Para la Paz.
- _____. (2001). *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*. Bogotá: Medios Para la Paz.
- Nieto, Patricia. (ed.). (2007). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Ortiz, Alexandra. (2001). “Constitución de nuevos espacios discursivos en tres novelas centroamericanas de posguerra”. [En línea] *Revista Virtual Istmo*. N.º 4. Disponible en: <http://collaborations.denison.edu/istmo/n04/proyectos/posguerra.html>. Consultado el 8 de octubre de 2012.
- Rey, Germán. (2003). *El conflicto armado en las páginas de El Tiempo*. Cuadernos de Análisis. Bogotá: El Tiempo.
- Rueda, María Helena. (s. f.). “La violencia desde la palabra”. En: José Antonio Rodríguez (ed.). *Novela colombiana*. [En línea] Bogotá: Universidad Javeriana. Disponible en:

http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/rueda.htm. Consultado el 10 de noviembre de 2012.

Sánchez, Gonzalo. (2006) *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta.

Santamaría, Cirilo. (1999, octubre). “Guatemala: recuperación de la memoria histórica camino y perspectivas”. En: *Seminario Taller Internacional de Superación de la Impunidad. Memorias*. Bogotá: Códice. s. p.

Silva Romero, Ricardo (2009, marzo). “Oveja Negra”. [En línea] *Soho*. Bogotá. Disponible en: <http://www.soho.com.co/Imprimir.aspx?idItem=10251>. Consultado el 10 de abril de 2012.

Tzvi, Tal. (2000). *Imaginando dictaduras: Memoria histórica y narrativa en películas del Cono Sur*. [En línea] Santa María: Universidad Federal de Santa María. Pp. 257-296. Disponible en: <http://www.tau.ac.il/~tzvi/Publications.htm>. Consultado el 8 de octubre de 2012.

_____. (2001). *Cine, colonialismo cultural y lucha política: Construcción de identidades nacionales en Argentina y Brasil*. Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv.

Uribe, María Teresa; López, Liliana. (2006). *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: La Carreta.

Vélez Rendón, Juan Carlos. (2003, ene.-jun.). “Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares”. [En línea] *Estudios Políticos*. N.º 22. Instituto de Estudios Políticos (IEP). Medellín: Universidad de Antioquia. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar//ar/libros/colombia/iep/22/03-velez-rendon.pdf>. Consultado el 10 diciembre de 2012.

Cuadro 1. Producciones cinematográficas relacionadas con la violencia en Colombia, 1983-2012				
	Año	Director	Sinopsis	Observaciones
Cóndores no entierran todos los días	1983	Francisco Norden	Relata episodios de la violencia en Colombia durante los años cincuenta.	Basada en la novela homónima de Gustavo Álvarez Gardeazábal.
Rodrigo D no futuro	1988	Víctor Gaviria	Rodrigo es un ser marginado y solitario que prefiere morir antes que verse obligado a matar. Desde la ventana le grita a la ciudad que lo oiga, que lo tenga en cuenta. Su actitud es una réplica contra la indolencia, la intolerancia y un llamado a la vida.	La película fue creada con actores naturales, la mayoría miembros de bandas juveniles. Muchos de ellos murieron después de la filmación.
La gente de la universal	1993	Felipe Aljure	Es una comedia de humor negro que transcurre en una selva urbana, en donde cada quien tiene que velar por su propia supervivencia. Nadie es malo, pero todos actúan en su propio beneficio y sin medir si sus actos perjudican a otros. El ex sargento Diógenes Hernández es dueño de La Universal, una precaria agencia de detectives privados en el centro de Bogotá, que tiene como sede el mismo apartamento en el que él y su esposa Fabiola habitan. Su sobrino, Clemente Fernández, quien trabaja en la agencia, sostiene un romance con Fabiola, sin pretender herir los sentimientos de su tío, pero impulsado por la necesidad de mitigar su vacío de hombre urbano y anónimo.	Gano el premio Coral a mejor guión inédito en el 13° Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, Cuba.

Golpe de Estadio	1998	Sergio Cabrera	A corta distancia de Buenavista, un pequeño pueblo apasionado del fútbol y situado al sudeste de Colombia, la guerrilla y el ejército mantienen continuos enfrentamientos hasta que en una de las refriegas toda la zona queda sin cobertura de televisión. En plena preselección para el Campeonato Mundial de Fútbol, la necesidad de seguir por televisión los partidos de la selección colombiana no sólo provocará una tregua, sino que hermanará a guerrilleros y soldados en un único objetivo común.	
La vendedora de rosas	1998	Víctor Gaviria	Después de la muerte de su abuela, Mónica huye a las violentas calles de Medellín. Tiene 13 años y vende rosas para ganarse la vida y poder alcanzar sus sueños. Pero la violenta realidad de las calles la llevará por un camino de espinas.	Los personajes son interpretados por actores naturales. Gran parte del reparto actoral ha fallecido o se encuentra privado de la libertad. La película recibió un total de 14 premios internacionales.
La Virgen de los sicarios	1999	Barbet Schroeder	Adaptación de la novela homónima de Fernando Vallejo. La película cuenta la historia de Fernando, un escritor homosexual que regresa a Medellín tras varios años de ausencia y se encuentra con una ciudad plagada de violencia a causa de los carteles de la droga. Allí conoce a Alexis, un joven sicario de 16 años con quien sostiene una relación sentimental.	La película provocó en Colombia duras críticas por parte de los sectores conservadores de la sociedad paisa. La Virgen de los sicarios recibió en Venecia el "Premio del Senado" de Italia.
Rosario Tijeras	2005	Marcelo Figueras	Medellín, años 80. Historia de amor	Adaptación de la novela

			entre una hermosa y sensual sicaria de los cárteles de la droga, Rosario Tijeras, y dos jóvenes de la alta sociedad. Una historia de pasión y desenfreno en una ciudad asolada por el narcoterrorismo. Rosario Tijeras es una mujer para quien la muerte es la culminación del placer y el éxtasis.	homónima de Jorge Franco. La película obtuvo un gran éxito de taquilla en Colombia. Fue nominada en 2006 para el Premio Goya a la Mejor Película de Habla Hispana.
El colombiano dream	2006	Felipe Aljure	Cuenta la historia de unos gemelos que en su afán de conseguir dinero fácil empiezan a vender pastillas alucinógenas entre los clientes de <i>El colombiano dream</i> , el bar de su familia. Uno de sus proveedores les da a guardar una gran cantidad de mercancía que ha robado a sus socios, pero muere producto de una sobredosis después de la entrega. Los traficantes empiezan a buscar desesperadamente sus pastillas involucrando a los gemelos, su familia y amigos en una desenfrenada persecución.	La película hace una reflexión sobre los valores y antivalores de la sociedad colombiana en la actualidad. Dentro de la crítica y el público en general generó opiniones divididas: mientras que algunos enaltecen sus logros técnicos, el ritmo frenético y la sátira cultural manejada en la película, otros califican esos mismos elementos como excesivos.
Soñar no cuesta nada	2006	Rodrigo Triana	Basada en hechos reales, la película se centra en la historia de Porras, Venegas, Lloreda y Perlaza, pertenecientes a un grupo de soldados del Ejército Nacional de Colombia que combaten en la selva amazónica contra las FARC. Tras repeler al enemigo, el grupo encuentra 46 millones de dólares pertenecientes al grupo insurgente. Los nuevos	Fue la película que registró la taquilla más alta durante el 2006 en Colombia: 1.198.172 espectadores. Fue nominada en la categoría de Premio Goya a la mejor película extranjera de habla hispana de 2007 y galardonada con el premio del público en la versión número 23 del

			millonarios se dedican a derrochar el dinero en lujosos coches, ropa, restaurantes y burdeles. Ese instante de suerte se convierte en una pesadilla cuando son descubiertos.	Chicago Latino Film Festival
Sumas y restas	2008	Víctor Gaviria	Medellín, Colombia, en pleno apogeo de los cárteles de la droga. Santiago, ingeniero de clase media, casado y de buena familia, tiene serios problemas financieros. A través de un amigo de la infancia, conoce a Gerardo, dueño de un taller mecánico y <i>traqueto</i> (traficante de cocaína). Fascinado por el ambiente de fiestas decadentes, droga y mujeres fáciles, Santiago se verá atrapado en una vorágine de lucro rápido, narcotraficantes y sicarios. Poco a poco, su situación familiar y profesional se irá deteriorando, hasta verse esclavo de una espiral de violencia sin salida.	Relata los orígenes del narcotráfico en los años 80 en Colombia. Ganadora de varios premios en diferentes festivales de cine a nivel nacional e internacional.
La pasión de Gabriel	2009	Luis Alberto Restrepo	Gabriel es un sacerdote apasionado por la vida, obsesionado por la justicia y enamorado de una mujer. Vive en un apartado pueblo de Colombia y en su intento por evitar que los jóvenes del municipio sean enfilados en la guerrilla, se enfrentará a los habitantes, a la mujer que ama, a la iglesia, la guerrilla, el ejército y hasta a los políticos de la región, cargando su propia cruz.	En su primer mes de proyección en las salas de cine colombianas logro una asistencia de 176.510 espectadores, convirtiéndose en una de las películas mas vistas en Colombia durante el 2009. Fue invitada del Festival de Cine de Guadalajara (2009), donde Andrés Parra obtuvo el Premio Mayahuel de Plata a mejor actor de

				largometraje.
Retratos en un mar de mentiras	2010	Carlos Gaviria	Jairo, un fotógrafo ambulante, y Marina, su prima muda y amnésica, deciden ir a recuperar la tierra de la que fueron desplazados años atrás. Viajan desde Bogotá a la costa colombiana en un viejo y destartado Renault 4. Durante el viaje Marina comienza a revivir su traumático pasado.	Fue escogida como mejor cinta Iberoamericana y Mejor Ópera Prima en el Festival de Cine de Cartagena. El director dijo en una entrevista para Acnur que “la película ha sido un pequeño grano de arena que contribuye a la humanización del conflicto y, sobre todo, de sus víctimas”.
García	2010	José Luis Rugeles	García, a sus 58 años, por fin está a un paso de cumplirle la promesa que le hizo a Amalia en el altar: regalarle una casa propia. En realidad el hogar es una vetusta y paupérrima granja afuera de la ciudad que no se parece en nada a lo que su esposa soñó durante décadas, pero García no pierde la esperanza de convencerla y de que se vayan a vivir allá entre vacas y pollitos. El plan toma otro rumbo cuando Amalia es secuestrada por alguien que, a cambio de su libertad, le pide a García que asesine a otra mujer.	
Sin tetas no hay paraíso	2010	Gustavo Bolívar	A sus trece años, Catalina empezó a asociar la prosperidad de las niñas de su barrio con el tamaño de sus tetas. Pues quienes las tenían pequeñas, como ella, tenían que resignarse a vivir en medio de las necesidades y a estudiar o trabajar de mesera en algún	La película se rodó después de que la historia basada en el libro homónimo de Gustavo Bolívar, lograra índices de audiencia históricos. Fue la primera narconovela que lanzó la televisión colombiana. Pese

			<p>restaurante de la ciudad. En cambio, quienes las tenían grandes como Yessica o Paola, se paseaban orondas por la vida, en lujosas camionetas, vestidas con trajes costosos y efectuando compras suntuosas que terminaron haciéndola agonizar de envidia. Por eso se propuso, como única meta en su vida, conseguir, a como diera lugar y cometiendo todo tipo de errores, el dinero para mandarse a implantar un par de tetas de silicona, capaces de no caber en las manos abiertas de hombre alguno. Pero nunca pensó que, contrario a lo que ella creía, sus soñadas prótesis no se iban a convertir en el cielo de su felicidad y en el instrumento de su enriquecimiento sino, en su tragedia personal y su infierno... Adaptación para cine de la famosa serie del mismo nombre.</p>	<p>a la controversia, la serie ganó 7 Premios India Catalina y 2 premios TV y Novelas. Ese éxito dio pie a que se rodara la película.</p>
Los colores de la montaña	2010	Carlos César Arbeláez	<p>Manuel, un niño de nueve años, que juega al fútbol todos los días en el campo con una vieja pelota, sueña con llegar a ser un gran guardameta. Su alegría es enorme cuando, Ernesto, su padre, le regala un balón nuevo; pero, desgraciadamente, un accidente inesperado hace que el balón caiga en un campo minado. A pesar del peligro que supone, Manuel, que no está dispuesto a renunciar a su balón,</p>	<p>Ganó en la edición 58 del Festival Internacional de Cine de San Sebastián el premio Kutxa-Nuevos Directores. Fue la candidata por Colombia a los Premios Óscar 2012 pero quedó fuera de las 5 finalistas.</p>

			convence a sus dos mejores amigos, Julián y <i>Poca Luz</i> , para que le ayuden a recuperarlo. En medio de las aventuras y los juegos infantiles, los signos de un conflicto armado empiezan a perturbar la vida de los habitantes de La Pradera.	
Pequeñas voces (cinta animada)	2010	Oscar Andrade y Jairo Eduardo Carrillo	Pequeñas voces es una película basada en entrevistas y dibujos de una generación de niños desplazados (8 a 13 años de edad) que crecieron en medio de la violencia y el caos en Colombia. Los cuatro protagonistas, a través de sus testimonios, nos revelan cómo perciben su realidad. Las historias de ellos cuatro han sido ilustradas y animadas teniendo como base sus dibujos originales, donde compartieron su viaje, sus sueños y esperanzas.	Un documental de animación. Primera película latinoamericana en 3D. Se estrenó en el festival de Venecia y empieza con un dato escalofriante: según los datos de la UNICEF en Colombia hay un millón de niños desplazados a consecuencia de la guerra.
Apaporis, secretos de la selva (Documental)	2010	José Antonio Dorado	Siguiendo los pasos del etnobotánico Richard Evans Schultes, registrado en un diario de viaje desde Mitú hasta el río Apaporis, se revelan secretos milenarios para revivir a los muertos. Un documental en el que se cuestiona el desplazamiento de la guerra hacia la selva; de qué manera, pese a la lucha de los chamanes por combatir a los espíritus malignos, las comunidades están asediadas por la desaparición de sus lenguas y culturas.	
El páramo	2011	Jaime Osorio	Después de enviar a nueve soldados	

		Márquez	veteranos a una base militar situada en un páramo colombiano, sus jefes pierden todo contacto con ellos, por lo que temen que puedan haber sido víctimas de un ataque de la guerrilla. Cuando los soldados llegan a su destino, sólo encuentran a una joven campesina encadenada. Poco a poco, el aislamiento y la imposibilidad de comunicarse con el exterior va haciendo mella en su ánimo y alterando su cordura. En ese estado, ya no saben quién es el enemigo ni cuál es la verdadera naturaleza de la extraña mujer que han encontrado. Presos del temor, la paranoia y de un oscuro secreto que arrastran, acabarán enfrentándose entre sí para poder sobrevivir.	
El cartel de los sapos	2011	Carlos Moreno	Martín González es un niño de clase baja que descubre en el mundo del tráfico de drogas la forma de ascenso social, fundamentalmente para ganar el amor de Sofía, una buena chica, inalcanzable a priori, que es su amor desde la infancia. Su audacia, inconsciencia y su juventud lo llevan a convertirse en parte activa y vital del peligroso Cartel del Norte del Valle, una organización criminal que se define como un dispositivo poderoso y sanguinario que superó al Cartel de Cali, la astucia militar de la corrupción	La Academia Colombiana de Artes y Ciencias Cinematográficas la escogió como la representante por Colombia a los premios óscar 2013. Hubo polémica no solo por tratarse de una historia de mafia que estigmatiza aún más al país, sino también porque otras cintas, para la crítica, eran mejores candidatas: Chocó, La Sirga, Apaporis, Porfirio y Sofía y El Terco.

			y el poder económico.	
Silencio en el paraíso	2011	Colbert García	La realidad de la miseria y de la guerra se cierne sobre los muchachos de un barrio popular de Bogotá. Ronald tiene 20 años, es el propietario de una bicicleta engallada con la que recorre, haciendo publicidad a fuerza de voz y megáfono, las polvorientas calles del barrio el Paraíso; un enclave de miseria con una vista privilegiada sobre la ciudad de Bogotá. Está enamorado de Lady, una chica del barrio, con la que vivirá una historia de amor que se verá truncada por el absurdo, cuando un teniente ambicioso y un sargento sin escrúpulos y su amante montan una fábrica de bajas en combate para lograr ascensos y recompensas.	
Porfirio	2011	Alejandro Landes	Porfirio, un hombre postrado en una silla de ruedas, vive en Florencia con su mujer y su hijo y apenas logra subsistir vendiendo minutos de teléfono móvil en el porche de su casa. En el pasado, había sido un próspero ganadero que había depositado grandes esperanzas en el futuro. La historia se centra en su vida cotidiana, su gradual deterioro psicológico y su obsesión por hablar personalmente con el Presidente del gobierno, lo que lo lleva a secuestrar un avión.	La película está basada en un hecho real ocurrido en septiembre de 2005, cuando un hombre secuestró un avión con 19 pasajeros y cuatro tripulantes a bordo para llamar la atención del Estado colombiano a quien le pedía una indemnización por el estado en el que quedó después de recibir dos balas perdidas. La cinta fue protagonizada por el verdadero Porfirio Ramírez.

180 segundos	2012	Alexander Giraldo	180 segundos cuenta la historia de Zico, el jefe de una banda de ladrones <i>play</i> , que desea dar un último golpe y marcharse junto con su hermana Angélica fuera del país. Para ello planifica como siempre un limpio atraco, sin balas y sin sangre, para llevarse un millón de dólares de un negocio de cambio de moneda. Sin embargo, Zico no cuenta con algunos detalles detrás de su plan: un grupo de policías corruptos, al mando del Teniente Alzamendi, realiza golpes a bandas delincuenciales eliminando a todos los miembros y robándose el botín. El tiempo y el destino se juntan en 3 minutos para que todos los personajes vivan, en fracciones, los segundos más importantes de sus vidas. Cada instante de estos 180 segundos sacará a flote lo mejor y lo peor del ser humano.	
Ilegal.Co (Documental)	2012	Alessandro Angulo	Este documental explora las razones por las cuales la política prohibicionista y la guerra contra las drogas no han podido ni podrán erradicar el problema del narcotráfico y del consumo de droga, reflexionando acerca de otras estrategias. Con entrevistas a grandes estudiosos del tema, nacionales e internacionales, como Ethan Nadelmann, Milton Friedman, Noam	

			Chomsky, Daniel Mejía, Rodrigo Uprimny y Alfredo Rangel, entre otros, se promueve este debate desde un punto de vista económico y en dónde se contempla la opción de una posible legalización.	
Operación E	2012	Miguel Courtois	El mundo entero espera que en Colombia, gracias a una operación especial, las fuerzas guerrilleras de las FARC liberen a un niño secuestrado. Lejos de las cámaras, un campesino nativo, para intentar sobrevivir y mantener unida a su familia, lucha en solitario contra gobierno y guerrilla.	Desde antes de su estreno la cinta generó polémica, pues Clara Rojas interpuso una acción de tutela alegando que la cinta vulneraba los derechos de su hijo Emanuel, centro de la historia. El Tribunal Superior de Bogotá falló en su contra y el film llegó a las salas de Colombia sin mucho éxito. En tres semanas apenas acumuló 42.682 espectadores.
La playa D.C.	2012	Juan Andrés Arango	Tomás, un joven negro que ha huido de la costa pacífica colombiana a causa de la guerra, trata de abrirse camino en Bogotá, una ciudad racista de 8 millones de habitantes. Buscando a Jairo, su hermano menor, que ha desaparecido en las calles, Tomás iniciará un viaje que pondrá a prueba su valor para enfrentar el miedo, la nostalgia y las heridas del pasado, para volver a empezar a 2.600 metros de altura sobre el nivel del mar.	
La Sirga	2012	William Vega	Cuenta la historia de Alicia, una joven campesina que al perderlo todo llega en busca del último familiar que le	Fue la primera película colombiana cuyo estreno fue en internet. Recibió dos

			<p>queda, su tío Oscar, a quien ayuda a reconstruir un hostel en ruinas llamado La Sirga. En su paso por el sitio, tratará de echar raíces pero el destino le mostrará que el camino apenas comienza y que quizás lo mejor sea huir antes que se repita aquello que más teme: la guerra.</p>	<p>premios en el Festival de Cine de Lima, Perú. Participó en la Quincena de Realizadores del Festival de Cannes en Francia. Y fue seleccionada para participar en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, España.</p>
--	--	--	----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Cuadro 2. Producciones televisivas (telenovelas y seriadados) relacionadas con la violencia en Colombia, 1977-2013

	Año	Producción	Sinopsis	Observaciones
La mala hora	1977	RTI	En un pueblo aislado y agobiado por las lluvias torrenciales, los habitantes viven no solamente en la miseria, sino también hostigados por la represión política. Existe una guerra por el poder entre la familia que detenta el control económico de la región y el interventor enviado por el gobierno central. Por si esto no fuera suficiente, aparecen panfletos anónimos pegados en las puertas de las casas que revelan las intimidaciones de sus moradores. En medio de este caos, surgen todo tipo de pasiones, traiciones y venganzas, sin que los implicados sepan dónde empieza la verdad y dónde acaba la mentira.	Basada en el libro homónimo de Gabriel García Márquez.
La historia de Tita	1987	TeVecine		
Vivir la vida	1988	Colombiana de Televisión		
Azúcar	1989	RCN Televisión	Manuel María Solaz es un hombre de familia y generoso con los empleados de su emporio azucarero, pero esto no evitará que sucumba a los encantos de Sixta, una criada morena a quien todos le adjudican dotes de hechicera. Del amor entre ambos nace Maximiliano, quien se convierte así en el primer hijo varón de Manuel María. Este último cede a la presión de su esposa y decide	La telenovela es la típica historia de la lucha de clases, donde se tratan temas como la explotación laboral y el racismo.

			expulsar a su amante de la hacienda, no sin antes arrebatarle a su hijo. Sixta lanza entonces una maldición sobre los Solaz, según la cual toda mujer que dé a luz un hijo con este apellido ha de morir el mismo día de su parto. La maldición alcanza a varias generaciones y sólo llegará a su fin cuando dos enamorados, uno de raza negra y otro de piel blanca, se unan en matrimonio.	
La vorágine	1990	RTI	Narra las peripecias del poeta Arturo Cova y su amante Alicia. Expone a lo largo de su trama las duras condiciones de vida de los colonos e indígenas esclavizados durante la fiebre del caucho.	Basada en el libro homónimo de José Eustasio Rivera.
La casa de las os palmas	1991	RCN Televisión	A comienzos del siglo XX, Efraín Herreros, huyendo de la Guerra de los Mil Días, lleva a su familia a un lugar idóneo en las montañas antioqueñas donde fundar el pueblo de sus sueños: Balandú. La violencia y el despotismo de Efraín alejan a su hermano Juan, quien se instala en el pueblo de Santa María de los Robles para hacer su fortuna en las minas. Comprometido con la bella Maribel, Juan construye para ella una mansión, la Casa de las dos Palmas. Cuando la mina se arruina, Maribel rompe su compromiso y, enloquecido, Juan inicia una decadencia hasta que de él	El argumento de Martha Bossio de Martínez está basado en la novela homónima de Manuel Mejía Vallejo. Ha sido una de las series más destacadas de la televisión colombiana.

			<p>solo queda la casa, testimonio de su amor.</p> <p>Cuarenta años más tarde la vieja mansión, abandonada y supuestamente embrujada, es abierta por Efrén Herreros, quien la convertirá en un refugio para los enamorados tristes de su familia.</p>	
Los Victorinos. Cuando quiero llorar no lloro	1991	Colombiana de televisión	<p>Cuenta la historia de tres colombianos de distintas clases sociales que comparten el mismo nombre, fecha de nacimiento y de muerte. El joven de clase baja se vuelve un criminal común; el de clase media, se une a la guerrilla; y el de clase alta, se liga a una pandilla de muchachos ricos. Las anécdotas vitales de los tres muchachos sirven como vehículos para plasmar la condición en cada uno de sus estratos sociales y los efectos del ambiente de violencia que permeaba al país en ese momento.</p>	<p>Basada en la novela homónima del escritor venezolano Miguel Otero Silva. Si bien la serie tuvo altos índices de sintonía, fue objeto de encendidas polémicas y miles de críticas, debido a la crudeza de las escenas de sexo y violencia que se presentaron. Luego de dos meses, y con nueve capítulos emitidos, el Consejo Nacional de Televisión (transformado después en Comisión Nacional de Televisión) determinó su salida del aire durante cuatro semanas. Se permitió que el programa regresara el 28 de julio de 1991, pero en un horario más adecuado para su temática.</p>
La alternativa del escorpión	1993	Cinevisión		
Tiempos difíciles	1995	Cenpro Televisión	<p>Cuenta la historia de seis muchachos que quieren dejar todo atrás para irse a vivir a El Difícil, un municipio colombiano sumido en una profunda crisis.</p>	
La mujer del	1997	Caracol	<p>El misterio se apodera de Concorde,</p>	<p>Marcó un alto lugar en sintonía en</p>

presidente		Televisión	<p>una prestigiosa empresa de aviación. Un día, sin explicación, desaparece Susana de Acero, la esposa de Francisco de Paula.</p> <p>Algunos piensan que fue asesinada, otros aseguran que está secuestrada y los más optimistas rumoran que huyó con su amante. Solo Carlos Alberto Buendía sabe la verdad. La intriga y las presiones permanentes que llevan a un sistema ineficaz a ensañarse con una persona inocente. Las fallas de la justicia, el poder de la opinión pública, el manejo del poder, el silencio cómplice, la doble moral... Una serie de situaciones en la que todos están implicados.</p>	Colombia. Fue nominada a varios premios nacionales. En el 2011 Caracol Television preparó una segunda temporada titulada El Laberinto.
La saga	2004	Caracol Televisión	Esta historia gira alrededor de cinco generaciones de los Manríquez, una familia provinciana que se va a vivir a Bogotá. El patriarca funda una organización criminal y después intenta integrarse a la sociedad.	
Sin tetas no hay paraíso	2007	Caracol Televisión	Cuenta la historia de dos jóvenes preocupadas por encajar en el mundo del narcotráfico y en los exigentes ideales de los capos de la droga.	Basada en la novela homónima de Gustavo Bolívar. Fue la primera narconovela que lanzó la televisión colombiana. Pese a la controversia, la serie ganó 7 Premios India Catalina y 2 premios TV y Novelas. Ese éxito dio pie a que se rodara la película.
Mujeres asesinas	2007	Vista Producciones	Cada capítulo de la serie narra la historia particular de una mujer que	Es una adaptación de la serie argentina de Mujeres asesinas,

		para RCN	por odio, venganza o necesidad comete un crimen en contra de otro ser humano.	realizada por Pol-Ka entre 2005 y 2008.
El cartel de los sapos	2008	Caracol Televisión	Martín González es un niño de clase baja que descubre en el mundo del tráfico de drogas la forma de ascenso social, fundamentalmente para ganar el amor de Sofía, una buena chica, inalcanzable a priori, que es su amor desde la infancia. Su audacia, inconsciencia y su juventud lo llevan a convertirse en parte activa y vital del peligroso Cartel del Norte del Valle, una organización criminal que se define como un dispositivo poderoso y sanguinario que superó al Cartel de Cali , la astucia militar de la corrupción y el poder económico.	
Las muñecas de la mafia	2009	Caracol Televisión	Los sueños, las ambiciones, el amor, el odio, las pretensiones, la belleza y la búsqueda de poder son algunas de las condiciones inherentes a las vidas de las protagonistas de esta historia, quienes están envueltas en las extravagancias, los placeres y las adversidades del mundo del narcotráfico.	En la Defensoría del Televidente del Canal Caracol hubo quejas de televidentes que decían que la serie “ultrajaba la figura femenina”.
El capo	2009	RCN	La historia cuenta la vida de un gran capo de la mafia del narcotráfico. El personaje central no es en realidad ningún capo en particular, sino una mezcla de las principales líneas de los capos más conocidos de la historia de	Basada en el libro homónimo de Gustavo Bolívar, también autor de <i>Sin tetas no hay paraíso</i> . Bolívar hizo la adaptación y el guión de la novela, considerada una de las más caras en la historia de la televisión

			los carteles de Colombia, en si un capo ficticio. De esta manera se relata como Pedro Pablo León Jaramillo asciende desde los barrios más humildes hasta las negras cumbres de la gran criminalidad.	colombiana.
Regreso a la guaca	2009	RCN	Es la historia de los soldados que descubrieron una guaca con 26 millones de dólares pertenecientes a la guerrilla. Después de haber sido condenados por el ejército, estos mismos hombres tendrán que regresar a la selva en busca de un segundo tesoro oculto para poder recobrar su libertad.	La serie es la continuación de <i>Soñar no cuesta nada</i> , una película que tuvo muy buena acogida por el público en Colombia.
Rosario Tijeras, amar es más difícil que matar	2010	RCN	Medellín, años 80. Historia de amor entre una hermosa y sensual sicaria de los cárteles de la droga, Rosario Tijeras, y dos jóvenes de la alta sociedad. Una historia de pasión y desenfreno en una ciudad asolada por el narcoterrorismo. Rosario Tijeras es una mujer para quien la muerte es la culminación del placer y el éxtasis.	Adaptación de la novela homónima de Jorge Franco. Cuando se estaba emitiendo, un grupo de empresas de Medellín decidió no pautar en la serie, luego de un editorial del periódico El Colombiano, que acusó a la telenovela de ofrecer "un sorbo de insensatez, chabacanería, malos modismos y una alta dosis de cultura narco".
Operación Jaque (miniserie)	2010	Caracol Televisión	Narra algunos de los pormenores del secuestro de Ingrid Betancourt, la gestación de la operación militar homónima del ejército colombiano y la escena histórica del rescate de 15 secuestrados.	
Infiltrados	2011	Caracol Televisión	Los integrantes del GIC, Grupo de Inteligencia Conjunta, están	

			preparados para cambiar su imagen, personalidad y costumbres hasta lograr infiltrarse en las organizaciones delincuenciales y resolver todo tipo de casos.	
Escobar el patrón del mal	2012	Caracol Televisión	Basada en documentos periodísticos y de testimonios de personas cercanas, esta serie retrata la vida de Pablo Escobar.	Logró ser el lanzamiento más visto en la historia de la televisión colombiana. Es una historia basada en el libro <i>La parábola de Pablo</i> , del periodista y exalcalde de Medellín Alonso Salazar. Los defensores de la serie aseguran que trata de rescatar la memoria histórica de las víctimas, mientras que los detractores dicen que es una exaltación a los asesinos y que sólo servirá para debilitar más la imagen del país. Circuló en Medellín un álbum dedicado a esta serie con figuras coleccionables, pero dejó de ser comercializado pues las autoridades de la ciudad alegaron que fomentaría la violencia y sería rendirle culto al narcotráfico.
Corazones blindados	2012	RCN	Narra la dura vida que tienen que llevar los oficiales de la Policía Metropolitana de Bogotá entre el eterno deber de combatir contra el crimen y los problemas personales que los acompañan a diario.	
El capo 2	2012	RCN	Muchas cosas han pasado desde el día en que el gran capo de capos, Pedro Pablo León Jaramillo, emprendió una	

			guerra en contra del gobierno, una guerra que lo tuvo al borde de la muerte y que ahora lo tiene a punto de meterse en las entrañas del país que pocos han osado enfrentar. Buscando recuperar su familia, 'El Capo' desafiará a los Estados Unidos burlando la rigurosa seguridad de este país.	
La promesa	2013	Caracol Televisión	Cada año cientos de mujeres caen en las redes de reclutadores que trafican con personas, viéndose forzadas a una vida de esclavitud sexual y laboral. Esta es la historia de Ana, Frida y Seleni, tres bellas jóvenes engañadas bajo la promesa de alcanzar la vida soñada.	
Los tres caínes	2013	RCN	Relata la historia real de los hermanos Castaño: Carlos, Fidel y Vicente, quienes estremecieron la historia de Colombia en su búsqueda de venganza. Los Castaño sufrieron una tragedia familiar a manos de la guerrilla y juraron no descansar hasta acabar con los responsables. Ellos crearon un poderoso ejército privado financiado por terratenientes, políticos, militares y narcotraficantes para acabar con la guerrilla.	Mucha polémica ha generado la serie desde que empezó a emitirse el 4 de marzo de 2013. Por una parte, el uso del nombre y las instalaciones de la Universidad de Antioquia para algunas escenas en las que se hace alusión a la institución como un nido de guerrilleros. Por otra parte, la oposición que el sector académico y varios líderes de opinión del país le han hecho a la producción por considerarla fuera de contexto y una apología al delito. Sumado a eso en las redes sociales muchos televidentes han mostrado su descontento con la producción y

				lideran una campaña para que las marcas anunciantes retiren la pauta en el horario en que se emite la serie que, a pesar de todo lo anterior, es número 1 en audiencia.
--	--	--	--	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Cuadro 3. Producciones digitales relacionadas con la violencia y la memoria en Colombia

Título	Dirección electrónica	Objetivo del proyecto
Proyectando Memoria. Cine, arte y reflexión por los espacios funerarios de Colombia.	proyectandomemoria.blogspot.com/	<p>Proyectando Memoria es un peregrinaje artístico por los espacios funerarios de Colombia. El cine, el arte y la historia invitan a reflexionar, reconocer, profundizar, y reaccionar ante las enseñanzas de las prácticas rituales funerarias de la gran diversidad de culturas que habitan el país. Un año de gira por Colombia buscando llegar a la juventud, convenciendo a los habitantes de los pueblos para que vayan a ver la película en el cementerio y a que durante unos días- o muchos- en los espacios públicos y culturales, en los colegios, en las casas, aprendan, reflexionen, propongan, hagan rituales de reparación que mermen el efecto de la muerte a mansalva y ensalcen los colores de la vida.</p>
Centro de Memoria del Conflicto	www.memoriasdelconflicto.com/	<p>El Centro de Memoria del Conflicto pone al servicio de la comunidad experiencias, documentos e iniciativas en el ámbito de las memorias locales, nacionales e internacionales, orientados a la construcción de conocimiento y recuperación de las diversas versiones que existen sobre el conflicto armado colombiano. Teniendo en cuenta esta característica, es también una iniciativa de recopilación, conservación y difusión que se consolida como un archivo necesario para el fortalecimiento de los procesos departamentales sobre el patrimonio material e inmaterial propios de cada región, asegurando continuidad en los procesos de recolección de fuentes para la historia y de divulgación de los materiales creados por los habitantes del departamento del Cesar.</p>

Centro de Memoria Histórica	www.centrodememoriahistorica.gov.co/	Establecimiento público del orden nacional, adscrito al Departamento para la Prosperidad Social (DPS), que tendrá como objeto reunir y recuperar todo el material documental, testimonios orales y por cualquier otro medio relativos a las violaciones de que trata el artículo 147 de la Ley de Víctimas y restitución de Tierras. La información recogida será puesta a disposición de los interesados, de los investigadores y de los ciudadanos en general, mediante actividades museísticas, pedagógicas y cuantas sean necesarias para proporcionar y enriquecer el conocimiento de la historia política y social de Colombia.
Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado	www.movimientodevictimas.org/	El Movimiento de Víctimas declara su derecho a salvaguardar la memoria histórica a través de la conformación de una Comisión Ética que custodie y comparta con la sociedad colombiana y con la humanidad, la verdad histórica de las víctimas de crímenes de Estado, así como el concepto que tiene, basado en el Derecho Internacional y en los Derechos de los Pueblos, de lo que significa la justicia y la reparación integral.
Hijos e Hijas por la Memoria y Contra la Impunidad	www.facebook.com/hjoscolombia	El Movimiento Hijos e Hijas por la Memoria y Contra la Impunidad surge a partir de la búsqueda por reivindicar un pasado particular de la historia del país, así como por la exigencia de que las prácticas de aniquilación y exterminio de las organizaciones de oposición no se repitan y no queden en la impunidad.
Corporación Grupo de Memoria Histórica del Cesar	www.facebook.com/groups/104148036303872/	Un grupo de investigación interdisciplinar interesado por la reconstrucción de la Memoria Histórica de comunidades que han sido vulnerables por los hechos violentos en el departamento del Cesar, reconociendo en este proceso una herramienta eficaz para visibilizar las voces de las víctimas.

El Centro de Memoria	www.centromemoria.gov.co/	<p>El Centro del Bicentenario: memoria, paz y reconciliación es proyecto para la materialización del compromiso de dignificar la memoria de las víctimas y promover una cultura de paz y respeto por los derechos humanos, a través de la creación de un escenario de pedagogía y reflexión sobre el pasado y el presente de nuestro país.</p> <p>El Centro comprende la construcción de un centro físico (ubicado en el Parque de la Reconciliación) y un centro virtual, que cumplirá con diferentes objetivos. Entre ellos, la captación, recopilación y visibilidad de información como testimonios, archivos fotográficos, videos, etc. así como el apoyo y la promoción de actividades e iniciativas de construcción de paz, de víctimas y de organizaciones sociales.</p>
Museo Casa de la Memoria	www.museocasadelamemoria.org/site/	<p>El Museo Casa de la Memoria es un espacio propuesto por la Alcaldía de Medellín para promover acciones que contribuyan a la reconstrucción, la visibilización y la inclusión de la memoria histórica del conflicto armado en la ciudad, de las últimas décadas, buscando con ello aportar a la transformación de la historia de la violencia en aprendizajes sociales para la convivencia ciudadana, bajo la premisa de “recordar para no repetir”.</p>
Grupo de Memoria: Voces Ausentes	http://memoriausta.blogspot.com/p/voces-ausentes.html	<p>Voces Ausentes es una propuesta de la Facultad de Comunicación Social para la Paz de la Universidad Santo Tomás que se ha realizado anualmente desde el año 2005. Ha propendido por la sensibilización y la reflexión crítica de la comunidad académica con relación a las víctimas del conflicto armado y social del país, los excluidos y vulnerados en sus derechos.</p>

Lluvia de Orión	de http://lluviadeorion.com/	<p>Lluvia de Orión es una estrategia que promueve entre la ciudadanía la Reconstrucción de la Memoria Histórica de los sucesos del conflicto armado en el país, a partir de la generación de contenidos artísticos y creativos, especialmente mediáticos. Los principales insumos son las historias del conflicto, obtenidas desde las víctimas, las autoridades, los victimarios y los expertos.</p> <p>El principal vehículo para reproducir esas historias es el arte, con sus amplios formatos y recursos estéticos, entre ellos los audiovisuales. Nuestro objetivo es la sensibilización colectiva sobre los sucesos de nuestro conflicto armado interno y la situación de las víctimas, de tal manera que se construya ciudadanía con conciencia histórica y sensibilidad social.</p>
------------------------	-----------------------------------------------------------------------------	----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

CAPÍTULO 4.

LA REINVENCIÓN DE UNA ESCRITURA

Colombia es sinónimo de sangre derramada. Por los ríos de este país viajan cadáveres desmembrados. Las canchas de fútbol de los pequeños caseríos han sido patíbulos clandestinos. Las torres de los templos se han convertido en garitas y trincheras. En los paredones de las escuelas rurales han fusilado abuelos delante de sus nietos. De cañadas cenagosas han tenido las madres que rescatar a sus hijos asesinados. En las plazas han muerto cientos por efecto de balas, granadas y bombas. Los caseríos han sido tomados como escudos y sus habitantes convertidos en carne de cañón. Una iglesia, repleta de civiles, voló por un cilindro de gas convertido en proyectil. Un pueblito se hizo fuego casi a la medianoche, cuando todos dormían.

No es necesario perfeccionar este inventario de acontecimientos de los últimos cuarenta años para esbozar los dramas de la guerra a los que hemos asistido los colombianos. Del terror, esa experiencia del miedo encarnada en el cuerpo tembloroso que huye para escapar de la muerte, hemos transitado al horror que se vive, según Adriana Cavarero, como “el movimiento [que] se bloquea en la parálisis total y atañe a cada uno, uno a uno. Invasión por el asco frente a una forma de violencia que se muestra más inaceptable que la muerte, el cuerpo reacciona agarrotándose y erizando los pelos” (2009, p. 24).

Machuca, 18 de octubre de 1998. A la medianoche una ola de fuego, posterior a varias explosiones, quemó el Barrio Nuevo, vecino del río Pocuné, y con 66 casas también quedaron calcinadas 85 personas. Unas murieron atrapadas y otras alcanzaron a correr, suplicando ayuda, convertidas en teas humanas.

El Ejército de Liberación Nacional dinamita tramos del oleoducto en el entendido de que al derramar el petróleo explotado por multinacionales hace patria. Pero la noche de ese 18 de

octubre, la dinamita perforó también el gasoducto. Por eso el infierno en que se convirtió Machuca más tarde, cuando el gas entró en contacto con el fuego encendido en algún hogar.

Dos días después de la tragedia, los sobrevivientes yacían sobre las aceras de la vía principal, presos del horror. No cerraban los ojos porque el miedo a dormirse y ser castigados por el fuego era más fuerte que el cansancio. No bebían porque no sentían la sed que los secaba de adentro hacia afuera. No hablaban porque el pensamiento se les quedó fijo en la vista de lo *inmirable*:¹ sus hijos, sus esposas, sus madres perdiendo el pellejo cuando ellos trataban de apagarlas.

Primo Levi, según la lectura que de él hace Reyes Mate, escribió que el testigo integral es aquel que realmente conoce lo que ocurrió pero no puede comunicarlo. “Esa es la gran paradoja del testimonio: quien ha apurado la experiencia del campo no puede dar testimonio porque ha perdido la palabra al perder la vida o ha quedado mudo si aún vive” (Mate, 2008a, p. 18).

No solo en aceras y debajo de los árboles convertidos en chamizos, los sobrevivientes pasaban su mala hora. También en la iglesia y en la escuela de Machuca, tendidos sobre pisos rudos de cemento sobrellevaban una existencia de más, desgarrada, que se les hacía inexplicable. ¿Por qué no eran ellos los muertos? Es la pregunta contra la que quizá luchaban cuando los periodistas intentaban sacarlos del extravío para indagarles por un acontecimiento que aterraba a los lectores de todo el mundo.

Todavía recuerdo el silencio recio de unos y las voces descompuestas de otros. Aníbal Correa, lo escucho en una vieja cinta, dice:

No podíamos dormir. Cuando a las 12 escuchamos la primera explosión; “Eso fue que reventaron el tubo”, dijimos. Cuando por ahí a las 12 y 45 sentimos un olor a *thinner* o aerosol. Y yo hasta pensé que la guerrilla nos estaba pintando las casas. Me

¹ Adriana Cavarero expone una interesante reflexión en torno al concepto de lo *inmirable* en “El alarido de Medusa”, capítulo IV de su libro *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea* (2009).

iba a levantar cuando [ocurrió] esa explosión tan intensa que dañó todo y quemó todo. Salimos para el monte. Yo recogí una muchacha vecina. Ella pasó envuelta en llamas y yo la alcancé. Iba desnuda, toda quemada, con los meros hilachitos ahí. Ella se me pegó de la pantaloneta para que yo no la dejara. Yo iba sacando a mi familia y a otros niños para que no se quemaran. Ella se quedó en el camino. Ya cuando bajamos, a la hora y media, ella no estaba. La enterraron ayer en Zaragoza. Se llamaba Johana (Correa, octubre 21, 1998).

Hoy, tantos años después, advierto un cierto vigor en esa voz que en aquel entonces percibí a punto de extinguirse. Hay una fuerza que viene de lo profundo del pecho de este hombre que lo compele a hablar. Tal vez opera en él aquello que Reyes Mate propone como la paradoja del testigo: “No puede desvelar toda la verdad, todo el horror vivido, porque ese es el secreto de los que han bajado al infierno y no han vuelto. Pero lo que dice es vital para comprender lo que allí ocurrió y también para hacer elocuente el silencio de los que no pueden hablar” (2008a, p. 18). Tal eficiencia para hacer entender lo que casi no puede decirse con palabras se ve confirmada en la frase que Alfredo Restrepo, sobreviviente de Machuca, le dice a la periodista Marisol Gómez: “No quiero que me pregunten nada. Que mis cinco muertos hablen por mi dolor” (Restrepo, octubre 20, 1998).

Para construir la memoria de un país no basta con que los sobrevivientes quieran testimoniar. Es fundamental que los compatriotas —que no son otra cosa que la Humanidad más cercana— se dispongan a oír. En *Tierra y cenizas*, la brevísima novela del afgano Atiq Rahimi, Mirza Qadir huye con su nieto Yasín de un pueblo arrasado por el fuego como Machuca. Al término de una caminata polvorienta, el hombre encuentra a alguien que se interesa en su historia y le oye decir: “Sólo ha sobrevivido este nieto mío, pero no puede oírme. Tengo la sensación de hablar con una piedra. Me desgarran el corazón [...]. No basta con hablar, hermano. Si no tienes quién te escuche, no sirve de nada, es como llorar” (Rahimi, 2001, p. 42).

Las mujeres albergadas en el colegio de Machuca hablaron frente a mí. Yo estaba convertida en roca. La visión del monte quemado, de las casas humeantes, de los animales calcinados a la orilla del río se fijó en mi retina. No tenía ojos para mirar los rostros de los sufrientes. Recuerdo la línea donde el verde de la montaña fue cortado por el fuego; el paso sonámbulo de los acompañantes de los muertos; el silencio profundo que caló hasta en las cantinas. Pero no puedo traer a mi memoria los rostros de estos que me hablan con voces secas y no me recuerdan a nadie.

¿Dónde estaba yo cuando escuché todo esto? Exploro mis recuerdos, careo mi moral. Sumida en el espanto. Es mi única respuesta. Un periodista espantado no puede escribir pero debe hacerlo. Yo no lo hice. Mis compañeros sí. Todavía conservo un arrume de periódicos con sus crónicas. Dijeron que bolas de fuego cayeron del cielo, que el fin del mundo se anticipó en Machuca, que los ancianos vieron el Apocalipsis, que se cumplieron las profecías de una vidente negra, que sobre una tierra de mineros tahúres cayó un castigo divino.²

Lo dijeron en Machuca y lo repitieron en Bojayá el 2 de mayo del 2002, cuando un cilindro de gas lanzado por las FARC impactó contra la iglesia donde se refugiaban más de trescientas personas para protegerse de los combates que la guerrilla sostenía con un comando paramilitar; 119 personas murieron destrozadas por la explosión del misil casero y quemadas por el incendio que se desató (Gómez, 2002, p. 52). También los periodistas se quedaron sin palabras precisas cuando 450 paramilitares ocuparon El Salado durante cinco días, entre el 16 y el 21 de febrero del 2000, y asesinaron a sesenta personas después de someterlas, humillarlas y torturarlas en presencia de niños y abuelos (Sánchez, 2009, p. 17). Similares maniobras del lenguaje —incluido

² Algunos titulares de la prensa de esa semana fueron los siguientes: “...Y la noche se volvió día en Machuca” (*El Colombiano*, 19 de octubre de 1998: p. 10A), “Machuca ardió como una bola de fuego” (*El Espectador*, 19 de octubre de 1998: p. 4A), “A Machuca la arrasó una bola de fuego” (*El Tiempo*, 19 de octubre de 1998: p. 4A), “Parecía el fin del mundo” (*El Tiempo*, 19 de octubre de 1998: p. 6A).

el silencio— fueron usadas frente a la masacre de ocho personas —cinco adultos y tres niños—, ocurrida el 21 de febrero del 2005 en la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, en la que están implicados paramilitares y efectivos de la Brigada XVII del Ejército Nacional (Restrepo, 2008, abril 22).

Leídos en orden cronológico, los reportes de aquellas semanas de horror en Machuca son un termómetro de la muerte que sube cada día, cada hora, cada minuto. Leerlos es asistir a la muerte en tiempo real. A la memoria en vivo. Al pasar las páginas se siente el mismo vértigo que dejan las transmisiones en directo de las guerras actuales. Lunes 19 de octubre de 1998: “La explosión del Oleoducto Central en Segovia, Antioquia, dejó 46 muertos y 70 heridos” / “Un bebé de 10 meses entre los heridos”. Martes 20: “Segovia, un viacrucis de 35 ataúdes” / “Tres de los quemados murieron en Medellín” / “18, de los 20 menores muertos, compartieron cajones para adultos”. Miércoles 21: “Murieron cuatro heridos”. Domingo 25: “Ya son 64 los muertos por atentado del ELN al Oleoducto Central” / “Los pupitres de la escuela están vacíos porque a la mayoría de los niños se los llevó el fuego”. Lunes 26: “Van 62 muertos por atentado en Segovia”. Viernes 30: “Murieron otros dos quemados”.

En el lugar de los hechos

De los periodistas apostados en el lugar de los hechos y de la precariedad de sus textos se ha escrito mucho. A veces, los críticos hacen creer que los periodistas son casi tan culpables como quienes ejecutan crímenes atroces.³ Juanita León, abogada y periodista, expresa así la incomodidad que en algunos sectores suelen generar los periodistas: “La pasividad y el cinismo son también males que aguardan a los ciudadanos frente al espantoso acontecer diario. Del susto

³ Este texto se nutre de apartes del libro *Tácticas y estrategias para contar*, en el que participé como investigadora, redactora y editora. Cfr. Franco, Natalia; Nieto, Patricia; Rincón, Omar (2010).

se pasa la congoja, y de ahí al no-es-para-tanto, al siempre-ha-sido-igual, al no-exageren, y, de paso, al rechazo visceral a la prensa, ese mensajero que no quisiéramos conocer jamás” (León, 2005, p. 13).

En la crónica “Los valientes del Cauca”, la misma periodista escribió: “Héctor me contó con orgullo, como si yo debiera pagar la imprudencia de mis colegas, que los líderes de Puracé se habían puesto de acuerdo para no hablar con los reporteros; en parte los culpaban de lo acontecido” (León, 2005, p. 86). También a Andrés Felipe Giraldo, politólogo que ha incursionado en el periodismo, la mujer que sería su guía en Bojayá le dijo: “nunca, pero nunca le preguntes a nadie de esta comunidad qué pasó ese día. Acá vienen periodistas a sacar lágrimas que no sienten para vender historias que no les importan y eso no se lo voy a permitir a usted” (2011, mar.-mayo, p. 80).

Los periodistas no son obviamente culpables de las muertes de miles de civiles inocentes ni de las bajas de los hombres en combate. El acento de su responsabilidad es de otro cuño. Lo dice con precisión la periodista mexicana Alma Guillermoprieto: “cuando los colombianos se irritan con la prensa y le reclaman que se ocupa siempre de realidades grotescas, es porque un relato no les ha dejado más que miedo y ceguera” (2005, p. 14).

Por tratar, por ejemplo, de describir el horror con imágenes que desplazan las responsabilidades al campo de lo mítico o de lo religioso se ha dicho que los periodistas colombianos se han alejado de la definición esencial expresada así por Omar Rincón, director del Centro de Estudios en Periodismo de la Universidad de los Andes, y Marta Ruiz, experimentada reportera y editora de judiciales: “El periodista es aquel que conoce los eventos, los comprende, les asigna un sentido y luego los comunica” (Rincón, Ruiz, 2002, p. 102). Y de paso, han faltado también al sentido social de los medios de comunicación entendidos como “el sistema que

proporciona a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos” (Kovach, Rosenstiel, 2004, p. 42).

Las críticas provienen de académicos dedicados a auscultar en el engranaje de la prensa y de múltiples ejercicios de autocrítica realizados por periodistas en todo el país. Del estudio a cubrimientos de eventos del conflicto se concluye que los periodistas han dejado de lado algunos principios básicos de la profesión que se resumen en faltas graves a la rigurosidad investigativa y expositiva que no están asociadas necesariamente a faltas a la ética.

Desde hace ya 22 años, Medios Para la Paz⁴ se dedica a reflexionar sobre el ejercicio del periodismo en medio de la guerra. Además de diagnósticos, ha producido material pedagógico para los reporteros que la cubren. En el 2001 publicó el libro *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*, un revelador diagnóstico de las condiciones en las que los reporteros ejercen su trabajo. Una de las principales conclusiones es que la guerra ha permeado el periodismo a través de la estrategia de contrainformación de los grupos armados. En Colombia “la verdad es amenazada como consecuencia de una nueva guerra, la de la contra-información, que adelantan sin excepción todos los bandos en pugna y que ya ha entrado en algunas salas de redacción” (Medios Para la Paz, 2001, p. 7).

También Medios Para la Paz publicó en el 2005 el libro *Cubrimiento periodístico responsable del desplazamiento forzado interno*. Este trabajo permitió ver que los periodistas tenían escaso conocimiento del marco jurídico relativo a los Derechos Humanos, identificó que el

⁴ La corporación Medios Para la Paz fue creada en 1989, en el clímax del conflicto armado, para propiciar el ejercicio ético y con responsabilidad social del periodismo como un instrumento para la construcción de la democracia y la cultura de la paz. Véase en el capítulo 3 de esta tesis, una descripción de los trabajos más importantes publicados por esta corporación.

precario acercamiento al contexto los llevaba a reproducir visiones sesgadas de los hechos, y comprobó que muchos periodistas recurrían solo a la fuente oficial por no conocer a las demás.

En el libro *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*, los editores de Medios Para la Paz señalan que en los relatos periodísticos sobre el conflicto predomina lo episódico sobre lo interpretativo; la noticia, el género que menos posibilidades de abordaje permite, es lo recurrente; la falta de contraste produce la reiteración de una sola versión de los hechos, generalmente la oficial; y en muchas casos no se identifican las fuentes de información, lo que da lugar a manejos “intencionados” de la información (Morales, 2006, p. 123).

Un tanto a contrapelo de los análisis anteriores, en el sentido de indagar en aquellas formas de trabajo de los periodistas como determinantes de los textos producidos, y no solo en el análisis textual, los autores del libro *Bajo todos los fuegos. Los periodistas en el conflicto armado* identifican ocho preguntas acerca del ejercicio de la profesión que se hacen los mismos periodistas y que revelan las encrucijadas del oficio: ¿qué es noticia?, ¿el poder es de los lectores o de los lectores con poder?, ¿cómo establecer relaciones de respeto y no de dependencia con las fuentes?, ¿hay periodistas de primera y de segunda?, ¿reportar la guerra o la paz?, ¿políticas informativas o rutinas periodísticas?, ¿cómo romper el círculo de miedo y soledad?, ¿cómo evitar el sabor agrídulce de cada cierre? (Rincón, Ruiz, 2002, pp. 97-118).

Pese a las imperfecciones de sus relatos, han sido los periodistas quienes jugándose la vida han dibujado la cartografía de la guerra (combates, ataques, incursiones, tomas, masacres, homicidios, secuestros, torturas, desapariciones)⁵ y de las luchas de los sobrevivientes por resistir

⁵ Una de las investigaciones que con mayor precisión aborda los registros periodísticos es *Desplazamiento forzado en Antioquia* del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, publicada en el 2001 por la

(marchas, declaraciones, comunidades de paz, retornos, rituales, monumentos, diálogos). Para Omar Rincón, lo anterior ha ocurrido porque el periodismo es siempre la conciencia móvil del presente, puede que no sea “la mejor conciencia” y que no lo haga tan bien, pero es el testimonio de la actualidad necesario para evitar los olvidos. Estos relatos periodísticos —verdades en invención, a medias, como todas las de la guerra contada en vivo y en directo— nos han servido como testimonio de nuestra barbarie pero también de nuestros modos de imaginar el presente con dignidad (Rincón, 2011, septiembre 23).

A fuego lento

Los periodistas colombianos, afectados por su pasado de reporteros atrapados por el pánico, han reinventado su oficio a través de una estrategia que implica una revisión política, ética, metodológica y estética de las prácticas aparejadas con las rutinas de las salas de redacción. Tal reinención ha sido el antecedente necesario para el surgimiento de una reinterpretación de los hechos a partir de nuevas escrituras del drama que en este país toma la forma extrema del horror.

Para obtener la diferencia hermenéutica —que resulta de la relectura de hechos atroces del pasado, y de su resignificación por medio de una mirada que se ha refinado con las experiencias, reporteriles y académicas, acumuladas con el paso de los años— y que podría llamarse *distancia histórica*, no es necesario aplicar un método especial que sea diferente para las humanidades y varíe del de las ciencias naturales. La descripción y explicación de la distancia histórica se puede llevar a cabo con los medios de las ciencias empíricas. No se trata de una “comprensión

Conferencia Episcopal Colombiana. Al final de cada tomo, uno por cada subregión del departamento de Antioquia (son nueve, más un volumen de aproximación teórica), se encuentra una cronología de eventos del conflicto armado ocurridos entre 1985 y 1998. Vistos en conjunto, es posible apreciar la persistencia de los hechos de horror y la dedicación de los periodistas a, por lo menos, registrarlos.

unidimensional”, sino de una comprensión abierta a la comparación y, por lo tanto, abierta a la “crítica” (Fokkema, Ibsch, 1992, p. 172).

Reinventar y reinterpretar desde la narrativa periodística implica operar transformaciones sustanciales en algunos ejes de la profesión. Qué se cuenta, cómo se investiga, quién narra, a cuáles géneros acude ese narrador, para quién escribe y con qué intención, son preguntas que han girado sobre su eje y se han abierto a posibilidades impensables para la tradición académica que levanta muros entre las disciplinas que intentan conocer la sociedad y su cultura.

El primer concepto que se agrieta es el de actualidad, el objeto mismo del periodismo. El documento fundador del pregrado en Periodismo de la Universidad de Antioquia explica que la parte de la realidad elaborada como información por los periodistas y divulgada por los medios de comunicación es la actualidad, y sostiene que ella “es un presente continuo” (Universidad de Antioquia, 1990, p. 1).

Es esa línea cronológica imperturbable, encima de la que se sostiene el acontecimiento noticioso, la que rompen los periodistas que deciden frenar la marcha y volver en busca del pasado. Un acontecimiento significa una ruptura en cualquier ámbito, privado o público, que se destaca sobre un fondo uniforme y constituye una diferencia (Martini, 2000, p. 30). Tal acontecimiento se convierte en periodístico una vez se ejerce sobre él una demarcación a partir del análisis de por lo menos cinco características: actualidad, novedad, veracidad, periodicidad e interés público (De Fontcuberta, 1995, p. 16). Para tal demarcación, los periodistas proceden a investigar y a informar periódicamente acerca del hecho que “acaba de ocurrir o de descubrirse, o que tiene previsto suceder en un futuro más o menos próximo, a un público masivo o especializado, a través de los medios de comunicación” (De Fontcuberta, 1995, p. 17).

En la nueva escritura del drama, producto de la reinención de técnicas y de la reinterpretación de los hechos por el camino de la narración periodística, lo que se cuenta no es la noticia. Los cronistas de esta tendencia no buscan la novedad, lo que ocurre en el instante, lo que irrumpe en la cotidianidad. Regresan a los senderos que recorrieron cuando todo era caos, contemplan paisajes que no miraron cuando fueron enviados especiales al horror, visitan a los testigos que ya una vez les hablaron en medio del pánico, toman café en la misma tienda campesina donde hace una década entrevistaron a hombres armados. Retornan para someterse a lo que podríamos denominar experiencias del recuerdo revivido que toman la forma de la resignificación de los acontecimientos.

Sus crónicas podrían leerse como pasado que se hace presente. Más allá de los recuerdos que irrumpen en el hoy por la autonomía de la memoria, es el encadenamiento de los recuerdos por medio de narraciones lo que los actualiza y los convierte en presente. Para hablar de los sobresaltos que genera la narrativa periodística en el eje cronológico, podríamos tomar la explicación de Beatriz Sarlo según la cual “del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro” (2005, p. 13). O ir a las palabras de Terry Eagleton:

Alguna vez Gadamer describió la historia como “la conversación que somos”. La hermenéutica ve la historia como un diálogo viviente entre presente, pasado y futuro, y se empeña, pacientemente en remover lo que obstruye esta interminable comunicación mutua que no es efímera, que no puede corregirse recurriendo a una interpretación textual más sensitiva, sino que en alguna forma es sistemática, y está, por así decirlo, empotrada en las estructuras de comunicación de sociedades enteras (Eagleton, 1998, p. 94).

Ginna Morelo, reportera en Montería, cuna del paramilitarismo en Colombia, cuenta que regresó a Guadual doce años después de que cubriera un desplazamiento de campesinos por enfrentamientos entre la guerrilla y los paramilitares. De su primera visita en 1995 —ella llegaba

al caserío cuando los habitantes huían aterrorizados—, recuerda que algunos hombres con miradas cansadas y mal vestidos, a quienes jamás hubiese identificado como guerrilleros, la recibieron en el único granero del pueblo que a duras penas se sostenía sobre unas tablas desvencijadas y armarios vacíos. De su regreso en 2007, escribió:

La violencia, aseguran los habitantes, ha sido desterrada; el granero de tablas fue reemplazado por uno de material bien abastecido [...], el billar volvió a llenarse y la plaza lucía [el día de su vista con una agencia del gobierno] como un enorme potrero en el que los caballos y los burros esperaban mientras sus dueños eran atendidos por médicos, enfermeras y peluqueros (Morelo, 2009, p. 82).

Ir al lugar de los hechos y “estar allí” es uno de los principios de investigación en el periodismo que se revive con la reinención. En 1890, Anton Chéjov viajó al centro de trabajos forzados que el imperio zarista instaló en la isla de Sajalín con el propósito de ordenar la prestación de los servicios de salud a los condenados y a sus familias y cumplir así con su tesis doctoral en Medicina. Los censos, las encuestas, las estadísticas y las tablas no le mostraron datos importantes (Brunello, 2005, p. 9). Pero las visitas a las cárceles, los cuarteles, los campos de labranza y los hogares le revelaron quiénes eran las personas desterradas, cómo vivían y cuáles eran sus historias.

De esa experiencia no quedó para la posteridad un tratado de medicina, pero trascendió una guía titulada *Unos buenos zapatos y un cuaderno de notas. Cómo hacer un reportaje*, construida, editada y publicada en el 2005 por Piero Brunello a partir de una lectura intencionada de las notas del maestro. Casi todas las sugerencias que para el trabajo de campo fueron rescatadas de los manuscritos de Chéjov, apuntadas hace 120 años, son pertinentes hoy en la era de la virtualidad: viajar para vencer la pereza, seguir la propia conciencia, ver lo que nadie ve, asistir a las bodas

para observar los rituales, visitar los cementerios y leer las inscripciones de las tumbas, escuchar habladurías, probar la comida, tocar con las manos.

Cinco años después del viaje a la prisión, Chéjov publicó el libro *La isla de Sajalín* que, si bien no le fue aceptado como tesis, se convirtió en el primer reportaje de la historia sobre una colonia penal (Chéjov, 2005).

De otra parte, académicos como Norman Sims denominan *inmersión* al trabajo de campo que se mueve entre el periodismo y la etnografía y al que se llega por un deseo incontenible de saber todo sobre un tema (Sims, 1996, p. 19). El periodista polaco Ryszard Kapuscinski insistió en la necesidad de desarrollar un sentimiento de empatía con los demás porque “para entender algo de otras culturas hay que tratar de vivirlas. Un reportero debe estar entre la gente sobre la cual va a escribir” (2003, p. 82). Germán Castro Caycedo, uno de los grandes cronistas colombianos, dijo ante los estudiantes de Periodismo de la Universidad de Antioquia que un periodista narrador debe contemplar por lo menos un anochecer y un amanecer en el escenario de los hechos que investiga.

Juan José Hoyos, cronista, profesor y autor del mejor manual de periodismo narrativo escrito en Colombia, dice que el periodista escritor de reportajes debe salir de la sala de redacción, dirigirse al lugar de los hechos y

permanecer allí el tiempo necesario para acercarse al tema, para compenetrarse con los testigos que entrevista, para percibir el ambiente en el que se han desarrollado los hechos. En otras palabras, para lograr lo que algunos periodistas literarios llaman la *inmersión*. ¿Por qué motivo? Porque solamente con la *inmersión* el reportero puede encontrar una historia. A su vez, para hallar una historia, el reportero tendrá casi siempre que encontrar un personaje. Este es el hilo secreto: la historia está detrás de él y el reportero debe saber cómo y cuándo tirar de ese hilo (2003, pp. 113-114).

El sociólogo Alfredo Molano, hasta hoy uno de los más persistentes cronistas del conflicto armado colombiano y quien en más de treinta años de trabajo no ha dejado de generar inquietudes metodológicas, cuenta cómo aprendió el camino: “Siguiendo la huella de los protagonistas remontamos el [río] Ariari y el [río] Guayabero y obtuvimos un enorme botín para la historiografía contemporánea representado en cientos de páginas de testimonios, un material vivo que encierra buena parte de la historia del campesino colombiano” (1987, p. 15).

Todo lo anterior alude a que los periodistas que narran el drama en Colombia han regresado a los principios de la reportería, la metodología propia del periodismo que se emparenta con algunas empleadas por otras disciplinas sociales y que los norteamericanos llaman inmersión. “¿Cómo hizo Alfredo Molano para obtener semejante montaña de datos tan interesantes e importantes para la sociedad y la historia de país?”, se pregunta Orlando Fals Borda, fundador de la primera facultad de Sociología de América Latina en 1959; “¿Actuó como sociólogo, o como literato, o como periodista?” (Fals Borda, 2006, p. 16). Prosigue para responder, en el mismo párrafo, que esa polémica lo tiene sin cuidado.

De la reportería reinventada emerge otra narrativa, una nueva crónica a veces extraña, exótica, advenediza, no canónica, porque el horror como realidad impone al sujeto investigador y narrador nuevas formas de acercarse a los hechos y de contarlos, que se mueven en las fronteras de las disciplinas y de los géneros. Se trata de metodologías y discursos bastardos que se instalan en un nicho fecundo donde confluyen todas las disciplinas y toman prestados elementos de todos los géneros.

Instalado en las líneas fronterizas de las ciencias sociales —obligado a cruzarlas de ida y vuelta—, el cronista reinventa también su rol de sujeto enunciador. Su voz de autor cumple la función del director de una orquesta. Es él quien compone y dirige la ejecución de una melodía

polifónica en la que la oralidad se hace escritura. La narración del horror es a viva voz. Los sobrevivientes quieren ser oídos para empezar a deshacerse poco a poco de esos sorbos de dolor que los atormentan.

Alfredo Molano reconoce que sus escritos están cargados de oralidad: “optamos por lo que se ha llamado [...] ‘historias de vida’ no solo porque el Guaviare carece de una historia escrita sistemáticamente, sino porque es el único camino que posibilita reflexionar sobre procesos vivos” (1987, p. 16). El producto final es un gran fresco, como lo dice el mismo Molano; una obra en la que sobresalen personajes que han sido impactados por la violencia y que cuentan cómo ocurrió aquello que cambió sus paisajes y cómo, después del horror, han logrado seguir viviendo.

En este punto, que podría abrir un capítulo sobre la vieja discusión acerca del valor literario del lenguaje oral, vale la pena recordar cómo el teórico inglés Terry Eagleton resuelve el caso: “La voz viva es tan material como la impresa, y los signos hablados, igual que los escritos, operan solamente a través de un proceso de diferencia y división, bien podría decirse que hablar es una forma de escribir y que escribir es una manera de hablar de segunda mano” (1998, p. 159).

Con respecto al trabajo del periodista con la oralidad, Carlos Mario Correa, el cronista que soportó como corresponsal la guerra que el cartel de Medellín le declaró al diario *El Espectador*, plantea que entre oralidad y escritura hay una negociación

que implica un complicado mecanismo de narración y transcripción textual, que [...] problematiza las formas tradicionales del periodismo y de la literatura de ficción que buscan dar cuenta así mismo de muchas de las experiencias vitales en el mundo de hoy en las que se advierte una hibridación de géneros en casi todas las expresiones artísticas y de una manera notable en el periodismo narrativo (Correa, 2009, mayo 19).

La incorporación de la voz de las víctimas en la crónica del conflicto armado ha generado otra transgresión a los principios del periodismo. La que entra en cuestión en este punto es la

atribución, aquella función del lenguaje periodístico que permite (casi siempre obliga) decir quién dijo qué. En la reinención de la narrativa periodística con ocasión del horror, se impone proteger la integridad y la vida de quienes tienen el valor de denunciar la atrocidad.

Por lo anterior, las crónicas de la violencia están sembradas de voces anónimas (en la mayoría de los casos los periodistas anuncian que han ocultado o cambiado los nombres de sus fuentes para proteger su pacto con el lector) y de voces donde confluyen deliberadamente decenas de testimonios. “He creado un personaje ficticio, Arcángel, en boca de quien he puesto algunas opiniones que algunos de los protagonistas no quieren asumir públicamente. Arcángel ha sido igualmente útil desde el punto de vista narrativo, para presentar algunos hechos que podrían comprometer judicialmente a quienes los realizaron” (Salazar, 2001, p. 14), advierte el autor de la biografía más representativa que de Pablo Escobar se ha escrito en Colombia.

De vuelta a Molano, Fals Borda explica el mecanismo narrativo que ha encantado a miles de lectores de habla hispana. “El principal procedimiento de Molano sobre el terreno ha sido el que en otra parte (*Historia doble de la costa, I: Mompo y Loba, 1979*) he llamado ‘imputación’ a través de entrevistas, mayormente grabadas, cuya información se escoge, se suma, se adscribe a un personaje clave que uno mismo puede bautizar o identificar independientemente” (Fals Borda, 2006, p. 16).

En la obra de Molano, la historia de su descubrimiento narrativo viene de atrás. En 1977 viajó como investigador de un centro de estudios sociales a registrar un éxodo de campesinos. Los encontró amontonados en un estadio de fútbol. A medida que pasaban las horas dedicadas al trabajo de campo y aumentaba el número de cintas grabadas, él se sentía confundido por no saber cómo escribir el informe de su misión.

De golpe, el milagro se produjo: encontré la voz, el tono, el color, el lenguaje, en una anciana llena de fuerza. Me topé con ella en medio del gentío a la entrada de los baños del estadio. Cuidaba a sus nietos. Me habló con una intensidad, con una certeza de su razón y con un dolor que todavía tengo presentes. [...] Todas las denuncias de los demás entrevistados se condensaron en su mirada. [...] Regresé a escribir directamente, como si ella me dictara. Salió de un solo tirón. Quedamos sin aliento. Encontré el camino. Con esta seguridad me boté encima de las entrevistas del Valle y de Boyacá y reviví a los hombres y mujeres de carne y hueso que habían contado su historia (Molano, 2010, p. 11).

A Molano es como si le dictara Sofía Espinosa, nombre verdadero de la mujer que lo inspiró, y Óscar Collazos es el mediador para que los niños desplazados hacinados en los barrios marginales de Cartagena relaten su historia en público. Dice el ensayista y escritor de ficción que incursiona en las arenas del periodismo narrativo: “Me propuse entonces buscar en sus testimonios [de los niños] un tejido argumental que los uniera, que las experiencias narradas se volvieran complementarias. Hablan por su propia voz y desde sus experiencias. O hablo en narración indirecta de aquello que me han referido. El libro ha sido, pues, escrito por ellos” (Collazos, 2003, p. 16).

Este trabajo colaborativo del investigador con sus fuentes reconoce simbólicamente el papel como coautores del relato a los testigos del evento. He aquí una nueva ruptura con la teoría periodística en cuanto el lector potencial se vuelve autor. Esto implica, entonces, una ampliación del espectro de intenciones comunicativas del relato. El sobreviviente, interpelado por el cronista, narra para sí mismo y para sus seres más cercanos. El periodista escribe para lectores en cualquier lugar del mundo. El testigo quiere liberarse de la carga dolorosa y el relato se le hace terapéutico. El cronista está comprometido con la información. La víctima es toda oralidad. El narrador profesional escucha las voces, las edita, las ordena, y estructura un relato con pretensiones literarias.

Como resultado de estos intercambios se genera una obra con efectos insospechados. Las fuentes dan la noticia de haber visto el horror, la cabeza fantasmal de la medusa. Y luego, una vez sus propias palabras están dispuestas en las páginas de un libro, las observan y piensan si aquello que dicen en realidad pasó. Cuando comprueban que es cierto porque otros también narran allí que asistieron al mismo espanto, pueden denunciar al criminal, demandar justicia y pregonar que una historia como la de ellos no puede ocurrir otra vez. He ahí la reinterpretación a la que he aludido.

En la última línea del prólogo a *Noticia de un secuestro*, Gabriel García Márquez escribió:

Para todos los protagonistas y colaboradores va mi gratitud eterna por haber hecho posible que no quedara en el olvido este drama bestial, que por desgracia es un solo episodio del holocausto bíblico en que Colombia se consume desde hace más de veinte años. A todos ellos lo dedico, y con ellos a todos los colombianos —inocentes y culpables— con la esperanza de que nunca más nos suceda este libro (1996, p. 8).

También Alberto Salcedo revela su posición cuando revisita El Salado, donde paramilitares masacraron a 66 personas en enero del año 2000. “Al distinguir los nombres labrados en las lápidas con caligrafía primorosa, soy consciente de que camino por entre las tumbas de compatriotas con quienes no podré conversar. Habitantes de un país terriblemente injusto que solo reconoce a su gente humilde cuando está enterrada en una fosa (Salcedo, 2011, p. 305).

Denuncia Alberto Salcedo a la sociedad colombiana que solo reacciona cuando el drama toca a la puerta de su casa. También en el prólogo de *No nacimos pa' semilla*, primer libro de Alonso Salazar, se explicita el compromiso político de la narrativa periodística reinterpretada en torno a la violencia, cuando dice que “no podemos los colombianos seguir ocultándonos que hay un espacio [...] donde está en quiebre la base de toda ética capaz de estructurar una sociedad de convivencia para todos: El valor prioritario de la vida” (Salazar, 1990, p. 9).

Además de reafirmar el propósito de explicar los procesos sociales presente en sus obras anteriores, Salazar revela su intención de contribuir a cambios significativos en la política al publicar la historia de Pablo Escobar.

En una de sus acepciones, parábola significa narración de la que se deduce una enseñanza o historia que deja una moraleja. La historia de Escobar interroga a la sociedad toda, a las élites de la política, la economía y las Fuerzas Armadas sobre la coherencia de nuestro Estado y nuestra suficiencia para constituir una nación en la que sea posible la vida en dignidad para todos. E interroga a la comunidad internacional, y en especial a Estados Unidos, sobre el embeleco de mantener una guerra, la llamada guerra contra las drogas, que no ha disminuido el consumo y sí ha creado fenómenos de criminalidad y destrucción de la vida y la naturaleza sin precedentes (Salazar, 2001, p. 14).

En la reinterpretación de la realidad a través de la narrativa periodística, resultado de la reinvención del oficio tal y como lo venimos diciendo, las crónicas polifónicas adquieren un valor social, político y filosófico tan importante como el estético. Todos los narradores convocados a través de sus obras para la elaboración de este artículo (periodistas, sociólogos, politólogos, antropólogos, escritores de ficción)⁶ confiesan en algún aparte sus motivaciones tal y como se expuso en los párrafos anteriores. Sin embargo, no puede olvidarse que es el lector quien cierra el proceso de esta reinvención de la crónica cuando interpreta el relato según su experiencia. Con respecto a esto, dice Eagleton que “La lectura no constituye un movimiento rectilíneo, no es una serie meramente acumulativa: nuestras especulaciones iniciales generan un marco de referencias dentro del cual se interpreta lo que viene a continuación [...] simultáneamente leemos hacia atrás y hacia adelante; prediciendo y recordando, quizá conscientes de otras posibilidades del texto que nuestra lectura había invalidado” (1998, p. 99).

⁶ Para la elaboración de este trabajo se tomaron como muestra los textos narrativos periodísticos escritos entre 1985 y 2011, publicados en libros y en las revistas *El Malpensante*, *Soho* y *Número*. Se listarán como títulos en la bibliografía final de esta tesis.

En tal sentido, María Teresa Uribe, socióloga, historiadora y politóloga, ubica la interpretación de las narrativas del drama colombiano en el ámbito de la condición humana, al escribir en el prólogo de *Mujeres de fuego*: “cómo es posible que en este país de violentólogos, criminólogos y expertos en política, donde los análisis [...] retoñan como los hongos después de la lluvia, sepamos tan poco sobre lo que ha significado para los hombres y las mujeres de estos tiempos nublados convivir, confrontarse, ejercer, controlar o juzgar la violencia” (Uribe, 1993, p. 13).

También el filósofo Jorge Giraldo navega como lector en las líneas de *Llanto en el paraíso* tras las estelas marcadas por la profesora Uribe.

Llanto en el paraíso está muy lejos de las pretensiones sociológicas de *No nacimos pa' semilla* o de las preocupaciones políticas de *País de plomo* [...]. Cualquiera puede usar esta afirmación como reproche; yo la hago como elogio: porque se ha hecho poco en este sentido en el país y porque la autora se ocupa de lo único que realmente importa, esto es, la persona. [Este libro] está en el corazón porque este es un libro compasivo. Habiendo tantas definiciones de compasión me siento obligado a decir que hablo de la compasión como la entendía Thomas Hobbes, es decir, “compañía en el sentimiento” (Giraldo, 2009, mayo 19).

Escuchar a los sufrientes

Escribí *Llanto en el paraíso* como un acto de amor. Eso fue lo que siguió al silencio de hielo que me produjo la vista del paso del horror por Machuca. Tal vez lo que debo testimoniar es que la reinención de mi oficio como cronista comenzó el 20 de octubre de 1998, cuando no pude reaccionar frente al evento que me proponía registrar. Tal vez quería escuchar a los sufrientes pero entonces no conocía los mecanismos interiores de ese acto.

Casi diez años tardé en reinventar, a fuego lento, métodos de trabajo de campo y de escritura que no sorprenden a nadie. Están escritos en los manuales, como lo he repasado en este capítulo;

han sido probados en la reportería ardua de los cronistas experimentados, de la que también he dado cuenta; y han permitido producir una diversidad de narrativas que hacen memoria, rasgo auténtico de la reinterpretación de la narración periodística.

Sugiero, entonces, que la memoria se sobrepone a la verdad. Y es esta la máxima inflexión a la teoría periodística clásica que todavía pervive. La intención de mi mirada, y la de muchos cronistas colombianos que han relatado el horror, puede soportarse en la expresión de Teodoro Adorno que se considera fundadora de una nueva moral: “Hitler ha impuesto a los seres humanos en su estado de ausencia de libertad un nuevo imperativo categórico: orientar su pensamiento y su acción de modo que Auschwitz no se repita. Que no vuelva a ocurrir nada semejante” (citado por Tafalla, 2003, p. 129).

Se trata, según la explicación de Tafalla, de que

nos hagamos cargo del tiempo, que el pasado no se cierna como la desesperanza del porvenir. Y para que el pasado no reaparezca hay que conducirlo a su lugar: la memoria, porque ella puede liberar al futuro. Un recuerdo consciente y crítico del mal permite instaurar un orden más justo; el recuerdo de las víctimas, de los ausentes, nos enseña a construir una comunidad más libre (2003, p. 137).

Pero no puede perderse de vista que la garantía de la no repetición es la justicia; sin ella los actos de memoria se convierten en discursos paralelos a los de la barbarie. Reyes Mate puntualiza el papel de la memoria de las víctimas con las siguientes palabras: “Si basta, en efecto, dejar de matar para pasar página, ¿qué impide que el crimen se repita si al final basta dejar de matar para que todo se olvide? La memoria de las víctimas es la señal y la condición de que queremos construir un mundo mejor” (Mate, 2008b, p. 9).

Tal vez, la reinterpretación de los hechos de horror desde la narración periodística funcione a largo plazo como antídoto para aquello que Juan José Hoyos sintetiza con maestría:

Han sido tantas las noticias sobre la violencia de los últimos años en Colombia que con el paso del tiempo, y a una velocidad apenas comparable con la que se deshace el papel de los periódicos en que aparecen impresas, muchas de ellas se han ido convirtiendo en lugares comunes de los cuales apenas se habla, pero que ya han perdido casi todo su sentido y su drama originales (1999, p. xi).

Referencias bibliográficas

- Brunello, Piero. (2005). "Introducción". En: Anton Chéjov. *Unos buenos zapatos y un cuaderno de notas. Cómo hacer un reportaje*. Barcelona: Alba. Pp. 9-15.
- Cavarero, Adriana. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México: Antrophos, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Collazos, Oscar. (2003). *Desplazados del futuro*. Bogotá: Intermedio.
- Correa, Carlos Mario. (2009, mayo 19). Presentación de Patricia Nieto. *Llanto en el paraíso*. Ganador del Premio Nacional de Cultura Universidad de Antioquia. 2008. Conferencia s. e. Medellín: Paraninfo de la Universidad de Antioquia.
- De Fontcuberta, Mar. (1995). *La noticia: Pistas para percibir el mundo*. Barcelona: Paidós.
- Fals Borda, Orlando. (2010). "Introducción". En: Alfredo Molano. *Siguiendo el corte*. Bogotá. El Áncora. Pp. 13-21.
- Franco, Natalia; Nieto, Patricia; Rincón, Omar. (2010). *Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente sobre el conflicto en la reconciliación*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.
- García Márquez, Gabriel. (1996). *Noticia de un secuestro*. Bogotá: Norma.
- Giraldo, Andrés Felipe. (2011, mar.-mayo). "La masacre de Bojayá contada por María Lepesqueur". *Revista Número*. N.º 68. Bogotá. Pp. 74-81.
- Giraldo, Javier. (2009, mayo 19). Presentación de Patricia Nieto. *Llanto en el paraíso*. Ganador del Premio Nacional de Cultura Universidad de Antioquia. 2008. Conferencia s. e. Medellín: Paraninfo de la Universidad de Antioquia.
- Gómez, Marisol. (1998, octubre 20). "Adiós a los niños de Machuca". *El Tiempo*. Bogotá. P. 6A.
- Gómez, Paco. (2002). *Los muertos no hablan*. Bogotá: Aguilar.

- Guillermoprieto, Alma. (2005). "Prólogo". En: Juanita León. *País de plomo*. Bogotá: Planeta. Pp. 13-14.
- Hoyos, Juan José. (1999). "Siete años de pesadilla. Prólogo". En: Luis Felipe Atehortúa. *7 años en el infierno. Argiro Tobón, sindicado de un crimen que no cometió*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Pp. xi-xiii.
- _____. (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Kapuscinski, Ryszard. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México: Fondo de Cultura Económica, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Fundación Proa.
- Kovach, William y Rosenstiel, Tom. (2004). *Los elementos del periodismo*. Madrid: El País.
- Martini, Stella. (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Bogotá: Norma.
- Medios Para la Paz. (2005). *Cubrimiento periodístico responsable del desplazamiento forzado interno*. Bogotá: Corporación Medios para la Paz.
- _____. (2009). *Niños vinculados al conflicto. Cubrimiento periodístico responsable*. Bogotá: Corporación Medios para la Paz, Fundación Colombia Multicolor.
- Mate, Reyes. (2008a). "Primo Levi, el testigo: una semblanza en el XX aniversario de su desaparición". En: Eduardo Madina Muñoz (comp.). *El perdón, virtud política. En torno a Primo Levi*. Barcelona: Anthropos. Pp. 11-32.
- _____. (2008b). *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*. Barcelona: Anthropos.
- Molano, Alfredo. (1987). *Selva adentro*. Bogotá: El Áncora.
- _____. (2000). *Los años del tropel*. Bogotá. El Áncora.
- _____. (2010). *Siguiendo el corte*. Bogotá. El Áncora.
- Morales, Mario. (ed.). (2006). *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*. Bogotá: Corporación Medios para la Paz.
- Morelo, Ginna. (2009). *Tierra de sangre, memorias de las víctimas*. Medellín: La autora.
- Medios Para la Paz. (2001). *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*. Bogotá: Corporación Medios para la Paz.

- León, Juanita. (2005). *País de plomo. Crónicas de la guerra*. Bogotá: Aguilar.
- Rahimi, Atik. (2001). *Tierra y cenizas*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Rey, Germán. (2003). *El conflicto armado en las páginas de El Tiempo*. Cuadernos de Análisis. Bogotá: El Tiempo.
- Restrepo, Juan Diego. (2008, abril 22). “Verdad en masacre de San José de Apartadó se impone a mentira estatal”. [En línea] Colectivo de Abogados. Disponible en: <http://www.colectivodeabogados.org/VERDAD-EN-MASACRE-DE-SAN-JOSE-DE>. Consultado el 5 de octubre del 2011.
- Rincón, Omar; Ruiz, Marta. (2002). *Bajo todos los fuegos. Los periodistas en el conflicto colombiano*. Bogotá: Proyecto Antonio Nariño.
- Salazar, Alonso. (1990). *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Cinep.
- _____. (2001). *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*. Bogotá: Planeta.
- Salcedo, Alberto. (2011). *La eterna parranda*. Bogotá: Aguilar.
- Sánchez, Gonzalo. (2009). “Introducción”. En: Memoria Histórica. *La masacre de El Salado, esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Taurus. Pp. 14-24.
- Sarlo, Beatriz. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sims, Norman. (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá. El Áncora.
- Tafalla, Marta. (2003). “Recordar para no repetir: el nuevo imperativo categórico de T.W. Adorno”. En: José María Mardones y Reyes Mate (eds.). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos. Pp. 126-154.
- Universidad de Antioquia. (1999). *Pregrado en periodismo. Plan de estudios, pedagogía, didáctica, currículo y administración académica*. [Documento administrativo]. Medellín.
- Uribe, María Teresa. (1993). “Presentación”. En: Alonso Salazar. *Mujeres de fuego*. Medellín: Corporación Región. Pp. 13-25.

CAPÍTULO 5.

LOS ESCOGIDOS: ACERTIJOS DE UN CRONISTA

Hay un pueblo a orillas del río Magdalena, la arteria fluvial de Colombia, donde hombres y mujeres adoptan a los muertos sin nombre que arrastran esas aguas turbias. En el borde inferior del pabellón donde entierran por caridad, vi una sucesión de letras negras sobre una lápida del color de los granos maduros del maíz. Al acercarme a Milagros, ese nombre sin apellidos y sin fechas, comprendí que asistía a una historia suspendida en el clímax.

Tal certeza generó en mi conciencia de cronista una tremenda turbación. Juan José Hoyos, mi maestro de periodismo, me demostró, guiado por la reconocida pirámide de Freytag (Hoyos, 2003, p. 172), cómo se tira del hilo de las historias que queremos contar.¹ Extendió un cordón sobre una mesa y, con índice y pulgar, levantó un pico cerca de un extremo y luego otro casi en la mitad de esa vida, representada con una tira de algodón. Dos picos narrativos, dijo, dos giros dramáticos en la historia de este personaje. Los demás pasajes calmos nos llevarían, según la dirección que escojamos, al principio o al final de la trayectoria natural del protagonista.

Pero de Milagros no había hilo qué tirar. Sobre el jardín vertical que es el pabellón de los olvidados, Milagros era como una rosa estéril y muda. Los devotos de las ánimas golpean tres veces las lápidas con la intención de despertar a los que allí yacen. ¿Pero qué puede hacer un periodista frente al punto culminante de una historia de la que no puede conocer principio ni final?

¹ En 1865, el filólogo y escritor alemán Gustav Freytag escribió *Técnica del drama*. Este libro plantea que un argumento consta de cinco partes: **exposición, complicación, anticlímax y resolución. A partir de estos conceptos se han desarrollado los estudios de las técnicas narrativas en los últimos 150 años.**

Me escuché decir Milagros varias veces y sentí que mi lengua acariciaba esas letras como si fueran perlas; da gusto hacerlas girar así pero después de un rato se hace necesario escupirlas. Pese a hacerlo, no pude deshacerme del salobre que Milagros dejó en el vestíbulo de mi boca.

Así, como acabo de contar, sucedió la epifanía que me llevó a escribir *Los escogidos* (Nieto, 2012). Epifanía es manifestación, aparición, revelación; y ocurre en el instante en que el cronista es tocado por un asombro personal que lo lleva a buscar el camino para entrar en empatía con los otros (Nieto, 2007, pp. 141-144). Joyce dejó saber que “la epifanía es la revelación de la realidad interna de una experiencia acompañada de un sentimiento de júbilo tal y como se da en una experiencia mística” (citado por Hoyos, 2003, p. 172). Y también escribió que Stephen el Héroe, el personaje de una de sus novelas de juventud, entendía por epifanía “una súbita manifestación espiritual, bien sea en la vulgaridad de lenguaje y gesto o en una frase memorable de la propia mente” y que “creía que le tocaba al hombre de letras registrar esas epifanías con extremo cuidado, visto que ellas mismas son los momentos más delicados y evanescentes” (Joyce, 1978, p. 8).

El escritor y profesor mexicano Hernán Lara Zavala explica que el concepto de epifanía es para Joyce un signo similar a la estrella que les reveló a los Reyes Magos la divinidad de Jesús. “Sólo que en Joyce esta revelación se transformará para iluminar el significado de lo aparentemente trivial como puede ser una conversación escuchada al azar, una mirada furtiva, un grito en la calle, un olor percibido inconscientemente, un objeto en apariencia intrascendente, el contacto de un par de manos” (Lara, junio de 1989, p. 101).

La epifanía del cronista está antecedida por una cierta mirada de la realidad, como podríamos llamar al particular punto de vista que se desarrolla tras años de observación obstinada e intencionada de la vida. Paul Willis, pionero de los estudios culturales, denomina “imaginación

etnográfica” (citado por Ferrándiz, 2011, p. 14) al tipo de mirada específica que alcanzan los etnógrafos cuando permanecen largo tiempo en los territorios donde habitan los sujetos que observan;² una mirada que funciona como el ancla de la perspectiva global sobre los problemas cotidianos sometidos a observación. Extrapolando el término, podríamos denominar “imaginación periodística” a la cultivada capacidad de los cronistas para encontrar historias reveladoras de la condición humana allí donde otros ven apenas anécdotas.

Raúl Osorio, colombiano estudioso de los géneros periodísticos, avanza en la epistemología del reportaje al referir doce sentidos que intervienen en el proceso creativo de un periodista: tacto, vida, movimiento, equilibrio, olfato, paladar, visión, calor, audición, palabra, pensar y el sentido del yo. De la vida, dice Osorio: “En un espacio del organismo humano, aún más interno que el sentido del tacto, se encuentra lo que podemos denominar el sentido de la vida. [...] Ese sentido [...] existe nítidamente de la misma manera como vemos con nuestros ojos un poco de lo que nos rodea” (Osorio, julio de 2000, p. 61).

La epifanía, resultado de la persistente observación de la vida, libera tal energía que el sujeto se siente compelido a pasar de la imagen reveladora al descubrimiento de lo que está más allá de la apariencia, y esto lo hace el cronista a través de la inmersión. La revelación queda suspendida en una suerte de limbo místico cuando el cronista rompe el encantamiento con preguntas que van configurando el volumen de su objeto de investigación. La subjetividad del cronista que observa se ancla mediante tales interrogantes al espesor histórico de una profesión y de una disciplina construidas en las fronteras de las ciencias sociales y en el centro del acto político.

² A los conceptos de imaginación sociológica e imaginación etnográfica se refieren, entre otros: Mills, 1961; Clifford, Marcus, 1986; Atkinson, 1990; y Velasco, Díaz de Rada, 1997.

El periodismo es el sistema que la sociedad ha creado para suministrar a los ciudadanos la información que estos necesitan para ser libres y gobernarse a sí mismos (Kovach, Rosentiel, 2004, pp. 14, 18). Este enunciado es el ámbito de las luchas de un cronista. Es allí donde el reportero arraiga sus preguntas; recrea la observación, la entrevista y la lectura como metodologías para obtener datos; edifica sus interpretaciones a partir de la disciplina de la contrastación; construye un universo con su propia voz y las de los otros; y publica sus narrativas con la certeza de que ellas contienen claves para entender la realidad.

No pude olvidar a Milagros en los años que siguieron a mi primera visita, en el 2007. Cada vez que regresé a Puerto Berrío, contemplé esa lápida a ras de piso porque me provocaba inquietud y me ayudaba a desatar preguntas. Solo con ellas en fila, como si fueran hormigas en su viaje eterno, se me hacía posible componer el tema y trazar un camino hacia la comprensión de ese universo.

Es decir que mientras bordeaba el tema, me guíé por imágenes y preguntas que fui coleccionando en un estuche al que solo le pude distinguir nítidamente tres fondos en el momento de comenzar la escritura. En la envoltura primera y más superficial quedaron interrogantes producto del asombro personal ocasionado por la visión detallada del pabellón de los olvidados; a la intermedia cayeron las inquietudes resultantes de largas conversaciones con los devotos de las almas en pena; y en la más profunda quedaron las preguntas dolorosas para las que no hay respuesta.

En la superficie flotaban las epifanías, iluminaciones como las que Stephen, el personaje de Joyce, habría anotado en su libreta. Nombres fantásticos, tumbas coloridas, cartas de amor dedicadas al desconocido, historias de buena suerte prodigada desde el más allá, envoltorios extraños cuñados en las grietas de las tumbas, gentes que raptan calaveras y las exhiben en las

mesas de centro de sus salas como si fueran floreros. Bellas experimentaciones individuales y pasajeras que no trascienden ni perduran más allá del alma crispada del hombre sensible sin la genialidad cultivada del artista, la persistencia analítica del académico o la curiosidad inquisitiva del cronista.

Muchas veces contemplé la fachada del pabellón de los olvidados y destacué algunas grafías e íconos de los cientos que convierten ese paredón de hormigón en un telón tatuado de jeroglíficos. La palabra Milagros acompañada de una rosa roja fue una de las representaciones que convocó mi atención. Impulsada por ella, atrapada en el primer plano de una lápida, di diez pasos atrás y abrí el lente para contemplar un plano general que me abrumó. La tumba enigmática de Milagros se repetía cientos de veces con otros colores, con diferentes nombres.³ Cada una protegía el cadáver de un desconocido sepultado por caridad en el cementerio de un pueblo a orillas del gran río de Colombia; cada una representaba la relación de una persona viva con el espíritu que animó a alguno de los ahí sepultados. En conjunto producían una metáfora⁴ conmovedora de la guerra colombiana: el espanto (estela de la desaparición forzada de personas) y el silencio (consecuencia de horror del asesinato clandestino) maquillados por un decorado iridiscente. Entonces procedí a descomponer la obra para develar el misterio de ese pabellón de muertos sin nombre, a averiguar por qué y de qué modo la adopción de cadáveres y espíritus se convirtió en una práctica cultural en un pueblo violento plantado a orillas del río Magdalena.

La curiosidad me permitió permanecer frente al pabellón de los olvidados; y la inmersión se me ofreció como la caja de herramientas necesaria para labrar ese universo enigmático. Norman

³ El artista antioqueño Juan Manuel Echavarría presentó en el 2008 la obra plástica *Réquiem NN*, donde esa profusión de tumbas sin nombre se exalta.

⁴ Aristóteles enseña en la *Poética*: “Es con todo, grandemente importante saber usar conveniente de cada una de las cosas dichas: palabras dobles y peregrinas, pero lo es mucho más y sobre todo el saber servirse de las metáforas, que, en verdad, esto solo no se puede aprender de otro, y es índice de natural bien nacido, porque la buena y bella metáfora es contemplación de semejanzas” (2000, p. 167).

Sims, profesor de periodismo en la Universidad de Massachusetts, concluyó, después de investigar los métodos de trabajo de los periodistas más representativos del periodismo literario norteamericano en las tres últimas décadas del siglo XX, “que para la mayoría de ellos la comprensión [de un acontecimiento] empieza con un contacto emocional, que sin embargo pronto lleva a la inmersión” (1996, p. 19). Renglones más abajo, Sims sintetiza la definición de la metodología de la inmersión como “el tiempo dedicado al trabajo” y complejiza el proceso al decir que “su impulso [el de los cronistas] los lleva a la inmersión, a tratar de aprender todo lo que hay que saber sobre un tema” (p. 19).

Juan José Hoyos dice que la inmersión es el único camino para encontrar una historia. Y predice el laberinto en el que se convertirá tal camino al describir el protocolo de trabajo de campo del cronista: ir al sitio de los hechos, encontrar una historia, acercarse a los personajes, obtener relatos de los protagonistas y los testigos, leer en los documentos evidencias de los antecedentes, construir el contexto interpretativo para luego escribir el cuento de la vida real que llevará a los lectores (2003, pp. 114-119).

De la etnografía, una de las metodologías usadas por los antropólogos, también se habla como laberinto de conocimiento (Ferrándiz, 2011, p. 9) debido a la naturaleza de su objeto y a la especificidad de sus herramientas metodológicas. “El propósito de la antropología es entender qué significan determinadas escenas culturales y, finalmente, la totalidad de la cultura”, sintetiza Ferrándiz (2011, p. 20). A tal resultado se llega por medio de la etnografía,⁵ definida por Paul Willis y Mats Trondman, teóricos de los estudios culturales, como la “familia de métodos que

⁵ La definición de etnografía ha cambiado durante la historia de la antropología. La han definido como registro cultural, investigación de patrones de interacción social o análisis holístico de las sociedades. También se ha escrito que es descriptiva, una forma de registrar narraciones orales, como herramienta para desarrollar y verificar teorías. Véase Hammersley, Atkinson, 1994.

exigen el contacto directo y sostenido con los agentes sociales, así sea como la escritura densa del encuentro, respetando, registrando y representado, al menos parcialmente en sus propios términos, la irreductibilidad de la experiencia humana” (citados por Ferrándiz, 2011, p. 13). Rosana Guber, después de aclarar que la etnografía es enfoque, método y texto, explica que “las etnografías no solo reportan el objeto empírico de la investigación [...] sino que constituyen la interpretación/descripción sobre lo que el investigador vio y escuchó” (2005, p. 15).

Presentada de tales formas, la definición de etnografía no da pie a mayores diferencias con la metodología de la inmersión. Y menos si reconocemos que tanto para la etnografía como para el periodismo narrativo —en nuestra disciplina narrar es sinónimo de interpretar—, la permanencia en el terreno es el hecho metodológico fundamental. Sin embargo, al reflexionar acerca de las características de ambas metodologías, es posible establecer fácilmente las distancias. En el manifiesto de apertura de la revista *Ethnography*, Willis y Trondman formularon tres cualidades de la etnografía: “1. La importancia de la teoría como precursora, medio y consecuencia del estudio y escritura etnográficos. 2. La centralidad de ‘la cultura’ en el proceso de investigación; y 3. La necesidad de un talante crítico en la investigación y la escritura de la etnografía” (citados por Ferrándiz, 2011, p. 13). Norman Sims sintetiza el resultado de la comparación entre los científicos sociales y los periodistas narradores al decir: “como los antropólogos y los sociólogos, los reporteros literarios consideran que comprender las culturas es un fin. Pero al contrario de estos académicos, dejan libremente que la acción dramática hable por sí misma” (Sims, 1996, p. 15).

La inmersión me llevó a tratar de descubrir los pliegues de la metáfora hecha grito en el pabellón de los olvidados. Así, permanecí horas frente al pabellón en actitud de observación “pasiva” (Dewalt, Dewalt, 2002), como simple “espectadora”, tratando de aprender el mapa del

lugar, las rutas de desplazamiento de los visitantes y las prácticas asociadas a la devoción por las almas del purgatorio. Luego, se me hizo necesario escuchar al autor de la obra y transité entre la participación “moderada” y la participación “activa”; sin llegar en ningún momento a la participación “completa” que, según las reflexiones de los profesores K. M. Dewalt y B. R. Dewalt, me hubiera conducido necesariamente a adoptar un espíritu y a entrar en tratos con él, pues en este tipo de observación el investigador se vuelve *nativo*.

Así, permanecí horas frente al pabellón observando a quienes lo visitaban con el ánimo de entrar en comunicación. Como si fuese fotógrafo experimenté “la conciencia del cazador” (Wall, 1997, p. 221), no como les sucede a ellos en el momento preciso de capturar un suceso con la cámara, sino al intuir, de repente, la presencia de un personaje con quien podría tener empatía. Frente a mí pasaban personas que adoptan espíritus y entran en tratos con ellos: hombres que no alcanzaron sus sueños, mujeres pobres abatidas por una pena de amor, jóvenes a punto de disponerse a matar o a morir, gentes derrotadas sin poder combatir por su vida, ciudadanos invisibles para un Estado que no les prodiga ni agua potable.

Javier Gallego, exfutbolista, se acercó silencioso a su escogido y golpeó tres veces la lápida antes de persignarse y de sonreírme; después me invitó al salón de billar donde otros hombres me hablaron de sus aventuras con las ánimas. Marta Correa predica su creencia sin que nadie se lo pregunte y fue mi guía por los pasillos del cementerio. Hugo Hernán Montoya, el animero, acudió a mi llamado telefónico y me enseñó los secretos para tratar con las ánimas. Carmen Piedrahíta, después de rezar una novena a los pies de su escogido, me invitó a su casa y repasó frente a mí las fotografías de un álbum familiar. Lucynda Andrade caminó imponente por el pabellón hasta llegar a su NN 1999 y con la seguridad de saberse la iniciadora de este ritual, me permitió seguirla hasta su trabajo como enfermera en el hospital La Cruz.

De la mano de estos personajes, ingresé al segundo fondo del estuche donde coleccioné las preguntas. Por allí deambulé para saber que el pabellón de los olvidados y su explosión de color es la expresión de la esperanza con la que los devotos se entregan a las almas benditas en el entendido de que ellas podrán salvarlos de los sufrimientos de la vida terrenal.

La observación y la entrevista fueron las herramientas básicas de esta inmersión. La observación permite estar en el lugar de los hechos y entre las personas que son testigos del acontecimiento o que viven los procesos. La entrevista es una conversación abierta en la que el entrevistador intenta obtener relatos de la voz del entrevistado con miras a conocer y comprender la especialidad de su mundo. La observación es la contemplación de la escena real que se presenta ante nuestra presencia. La entrevista en profundidad es un encuentro amoroso con ese otro dispuesto a contarnos su vida.

Sin embargo, mirar y preguntar no son acciones suficientes en sí mismas. Se hace necesario entrar en empatía con los territorios y con las personas antes de que cualquier estrategia de investigación dé frutos. John Berger ofrece una página memorable para intentar explicar qué sucede en el ser de quien se dispone a penetrar el mundo de los demás.

Soñé que era un marchante de aspectos y apariencias. Los coleccionaba y los distribuía. En el sueño acababa de descubrir un secreto. Lo había descubierto solo, sin ayuda ni consejo de nadie. El secreto era entrar en lo que estuviera mirando en ese momento —un cubo de agua, una vaca, una ciudad (como Toledo) vista desde arriba, un roble—, y una vez dentro disponer del mejor modo posible su apariencia. Mejor no quería decir más bonito o más armonioso, ni tampoco más típico, a fin de que el roble representara todos los robles. Sencillamente quería decir hacerlo más suyo, de modo que la vaca o la ciudad o el cubo de agua se convirtieran en algo claramente único. Hacer esto me agradaba, y tenía la impresión de que los pequeños cambios que realicé desde dentro agradaban a los otros. El secreto para introducirse en el objeto y reordenar su apariencia era tan sencillo como abrir la puerta de un armario. Tal vez se trataba de estar allí cuando la puerta se abriera sola. Pero cuando

me desperté, no pude recordar cómo se hacía y me quedé sin saber cómo se entra en las cosas (Berger, 2004, p. 19).

Mark Kramer, cronista nacido en Estados Unidos, explica el sentido profundo del encuentro entre el cronista y los personajes:

El objetivo de estas largas inmersiones es comprender a los sujetos en el nivel de lo que Henry James denominó “vida sentida”, o sea, el nivel franco, no idealizado, que reúne la diferencia, la fragilidad, la ternura, la maldad, la vanidad, la generosidad, la pomposidad, la humildad de los individuos, todo en la proporción adecuada. Esta perspectiva pasa por alto las explicaciones oficiales y burocráticas de las cosas. Expone y deja intactas las peculiaridades y los autoengaños, las hipocresías y las gracias: de hecho, las usa para ahondar el entendimiento (Kramer, 2001, ago.-sep., p. 78).

Ryszard Kapuscinski, el viejo cronista polaco, escribió: “Es erróneo escribir sobre alguien con quien no se ha compartido al menos un poco de su vida” (1987, p. 66). Y agregó en uno de los talleres que dirigió en la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano:

Insisto en la necesidad de desarrollar un sentimiento de empatía: tenemos que tratar de estar un cien por ciento dentro del medio al que nos enviaron, porque para entender algo de otras culturas hay que tratar de vivirlas. Un reportero debe estar entre la gente sobre la cual va a escribir. La mayoría de los habitantes del mundo viven en condiciones muy duras y terribles, y si no las compartimos no tenemos derecho —según mi moral y mi filosofía, al menos— a escribir (Kapuscinski, 2003, p. 82).

Empatía, que los antropólogos denominan *rapport*, y que no es otra cosa que afinidad o compenetración con las personas que hacen parte del universo que se quiere conocer para narrar. Clifford Geertz se pregunta cómo llegar al “conocimiento empático”; es decir cómo desarrollar esa capacidad casi sobrenatural de ver, sentir y percibir como un nativo. El mismo maestro responde que es necesario desarrollar un método y una habilidad para descubrir las

significaciones contenidas en los modos de expresión de las personas con las que trabaja el etnógrafo (citado por Ferrándiz, 2011, p. 21).

A Hismenia Carrasquilla la conocí el 12 de octubre del 2011. En el cementerio de Puerto Berrío vi emerger los restos de su hijo tras seis años de sepultura, después de un asesinato clandestino. Mientras que los forenses desanudaban una tula negra de rayas blancas, que la misma madre mandó a confeccionar para guardar los huesos marrones, ella no me miró, ni siquiera suspiró. Pero una vez la antropóloga forense dispuso los omoplatos, triangulares y casi planos, para marcar el comienzo del tronco y trazar las primeras líneas de la figura de un muchacho que fue alto, delgado, rubio, de ojos verdes, llamado Robinson Emilio Castrillón Carrasquilla, Hismenia se descompuso en sollozos. Se alejó un poco de la escena y se protegió debajo de la sombra de un arbusto florecido. Desde allá la oí llorar con ese llanto contenido de las madres que no quieren alertar a los hijos sobre su dolor. La antropóloga levantó la cabeza para contemplarla y volvió a su tarea. Me acerqué a Hismenia y le ofrecí un poco de agua. La bebió sin pausa, abrasada por los 37 grados centígrados de la una de la tarde. Luego me miró como diciéndome que ya no aguantaba más derrotas. En ese momento entendí que la puerta estaba abierta para mí.

Nelson Fabio Alzate me recibió en plena resaca del 6 de enero del 2012, fiesta de la Epifanía. Empecé a buscarlo el mismo día que vi emerger a Robinson de la oscuridad. Esa tarde, después de la exhumación y dándole tiempo a Hismenia de llegar a su casa, bañarse en agua de ruda para limpiar el alma y dormir un poco antes de continuar la charla, repasé el pabellón de los olvidados que ya conocía casi de memoria. Allí descubrí que Nancy Navarro, la mujer de la planta baja, bloque uno, hilera doce, ya no estaba. Seguían ahí Nevardo, Omaira, Nacho, Andrés, Juan Esteban, Marinela y cientos más. La misma caligrafía marcaba las tumbas, las mismas virgencitas

desnarizadas custodiaban las lápidas, los mismos colores encendidos prometían la fiesta, el mismo sol acariciaba la fachada. Pero Nancy Navarro ya no era del vecindario. Por fin, el viento había arrastrado una hoja seca en aquel barrio de habitantes quietos.

Salí en busca de Nancy con las coordenadas que me entregó el histórico médico legista de Puerto Berrío. Jorge Iván Pareja, de quien esperé un sí durante cuatro años, decidió atenderme el 4 de enero del 2012. Estábamos en uno de esos puntos muertos de una larga conversación, cuando el hilo narrativo se ha roto y a ninguno de los contertulios se le ocurre qué decir. Abrí mi cuaderno para disimular un poco y leí en voz alta “Nancy Navarro”. El médico fijó los ojos en los míos y me dijo: “Ella es la señora de La Malena y se llamaba Gilma Rosa Cossio Higueta”. En seguida, me entregó el número de un teléfono celular que me llevó a Nelson Fabio Alzate Cossio. Ya había pasado yo por Salgar el 1.º de enero en busca de sus huellas, según algunas pistas que me dibujó el sepulturero de Puerto Berrío, sin resultados exitosos. El médico me abrió el camino para el encuentro con un muchacho de 28 años que no descansó hasta recuperar el cuerpo de su madre de una tumba de NN y regresar con ella a su casa.

Horas después de conocerlo y caminar con él sin rumbo por las calles de Salgar, Nelson abrió una pequeña cómoda de trencilla de plástico. Primero me dejó ver las camisas, las zapatillas de marca, los dos frascos con lociones de moda. Luego me extendió una fotografía. “Ahí la tiene: mamá de 28 años en Medellín”. Cuando recibí la foto y él se sentó a mi lado para mirarla, se lamentó: “¡Terminar así la mamá!”. En ese momento comenzó una conversación que se ha prolongado hasta hoy.

Ver el esqueleto de Robinson Castrillón Carrasquilla dispuesto sobre la mesa de trabajo de los forenses y contemplar la fotografía de Gilma Rosa Cossio Higueta tal y como era en su juventud fueron dos momentos trascendentales, porque no solo determinaron el tono, el color y la

voz de los relatos, sino que también definieron que acerca de *los hundidos*, como los llamaría Primo Levi, descargaría el acento final de la escritura.

Si bien al comenzar la redacción final del reportaje me guié por una estructura de narración que comencé a dibujar tres años antes cuando el trabajo de campo daba ya los primeros frutos, el modo de disponer las palabras en la primera página reveló las intenciones poética y política de *Los escogidos*. Crear la propia poética, escribió Juan José Hoyos, es una necesidad insalvable cuando un escritor se enfrenta al problema de narrar, es decir, a convertir la vida y la realidad en palabras (Hoyos, 2003, p. 168).

El primer párrafo no era en verdad el comienzo de la escritura. Los garabatos iniciales están fechados en abril del 2008 y si seguimos las palabras de James Clifford, tales *inscripciones* sobre una libreta de notas son una señal de que el flujo de la acción y el discurso se han interrumpido “convirtiéndose en texto” (citado por Ferrándiz, 2011, p. 175). Los profesores Honorio Velasco y Ángel Díaz de Rada han esbozado las transformaciones que convierten los datos y las informaciones en etnografías, así: 1. El etnógrafo transforma su experiencia de campo en interacción significativa e información. 2. La información y la interacción se convierten en registro en el diario de campo. 3. Los registros, mediante diversas estrategias metodológicas, se hacen contenido analítico. 4. Este contenido toma forma de texto mediante su conversión en una trama argumental convincente diseñada para una audiencia determinada (citados por Ferrándiz, 2011, p. 175).

El esquema de escritura de *Los escogidos* está soportado en cuatro columnas que sirven, gráficamente, como principio ordenador de la información. En la primera, de derecha a izquierda, aparecen los personajes que eligen tumbas en el cementerio de Puerto Berrío: Carmen Piedrahíta, Javier Gallego, Marta Correa y Lucynda Andrade. La segunda está reservada para el pabellón de

los olvidados donde reposan los NN elegidos por los devotos: NN, NN Sandra o NN Gloria, NN guerrillero, NN 1999. En la tercera columna, se leen mis preguntas y reflexiones acerca de los personajes, las escenas y los rituales. Y la cuarta es el espacio para el contexto histórico, social y político del tema aportado por documentos y por los testimonios de Jorge Iván Pareja, médico forense; Braulio Carrasquilla, que se hizo adolescente cuando el Ejército de Liberación Nacional (ELN) reclutaba a niños para extender su dominio; Francisco Luis Mesa Buriticá, dueño de la funeraria desde hace treinta años; Harold López, descendiente de cinco generaciones de pescadores; Gonzalo López, cura párroco de Puerto Berrío por veinte años; y otros expertos y testigos que pidieron que sus identidades fueran reservadas.

A este plano de fondo se sobreponen las sinopsis de cada una de las escenas unidas con flechas que indican el orden de sucesión de las mismas. Miro el cordón que las anuda y descubro que se parece a un río sinuoso. La línea narrativa se desprende de la segunda columna, de un bloque inicial que se ocupa de la descripción general del pabellón de los olvidados y de la presentación de las tumbas de NN. Pasa a la exposición de mis primeras impresiones registradas en la columna tres. Y luego, se dirige a la cuarta, del contexto, donde se perfila una escena con pescadores en el río y se habla de la violencia de la región desde mediados del siglo XX.

El curso regresa a mis reflexiones acerca de las condiciones de vida de quienes crecieron en ese espacio simbólico, y sigue hacia el pabellón de los olvidados donde están los escogidos con sus lápidas multicolores. Desde allí se desprende un juego de espejos entre los escogidos y sus devotos. La línea anuncia un cara a cara entre las historias de Carmen y su elegido, NN Mujer y Javier Gallego, Marta Correa y sus calaveritas, Lucynda Andrade y NN 1999. Después, la línea atraviesa de nuevo el plano y va hasta la cuarta columna en busca de las explicaciones de forenses, políticos y sacerdotes. Al final, el hilo narrativo se suspende en el pabellón de los

olvidados, en el mismo punto de inicio, donde las historias de Robinson Castrillón Carrasquilla y Rosa Gilma Cossio, hallados por sus familias como NN en el cementerio de Puerto Berrío, aparecen apenas esbozadas. Esta estructura, dibujada torpemente con lápices de colores borrables, sirvió como mapa de ruta durante el proceso de escritura.

El procedimiento narrativo de la construcción escena por escena fue una de las cuatro técnicas que el periodismo literario tomó de la novela realista del siglo XIX. Las otras tres, según Juan José Hoyos, son: la voz personal, el punto de vista y los diálogos (Hoyos, 2003, p. 358). El profesor Roberto Herrscher presenta también cuatro recursos: el punto de vista y el personaje del narrador; las historias de los otros; de las fuentes a los personajes y de las declaraciones a los diálogos; y la descripción como fiesta del estilo y como forma de hacer concreto lo conceptual (Herrscher, 2012, pp. 28-35). Algunos estudiosos de la escritura etnográfica sugieren a sus alumnos aplicar técnicas narrativas durante la toma de notas en el campo para conseguir un progreso en el texto final. Algunas de esas técnicas coinciden con las usadas por los cronistas: describir escenas con riqueza de detalles, recoger diálogos enfatizando el tono de la conversación, y caracterizar a los personajes con descripciones generosas (Emerson, Fretz y Shaw citados por Ferrándiz, 2011, p. 184).

Ante los ojos del lector de *Los escogidos* aparecen apenas tres capítulos y cuatro esquelas personales que cubren los planos y los recorridos que describí en las líneas anteriores. En el primer segmento, “Es un muerto del agua”, narro cómo la gente aprendió a relacionarse con un río convertido en la fosa común más grande de Colombia. En el segundo, “Y hallaron dolientes, uno para cada uno”, exploro los rituales de relación entre los devotos y las almas. El último, “Llamaste a tu mamá en el último minuto”, lo dedico a contar historias de personas que han dedicado años a buscar a sus familiares desaparecidos hasta encontrarlos como NN en el

cementerio de Puerto Berrío. Las cuatro esquelas han sido el depósito final de preguntas no resueltas, porque tienen que ver más con mi extrañamiento frente al acontecimiento narrado que con las prácticas culturales que intenté narrar.

Ya se ha dicho que al momento de escribir, los cronistas dejamos que la acción dramática se manifieste a través de nuestras palabras. Las primeras líneas son un acto de liberación de la rigidez teórica y una entrega vigilante a construir versiones de los sucesos del mundo exterior a partir de un tejido de los recuerdos y la voz de los testigos, los datos obtenidos de los documentos, los signos alojados en los contextos, y la mirada contemplativa, creativa, reflexiva y comprometida del autor.

Durante el trabajo de campo, el cronista construye interrogantes en todo momento y espera que los personajes y el mundo contemplado le develen las respuestas. Pero en el intenso proceso de reflexión, de meditación, las preguntas regresan al periodista, un sujeto impelido a construir una versión sobre el mundo que investiga. Es ese yo problematizado el que debe descubrir significados. Esa es la lucha por el conocimiento que permite llegar a una narración memorable: que se recuerda, que construye la memoria. Mónica Bernabé, investigadora argentina, sostiene que “la crónica actual funciona, entonces, como una especie de espacio discursivo en el que, a la manera de un campo de fuerzas, un sujeto mira a su alrededor y se mira a sí mismo. Como dice Agamben en relación con el discurso testimonial, ser sujeto es ser testigo de nosotros mismos, de nuestra propia incapacidad para romper con uno mismo” (Bernabé, 2006, p. 12).

El segundo párrafo de *Los escogidos* es muestra de ello:

Milagros me saca de la conciencia de mi propio cuerpo vivo. Al acercarme a ese nombre sin apellidos y sin sexo, dejo de percibir la sangre que palpita en mis sienes, la saliva seca en mis labios y el olor de mi piel cuando sudo. Frente a la lápida amarilla, donde florece una rosa de plástico, asisto a una historia suspendida en el

clímax de la intriga. Como no se conoce comienzo ni desenlace, el libreto está hecho solo de preguntas. Quién yace en la primera bóveda de este albergue de los olvidados. De cuál linaje se desgranó sin dejar huella. Cómo se llama el que allí se deshace mientras pasa el tiempo. Cuáles palabras susurró o —quizá— gritó mientras le quitaban la vida. Quién lo busca. Por dónde vagan los que lo lloran. Cómo llegó a este puerto de cuerpos sin nombre (Nieto, 2012, p. 17).

Al escribir, el cronista crea un universo por medio del intercambio inter-subjetivo que ha servido de sostén a todo el proceso de investigación. Por eso, el perfil del periodista narrador se delinea en torno a su condición de autor. Del rasgo subjetivo propio del periodismo literario, que también se asume en la etnografía (Emerson, Fretz y Shaw citados por Ferrándiz, 2011, p. 1), se desprende la idea del antirrealismo en tanto se acepta que es imposible representar literalmente la realidad. Para James Clifford, las etnografías son ficciones, “ficciones verdaderas” o “verdades parciales”. Y Juan José Hoyos dice que la objetividad del periodismo narrativo es la que Charles Townsend Copeland le enseñó a John Reed, autor de *Diez días que estremecieron al mundo*: “Ir a la realidad con el corazón abierto, ser fiel a las propias emociones y después tratar de verterlas al mejor idioma posible” (citado por Hoyos, 2003, p. 390).

Sin embargo, tal libertad tiene límites. En la experimentación etnográfica, ha escrito Francisco Ferrándiz, no todo vale; y para explicar su sentencia trae las palabras de Marcus y Fischer: el momento experimental en la escritura no puede ser un engaño elitista sino un intento de renovación genuino. La credibilidad de la escritura periodística, así como la etnográfica, está en el respeto del pacto con el lector según el cual a él se le servirán los elementos para evaluar la veracidad de la historia. Roberto Herrscher lo expresa bellamente:

Esta escritura, por muy alto que vuele, siempre estará pegada a la tierra [...]. Es este mundo el que se nos muestra, es gente de verdad la que habla. Y es el enfrentamiento de un escritor-reportero con un mundo externo que no puede cambiar ni moldear a su

antojo o según sus ideas. Bien practicado el periodismo narrativo es profundamente ético (Herrscher, 2012, pp. 19-20).

A la voz del cronista se suman las de los otros que relatan la historia y colorean el relato con sus tonos particulares para construir un texto al que llega el lector como un tercero. También él deja que hablen sus voces interiores, quizá olvidadas, estrechamente ligadas a sus recuerdos, a sus deseos, a sus imaginarios. Es ahí, en ese encuentro de muchas formas del decir, que la crónica es una narrativa estética y política que permite diálogos y polifonías. Elena Poniatowska confesó, ante ochenta cronistas de América Latina reunidos en el castillo de Chapultepec, en octubre del 2012, lo que sigue:

Soy lo que soy por las miles de voces que he escuchado. Estoy hecha de las múltiples entregas de los que me han dado su confianza. Por esta razón, mi agradecimiento al otro es infinito y la identificación que siento con los demás es estimulante a más no poder. Vivo, en verdad, como un cable de alta tensión, siempre a punto del corto circuito. El poeta Jaime Sabines lo dice mejor que yo y me permito pedirle prestadas sus palabras: “Me quité los zapatos para andar sobre las brasas. / Me quité la piel para estrecharte. / Me quité el cuerpo para amarte. / Me quité el alma para ser tú” (Poniatowska, 2012, octubre 10).

Los escogidos es un libro dedicado a los asesinados y despojados de sus nombres y de sus historias que son arrojados desde hace sesenta años al río Magdalena. Lo escribí por ellos que no pueden recordar, ni hablar, ni testimoniar, ni denunciar, ni responder las preguntas guardadas en el tercer fondo del estuche del que hablé al principio. Preguntas filosas que me hieren; preguntas que aterran porque buscan lo indecible, lo innombrable, lo inmirable en la destrucción del otro que es también la mía, como dice Adriana Cavarero (2009, p. 35).

¿Viste la cara del asesino? ¿Cómo se llama aquel que ordenó tu muerte? ¿Suplicaste piedad? ¿Percibiste el sudor oxidado del que te tapó los ojos? ¿Rasgaron la piel de tu cuello cuando te enlazaron como si fueras una fiera? ¿Se quebraron tus dientes con el primer culatazo? ¿Oíste el

quejido de tus costillas cuando se partieron? ¿Te negaron el tiro de gracia antes de cortar tus carnes? ¿El pánico te secó las lágrimas? ¿Llamaste a tu mamá en el último minuto?

Michel de Certeau dice que

la escritura desempeña el papel de un *rito de entierro*; ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso. Por otra parte, la escritura tiene una función *simbolizadora*; permite a una sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio: “marcar” un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente *lo que queda por hacer*, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos (De Certeau, 1993, pp. 116).

Si es así, deseo que *Los escogidos* se convierta en una señal duradera de luto por los hombres y mujeres desaparecidos y asesinados en Colombia; una señal de compañía en el dolor, sustancia moral para que los sobrevivientes puedan vivir.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles (2000). *Poética*. Juan David García Bacca (trad.). México: Editores Mexicanos Unidos.
- Atkinson, Paul. (1990). *The Ethnography Imagination: Textual Constructions of Reality*. Londres: Routledge.
- Berger, John. (2004). *El tamaño de una bolsa*. Buenos Aires: Taurus.
- Bernabé, Mónica. (2006). “Prólogo”. En: María Sonia Cristoff, Beatriz Viterbo (eds.). *Idea crónica. Literatura de no ficción iberoamericana*. Buenos Aires: Fundación Typa. Pp. 7-27.
- Cavarero, Adriana. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Anthropos.
- Clifford, James; Marcus, Georges. (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California.

- De Certeau, Michael. (1993). *La escritura de la historia*. López Moctezuma, J. (trad.). Universidad Iberoamericana. México.
- Dewalt, Kathleen; Dewalt, William. (2002). *Participant Observation. A Guide for Fieldworkers*. Nueva York: Altamira Press.
- Ferrándiz, Francisco. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona: Universidad Autónoma Metropolitana. Anthropos.
- Guber, Rosana. (2005). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Hammersley, Martyn; Atkinson, Paul. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Herrscher, Roberto. (2012). *Periodismo narrativo. Cómo contar la verdad con las armas de la literatura*. Barcelona: Ediciones Universidad de Barcelona.
- Hoyos, Juan José. (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Joyce, James. (1978). *Stephen el Héroe*. Barcelona: Lumen.
- Kapuscinski, Ryszard. (1987). *Another Day of Life*. Londres: Harcourt Brace Jovanovich.
- _____. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México: Fondo de Cultura Económica. Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Fundación Proa.
- Kovach, William; Rosenstiel, Tom. (2004). *Los elementos del periodismo*. Madrid: El País.
- Kramer, Mark. (2001, ago.-sep.). “Reglas inquebrantables para los periodistas literarios”. *El Malpensante*. N.º 32. Bogotá. Pp. 77-80.
- Lara Zavala, Hernán. (1989, junio). “James Joyce y la revolución de la novela”. *Casa del Tiempo*. [En línea] Vol. VIII, núm. 89. Pp. 100-104. Disponible en: http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/89_jun_2006/casa_del_tiempo_num89_100_104.pdf. Recuperado el 8 de septiembre de 2012.
- Mills, Charles Wright. (1961). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nieto, Patricia. (2007). “El asombro personal”. En: Graciela Falbo (comp.). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Al Margen. Pp. 141-161.
- _____. (2012). *Los escogidos*. Medellín: Sílabo.

- Osorio, Raúl. (2000, julio). “Polifonía de saberes. Por una epistemología del reportaje”. *Folios*. N.º 5. Medellín: Facultad de Comunicaciones. Universidad de Antioquia. Pp. 61-74.
- Poniatowska, Elena. (2012, octubre 10). “Discurso de apertura”. En: Encuentro Nuevos Cronistas de Indias 2. México: Conaculta. Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- Sims, Norman. (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá: Áncora.
- Velasco, Honorio; Díaz de Rada, Ángel. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid: Trotta.
- Wall, Jeff. (1997). “Señales de indiferencia: aspectos de la fotografía en el arte conceptual o como arte conceptual”. En: Gloria Picazo; Jorge Ribalta. (eds.). *Indiferencia y singularidad. La fotografía en el pensamiento artístico contemporáneo*. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona. Pp. 213-249.

CAPÍTULO 6.

RELATOS DE UNA CIERTA MIRADA

En las páginas que siguen aparecen 21 fotografías captadas por la reportera gráfica Natalia Botero durante dieciocho años de recorridos por la geografía antioqueña registrando el conflicto armado. Se trata de textos visuales rescatados de su archivo particular donde reposan películas y discos compactos que almacenan lo que la máquina indomable de las redacciones no devoró.

Tal vez sus mejores fotografías —las más impactantes, las mejor resueltas técnicamente, las exclusivas— yazan en los centros de documentación del periódico *El Colombiano* y la revista *Semana*, donde ella trabajó antes de aventurarse a la labor independiente. Las que veremos, entonces, son las “salvadas” para el ejercicio de lectura que aquí se propone y tienen, en este caso, el mérito de las obras que en apariencia simples revelan significados inquietantes.

Hablamos aquí de *acontecimiento* en tres dimensiones:

1. Dice Stella Martini:

un acontecimiento significa una ruptura en cualquier ámbito, privado o público, que se destaca sobre un fondo uniforme y constituye una diferencia, y se define por los efectos en el tiempo y en el espacio en los que ocurre. Sólo cobra sentido en una serie, y en relación con los sujetos sociales, por ello su reconocimiento es una operación situada y dinámica (2000, p. 30).

Acontecimiento que se convierte en periodístico una vez se ejerce sobre él una demarcación a partir del análisis de por lo menos cinco características: actualidad, novedad, veracidad, periodicidad e interés público (De Fontcuberta, 1995, p. 16). Guiados por la correspondencia del suceso con estos elementos, los periodistas proceden a investigar —según la disciplina de la metodología de la verificación— y a informar periódicamente del hecho que “acaba de ocurrir o

de descubrirse, o que tiene previsto suceder en un futuro más o menos próximo, a un público masivo o especializado, a través de los medios de comunicación” (De Fontcuberta, 1995, p. 17).

2. Uno de los lenguajes para convertir el acontecimiento en información (en documento) es el fotográfico. Como dice Joan Costa, “el fenómeno real se vuelve documento por medio de la fotografía, que lo retiene y lo conserva en imagen” (1991, p. 53). Síntesis del acontecimiento, la fotografía se erige como lenguaje privilegiado por su gran capacidad de generar recordación. Susan Sontag expresa la idea anterior de una manera directa:

El conjunto de imágenes incesantes (la televisión, el video continuo, las películas) es nuestro entorno, pero a la hora de recordar, la fotografía cala más hondo. La memoria congela los cuadros; su unidad fundamental es la imagen individual. En una era de sobrecarga informativa, la fotografía ofrece un modo expedito de comprender algo y un medio compacto de memorizarlo. La fotografía es como una cita, una máxima o un proverbio (2003, p. 31).

Es en el instante de captura de la imagen cuando se genera un acontecimiento dentro del acontecimiento. Es decir, el acto de atrapar por medio de una cámara fotográfica la imagen de un hecho relevante para la vida de una comunidad es un nuevo acontecimiento sobre el que ponen toda su atención los semiólogos. Dado que el fotógrafo recorta el plano de lo “real”, surgen preguntas sobre ese acto. Dice Joan Costa que “la imagen resulta siempre de una sinergia, la que se produce entre la mirada y lo mirado” (1991, p. 16).

Habría que preguntarse qué mira el fotógrafo en la escena de enfrente, cuáles recuerdos (tal vez en el inconsciente) lo guían a la hora de encuadrar, con cuáles principios éticos aborda el suceso, de qué sustancia está fraguada esa espiritualidad que se aproxima al dolor, al sufrimiento, al terror, al horror por el que transitan los seres que fotografía, con qué intención se acerca a fotografiar a los demás. Se trata de indagar por la *intentio auctoris*, aquello que el fotógrafo quiso decir.

3. El signo fotográfico se convierte en lenguaje cuando el observador-intérprete completa la obra. La fotografía es un objeto “mudo” que habla solo cuando una mirada contemplativa lo interroga. Con respecto a este broche, que da sentido al acto fotográfico, Alfredo Tenoch Cid Jurado, al referirse a tres tipos de interpretación de un texto visual, explica: “la *intentio lectoris* busca mostrar lo que el destinatario encuentra gracias a la relación que se establece con referencia a los sistemas de significación o bien con referencia a los deseos, pulsiones y arbitrios que posee el lector en cuanto receptor” (2008, p. 138).

Es a observar/interpretar estas fotografías que nos dedicamos hoy. Antes de empezar este viaje quiero develar el punto de partida de mi observación. La intención de mi mirada está sostenida en una expresión de Teodoro Adorno que, según el análisis de Marta Talaffa, se ha erigido en un nuevo imperativo categórico.

Escribió Adorno: “Hitler ha impuesto a los seres humanos en su estado de ausencia de libertad un nuevo imperativo categórico: orientar su pensamiento y su acción de modo que Auschwitz no se repita. Que no vuelva a ocurrir nada semejante” (citado por Tafalla, 2003, p. 129).

Con respecto al enunciado anterior, Marta Tafalla reflexiona:

La exigencia que nos impone el nuevo Imperativo Categórico (IC) es justamente que nos hagamos cargo del tiempo, que el pasado no se cierna como la desesperanza del porvenir. Y para que el pasado no reaparezca hay que conducirlo a su lugar: la memoria, porque ella puede liberar al futuro. Un recuerdo consciente y crítico del mal permite instaurar un orden más justo; el recuerdo de las víctimas, de los ausentes, nos enseña a construir una comunidad más libre (2003, p. 137).

Con este *deber de memoria* calzan perfectamente dos reflexiones ya muy conocidas. Primo Levi dijo: “Si comprender [Auschwitz] es imposible, conocer es necesario, porque lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las

nuestras también” (Levi, 1987, p. 208). Y el escritor español Jorge Santayana escribió una frase que hoy se lee al salir del museo de Dachau, uno de los campos de concentración de judíos ideados por los nazis: “Quien olvida la historia está condenado a repetirla”.

Lo anterior se ha sintetizado en una frase que ya hace parte del discurso público en Medellín: “Recordar para no repetir”. Pero no puede perderse de vista que la garantía de la no repetición es la justicia; sin ella los actos de memoria se convierten en discursos paralelos a los de la barbarie.

Pavarandó, septiembre de 1997



Foto 1. Cámara Olympus OM / Lente 50 mm f 1.8 / Película Ektachrome 100 / Hora de toma: 10 a.m.

A los niños de Pavarandó les gusta jugar. Sus casas son cobertizos de plásticos y hojas de tabaco; sus calles, lodazales donde nadan lo mismo cerdos que perros, gallinas o bebés; y su pueblecito, un campo de desplazados.

Los niños de Pavarandó pasan el tiempo pateando balones desconchados en las calles putrefactas. Las pelotas llegan de parte de las organizaciones humanitarias que también suministran comida enlatada, mantas y baterías de cocina.

A los niños de Pavarandó les toca jugar mientras hacen filas. En los campos de refugiados, el arroz, el aceite, las medicinas y hasta el agua potable se consiguen solo al cabo de una fila. Y cuando se vive en un campamento de cinco mil personas, media vida se va esperando turno, y la otra media, obedeciendo órdenes.

Pero esta mañana floreció la huerta vecina y abrieron los portillos. No son manzanas ni peras ni naranjas. Son un fruto que viene del seno de la tierra y se deja acariciar mientras el sol se encarga de la humedad.

Me gusta decir con Miguel Hernández.

La cebolla es escarcha/ cerrada y pobre: / Escarcha de tus días / y de mis noches.
Hambre y cebolla: / hielo negro y escarcha / grande y redonda.[...]
Una mujer morena / resuelta en lunas / se derrama hilo a hilo / sobre la cuna.
Ríete niño / que te traigo la luna / cuando es preciso.

Los niños de Pavarandó sonrían porque han cosechado cebollas blancas, hoy, en la mañana.

John Steinbeck en su novela clásica, de 1939, *Las uvas de la ira* escribió: “La gente huía del terror que quedaba detrás [...], y les sucedían cosas extrañas, algunas amargamente crueles y otras tan hermosas que hacían renacer su fe con brillo imperecedero” (2004, p. 134).

A los fotógrafos también les pasan, a veces.

Río Verde, 12 de octubre de 1998



Foto 2. Cámara Nikon N90s / Lente zoom AF70-210 mm f 2.8 / Película Velvia 100 / Hora de toma: mediodía.

Para poder reconciliarnos con la historia, tendríamos que saber reconocer que también los verdugos y no solo sus víctimas nos conciernen en cuanto son representación de nuestra común

“condición humana”. Es decir, ellos también, no menos que sus víctimas, son “patrimonio” de la humanidad y han de ser integrados a la memoria colectiva, aunque no sea más que para recordarnos que a cualquiera de nosotros nos alcanza la doble capacidad de ser lo uno y lo otro, y hasta de ser los dos a la vez (Muguerza, 2003, p. 24).

Machuca, 18 de octubre de 1998



Foto 3. Cámara Nikon N90s / Lente 70-210 mm f 2.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: mediodía.

Cientos de pisadas marcan el compás de este funeral. Ni una voz se levanta. La multitud se desplaza lerda, atónita, sobreviviente. Pese a los 38 grados que soporta, marcha.

Y allí vas tú, Cirineo, estropeado por el espanto.

No cierras los ojos desde ayer cuando presenciaste lo insoportable al alma humana, tampoco has bebido porque no sientes la sed que seca de a dentro hacia afuera, tampoco hablas porque el

pensamiento se te quedó en el horror. Caminas, apenas, llevando al hombro a un muerto que no sabes quién es.

En la última madrugada, de ayer o de hoy o de mañana, tu pueblo se convirtió en mar de fuego. Con frecuencia desde tu casa, desde la tienda, desde la iglesia, se escuchan explosiones. El ELN dice que al derramar el petróleo hace patria. Pero en la última madrugada, la dinamita perforó también el gasoducto. Por eso el infierno que fue Machuca cuando el gas entró en contacto con el fuego encendido en algún hogar.

Después de la lluvia que calmó las llamas no hubo palabras. Solo este transitar tuyo, de todos —de los vivos y de los muertos— hacia el campo santo.

“Corría hacia mi casa en medio de una nube de llamas y polvo. Por el camino, vi a la madre de Yasín”. Ha escrito Atiq Rahimi en *Tierra y cenizas...*

Corría totalmente desnuda. No gritaba, reía. Parecía una loca corriendo en las todas direcciones. Estaba en el hammán cuando oyó la bomba [...]. El hammán saltó por los aires [...]. Algunas mujeres perdieron la vida bajo los escombros. Pero mi nuera... ¡Ojalá hubiera quedado ciego antes de verla sufrir tamaña deshonra! Quise alcanzarla pero ella desapareció entre las llamas y el humo. No sé cómo pude encontrar mi casa. No quedaba nada de ella [...] Se había convertido en la tumba de mi mujer, mi otro hijo, su esposa y sus hijos (2001, pp. 41-42).

Quisiera leerte el resto de la historia, Cirineo, pero he levantado los ojos y ya no estás. No tengo al frente tu gesto marcado, tu puño cerrado, tu pecho al viento, agradezco no continuar. Dice Silvana Ravinovich que “volvemos invisibles a las víctimas, y eso tranquiliza, pero el hedor estremece” (2003, p. 56).

Nariño, 30 de julio de 1999 - 1



Foto 4. Cámara Nikon N90s / Lente 70-210 mm f 2.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: media mañana.

Te proteges del sol que es de lo que puedes. De los hierros retorcidos, los vidrios astillados y las trampas alojadas entre los muros vencidos, sabes bien que no estás a salvo ni en tu casa.

La fotógrafa te ha visto desde lejos y ha obturado. Sospecho que lleva algunos minutos a la espera y que varios, como tú, han caminado entre las ruinas. El ojo de ella se ha posado sobre ti que bajas la cabeza.

Me pregunto quién serás debajo de ese quitasol que parece hábito, cómo será tu voz reseca por el polvo que levantó la pólvora, de cuáles días felices hablarán tus ojos claros.

Desde las afueras de tu pueblo, el río Samaná parece un hilo luminoso. A ustedes les gusta mirarlo al caer la tarde y justo antes del crepúsculo, cuando parece un espejo. Seguramente amas a Nariño por ese paisaje y por las montañas angulosas que por poco rompen las nubes, y porque, quizá, por allí pisaron tus padres y sus abuelos.

No tengo certezas. Existes en el presente eterno de esta fotografía, mujer con paraguas en medio de las ruinas. No es propio de la fotografía contarme tu pasado ni tu futuro ni tu pensamiento. Estás ahí para testificar que un hecho atroz ocurrió: las FARC destruyeron tu casa grande.

Además, sé que tienes miedo. Ante las ruinas que dejó una toma guerrillera y un combate de los subversivos con la Policía, piensas que alguien —tal vez tú misma— puede morir la próxima vez. No se debe esperar de ti un juicio crítico sobre un hecho que te corroe las entrañas. El agrietamiento de tu ser solo da lugar por ahora al dolor y al pánico que luego se convertirán, al decir de Santiago Kovadloff, en ese desvelo sin sustancia al que llamamos angustia (2003, p. 30).

Entonces, es mejor que no gires, que no nos dejes verte, que la fotógrafa no se acerque a interrumpir tu duelo, que te quedes en mi memoria como cuerpo florecido en medio de la guerra.

Nariño, 30 de julio de 1999 - 2



Foto 5. Cámara Nikon N90s / Lente 70-210 mm f 2.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: media mañana.

Cortesía: *Semana*.

Los guerrilleros colombianos atacan pueblos pequeños y matan policías; por esos combates de cientos de hombres y mujeres expertos en explosivos “caseros” o de alta gama en contra de un par de decenas de jóvenes desprevenidos y mal armados, miden el éxito de sus campañas.

A Nariño llegaron los guerrilleros de los frentes 9 y 47 de las FARC el viernes 30 de julio de 1999 a la media tarde. Mario Bustamante se tomaba una cerveza con una amiga cuando escuchó

la primera explosión. Como patrullero de la Policía sintió la obligación de llegar al comando pese a estar en su día de descanso.

Al psicólogo Pablo Borrero le contó:

Cogí mi fusil, me puse la guayabera del uniforme y me quedé en pantaloneta. Busqué la munición de los compañeros que no alcanzaron a llegar. Éramos 41 hombres, pero solo peleamos 19. Los otros estaban por fuera del comando cuando inició la toma. Ahora sí: a pelear. Llegó la noche... Comenzaron a tirarnos pipetas cargadas con explosivos; donde eso explota no queda nada. Son como ochenta kilos de dinamita lo que trae cada una... No sé de dónde sacaron tantas porque caían como lluvia... El polvo que caía por las explosiones nos dejaba irreconocibles.¹

Después de 36 horas de combate, el balance dio pie a que el periódico *El Mundo* del 2 de agosto de 1999 titulara en primera página “Arrasado Nariño”: murieron asesinados diez civiles (cuatro niños) y nueve policías; veinte agentes quedaron heridos y los siete secuestrados tardaron dos años en recuperar la libertad; un carro bomba destruyó medio pueblo, 33 casas fueron derribadas y 47 sufrieron averías de consideración.

Con todo, los edificios cercenados son casi tan elocuentes como los cuerpos en la calle. (Kabul, Sarajevo, Mostar Oriental, Grozny, seis hectáreas al sur de Mahnattan después del 11 de septiembre del 2001, el campo de refugiados de Yenín...) Mira, dicen las fotografías, así es. Esto es lo que hace la guerra. Y aquello es lo que hace, también. La guerra rasga, desgarrar. La guerra rompe, destripa. La guerra abrasa. La guerra desmiembra. La guerra arruina (Sontag, 2002, p. 16).

¹ El psicólogo Pablo Borrero, candidato a Doctor en Psicología por la Universidad Católica de Buenos Aires, recogió testimonios de miembros de la fuerza pública colombiana convertidos en prisioneros de guerra por las FARC y liberados mediante canjes u operaciones militares. Su libro *Un país de espantos* fue publicado en el 2011.

Pueblorrico, 15 de agosto de 2000



Foto 6. Cámara Nikon N90s / Lente 70-210 mm f 2.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: media tarde.

Al fondo de este desfile de dolor, por encima de los féretros blancos, las veo venir. No me miran, pero me siento interpelada. Qué puedo hacer ante el dolor de estas mujeres congeladas en el presente de su profundo desgarramiento. Solo alcanzo a tocarlas con mi mirada compasiva. Y quizá esto baste solo por hoy.

Ayer, no más, eran seis niños de entre los cincuenta que caminaban por la vereda La Pica. Llevaban sombreros y balones porque eran campesinos en busca de una tarde de recreo. También iban las maestras con los fiambres y refrescos. De uno en uno, o de dos o en dos, en formación irregular como suelen ser todas las filas de los niños, cantaban y apostaban y charlaban cuando los sorprendieron las balas.

Desde el filo de la cordillera, soldados del Batallón Nutibara abrieron fuego en contra de los niños: una columna de guerrilleros a los ojos de los militares. Los gritos de no disparen no llegaron a oídos de los atrincherados, uniformados, armados, arrojados a un combate falaz.

Salimos corriendo de la casa. Los vecinos gritaban ¡los niños!, ¡los niños!... Corrí siguiendo el camino por donde deberían ir los niños. Mi esposo se adelantó. Estaba desesperado. Los vecinos que me encontré me dijeron que sí había niños muertos. Las balas seguían cayendo y todos tratábamos de subir arrastrados mientras nos protegíamos. Gritábamos: ¡Dejen de disparar! A los padres que sí llegaron hasta el sitio —yo me quedé apenas me trajeron a mi niño ya muerto— les tocó ver a unos soldados llorando diciendo que habían matado niños y a otros insultando a los vecinos (citado por Restrepo, 2008, agosto),

ha dicho una de estas madres huérfanas. A ellas, a las madres, les faltan Alejandro Arboleda (le gustaba imitar a personajes famosos), Paola Arboleda (la ansiedad no la dejó dormir la noche anterior al paseo), David Andrés Ramírez (soñaba con trabajar en la NASA), Gustavo Adolfo Isaza (aspiraba a ser futbolista profesional), Marcela Sánchez (jugaba a ser reina de belleza), Harold Giovanni Tabares (fabricaba casitas de cartón para regarles a sus abuelos).

Como explica Juan Mayorga, nombrar a las víctimas es salvarlas de esa segunda muerte que es el olvido. En referencia a Primo Levi, dice: “Sus testimonios están llenos de nombres propios, porque es necesario recordar a las víctimas una a una y por su nombre. Ya no pueden ser salvadas, pero pueden ser nombradas, deben ser nombradas” (2008, p. 33).

Digo que no quiero ver más esta fotografía, pero no puedo quitar mis ojos de estas madres que, extasiadas en su dolor, no miran a la cámara; es decir que no me miran. Si lo hicieran, no soportaría el fardo heredado. Cuando Primo Levi escribía sobre el horror de la guerra no se preguntaba como Wiesel, ¿dónde está Dios?, sino ¿dónde está el hombre? (citado por Mate, 2008, p. 32).

Granada, 3 de noviembre de 2000



Foto 7. Cámara Nikon N90s / Lente 70-210 mm f 2.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: media mañana.

Un ciclista y dos cadáveres marcan los territorios internos de esta fotografía. El hombre de la bicicleta logra pedalear pese al pasmo que le ha producido la escena. No deja de mirar el cuerpo ensangrentado en primer plano. Ya ha dejado, metros atrás, otro cuerpo del que apenas vemos la figura.

La fotógrafa ha recorrido el mismo camino. Primero vio un cuerpo, lo detalló pero no se detuvo. Luego, ante el segundo cuerpo, obedeció a su impulso de apearse, acercarse, obturar. Una, dos, tres... hasta que el ciclista entró en cuadro y ella balanceó la composición.

Sí, balanceó el cuadro.

Pese a la soledad de un domingo en la mañana después de la masacre de dieciséis personas en Granada. Pese al miedo a ser sorprendida por los paramilitares en retirada. Pese al temblor de las piernas, al sudor bajando por la espalda, al pánico, ella obturó con agilidad y sin prisa.

Entonces diré con José Gómez Isla que “en realidad la única virtud que en principio podemos conceder la fotógrafo es el don de la oportunidad —una rara habilidad intuitiva— a la hora de afrontar el acontecimiento y la sagacidad para capturarlo con su objetivo” (2006). Habilidad que también se denomina “conciencia de cazador”. O, con una expresión más bella de Lee Friedlander, la mirada inquieta de un “gato de un solo ojo”.

Pero más allá de la sorpresa por el balance perfecto de la fotografía, la pregunta central es por qué retratar a los muertos que deja la guerra.

Susan Sontag ofrece una respuesta: “Las fotografías de una atrocidad pueden producir reacciones opuestas. Un llamado a la paz. Un grito de venganza. O simplemente la confundida conciencia, repostada sin pausa de información fotográfica, de que suceden cosas terribles” (2003, p. 21).

Y también, porque son las víctimas definitivas que no tendrán otra oportunidad sobre la tierra y para un reportero gráfico retratarlas es, apelando a las formulaciones éticas de Silvana Ravinovich, asumir su responsabilidad ante la muerte de otro que reclama justicia (2003, p. 54).

Medellín, 17 de mayo de 2001



Foto 8. Cámara Nikon N90s/ Lente 70-210 mm f 2.8 / Película sensia 800/ Hora de toma: noche.

A las nueve de la mañana el sol iluminaba tan tenuemente la habitación que fue necesario encender la lámpara. Entré con la inseguridad de quien cree violar la intimidad ajena y después de esquivar las pantuflas blancas que esperaban sobre el tapete del centro me detuve. Primero miré el sofá protegido por una seda. Sobre él, abandonados, vi cuadernos y uno que otro lápiz. No los toqué, simplemente los vi, ahí, tendidos.

A mi lado una mujer repasaba los vestidos colgados, las camisas dobladas, las pañoletas vueltas un nudo en busca de una prenda que al mismo tiempo significara protección y tristeza:

una le pareció muy escotada; otra, demasiado fresca; la de más allá, muy descubierta. Siguió la búsqueda minuciosa y lenta. El tiempo ya no corría.

Un paso me llevó a la orilla de la cama. Ordenada, impecable, indicaba que nadie había despertado de sus sueños allí, esa mañana. Un juego de ropa interior, un par de medias y un pantalón recién lavados esperaban que alguien los llevara a su lugar. Sobre la mesa de noche algunos libros abiertos mostraban la última página leída y una mujer madura, la misma que ahora buscaba recuerdos en cada rincón, sonreía desde un portarretratos dorado. A su lado, una mariposa azul y fresca dormía eternamente atrapada entre un cristal.

Apenas si estiré el brazo y pude levantar la cortina. El sol resplandecía afuera. La gente lamentaba que el terrorismo hubiese destrozado algunos muros, quebrado algunas copas, tumbado algunos vidrios, interrumpido los prósperos negocios del Parque Lleras. El sol resplandecía afuera. La gente proponía recoger los escombros, el gobierno local se afanaba en lavar la sangre, los vecinos prestaban sus escobas, un gobernante invitaba a continuar la fiesta, y otro se apuraba a pagar la primera tanda de bebida. El sol resplandecía afuera pero la luz a la que le abrí paso no logró aclarar el interior.

Volví el tul a su lugar y media vuelta me permitió estar de nuevo, por última vez, de cara al cuarto. Sobre la cabecera de la cama, contemplé un tríptico de plumas multicolores y mariposas diminutas. Volví sobre mis pasos. Sobre el escritorio vi algunos estilógrafos y una caja de chocolates abierta.

Regresé al tapete de centro, mis pies muy cerca de las pantuflas. Las vi tendidas, disparejas, tal y como las abandonan los pies después del uso. Detuve en ellas mi mirada mientras que las mujeres buscaban entre cofres y cajitas el objeto que permitiera llevar un luto. De repente, la mujer se derrumbó en el sofá. Miró el cuarto con sus ojos enrojecidos por el llanto. Gimió. Dijo

que le dolía el alma y empezó a hablar del ángel de cabellos rubios que ahora la miraba desde el cielo. Permanecí de pie, con mis ojos encharcados clavados en las pantuflas blancas.

Un suéter gris que cae pegado del cuerpo hasta las rodillas fue rescatado finalmente. La mujer lo vistió como si se cubriera con una tela sagrada. Me miró a los ojos y me dijo otra vez: “se murió mi niña”. Cuando la abracé sentí el temblor que deja en el cuerpo el llanto prolongado. “Mataron a tu niña”, pensé pero no se lo dije.

Al final del abrazo ella entregó una bolsita blanca manchada de sangre. La otra mujer la abrió. Allí estaban, apiñados, los últimos objetos: una gargantilla de bolitas negras, una pulsera plateada y dorada hecha en Canadá, dos topitos de plata, una argolla plateada y otra de carey, y un relojito de fondo azul. Lo miramos, su puntero se movía. En breve serían las diez de la mañana del viernes 18 de mayo. Apretujamos de nuevo las joyitas dentro de la bolsa de hospital que se convirtió en relicario.

Salimos en busca del cuerpo pálido, perfilado, mutilado, muerto, de una princesa que nos hizo la vida muy feliz. El sol que resplandecía afuera hirió nuestros ojos enrojecidos y la fiesta que comenzaba en el lugar de la muerte fue como una puñalada para nuestros corazones.

A Clara Velásquez Nieto.

Peque, 4 de julio de 2001



Foto 9. Cámara Nikon N90s / Lente 50 mm f 1.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: mediodía.

Por la única callecita de Peque viene la comitiva, cargada. De un tendido de guaduas cuelga el cuerpo envuelto en plásticos. El único que restaba encontrar después de la toma armada del frente Occidente de las AUC, que incluyó la masacre de seis personas obligadas, antes de ser asesinadas, a arriar el ganado que el grupo armado robó en las finquitas de la zona. Los hombres se apuran a descargar el atejo. Hay cargas que devastan el cuerpo. Y esta, destroza. Pero es un deber buscar los cuerpos de los difuntos y enterrar los cadáveres.

Por eso los hombres partieron con el alba a explorar montes, a recorrer riachuelos. No podría pasar que el cuerpo de alguno de los suyos se perdiera en la manigua. De esta expedición nacerá un relato. Tal vez tarde en aparecer porque narrar viene después, o a la par, que desprender de la piel el olor del muerto y sacar del alma el sentimiento primero que hace llorar y rabiar.

“La palabra es articulación del dolor en primera persona del singular”, escribió Santiago Kovadloff (2003, p. 47). Y Beatriz González, con su palabra hecha trazo, dibujo, pintura, inmortalizó a cientos de hombres, que, a falta de autoridad policial, rescatan y cargan a sus vecinos y amigos asesinados y arrojados a las despreciables fosas clandestinas.

Auras anónimas (2009, septiembre) es la reconstrucción por medio de la serigrafía de nueve mil cuerpos recuperados del olvido y llevados en hombros al seno del hogar, como el que muestra esta fotografía.

La memoria también se construye con narraciones sobre el cómo y con silencios sobre el porqué. Los victimarios no explican sus actos. El cadáver es un mensaje sin riesgo de ambigüedades, entiéndase como se entienda no será mal entendido.

Aun, a la vista de quienes no lo conocieron en vida, el cadáver es el mensaje perfecto.

A la fotógrafa tampoco tiene sentido interpelarla. En este momento no le pasa la saliva por la garganta. Ha obturado siguiendo el movimiento de los hombres que corren en su misión de documentar, de que su cámara le permita levantar un acta notarial, de dar fe, de dejar testimonio.

Dice José Gómez Isla:

A menudo, este tipo de imágenes registra un acontecimiento que aún no ha terminado de suceder del todo, o que está produciéndose en el mismo instante en que apretamos el obturador. Por ello, lo que resulta problemático afirmar es que el fotógrafo pueda añadir un comentario a una realidad que todavía está aconteciendo al mismo tiempo que la registra, mientras esta le viene súbitamente (2006).

Bojayá, 10 de mayo de 2002



Foto 10. Cámara Nikon N90s / Lente 70-210 f 2.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: media mañana.

Si importante es el grito del inocente que reclama justicia por el daño recibido, importante es también la experiencia de quien, habiendo practicado la violencia, puede renunciar a ella y puede

ser liberado del fardo de la culpabilidad. Uno y otro, aunque por razones opuestas, están en el secreto de la violencia que debemos superar (Mate, 2008, p. 10).

San Francisco, junio de 2002



Foto 11. Cámara Nikon N90s/ Lente 70-210 mm f 2.8 / Película velvia 100/ Hora de toma: mediodía.

La neblina corona la cumbre. El río parece un cabello de luna en el fondo del cañón. El viento persiste con su canto. Las mandarinas se descomponen entre la maleza. La mulada pasa su exilio en una finca vecina. El perro se pudre en el patio delantero.

El gato se enmontó. De la estancia viene el olor al humo del incendio. Algunas vacas pastan en los potreros de los nuevos dueños. La cascada golpea las piedras. Los niños salieron entre costales. Las azucenas se apagan. Manchas de sangre interrumpen el ritmo de las baldosas del

corredor. El cuerpo del vecino quedó enterrado en la raíz de un naranjo. Los invasores estrenan ese cielo. Las mujeres, los hombres y los niños han perdido el paraíso, marchan y lloran.

Medellín, 16 al 21 de octubre de 2002

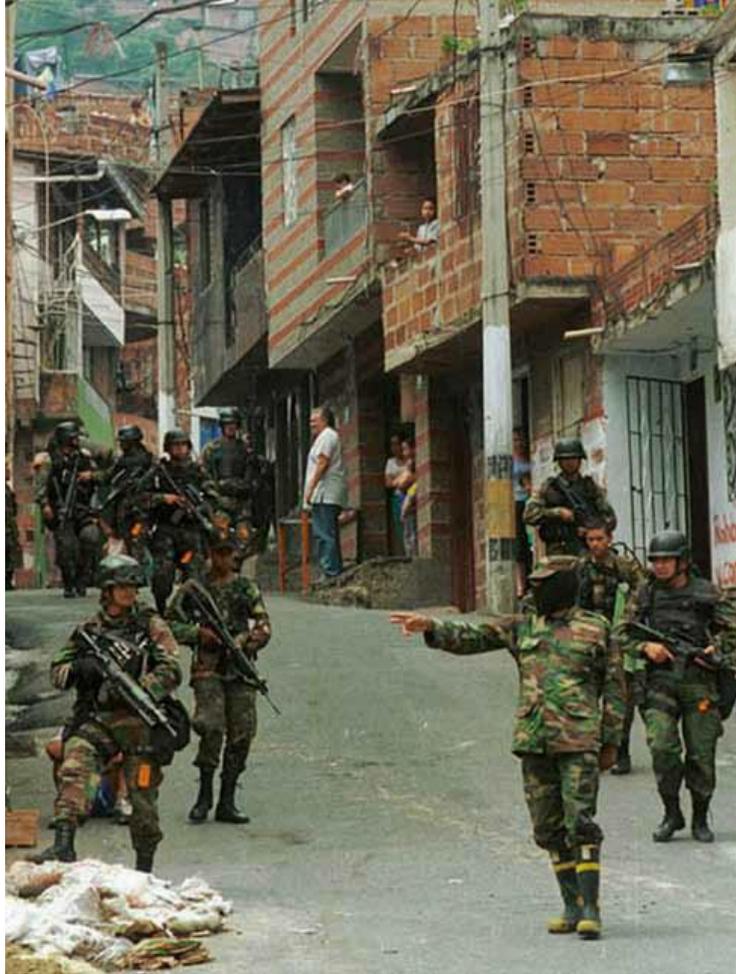


Foto 12. Cámara Nikon N90s / Lente 70-210 f 2.8 / Película Kodak negativa 400 / Hora de toma: 8:30 a.m.

Cortesía: *Semana*.

A mediados de octubre del 2001, la Operación Orión despertó a Medellín. Las calles fueron campos de batalla. Uniformados de grupos ilegales y de la fuerza pública ocuparon la Comuna

13. Y en medio de tanto camuflado pasado a pólvora, la fotógrafa halló lo que no eran armas arriba ni lamentos. Algo más aterrador que el dolor de la propia piel: el delator.

El hallazgo se dio de a poco, después de poner cabeza, ojo y corazón en cada cuadro como enseñó Cartier-Bresson; afinando la mira, como a punto de decir una pregunta que se balancea en la punta de la lengua. Natalia Botero estaba ahí para documentar los sucesos, así es. Y además, para proponer una visión de su ciudad en guerra.

“Ya no importa lo que la fotografía produzca mediante estrategias puramente referenciales”, ha escrito Gómez Isla; “Lo que realmente dota de valor a una imagen fotográfica en la actualidad es precisamente aquello que se sale de lo cotidiano, al ser contado de manera personal, sesgada y nada neutral por parte del fotógrafo” (2006).

Diez años después de Orión, una arqueología por el archivo fotográfico de Natalia hace evidente el hallazgo de su búsqueda intuitiva: Orión fue una operación en la que la fuerza pública obtuvo informaciones a partir de los relatos de sujetos que, encapuchados, recorrían las calles delatando. La Policía ingresó a viviendas, interrogó a muchachos y detuvo a decenas de personas.

Así es, con ojo avizor al momento de la toma y con mirada reflexiva al repasar la experiencia profesional, que se construye una cierta mirada. “El aparato fotográfico es para mí como un cuaderno de esbozo, el instrumento de la intuición y de la espontaneidad, el dueño del instante que en términos visuales cuestiona y decide a la vez. Para significar el mundo hay que sentirse implicado en lo que el visor destaca”, escribió Henri Cartier-Bresson en un texto muy breve, de 1976, llamado *Fotografiar del natural*.

Al reportero gráfico se le pueden decir las mismas palabras que escribió Tomás Eloy Martínez a propósito de los redactores: “Un periodista no es un gacetillero indolente que deja

caer las palabras sobre las mesas de redacción como si fueran granos de maíz. El compromiso con la palabra es a tiempo completo, a vida completa” (1996).

San Carlos, 18 de enero de 2003

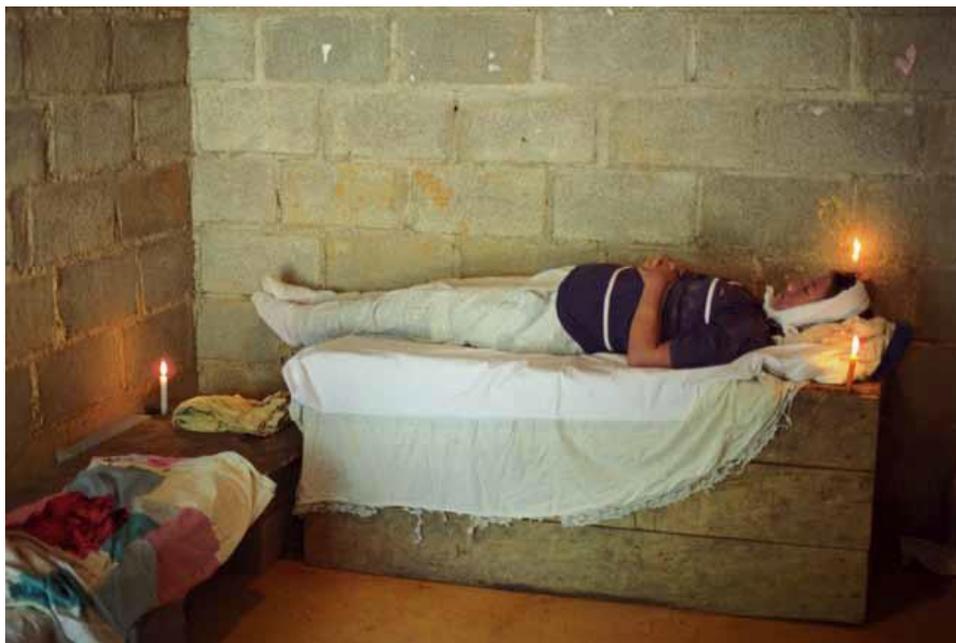


Foto 13. Cámara Nikon N90s / Lente 50 mm f 1.8 / Película kodak color 400 / Hora de toma: mediodía.

Si no fuera por la rigidez de tus pies, creería que duermes. Si no fuera por la mortaja que te sostiene la quijada, pensaría que descansas. Pero esas velas que alumbran a tus costados y a tus pies confirman que estás muerta. No tienes la apariencia pesada de otros cadáveres. Liviana, ligera, me llevas a pensar que vas a levitar o que puedo levantarte con mi índice derecho.

Natalia te encontró así el domingo 19 de enero del 2003. Promediaba el día. Llegó hasta tu morada, doblegada ya por el olor a azufre que dejan siempre los combates. Se venció ante tu cuerpo limpio al que se le nota la última caricia del amor. Frente a tu tumba austera obturó sin pausa, a prisa, como si fueras a marcharte, Cecilia.

Ella vivió entonces el instante decisivo del que hablaba Cartier-Bresson en 1952: “La fotografía es para mí el reconocimiento simultáneo, en una fracción de segundo, del significado de un suceso y de la precisa organización de las formas que den a este su mejor expresión”. José Gómez Isla potencia el concepto del instante decisivo al decir que raros son los casos “en los que se aúna a un tiempo la capacidad para ‘registrar’, y su capacidad intuitiva para ‘comentar’ lo que se tiene ante sí” (2006).

Los vecinos recogían los corotos a la ligera, como se hace siempre cuando la muerte acosa. Tu padre daba órdenes con la voz a punto de extinguírsele y los niños regateaban por llevarse consigo algún juguete. Al final, te recogieron a ti, Cecilia.

En una camilla rústica te sacaron de tu casita en La Tupiada y te llevaron a la volqueta que hizo las veces de carro fúnebre. Depositada con otros cadáveres desgonzados no eras más Cecilia, la joven de 19 años que amaba su vereda. Eras un despojo. A eso te redujeron, y a dieciséis más, hombres del noveno frente de las FARC.

Urrao, 5 de mayo de 2003



Foto 14. Cámara Nikon N90s / Lente 24 mm f 2.8, flash / Película Velvia 100 / Hora de toma: 11:30 a.m.

Ese lunes 5 de mayo de 2003 el día estaba soleado... Faltaban diez minutos para las once. De pronto empezamos a sentir el ruido de helicópteros. Cuando los soldados empezaron a bajar todo se volvió horrible. Los guerrilleros empezaron a dispararnos, a pocos metros de distancia.

Los doctores gritaban que no nos mataran. Cada quien buscaba cómo esconderse de las balas. Lucuara logró salir hacia la parte trasera del cambuche, Peña murió encima de la cama.

El doctor Guillermo se metió debajo de una cama, muriendo a mi lado. Yo me tendí con la cara hacia adentro... Aranguren se metió debajo de la cama, eso lo salvó; le metieron dos tiros, pero se salvó. Tapias y Negrete dieron la vuelta y cayeron en una zanja. Ellos murieron en ese lugar.

Al doctor Gilberto le pegaron dos tiros y corrió para morir al lado de mi teniente Ledesma, y sobre Viellard, que murió cuando se iba a meter debajo de la cama, no lo logró porque Marín cayó muerto instantáneamente sobre él, y le cubrió la mitad del cuerpo. Cote quedó encima de la cama con un tiro en el estómago.

Otros corrían y gritaban como locos de la desesperación, estábamos inermes, más de diez hombres armados con fusiles disparando a matar a trece hombres desarmados, y acorralados.

Después todos los guerrilleros se recogieron y se dirigieron a donde estaba “El Paisa”, pero este les dio la orden de que regresaran y revisaran; que nos remataran a todos. A uno por uno. Mientras éramos vilmente acribillados estando inermes, las tropas desembarcaban cerca al lugar donde nos encontrábamos.

Los guerrilleros, cuando se devolvieron, le dieron el tiro en la cara al doctor Gilberto, que lo remató. Y ese es el mismo tiro que le entró en la pierna a Viellard. Le dieron el tiro de gracia a Marín en la cabeza. Otro guerrillero le dio un tiro de fusil en el cuello a Navarrete. A Peña le dieron dos tiros en el pecho. A Lucuara le dieron un tiro de gracia en la corona. Comenzaron a disparar indiscriminadamente sobre la cama; y como es una chonta [árbol], uno de los tiros alcanzó a salir y le dañó la cadera a Aranguren, mientras seguía metido debajo de la cama. Así cayeron todos ahí. A mí, los tres impactos de bala que me llegaron al cuerpo me rozaron pero ninguno me causó una lesión grave.

De ahí en adelante los guerrilleros se retiraron. Yo me levanté después de contar hasta cien. Sentí que me estaban tocando y era la pierna del cuerpo sin vida del doctor Guillermo. Cuando miré por debajo de la cama me di cuenta de que Aranguren se quejaba, le hice señas que hiciera silencio, tenía un tiro de fusil en una pierna, me pidió ayuda, con un pedazo de trapo improvisé un torniquete, ese tiro que tenía en la pierna se lo dio un guerrillero como para ver si se movía pero él fue fuerte y soportó sin hacer gestos, de lo contrario no estaría vivo. Le puse un trapo en la cabeza porque también tenía un raspón de bala pero nada grave por fortuna, lo

levanté y lo dejé recostado en un palo, en el centro del cambuche. Después revisé a Viellard. Le quité los dos muertos de encima y lo jalé hasta otro lugar, estaba muy pálido. Le puse una venda en la pierna. Luego jalé a Cote hasta donde los otros dos heridos, se veía muy mal, gritaba que se iba a morir, tenía un solo tiro en el estómago, traté de darle aliento, pero no aguantó, le llegó la muerte cuando era evacuado en el helicóptero.

Mientras tanto, los helicópteros seguían sobrevolando. Les dije a los heridos que me iba a buscar la tropa y me dirigí a un pequeño cerro. Yo cargaba un palo con un saco blanco. Iba *a la de Dios*. Cuando subía escuché por un altavoz que eran las Fuerzas Especiales del Ejército. Que si habían secuestrados o guerrilleros que se quisieran entregar, que se tendieran boca abajo.

Cuando vi al Sargento del megáfono yo no sabía si tenderme en el piso o tirármelo encima de la alegría; algo me detenía. Decidí tenderme y poner las manos atrás. Alguien llegó y me puso el fusil sobre la espalda. Él no sabía quién era yo y me arrastró hasta una hondonada. Entonces llegó un soldado que había estado conmigo el día del secuestro y me reconoció. Ya el sargento se puso a la orden; yo le dije que tenía que hacer la seguridad en el cerro y traer a los enfermeros. Los helicópteros, mientras tanto, aterrizaron ahí en la playa. De ese lugar al cambuche había media hora.

Al regresar a lo que quedaba del cambuche, algunos de los soldados y mandos que llegaron se pusieron a llorar al ver la escena tan macabra que había allí. Lo primero que hicimos fue sacar a los tres heridos. Después empezamos a sacar a los muertos.²

Relató al psicólogo Pablo Borrero, Pedro José Guarnizo Ovalle, uno de los dos sobrevivientes de la Operación Monasterio que se proponía rescatar con vida a Guillermo Gaviria Correa, gobernador de Antioquia, Gilberto Echeverri Mejía, asesor de paz de Antioquia, y a diez suboficiales secuestrados por las FARC.

² Testimonio incluido en *Un país de espantos*, de Pablo Borrero.

San Roque, mayo de 2003

Foto 15. Cámara Nikon N90s / Lente 50 mm f 1.8 / Película Sensia 100 / Hora de toma: temprano en la mañana.

No sé, ni me interesa, si en mis profundidades anida un asesino; sé que he sido una víctima inocente y que no he sido un asesino; sé que ha habido asesinos y no solo en Alemania, y que todavía hay, retirados o en servicio, y que confundirlos con sus víctimas es una enfermedad moral, un remilgo estético o una siniestra señal de complicidad; y sobre todo, es un servicio precioso que se rinde (deseado o no) a quienes niegan la verdad (Levi, 1989, p. 59).

Alto Andágueda, junio de 2004

Foto 16. Cámara Nikon N90s/ Lente 70-210 mm f 2.8 / Película sensia 400/ Hora de toma: tarde.

La familia Emberá regresa a casa. En el vientre del árbol que ahora sirve de canoa viajan las mujeres de trajes coloridos, los hombres silenciosos, los niños ilusionados. Dejan atrás el albergue y navegan rumbo a su hogar en el Alto Andágueda. Es la séptima vez que retornan. Conocen el lecho y la orilla del río Opogadó como al as y el envés de las hojas sanadoras. Llevan trastes nuevos y atajos de comida que les alimentarán las esperanzas del retorno durante algunas semanas, apenas.

La fotógrafa va con ellos. Desea retratar la alegría pero está ante estos rostros mustios. Se concentra en ellos, los contempla. Qué nos dicen estos ojos negros, profundos; estas pieles cenizas, suaves; esas líneas marrones que surcan sus brazos, sus vientres, sus frentes. Hace

apenas algunas semanas salieron de sus campos empujados por el horror. Los hombres del Bloque Élmer Cárdenas de las Autodefensas Unidas de Colombia, comandados por alias El Alemán, sacrificaron sus granjas, derribaron sus árboles, ocuparon sus tambos y a ellos los humillaron, los torturaron, los sacrificaron.

Las crónicas cuentan que algunos niños emberá han muerto de hambre, que las nativas corren alto riesgo de morir al dar a luz, y que varios jóvenes, mujeres y hombres, se han quitado la vida. Los niños se mueren de hambre en el rincón más rico en biodiversidad de la tierra; las mujeres fallecen al parir desamparadas en lo profundo de la selva; los jóvenes, que no tienen razones para acunar esperanzas, se suicidan por miedo a que su universo sagrado quede en ruinas.

La destrucción del mundo indígena del Chocó comenzó hace cinco siglos. Y los indígenas, frágiles como estos de la fotografía, resisten todavía. Los emberá del Alto Andágueda, además de otros 34 pueblos indígenas colombianos, corren peligro de desintegración porque los grupos armados pisotean su dignidad: violan sus territorios. Profanan a sus dioses. Irrespetan su vida social. Patean sus saberes. Roban a sus niños. Saquean sus bosques. Bombardean sus caseríos. Tiñen sus ríos sagrados con sangre. Los invasores van detrás de la riqueza que yace en los bosques, el hogar ancestral de los indígenas; les gusta el oro, la plata, el platino, la madera, los ríos que permiten sacar coca y armas al océano, el agua, el oxígeno.

La familia no habla de eso. Contempla el bosque, respira su aire, cruza palabras en su lengua, a veces sonrío. La fotógrafa espera el gesto que será imagen. De pronto, un bebé aprieta el pezón de su mamá y ve correr la leche. Entré él y nosotros no existe vínculo más poderoso que el de ese hilo blanco que nos unió con nuestras madres cuando la historia estaba por venir, el que nos hace semillas de la misma tierra, herederos del mismo sol, hijos de la misma luna.

San Francisco, 13 de noviembre de 2005

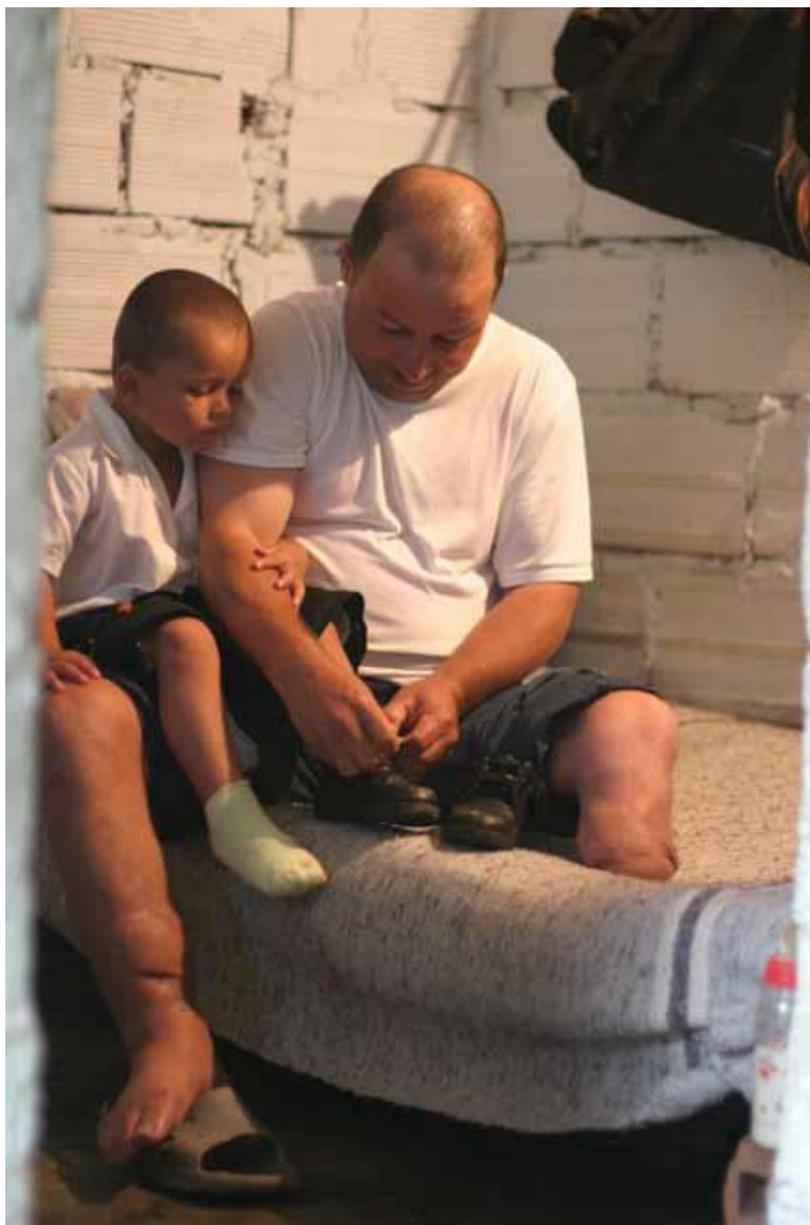


Foto 17. Cámara Nikon N90s/ Lente 50 mm f 2.8 / Película sensia 400/ Hora de toma: mañana.

Los ojos de Luis Alfonso Quintero Ramírez me inmovilizan, no me dejan parpadear. No sé cómo serenar su mirada inquisidora. Controla sus frases secas, las palabras sueltas que escribo en mi libreta y los movimientos lentos y aparentemente despreocupados de la fotógrafa que me

acompaña. “San Pacho —le digo de golpe— es el pueblo de Colombia donde más minas *quiebrapatas* han explotado”. “Sí —me dice cortante—, y yo soy uno de los mochos de San Pacho”. La brusquedad de ambas frases rompe el hielo. Un segundo después Luis Alfonso seca sus lágrimas con servilletas blancas y yo escudo mi fragilidad repasando el perfil de la cordillera.

Una silla de ruedas doblada en la esquina de la sala, un par de muletas cerca de la puerta y una pierna artificial sobre la cama indican la evolución de los tratamientos desde el accidente; pero Luis Alfonso, de 39 años y ojos claros y llorosos, es su constatación. Lo encontramos boca abajo sobre la cama levantando el muñón de su pierna izquierda: uno, dos, uno, dos... veinte veces y descansa. Visto así parece más pequeño que ayer cuando me miró desafiante; ahora es la imagen de la fragilidad, de la debilidad de un hombre que fue campesino recio y ahora, sobreviviente de la guerra.

“Yo estaba desesperado en el pueblito de Aquitania, con la familia pasando hambre, sin ropa, sin estudio y me tiré para La Cumbre”, recuerda Luis Alfonso mientras trata de ajustar un zapato en el pie de su prótesis. Se fue con cinco hombres aventados como él. Se dirigió al corte, a comenzar el tercer día de trabajo el 14 de junio de 2004 cuando el humo negro y rojo que sucedió a la explosión los cegó. Unos minutos después, los cuatro acompañantes miraban aterrorizados cómo Luis Alfonso, inconsciente, trataba sujetar una pierna que ya no tenía. “Ahí fue —confiesa— cuando yo conocí lo que llamaban minas *quiebrapatas*”. Diez horas más tarde, después de viajar en una camilla improvisada cargada en hombros, Luis Alfonso recibió los primeros auxilios y seis más tarde ingresó al hospital San Juan de Dios de Rionegro, donde le amputaron la pierna izquierda e hicieron todos los esfuerzos por salvarle la otra.

“A veces lloro mucho —dice— y en una época tuve muchos deseos de morirme, de que esta tragedia se acabara de una vez pero veía a mis hijas menores y al único varoncito tan niño todavía

y como que entendí que ellos me necesitaban aunque fuera así, inválido como estoy”. Los niños reconocen el dolor en las palabras del papá y por un momento dejan de ver la televisión para mirarlo, sonreírle y decirle que salgan a pasear.

Entonces nos vamos otra vez por las calles de San Francisco y a pesar de la llovizna llegamos hasta el cementerio y después a la plaza, y una vez allí nos detenemos en la cafetería de la esquina donde lo vimos por primera vez. Ahora ríe y me dice que quisiera convertirse en sastre y así por lo menos darle otra oportunidad a su familia que en estos tiempos vive de la solidaridad de los vecinos. Después hay charlas, risas y fotografías que anuncian la despedida.

Medellín, 21 de mayo de 2010



Foto 18. Cámara Nikon 300s / Lente 18 – 135 mm f 5.6 / Digital raw / Hora de toma: media mañana.

Los hombres de este retrato hablan. Hay firmeza y angustia en sus miradas, en los gestos de sus bocas, en la fuerza de sus manos. Han colaborado con el fotógrafo. No hay resistencia en sus

cuerpos. Se nota compromiso al posar. Como ha dicho Berger, “cuando la imagen pintada no es una copia, sino el resultado de un diálogo, la cosa pintada habla, si nos paramos a escuchar” (2004, p. 27).

Porque hay comunicación entre la fotógrafa y los personajes, podemos decir que ella ha participado en la precipitación de un relato. “El acontecimiento rememorado o memorable — escribió Elizabeth Jelin— será expresado en forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un sentido del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia” (2002, p. 27).

Después del relato judicial, viene la narración vívida de las víctimas. Pero se hace necesario que alguien escuche para que tenga lugar una nueva ética. El protagonista de *Tierra y cenizas* dice: “No basta con hablar, hermano. Si no tienes quién te escuche, no sirve de nada, es como llorar” (Rahimi, 2001, p. 42).

Y eso parece que repiten estos hombres que llevan los labios apretados mientras sostienen el retrato de su hijo y de su hermano recuperado de una fosa común. Se preguntarán tal vez si alguien en Colombia se interesa en la injusticia que les ha tocado vivir: en su historia, en la de las 15.600 familias que buscan a alguien víctima de desaparición forzada según datos de la Fiscalía General de la Nación (Gestión Unidad Nacional de Fiscalía y Paz, 2011).

Hay un asomo de confianza en ellos. Tal vez esperan algo de la fotógrafa, un poco de compasión al menos. Porque ahora que pueden aunar los restos de su ser querido, su tragedia se hace literal. Existe el cuerpo de quien fue desaparecido y asesinado como evidencia de que han sufrido. Antes, en el espacio de la desaparición, eran solo Antífonas suplicando por un cadáver para probar ante todos la causa de su desgarramiento.

De regreso a casa podrán sepultar al que ha regresado, inerte. “Sufrir es esa insistencia de la herida en no darse por cerrada” (Kovadloff, 2003, p. 46); y a ello se enfrentan estos hombres retratados, dispuestos ya a contar.

La Granja, julio de 2010



Foto 19. Cámara Nikon 300s / Lente 18-135 mm f 3.5 / Digital raw / Hora de toma mañana.

Dispuestos según los protocolos de la antropología forense, estos huesos humanos vuelven a la vida aunque pertenecen a quien ya pasó por la muerte. Es extraño. No hay alguien más muerto que estos que vemos aquí —huesos secos, marrones, sin vínculo— y a la vez sabemos que han sido sacados de la oscuridad y que, en su silencio, hablarán.

Primo Levi ha impuesto un límite al testimonio. Dice que quienes regresan del horror no pueden contar toda la verdad, “porque ese es el secreto de los que han bajado al infierno y no han

vuelto” (citado por Mate, 2008, p. 18). Entonces, lejos del testigo integral (de aquel que al decir de Reyes Mate, a partir de su lectura de Primo Levi, es el que realmente sabe pero no puede comunicarse porque ha quedado mudo o ha muerto), hay algo, quizá el horror del minuto final a manos del verdugo, que estará vedado al conocimiento de los vivos.

Por eso, la posibilidad de saber está en lo que estos huesos recién sacados de la fosa puedan contar. Un cráneo para más de dos fémures, varias tibias y coxis, demasiadas vértebras para una columna vertebral. La antropóloga no termina su trabajo en el campo y ya sabe que en un ataúd, guardado en un cementerio campesino, han dormido por años fragmentos de varios cuerpos.

Cómo se llamaban los hoy exhumados, cuáles eran sus apellidos, de cuáles regiones procedían, cuándo los mataron, cómo los asesinaron, por qué les quitaron la vida, dónde están las otras partes de sus cuerpos, quiénes son los asesinos. Son las preguntas que deberá responder el Estado colombiano a las madres que, confiadas en que estos son sus hijos, han observado este procedimiento de exhumación que produce terror —temblor en el cuerpo, deseo de irse a casa— y a la vez necesidad de estar ahí para verlos emerger de la muerte.

Los que aquí están han bebido —como diría Primo Levi— del cáliz del sufrimiento. Secuestrados, torturados, descuartizados y tirados a una fosa; sus carnes revueltas, sus miembros incompletos, su dignidad vuelta añicos. Quiero estudiar esta fotografía. Llama la atención la pulcritud con que esta mujer ha dibujado los cuerpos. Hay respeto y, diría, compasión en esta composición que es técnica y a la vez estética. Pero cuando constato la grotesca cantidad de fémures y tibias y húmeros con relación a un solo cráneo pierdo la capacidad de contemplación. El cuadro se me hace *inmirable* porque, al decir de Adriana Cavarero, al presenciar el horror hay un inevitable cara a cara: la destrucción de la singularidad del otro es también la mía (2009, p. 35).

Bellavista, 15 de agosto del 2010



Foto 20. Cámara Nikon 300s / Lente 35 mm f 3.5 / Digital raw / Hora de toma: tarde.

María Catalina, La Nena, encabezó la última caminata. Detrás de Francisco, que desgajó el monte, ella contó los pormenores. “Yo no los vi enterrar pero sí vi dónde cavaron las tumbas. El padre está separado del hijo por dos cuartas de tierra, yo misma las medí ese día cuando vine a traerles café a los que estaban abriendo los huecos”.

El 14 de septiembre de 1989 fue la inhumación, sin misa, sin flores, sin canciones.

Frente a las tumbas, José Manuel no soportó la urgencia de encontrarlos, rescatarlos, llevarlos a casa. Se lanzó a la fosa apenas reabierta para ayudar a cavar en el lodo durante cuatro horas hasta encontrar, dos metros abajo, las tapas de los viejos ataúdes. Veinte años bajo la tierra húmeda del Chocó reblandecieron la madera que el antropólogo levantó con algún esfuerzo.

No pudimos saber dónde les pegaron los tiros ni cuántos fueron, ni de qué calibre ni a qué distancia. Pero sí supimos, lo contó Flor —hija de Luis, hermana de Abel—, que esa tarde de 1989 diez hombres vestidos como policías llegaron hasta La Flor del Cocuelo y pidieron hablar con Luis. Lo llevaron para un pasillo lateral y uno de los forasteros comenzó a dispararle.

Llegó la mañana y también los vecinos que se encargaron de recoger a Luis, envolverlo en la hamaca y llevarlo hasta la champa. Allá se quedó el cadáver ante la mirada de Sara, la esposa, y de siete de sus hijos, mientras que los adultos recorrían potreros y senderos en busca de Abel Antonio, de trece años.

Lo encontraron con la boca pegada al polvo del camino; un hombre mayor lo cargó al hombro y lo descargó, delicadamente, al lado del cuerpo de su padre. Al niño lo mataron de varios tiros por encontrarse frente a frente con los asesinos de su padre cuando regresaba a la casa después de jugar en el campo, en el río.

Las lágrimas de Flor, Marelbi y José Manuel lamentaron la muerte de su padre y de su hermano niño y celebraron —sentimiento extraño— el regreso a la luz de lo que quedaba de ellos.

Marelbi cargó a Abel Antonio y a José Manuel, a Luis. Con ellos regresamos a la champa y hasta ella llegó La Nena para despedirse. La noche cayó cuando cruzábamos el río Tumaradocito, el azul oscuro se hizo negro y las sombras de los árboles nos evocaron historias fantásticas de las selvas. En la champa, veinte personas custodiando los cuerpos de Luis y de Abel Antonio; tres horas más adelante, Sara conteniendo su dolor.

Medellín, 30 de septiembre de 2010



Foto 21. Cámara Nikon 300s / Lente 70-300 mm f 3.5 / Digital raw / Hora de toma: 3:00 p.m.

Frente a la tumba de tu hijo, los recuerdos se te hacen nudo en la cabeza. No vienen de uno en uno, como cuando evocas los momentos felices. Se te agolpan adentro como detrás de los ojos, me dices, y por eso lloras con gemido de madre huérfana.

Hace unos minutos mojabas las flores en la fuente central de este mausoleo y apenas sonreías al sentir el roce de las gotas que te salpicaban el rostro. Ahora ni siquiera escuchas la música que ambienta la estancia en este universo de pasillos rectos y paredes negras. Golpeas tres veces el mármol donde se lee el nombre de tu hijo y comienzas a hablarle en silencio, a suspirar.

Ese día —13 de febrero de 2002— tenías miedo, dices. Era jueves y llorabas desde el martes, casi sin parar. Recogías la mesa después una cena de cinco de la tarde cuando apuraste a tu hijo

porque unos amigos lo buscaban. Adriana, tu nuera, recuerda que “él bajó en un abrir y cerrar de ojos”. Y que vos, Edilma, como compelida por una corazonada de madre te asomaste al balcón y viste cómo lo halaban de la camisa para meterlo a un taxi.

Te deshiciste en gritos mientras que Edilcone, el mayor de tus hijos, fue incapaz de alcanzar el carro que dio vuelta en la esquina. Olmedo, como llevado por el viento, decidió regresar a tu lado cuando apenas llevaba una cuadras de camino porque se sentía raro; y Jenny se adelantó a salir del colegio cuando la atrapó una angustia repentina. En medio del llanto les dijiste que se habían llevado al niño.

Ocho años después —el 29 de abril de 2010— lo encontraste. Esperabas tu turno, entre decenas de madres de muchachos desaparecidos, para contar otra vez tu historia ante un funcionario del gobierno, cuando supiste que tu angustia había terminado.

Al comenzar la página doce de una revista de la Fiscalía General de la Nación viste una camiseta morada con cuello rojo convertida en esqueleto con el filo de unas tijeras. Y al lado, las fotografías de algunos detalles familiares para ti: las letras BM-S estampadas un poco más arriba del pecho, el número 40 que indicaba el tamaño de la prenda, y dos marcas, Borden GM y Gamín, que estuvieron cosidas a un pantalón.

El aire te faltó cuando entendiste que Jonathan Marín Holguín, tu hijo, no era ya un desaparecido; que a partir de ese momento entraba en la lista de colombianos asesinados por fuerzas paraestatales.

“A mí se me aceleró el corazón cuando papá nos dio la noticia —recuerda Jenny— porque yo creía que estaba vivo. Entonces le pregunté que dónde lo habían encontrado. Y él me dijo: en una fosa”.

Las pruebas de ADN comprobaron que Jonathan Marín Holguín era la identidad de un cuerpo que permaneció durante dos años en el Laboratorio Forense de la Fiscalía General de la Nación. Lo habían hallado el 8 de febrero de 2008 en un paraje campesino del corregimiento San Cristóbal de Medellín tomado por las Autodefensas Unidas de Colombia como campamento y señalado como fosa clandestina por alias Don Berna en una audiencia pública. Hasta allá llevaron al niño de quince años con los brazos atados por las muñecas, lo golpearon y le dispararon en la cabeza.

A tu niño lo mataron la misma noche del rapto mientras tratabas de llegar a lo alto de la Comuna 13 para preguntar por él. A tu hijo lo mataron, Edilma, antes de que pudieras contar que a Jonathan lo amaban porque levantaba bultos para construir aceras y canchas, asaba arepas y vendía *bolis*, acompañaba a ancianos y divertía a niños, jugaba fútbol y sembraba jardines.

Referencias bibliográficas

- Berger, John. (2004). *El tamaño de una bolsa*. Buenos Aires: Taurus.
- Cartier-Breson, Henri. (2003). *Fotografiar del natural, el instante decisivo y una nota*. Madrid: Gustavo Gili.
- Cavarero, Adriana. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México: Anthropos, Universidad Autónoma de México.
- Costa, Joan. (1991). *La fotografía ente sumisión y subversión*. México: Trillas.
- Cid, Alfredo. (2008). “La semiótica en la lectura de la fotografía”. En: Diego Lizarazo; Ileri de la Peña (coords.). *Ética, poética y prosaica: ensayos sobre fotografía documental*. México: Siglo del Hombre.
- De Fontcuberta, Mar. (1995). *La noticia. Pistas para percibir el mundo*. Barcelona: Paidós.
- Gestión Unidad Nacional de Fiscalía y Paz. (2011). “Cifras de justicia y paz”. [En línea] Fiscalía General de la Nación. Disponible en: <http://www.fiscalia.gov.co/justiciapaz/Index.htm>. Consultado el 13 de junio de 2011.

- Gómez, José. (2006). "Argumentaciones en torno a la creciente imposibilidad creativa o las limitaciones expresivas de la fotografía documental". [En línea] *Pliegos de Yuste*. Disponible en: www.pliegosdeyuste.eu/n4pliegos/josegomesisla.pdf. Consultado el 3 de septiembre de 2011.
- González, Beatriz. (2009). *Auras anónimas*. Serie de nueve mil serigrafías en los columbarios del Cementerio Central de Bogotá.
- Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kovadloff, Santiago. (2003). "El enigma del sufrimiento". En: Reyes Mate; José María Mardones (eds.). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos. Pp. 27-49.
- Levi, Primo. (1987). *Si esto es un hombre*. Madrid: El Aleph.
- _____. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Madrid: El Aleph.
- _____. (2003). *A hora incierta*. Santander: Límite.
- Martínez, Tomás Eloy. (1996). "Defensa de la utopía". [En línea] Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Disponible en: www.fnpi.org/fileadmin/documentos/imagenes/Maestros/Textos-de-los-maestros/defensa.pdf. Consultado el 29 de agosto de 2011.
- Martini, Stella. (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Bogotá: Norma.
- Mate, Reyes. (2008). "Primo Levi. El testigo. Una semblanza en el xx aniversario de su desaparición". En: Eduardo Madina; Reyes Mate; Juan Mayorga, et al. *El perdón, virtud política*. Barcelona: Anthropos. Pp. 11-32.
- Mayorga, Juan. (2008). "Escuchar sus nombres, defender nuestras almas". En: Eduardo Madina; Reyes Mate; Juan Mayorga, et al. *El perdón, virtud política*. Barcelona: Anthropos. Pp. 33-56.
- Muguerza, Javier. (2003). "La no-violencia como utopía". En: Manuel Reyes Mate; José María Mardones (eds.). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos. Pp. 11-26.
- Rahimi, Atik. (2001). *Tierra y cenizas*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Sontag, Susan. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Ravinovhic, Silvana. (2003). "La mirada de las víctimas, responsabilidad y libertad". En: Manuel Reyes Mate; José María Mardones (eds.) *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos. Pp. 50-75.

- Restrepo, Jorge. (2008). "Los niños de Pueblorrico". *De la Urbe*. N.º 41. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Tafalla, Marta. (2003). "Recordar para no repetir: el nuevo imperativo categórico de T.W. Adorno". En: Reyes Mate; José María Mardones (eds.) *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos. Pp. 126-154.
- Wall, Jeff. (1997). "Señales de indiferencia: aspectos de la fotografía en el arte conceptual o como arte conceptual". En: Gloria Picazo; Jorge Ribalta (eds.). *Indiferencia y singularidad*. Barcelona: Museo d'art Contemporani. Pp. 213-250.

CAPÍTULO 7.

DE SU PUÑO Y LETRA

En Medellín ha emergido una nueva escritura. Este texto relata ese acontecimiento que comenzó a gestarse hace siete años en una ciudad que desde hace más de medio siglo es el refugio de miles de campesinos despojados de sus tierras en cada fase del conflicto armado de Colombia. 57 voces, reunidas por las circunstancias comunes de habitar en Medellín, vivir con las huellas que les ha dejado el conflicto armado y descubrir la escritura como un bálsamo reparador y un recurso en contra del olvido, se han hecho públicas a través de un ejercicio de periodismo narrativo —reinterpretado como método— propuesto como uno de los ejes de la presente tesis.

Como una reacción frente al periodismo que acompaña la guerra pero limitado para conocerla e interpretarla, una corriente de cronistas ha propuesto una manera renovada de relatar la barbarie y la dignidad que son las huellas de las guerras colombianas. De esas metodologías —reinventadas— y de las obras resultantes de su aplicación se deriva una inflexión en la teoría periodística clásica expresada en páginas anteriores, así: la memoria se sobrepone a la verdad.

Pese a que las obras producto de esta corriente periodística, de la que hace parte la autora de esta tesis, son imprescindibles para comprender la realidad colombiana, su alcance es limitado. Las crónicas, los relatos de viaje, los perfiles, las entrevistas en profundidad y hasta los reportajes-ensayo son acercamientos desde el afuera de los acontecimientos con la intención de conocerlos para relatarlos a un público lejano a los escenarios de la guerra.

Ante esta sentencia, surgieron preguntas que pese a su simplicidad abrieron los caminos para la exploración teórica y metodológica que derivó en el presente capítulo: ¿Cómo concebir narrativas desde “el adentro” de la guerra que privilegien a los sujetos que la han padecido por

encima de las acciones bélicas? ¿Cuál es el territorio espacial y temporal para que dichas narrativas sean posibles? ¿Quiénes pueden ser los narradores que den cuenta de esa cara oculta del conflicto colombiano? ¿Cuál es la pertinencia social y política de una propuesta en este sentido? ¿Cuáles son las metodologías más apropiadas para lograr que dichos narradores puedan convertir las anécdotas del dolor y del sufrimiento en escritura?

El centro del problema que ocupa este apartado es cómo narrar la guerra desde el adentro sin perder la perspectiva de la naturaleza multiforme del conflicto colombiano. Esto conlleva a aceptar que una investigación en tal sentido logra su demarcación más en torno al objeto mismo que a un método predeterminado por una disciplina específica. En este caso, el objeto de observación (las narrativas) que es a la vez objetivo (narrar), al convertirse en una obra por construir, se ubica en esa generosa intersección donde diversas disciplinas se rozan, se cruzan y se fertilizan: la producción cultural.

El profesor Lauro Zavala, al recorrer diferentes archipiélagos del conocimiento aparentemente alejados entre sí y que se encuentran alrededor de algunos acontecimientos, precisa que: “las tendencias metodológicas transdisciplinarias y marcadamente polifónicas se explican en parte por el surgimiento de producciones culturales cuyos lenguajes parecen dialogar entre sí, como es el caso de las artes plásticas, la música, los medios audiovisuales y la escritura periodística y literaria, todo ello condicionado por razones muy particulares en cada región” (Zavala, 1999, p. 25). Para Zavala, “La transdisciplinariedad significa el reconocimiento de problemas que preexisten a la distinción entre diferentes disciplinas. Esto último exige el empleo dialógico de diversas estrategias de conocimiento, y tiene como consecuencia la creación de nuevos horizontes de escritura” (Zavala, 1999, p. 22).

Narrar la guerra desde la perspectiva de quienes la han padecido, a partir de un giro metodológico y epistemológico del trabajo de los periodistas narradores, implica romper barreras tras las cuales la Comunicación ha pretendido configurarse como disciplina. Jesús Martín-Barbero, al incursionar en el estudio de diversos relatos populares —convertidos en géneros portadores de significaciones para una franja creciente de audiencias—, se vio enfrentado a abrir las compuertas. Tras preguntarse para quién estaba trabajando, descubrió que para una academia distanciada de la vida *real* de cientos de ciudadanos. El reconocimiento de su limitado papel como intelectual le produjo una turbación: “El escalofrío se transformó en ruptura epistemológica: *la necesidad de cambiar el lugar desde donde se formulan las preguntas*. Y el desplazamiento metodológico indispensable, hecho a la vez de *acercamiento etnográfico* y *distanciamiento cultural*, que permitiera al investigador *ver con la gente*, y a la gente *contar lo visto*” (Martín-Barbero, 2004, p. 29).

Por la vía de la respuesta anterior, Martín-Barbero evidencia que las prácticas a través de las cuales las personas comunican sus experiencias culturales se constituyen en objetos “móviles, nómadas, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado” (2004, p. 29). Frente a un objeto con tales características, convoca a la transdisciplinariedad en el estudio de la Comunicación, lo cual no significa que el objeto de la comunicación se disuelva en los laberintos de las disciplinas sociales sino que conlleva a la construcción de articulaciones —mediaciones de intertextualidades— para delinear una especificidad para el campo. Una lectura de lo dicho por Martín-Barbero, aplicada a esta tesis, permite decir que las narrativas de las guerras colombianas y sus mecanismos de producción se erigen como objetos alcanzables a través de metodologías resultado del mestizaje de diversas

herramientas, y observable a la luz de un caleidoscopio nacido de la convocatoria de múltiples formas de leer.

El planteamiento anterior apunta a que todo objeto de análisis puede ser estudiado como texto; es decir, como un tejido de signos que es posible “leer” desde perspectivas alternativas, que permiten, además de nuevos conocimientos, la generación de otras y nuevas escrituras.

Así, textos afines a las realidades aquí presentadas, marcadas por el atropello, el dolor y la indignación, pueden acabar en escritura, lograda, en muchos casos —según expresa Zavala—, como uno de los efectos de la lectura que puede conducir, por ejemplo, a una lectura de testimonio o a una lectura de orden imaginativo. El primer caso es el que subyace a este texto, concentrado en dar cuenta del surgimiento de una nueva escritura, obra de otra forma de contar la realidad, de hacer una lectura de la misma desde la competencia periodística y de la crónica como uno de sus géneros.

Se trata, retomando a Zavala, de hacer vigente “la presencia de la escritura testimonial, que durante estos últimos veinte años ha alcanzado una calidad literaria, una difusión y una trascendencia excepcionales, especialmente en los casos de Rigoberta Menchú, Moemma Vizzer y Elena Poniatowska, quienes han mostrado una visión de la historia inmediata desde una perspectiva marginal, individual y fragmentaria” (Zavala, 1999, p. 106). Ejemplos a los que bien puede agregarse el de la escritura de relatos biográficos y de testimonios elaborados por las víctimas del conflicto armado colombiano. Se trata de una escritura contemporánea surgida a partir de nuestra historia regional.

Proyectos como este, desarrollados directamente con víctimas, procuran rescatar el recuerdo y superar la tendencia al olvido, tan propia de nuestra sociedad. Esta es una manera de legitimar el ejercicio político de todos los ciudadanos, portadores de sus recuerdos que, convertidos en

memoria, operan contra la amnesia colectiva, tan característica de sociedades, como la colombiana, incapaces de interrumpir y superar conflictos históricos. El aporte a esa comprensión se sintetiza en que la memoria se sobrepone a la verdad.

De igual manera, propuestas como la que aquí presento tienden a contribuir desde el periodismo y en particular desde la crónica periodística, a la reformulación de estrategias para el estudio de la articulación entre la dimensión ética y la dimensión estética de la comunicación social.

Se trata, según se ha indicado en capítulos anteriores, de avanzar en la que puede nombrarse como una novedosa formulación de la escritura conseguida a partir de relatos autobiográficos y de testimonios entregados por víctimas del conflicto armado en Colombia, en particular, la experiencia reciente de la ciudad de Medellín. Una escritura novedosa en tanto hace públicas las tribulaciones de la víctima; sufrimientos que al transitar de la palabra al rasgo escrito, necesariamente, consiguen por parte del lector una meditación de alcances políticos y estéticos.

El lugar de las palabras

Por el vértice que forman las palmas cóncavas de dos manos que se juntan, corre un río ocre. Sus aguas viajan disciplinadas por el corsé que les fabricaron; y sobre el lomo de las montañas inhala-exhala una metrópoli de diez municipios donde viven 3,5 millones de habitantes. Al cruzar por el medio de su valle, el río ordena el territorio de Medellín, la ciudad que sirve de centro al Valle del Aburrá, como lo llamaron los españoles. Al Sur, al Norte, al Oriente y al Occidente de la columna vertebral que es la corriente de agua, 249 barrios se agrupan en 16 comunas, y estas en seis zonas. Debe ser que así se administra bien a una muchacha indomable que se va haciendo adulta.

La contemplo esta madrugada después de la lluvia. Se lavó la cara y, aunque el cielo sigue gris, se le ven los contornos de sus montañas como recortados con bisturí. Al amanecer, cuando miles de bombillas sembradas en las laderas se apaguen, se verá el rostro marrón de esta ciudad y lo que ahora parece un murmullo lejano se convertirá en el rugido de una fiera dotada con los motores de un millón de vehículos que se desplazan cada día por aquí. Las cápsulas de los cables comenzarán su monótona jornada de ir y volver sobre sus nueve kilómetros. Los vagones se deslizarán sobre su lecho de 29 kilómetros de cemento y con un silbido de latón, el metro anunciará el comienzo de una nueva jornada en este valle de gente todavía campesina, madrugadora.

En pocos minutos, por las venas de la que veo despertar, correrá adrenalina en altas dosis. Los pasos de los primeros en dejar sus casas completarán la melodía urbana. Los veré desfilan por las avenidas recién perfumados en dirección a sus negocios. Los seguiré con la mirada mientras pedalean sobre el pavimento húmedo rumbo a sus empleos. Los observaré acosar el acelerador de sus motocicletas apurados por llegar a clases. Los miraré asomados a las ventanillas de los buses como si estas fueran balcones. Los atisbaré cantar mientras van al volante de automóviles cargados de mercancías. Los envidiaré por ir a bordo de camiones rumbo al mar.

Antes de que salga el sol, los vecinos de esta ciudad fluirán por las vías como glóbulos rojos a través del torrente sanguíneo. Cargados con esa extraña energía *paisa* recorrerán kilómetros, treparán las pendientes máximas que recortan este valle, irán de Norte a Sur cuántas veces sean necesarias para conectarse con otros que son, como cada uno de ellos, las terminales nerviosas de esta ciudad.

Desplazarse para ir al encuentro con los otros es, para la gente de aquí, mantener encendido el fuego que los hace habitantes de este terruño: apretar la mano del amigo, del socio, del recién

conocido; aceitar el corazón de una cultura que palpita al ritmo del amable saludo cotidiano. Viajar desde las colinas hasta la planicie es ofrecer la fuerza individual para tensar las bandas del comercio: vender, comprar, fiar, cambiar, subastar; participar del especial movimiento de la economía local.

Trasladarse de la periferia hasta el centro es apretar la cadena de la burocracia: reclamar, preguntar, exigir; enterarse de todo aquello que los afecta como individuos y como comunidad. Caminar por las calles barriales o por las grandes avenidas es impedir que los relojes se detengan y que la ciudad regrese a la dictadura de las campanas parroquiales: dejar atrás la vida pueblerina y reivindicar la libertad. Movilizarse es un derecho que a los medellinenses les produce goce porque les asegura la propiedad simbólica sobre el territorio que los abuelos marcaron con sus pasos; es darle cuerda a la voz metálica de esta dama fumadora que contemplo mientras despierta.

Quizá cuando Medellín era chiquita no olía a caucho quemado como ahora. Tal vez hedía a estiércol fresco, a leña quemada, a berrinche de vacas. Lo intuyo mientras observo el plano de esta ciudad en 1791, cuando se llamaba Villa de Nuestra Señora de Medellín (Giraldo, s.f.): El río y la quebrada Santa Elena forman un ángulo en el que se acomoda cautelosa la población de nueve por ocho calles y varios terrenos baldíos y otros de particulares; dos puentes sobrepasan río y quebrada, el primero hacia el Occidente y el segundo al Norte; y algunos caminos sinuosos llevan a muchas casas dispersas en mangas allende las aguas donde olía a floresta. Líneas delgadas marcan los caminos campesinos que llevan a Envigado, Itagüí y La Estrella, a Copacabana y a Rionegro, poblaciones vecinas y únicos destinos posibles.

Cuando el maestro José María Giraldo pintó este mapa, ya Medellín había sido reordenada una vez. Contó el historiador Roberto Luis Jaramillo que antes, cuando se llamaba Aná, “tenía

unos caminos torcidos que simulaban calles y una desfigurada plaza que hoy conocemos como Parque de Berrío en el centro de la ciudad”. Entre 1675 y 1680, el Cabildo ordenó, dijo el mismo profesor, “corregir y empedrar calles, construir acequias, trasladar pobladores para reordenar la ocupación del poblado, hacer el trazado en cuadrícula, destinar los terrenos comunes y construir los caminos de entrada y salida” (Jaramillo, 2008, p. 60).

Un siglo después de que la villa estrenara mapa, justo una década antes del comienzo del siglo XX, un nuevo plano, levantado por los alumnos de la Escuela de Minas, en 1889, muestra a Medellín en expansión aunque todavía no se atreve a pasar al otro lado del río (Escuela de Minas, s.f.). Las principales calles son Ayacucho y Carabobo. La primera va desde Aranzazu hasta el río Medellín, y la segunda desde Neira hasta más allá de San Juan, donde no hay manzanas sino casitas dispersas. A Ayacucho le tributan Giradot, Niquitao, El Palo, San Félix, Caldas, Carúpano, Junín, Palacé, Carabobo, Cundinamarca, Cúcuta y Tenerife. En Ayacucho desembocan La Paz, Zea, Perú, Juanambú, Caracas, Maracaibo, Calibío, Colombia, Pichincha y Maturín, calles con nombres de batallas emblemáticas de la reciente gesta independentista.

Así era Medellín cuando llegó el primer carro, descubierto y de dos puestos, que sorprendió a los 32.237 habitantes. Lo trajo el comerciante Carlos Coriolano Amador quien, al decir del saber popular, pensaba: Cómo será el susto de la gente cuando me vea andar en un coche sin caballos; van a decir que son cosas del demonio. Pero el vehículo, ruidoso y humeante, tardó varios años en ser exhibido porque con solo comenzar a rodar por las calles empedradas y pendientes se descompuso.

En las primeras décadas del siglo XX, Medellín se hizo ciudad. Por ejemplo, la municipalidad, con apoyo de la iniciativa y el capital privados agrupados como Sociedad de Mejoras Públicas, compró las aguas, apropiadas por particulares, para construir un acueducto

público; rectificó el río Medellín para dar lugar a los barrios Carabobo y Guayaquil; diseñó en 1913 el plano futuro a partir de los sueños de dirigentes y expertos que imaginaban un crecimiento controlado de barrios con jardines y parques en los lotes aledaños a las dos parroquias; ofreció servicios de energía eléctrica y telefonía; otorgó licencias a compañías urbanizadoras para construir calles, plazas y barrios; puso en servicio un gran hospital, el Cementerio Universal y una explanada para la operación de aviones. En palabras de Roberto Luis Jaramillo, “entre 1890 y 1930 [...], Medellín se transformó en la ciudad más bella, rica y dinámica de Colombia. Tenía entonces unos 130 mil habitantes” (2008, p. 62).

En 1932, Henrique Cerezo Gómez dibujó un plano en el que los extramuros de Medellín son Miraflores, Limoncito, Villa Hermosa, Manrique, Aranjuez y Berlín; barrios localizados en la montaña oriental (Cerezo, s.f.). Hacia el Occidente, el dibujante trazó, sin colorear, los que serían en el futuro Castilla y Caribe. Sobre esa misma cara de la ciudad, al costado occidental del río, dibujó los barrios Palestina, Madrid y Naranjal en la vía que lleva al estadio Los Libertadores. Y un poco más al Sur, después del cerro Nutibara, sombreó, con color rosa, los ya existentes Fundadores y Antioquia. El plano denuncia que ya hay nomenclatura en Medellín y se distinguen las calles de las carreras. También se ven algunas carreteras dentro de la ciudad, lo mismo que avenidas, puentes, parques, bosques, tranvías y dos líneas de ferrocarril.

Para entonces, el tren era ya el símbolo de una ciudad capaz de mover la economía regional. En sus vagones se transportaba la riqueza: oro y café que una vez beneficiados se convertían en capital para plantar industrias y abrir mercados. El historiador Jorge Mario Betancur, describe la pasión por el dinero de los habitantes de este valle:

El *amor al dinero*, pasión frecuente en los antioqueños, casi paradigma de acción, motivó, además de la *sorna* de muchos literatos e ilustrados, el nacimiento de la mayoría de las empresas de la región. Los pobladores de Medellín convirtieron en

papel moneda la fuerza de quienes buscaron fortuna tras el oro de tierras selváticas y lejanas, tras las plantaciones de café regadas por montañas y cordilleras, tras las paredes calientes de incipientes industrias ciudadinas y tras los infinitos viajes de mercancías por todos los rincones del departamento (Betancur, 2000, p. 153).

Pronto, las industrias levantaron factorías: fábricas de cerveza y gaseosas; trilladoras de café; procesadoras de madera, y textileras que emplearon a miles de obreros y le cambiaron la cara a la pueblerina ciudad. Así era Medellín cuando la llamaron la Tacita de Plata. Y siguió ostentado su apelativo durante décadas. En 1972, cuando se inauguró el edificio Coltejer, de la Compañía Colombiana de Tejidos —el más alto del país con 175 metros—, se dijo que era el símbolo urbano que representaba el pasado y anunciaba el futuro. El perfil del edificio, que a los medellinenses se les pareció a una enorme agua con la punta en tierra y el ojo al cielo, se convirtió en la imagen para publicitar la ciudad. “La lanzadera gigante, con el agujero para ensartarle el hilo de la historia [...] hablaba de esa industria textil que había entramado hilos, fortunas y leyendas épicas, y había producido la ciudad del siglo xx” (Giraldo, 2011, p. 97).

Medellín tardó veinte años más para aprobar una nueva carta que le trazara el destino. En 1952 puso en marcha el Plan Piloto y Regulador, elaborado por los urbanistas José Luis Sert y Paul Lester Wiener, que fue seguido por los urbanistas hasta los años de 1980 cuando la ciudad desbordó todas las proyecciones de estos expertos. En palabras de Patricia Schnitter, coordinadora del Laboratorio de Urbanismo de la Universidad Pontificia Bolivariana, según el documento de Sert y Wiener, en el año 2000 Medellín tendría 700 mil habitantes, pero en 1973 ya había pasado del millón (Schnitter, 2008, p. 64).

La Violencia que se desató en todo el país el 9 de abril de 1948, como consecuencia del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, obligó a los campesinos a buscar protección en las urbes. Y la pobreza extrema, que se extendió aun después del Frente Nacional, el acuerdo político

que puso fin en una época a la confrontación, no permitió que miles de hombres y mujeres regresaran con sus familias al campo. Para ellos el futuro de sus hijos estaba en la ciudad. Esa consigna no ha cambiado desde entonces.

Gerard Martin, investigador asociado a la Universidad Eafit, lo registra así:

Entre 1951 y 1985 se cuadruplicó la población, de 360.000 a 1,5 millones, en buena parte de campesinos desplazados por la violencia o el desempleo en el campo o atraídos por la gran ciudad, lo que tuvo como consecuencia la ocupación ilegal del suelo con asentamientos subnormales, la formación de tugurios en las zonas y vías céntricas, y la dificultad para atender una gran demanda, para la cual ni la ciudad, ni las instituciones estaban preparadas (Martin, s.f., p. 37).

La ciudad de la informalidad desbordó los planos rigurosamente trazados. La administración de Medellín no pudo competir con la velocidad y las rústicas maneras con las que los nuevos pobladores tumbaban montañas, abrían caminos, levantaban casas. Pese a que los gobiernos nacionales promulgaban planes para la construcción de vivienda urbana, el impulso de los recién llegados desbordaba cualquier plan local.

Lo anterior ocurría, no solo porque el sistema de gobierno centralista obligaba a que todas las acciones debían ser autorizadas desde Bogotá, sino por la falta de un proyecto sólido de gobierno: entre 1948 y 1988, Medellín tuvo cuarenta alcaldes. Frente a la incapacidad evidente, recuerda Zoraida Gaviria, experta en planeación, “lo que podían hacer los municipios era responder en lo posible a las necesidades básicas de las comunidades: acueductos, alcantarillados, escuelas, hospitales [...] y nada más” (Gaviria, 2008, p. 64). El Estado iba años atrás de los campesinos que obtenían, por la fuerza, su derecho a la ciudad.

El crecimiento de Medellín era evidente. Desde el Parque de Berrío, centro de la ciudad, era posible ver cómo el marrón de los ladrillos cubría, vertiginosamente, el verde de la montaña. Nuevos barrios nacieron en la periferia y sobrepasaron esa línea imaginaria que los urbanistas

llaman perímetro urbano. A mediados de la década de 1980, el 60% de los habitantes de Medellín vivía en condiciones de pobreza. La revista *Semana* denunció que un gran grupo poblacional estaba excluido del empleo formal y del acceso a la vivienda, a los servicios de salud y de educación. Muchos de los excluidos habitaban en barrios de invasión donde se asentaron “campesinos de Urabá, Córdoba, Sucre y el Suroeste de Antioquia, que huían de la violencia en el campo y buscaban mejores oportunidades en la llamada ciudad industrial de Colombia” (Semana, 1990, julio 30). El agua potable tardó años en llegar, después hicieron su arribo algunas escuelitas de la mano de misioneros, y después, de tarde en tarde, otros servicios precarios.

Dice Sol Astrid Giraldo que la élite económica, de espaldas a lo que ocurría en las montañas, no tuvo

ojos para mirar cómo iban apareciendo las radicales fisuras que empezaban a resquebrajar la reluciente superficie urbana.[...] El relato oficial y sus monumentos ignoraban que el vaivén de los movimientos de aquella lanzadera, al tiempo que había hilado una ciudad de plata, una economía boyante y una historia triunfante, había descuidado muchos puntos estructurales del tejido ;[...] la rutilante aguja tenía un contracampo oscuro: una economía excluyente, una gran parte de sus habitantes afuera del banquete del progreso, y el establecimiento de un territorio radicalmente inequitativo y fragmentado (Giraldo, 2011, p. 98).

Fue necesario que la prensa nacional publicara, en primera página, las fotografías de los sicarios —dos adolescentes oriundos de Medellín— que asesinaron el 30 de abril de 1984 a Rodrigo Lara Bonilla, Ministro de Justicia, para que la sociedad empezara a preguntarse por qué la Tacita de Plata se rompió. El rostro de Bayron Velásquez Arenas, conductor de la motocicleta desde la que disparó Carlos Mario Guizado, se convirtió en el ícono de lo que bullía en las barriadas de Medellín.

Los agentes de inteligencia de la Policía Nacional rastrearon las llamadas telefónicas que los sicarios realizaron, días antes del crimen, desde los hoteles donde se hospedaron en Bogotá. Una

de ellas, los condujo a Luis A. Cataño, alias El Chopo, guardaespaldas de Pablo Escobar Gaviria, parlamentario por el Movimiento de Renovación Liberal Independiente, que había sido expulsado, solo unos meses antes, del Congreso colombiano por sus nexos con el narcotráfico.

Como la punta del hilo que lleva a una madeja anudada, la historia de Bayron Velásquez Arenas, el sicario que sobrevivió al intercambio de disparos con los escoltas del ministro Lara, reveló una radiografía escalofriante de la ciudad: las mafias del narcotráfico, que se extendía por el continente desde comienzos de los años 1970, habían penetrado las zonas excluidas de las acciones estatales. En las comunas, en donde no había presencia de los gobiernos, la mafia sembró sus semillas: construyó barrios, abrió calles, adecuó canchas de fútbol, repartió alimentos, regaló dinero en efectivo, y *empleó* a miles de muchachos como mulas, testaferros y sicarios.

Investigadores del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia explican que: “El proceso violento que vivió la ciudad de Medellín en la década de 1980 estuvo aparejado con el proceso de consolidación del narcotráfico y con la puesta en marcha de unos aparatos de violencia que tenían como finalidad asegurar la eficacia de diversas transacciones ilegales y la elaboración de su propia normatividad, característica propia de toda estructura mafiosa” (Alonso, Valencia, 2008, jul.-dic., p. 27).

Al mismo tiempo, en aquellos barrios, la guerrilla alimentaba sus milicias como estrategia para trasladar la guerra rural, ligada al poder de la tierra, a los centros urbanos, escenarios de debate y definición de las políticas públicas. En Medellín esas avanzadas urbanas de la guerrilla se llamaron milicias populares: gente armada, con entrenamiento militar y adoctrinamiento político para conseguir control del territorio. Al decir de los politólogos citados: “Dicho proyecto encontró unas condiciones sociales favorables para su empoderamiento en zonas marginales de la ciudad como consecuencia de la endémica ausencia estatal, el crecimiento acelerado de las

bandas al servicio del narcotráfico y la consecuente demanda ciudadana de seguridad en un marco de violencia creciente (Alonso, Valencia, 2008, jul.-dic., p. 27).

A las milicias de izquierda se subordinaron algunos miembros de los viejos grupos de autodefensa conformados en los años 1970 en las mismas barriadas. Es decir que a las milicias urbanas se incorporaron hombres y mujeres que una década atrás crearon, lideraron y pusieron en marcha grupos de vecinos armados como respuesta comunitaria a la delincuencia creciente sin importancia para el Estado. Entonces, las milicias se formaron con guerrilleros traídos de las zonas rurales que aportaban su veteranía; jóvenes nacidos en Medellín, con gran sentido de pertenencia por sus barrios y reclutados para el trabajo social y militar; y algunos de quienes participaron en las primeras autodefensas barriales conocedores de la geografía espacial y social de las zonas. Después de unos años de ejercer autoridad, estos ciudadanos armados en milicias desbordaron los límites de sus primeros propósitos, ya fuera de la ley, y se convirtieron en tiranos y asesinos en sus propias calles.

Luego del asesinato de Lara Bonilla, el gobierno del presidente Belisario Betancur aprobó la Ley de Extradición, y en consecuencia comenzó el prolongado y cruento enfrentamiento entre el Estado y los narcotraficantes que se autodenominaron Los Extraditables. Colombia recuerda con horror una cadena de hechos atroces que se conoce como *narcoterrorismo* y que se extendió desde 1984 hasta 1993 durante los gobiernos de Belisario Betancur, Virgilio Barco y César Gaviria.

Algunos hechos emblemáticos de ese período son los siguientes. La toma del Palacio de Justicia el 6 y 7 de noviembre de 1985 por parte de la guerrilla del M-19, que derivó en la destrucción de los archivos del narcotráfico y el asesinato de once de los 24 jueces supremos de la nación. El asesinato, en 1986, de Jaime Pardo Leal, dirigente de la Unión Patriótica,

movimiento político considerado por los mafiosos como brazo político de las FARC. El crimen de Guillermo Cano, director de *El Espectador*, el diario que denunció los vínculos de Escobar con el tráfico de drogas, en diciembre de 1986. Los asesinatos de jueces, fiscales y reporteros en todo el país. El asesinato de Carlos Mauro Hoyos, Procurador General de la Nación, en 1988. El ataque al edificio sede del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, con un carro bomba cargado con quinientos kilos de dinamita, que mató a decenas de personas y les causó heridas a seiscientas en 1989. La voladura de un avión de Avianca en pleno vuelo, con 107 personas a bordo en 1989. El asesinato del periodista Jorge Enrique Pulido en 1989. Los asesinatos de Bernardo Jaramillo Ossa, Luis Carlos Galán y Carlos Pizarro Leongómez, candidatos a la Presidencia de Colombia para el período 1990-1994. Miles de amenazas a jueces, fiscales, militares, periodistas, políticos, comerciantes, ganaderos, etc., en diversas regiones del país.

Durante el último lustro de la década de 1980, se decía que Pablo Escobar pagaba mil dólares por cada policía asesinado en las calles de Medellín, donde se concentraban sus acciones terroristas gota a gota. Más de trescientos agentes fueron víctimas de esta estrategia. Además, fueron cientos los atentados terroristas con bomba que sacudieron a Medellín. No solo porque el cartel de las drogas se enfrentaba al Estado, que había creado un grupo élite para buscar a Pablo Escobar y desarticular sus redes, sino también porque lo hacía contra sus exsocios del Cartel de Cali. Para ejecutar sus acciones de defensa y de ataque, Escobar contaba con unas 153 bandas de delincuentes que ocupaban el Valle de Aburrá y eran parte de los circuitos delictivos generados por el Cartel de Medellín.

Al comenzar la década de 1990, Medellín era a los ojos del mundo una ciudad en guerra. Helicópteros misteriosos volaban en las noches, grupos de policía controlaban las salidas de la ciudad, los cuerpos especializados allanaban residencias lujosas de donde solo minutos antes

había huido el capo. Y al mismo tiempo los perseguidos ensayaban macabras estrategias de ataque, de defensa, de distracción, de demostración de poder, de ocultación. En 1991 ocurrieron en esta ciudad 6.658 asesinatos y se alcanzó una tasa de 444 homicidios por cada 100 mil habitantes; en efecto, la más alta de las conocidas. Entonces Medellín fue la ciudad más violenta del mundo (Cardona, 2005, mayo-jun.).

Pese a la muerte de Pablo Escobar, el 2 de diciembre de 1993 y a la terminación de la etapa conocida como *narcoterrorismo*, Medellín no recuperó la tranquilidad de dos décadas atrás, cuando se legitimaron los símbolos de una ciudad industrial que sabía contenerse. Ante la ausencia de alias El Patrón, en la estructura del Cartel de Medellín se generó un cruel proceso de reacomodamiento de poderes que dio lugar a una nueva ola de violencia en las calles. La periodista Elizabeth Yarce cita a un testigo de este período cuando dice que Pablo Escobar dejó “bandas poderosas que no se resignaron a dejar la vida del dinero fácil que en los 80, y hasta mitades de los 90, proporcionaba el narcotráfico. De ese grupo hacen parte más de 200 bandas, pero ahora el jefe, o los jefes, son otros” (Yarce, 2002, abril 30).

A la disputa por el poder en las estructuras armadas de la ciudad ya habían ingresado los grupos paramilitares, surgidos años atrás en el Magdalena Medio con el nombre de Muerte A Secuestradores, con apoyo financiero de Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha, para adelantar la lucha contrainsurgente en una de la regiones más ricas del país. La expansión de los grupos de paramilitares por todo el territorio colombiano se debió a los hermanos Castaño Gil, disidentes de Muerte A Secuestradores, quienes fundaron las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá para perseguir a la guerrilla, pues su padre había muerto de un infarto mientras las FARC lo tenían secuestrado.

A la par que los hilos paramilitares se extendían por casi todo el territorio colombiano, el país recibía la noticia de que el Fiscal General de la Nación, Alfonso Valdivieso Sarmiento, había denunciado al Presidente de la República, Ernesto Samper Pizano, por financiar su campaña política con dineros aportados por los narcotraficantes. La información y los procesos judiciales siguientes generaron una tormenta política sin precedentes en la historia colombiana recordada como el “Proceso 8000”. Si bien el 6 de julio de 1996, la Cámara de Representantes absolvió al presidente Samper, el país sigue asociando su nombre con dos de los grandes dramas nacionales: la corrupción de la política y de la burocracia en todos sus órdenes y niveles; y la expansión silenciosa de la red paramilitar.

Medellín era un microcosmos donde sucedían en simultáneo diversos procesos de ilegalidad y crimen, aunados a lo descrito en las líneas anteriores, que rápidamente encontraron puntos de conexión. En 1997, las Autodefensas Unidas de Colombia, donde se agruparon nueve grupos de autodefensas campesinas regionales y 43 estructuras paramilitares, anunciaron la toma de las ciudades.

En consonancia con la intención de la guerrilla de urbanizar y escalonar el conflicto y como respuesta al proceso de posicionamiento y consolidación de las milicias de las FARC-EP y del ELN en algunos sectores de la ciudad, las Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá comienzan a crear la necesidad de crear los Grupos de Autodefensa Urbana (GRAU). La materialización de esta idea en Medellín se da con el traslado de combatientes rurales formados en las subregiones del Nordeste y el Oriente antioqueños, con la aparición oficial del Bloque Metro [...] y la transferencia de efectivos que se produjo de los grupos guerrilleros hacia las AUC (Alonso, Valencia, 2008, jul.-dic., p. 28).

Los bloques paramilitares destacados en la ciudad también tuvieron a su disposición decenas de bandas de criminales con gran autonomía con respecto al narcotráfico y que “actúan como microempresas armadas con capacidad para vender sus servicios al mejor postor” (Alonso, Valencia, 2008, jul.-dic., p. 28).

En esta fase, pocos enfrentamientos se dieron entre los actores armados directamente. La estrategia se dirigió a golpear a la población civil que habitaba los territorios del enemigo. Verdad Abierta, un proyecto de periodismo en internet creado para ayudar a esclarecer la historia del conflicto colombiano y, de manera específica, para documentar y denunciar el aparato paramilitar y su accionar, explicó que los paramilitares “se fueron contra campesinos que solían acusar de ‘auxiliadores’. Era como una especie de guerra de laboratorio, en la que cada grupo mostraba su poder atacando a terceros, pero sin hacerse daño entre sí” (Verdad Abierta, 2008, octubre 16).

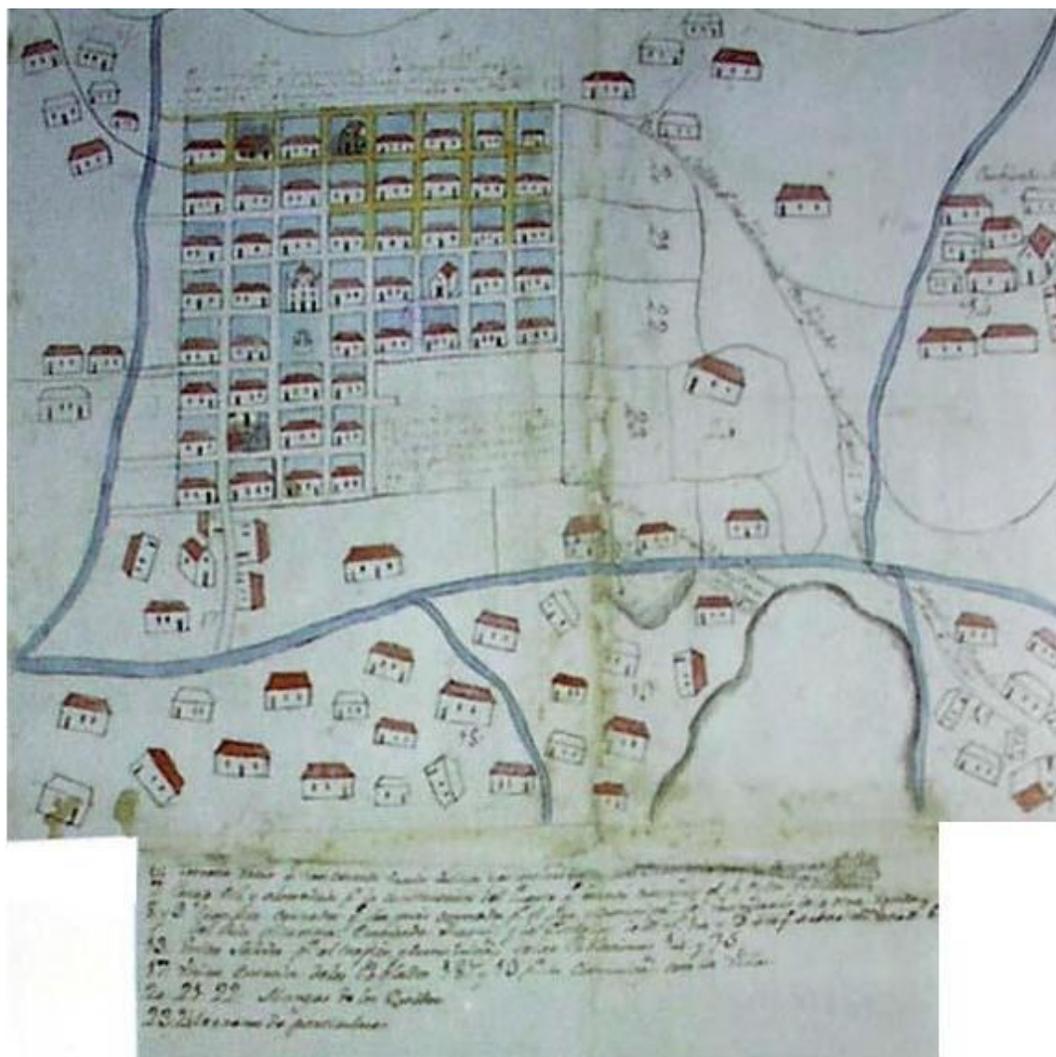
Al finalizar el año 2011, Jorge Giraldo, decano de la Escuela de Humanidades de la Universidad Eafit, escribió que esa última ola levantó su cresta a partir de dos masacres que se fijaron en el recuerdo de los colombianos. En el bar El Aracatazo del municipio de Chigorodó, zona bananera, los paramilitares asesinaron a 18 personas el 12 de agosto de 1995. Y en el paraje Bajo del Oso de Apartadó, también zona bananera, las FARC asesinaron con fusiles y machetes a quince personas el 20 de septiembre de 1995. Después el profesor Giraldo enumeró:

El 22 de octubre de 1997 los paramilitares asesinaron a 15 personas en el corregimiento El Aro de Ituango. En la madrugada del 18 de octubre de 1998 la voladura con explosivos de un oleoducto, por parte del ELN, produjo la muerte por incineración de 84 personas en el corregimiento segoviano de Machuca, en el mismo municipio donde diez años antes paramilitares asesinaron a casi medio centenar de personas en una razia horrorosa. El 31 de julio de 1999 las FARC se tomaron la cabecera municipal de Nariño, asesinaron a 7 civiles y 9 policías, secuestraron a 8 más y destruyeron un 80% de las casas y edificaciones civiles de uno de los pueblos más pobres del país. Se explica por qué muchas gentes de Ituango, Segovia y Nariño, y de sus vecinos de Toledo, Remedios y Argelia fueron expulsadas desde entonces, continuamente y sin clemencia, a raíz de estos acontecimientos registrados y protuberantes o de otros más anónimos [...] El caso es que en esos años, Antioquia ponía una cuarta parte de todos los eventos desastrosos que vivía el país —llámense asesinatos, masacres, lesionados con minas antipersonal, secuestros— y una proporción similar de personas desplazadas violentamente, en su gran mayoría con su brújula y sus lánguidas esperanzas puestas en las luces de Medellín (Giraldo, 2010, p. 211).

En la cúspide del último ciclo de intensidad de la guerra, entre 1997 y el 2005, Medellín recibió una cantidad imprevisible de desplazados. Las cifras recogidas desde el año 2000 hasta el 2011 dicen que a la ciudad llegaron ochenta habitantes nuevos cada día, 2.400 cada mes, 29 mil cada año. Las estadísticas oficiales dicen que la mayoría de los colombianos que han llegado a Medellín en la última década son mujeres, tienen entre 20 y 34 años, son analfabetas, están buscando empleo, no gozan de protección social estatal y son pobres (Giraldo, 2010, pp. 208-209). Para Giraldo “no es difícil estimar las enormes dificultades que, para una ciudad con tantos desafíos derivados de sus muchos problemas endógenos, supone la recepción de estas muchedumbres” (Giraldo, 2010, p. 209).

Otra vez, como sucedió a mediados del siglo XX, en la época de La Violencia, campesinos violentados y empobrecidos son los nuevos vecinos de Medellín. Hoy, como hace sesenta años, se establecen en las laderas y abren calles y fundan barrios. Desde arriba el río ocre que parte el Valle de Aburrá es apenas un hilo que les sirve de horizonte y la ciudad que se extiende a partir de sus orillas, el escenario donde deben actuar para recuperar sus derechos ciudadanos.

Los nuevos vecinos también contemplan a Medellín después de la lluvia. Una vez las bombillas se apaguen, se unirán a miles de peatones que se conectarán a la marcha frenética de ciudad. Bajarán de las colinas para intentar hacer parte de una ciudad que está aprendiendo a reconocer los rostros de los sufrientes. Estrecharán la mano del amigo, del socio, del recién conocido; ofrecerán la fuerza individual para tensar las bandas del comercio; se presentarán ante el aparato burocrático estatal para preguntar y exigir bienestar y libertad; y estarán prestos a narrar su historia personal si alguien, por ahí en alguna calle, se muestra dispuesto a escuchar.



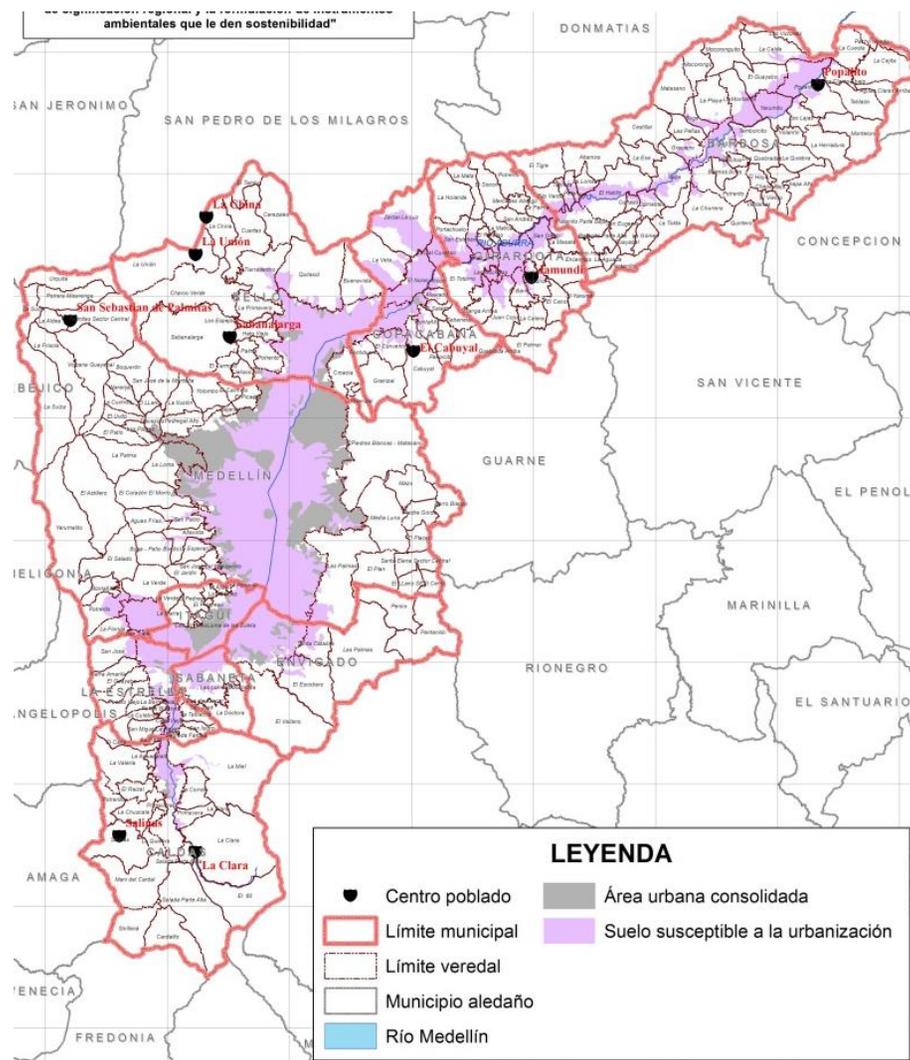
Mapa 1. Plan de la Villa de Medellín, 1790-1791



Mapa 2. Plano de Medellín levantado por los alumnos de la Escuela de Minas. 1889



Mapa 3. Medellín. 1932



Mapa 5. Medellín y su Área Metropolitana. 2013

Nuevas voces

Escribir significó, para Amanda Uribe, llorar. Con solo tomar el lápiz y abrir su libreta, las lágrimas aparecían como fieles compañeras. ¿Qué hiciera Amanda sin ellas? Las necesita para limpiar sus ojos, para aceitar su corazón, para venerar al hijo que un paramilitar asesinó en una de las calles de Segovia, pueblo minero de Antioquia. Escribió a pulso sus páginas, con la certeza de traer las palabras justas para expresar cómo duele el corazón herido de una madre que, ante el acontecimiento que le cambió la vida, fue capaz de dejar su fabulosa casa pueblerina y empezar una nueva vida en un rancho insalubre en la ciudad.

María Theresa Giraldo y Alejandro Álvarez parecen uno. Él siempre va detrás de la madre como protegiéndola. Tiene miedo de que a ella, como a su padre, militar en retiro, y a él, la secuestren. Cuando a él, siendo un niño, lo liberaron dejó a su padre enfermo y humillado en un calabozo. No volvió a verlo. María Theresa dejó de buscarlo cuando un paramilitar le hizo saber que su esposo había sido asesinado en un operativo en el que actuaron militares del Batallón Bárbula del Ejército de Colombia; y se paralizó al escuchar a un capo de la mafia decir que la tumba fue el río Magdalena. Años después, madre e hijo, esculcaron archivos y recuerdos para describir una ruta de búsqueda infructuosa.

Diomedes Osorio sabe escribir pero no puede hacerlo. Dictó su historia como recitando, solo le faltaba la luz para que las manos guiaran el lápiz. Perdió la vista cuando, rozando la siembra con su machete, accionó una mina antipersonal. Como permaneció tres años en el campo sin recibir atención médica ni jurídica, apenas ahora intenta recobrar las habilidades que perdió y los derechos que nunca reclamó porque no conocía. De ahí que la historia que escribió esté llena de escenas crudas de su vida como invidente y de agotadores episodios de espera en hospitales. Al

escribir empezó a pensar en sí mismo y por ese camino reconoció que ya la imagen de su propio rostro se le ha perdido de los recuerdos.

Las historias que Rubiela Giraldo puede contar son muchas y de cada una tiene el recuerdo vivo. Logró reunir las en un relato apabullante, no solo por la cantidad de secuencias violentas, sino por la intensidad de las tragedias. Aquí, las palabras cortar, abreviar, resumir, achicar pierden sentido. No se pueden comprimir las historias dolorosas de una madre que apenas ahora, después de muchos años en Medellín, encuentra razones para sonreír. Aunque vive en un rancho de madera en un asentamiento al Oriente de la ciudad, el trabajo comunitario que sus hijos lideran la llena de orgullo, felicidad y razones para creer que su vida dará frutos.

Diosa, como le gusta que la llamen, cuenta la historia de su padre. El viejo se la ha narrado infinidad de veces y ella la recuerda con una claridad capaz de llegar a detalles que ponen los pelos de punta. Diosa recoge la voz del padre, precioso homenaje a quien se sabe sobreviviente de una semana de horror y la convierte en las palabras de una hija que todavía no sale del estupor. En su casa de tablilla, techo de zinc y piso de cemento, Dioscelina Pérez, bachiller y secretaria ejecutiva, escribió a mano el relato mientras soñaba con un computador que le hiciera más fácil la tarea y la comunicara con el mundo, como, según dice ella, deberían poder hacerlo todas las personas con solo hacer clic.

En la memoria de los hermanos Chavarría Mesa perduran los mejores años de su infancia y de su adolescencia en las montañas de Ituango. Los sancochos con sabor a leña, las sabaletas que atrapaban en las aguas transparentes de la quebrada que rodea sus tierras y las clases de lectura y matemáticas que las hermanas mayores dictaban en la sala de la casa, son algunas de las historias que hoy comparten con sus hijos y con sus nietos. Esta familia se refugia en sus recuerdos para mitigar las tristezas que una guerra absurda y ajena trajo a sus vidas. Ni ellos mismos pueden

creer que la desgracia los golpeó tres veces. Luis Enrique, Argemiro y Salomón fueron víctimas de minas antipersonal sembradas por actores armados en su finca “El Jordán”. Desde allá viajaron heridos, casi moribundos, hacia centros médicos. Y luego hacia la casa de Rosmira, su hermana, quien los cuida con la dedicación y el cariño de una madre.

Cuentas rojas, azules y amarillas cuelgan del cuello de Carlina Borja Domicó y forman un sol que le recuerda el paisaje que era suyo: un río para pescar, un tambo para vivir, un sol, y un dios para adorar. En Porroso, vivió los años más felices hasta que llegó la guerra y, con ella, las minas antipersonal que acabaron con la vida de varios de sus hermanos indígenas. En el relato, en el que se estrena como escritora en su segunda lengua, Carlina describe los efectos del conflicto sobre la comunidad de Porroso. Hoy, ella vive en la ciudad y sabe que volver a su tierra significa la muerte.

Aunque ama el campo, Orlando de Jesús Guarín Morales, no quiere volver a su tierra. En ella están los recuerdos de una vida tranquila cuando él era un buen trabajador y su hijo Carlos Andrés un jovencito fuerte. De su natal San Carlos salió con la esposa, las cuatro hijas y el varón cuando los actores armados los desplazaron de su montaña. Desde Medellín, donde reconstruyó su vida, salió Orlando con su familia de paseo a una región de buenas aguas y bosques fértiles. Allá, en Tarazá, se perdió Carlos Andrés. Y a su búsqueda Orlando entregó tiempo, dinero y hasta su propio cuerpo. Lo buscaba él mismo en una zona selvática, donde dijeron que había ocurrido una masacre, cuando pisó un campo minado. Una vez en la clínica, ya amputado, supo que habían encontrado el cadáver de Carlos Andrés. Su relato es estremecedor. Las palabras parecen escritas con la misma voz metálica con la que, una y otra vez, pidió agregar párrafos para que se entendiera bien su dolor.

Amanda, María Theresa, Alejandro, Diomedes, Rubiela, Dioscelina, Rosmira, Salomón, Luis Eduardo, Carlina y Orlando son once de las 128 personas que han participado en *De su puño y letra. Polifonía para la memoria. Las voces de las víctimas del conflicto armado en Medellín*, una serie de tres talleres de escritura realizada, como una de las columnas de esta tesis, desde el año 2005.

De los autores que participaron en esta experiencia sé que se dedican al comercio, la medicina, la filosofía, el trabajo social, la sociología, el hogar, la agricultura, el sacerdocio, el periodismo, la nutrición, el magisterio, las finanzas; que son estudiantes, abuelas, cocineras, vendedores, artesanos, pacientes de hospital, líderes de cuadra. También, que han sido secuestrados, despojados de sus tierras, desterrados de sus lugares de crianza, privados de la presencia vital de sus hijos, separados de los seres más amados, sometidos a torturas psicológicas, mutilados, humillados y ofendidos, asaltados en sus derechos civiles y políticos, y más. En suma, son víctimas de las guerras, las violencias y los conflictos armados de Colombia.

Ahora, más allá de decir que las personas convocadas a escribir sus relatos, son sujetos sobre los que han recaído acciones violentas, vale preguntarse quién es una víctima.¹ Tal concepto en esencia polisémico permite diversos acercamientos. Reyes Mate ofrece una puerta de entrada

¹ Ley 1448 de 2011, de la República de Colombia, define el concepto de víctima en el artículo 3.º:

Se consideran víctimas, para los efectos de esta ley, aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a partir del 1.º de enero de 1985, como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno.

También son víctimas el cónyuge, compañero o compañera permanente, parejas del mismo sexo y familiar en primer grado de consanguinidad, primero civil de la víctima directa, cuando a esta se le hubiere dado muerte o estuviere desaparecida. A falta de estas, lo serán los que se encuentren en el segundo grado de consanguinidad ascendente.

De la misma forma, se consideran víctimas las personas que hayan sufrido un daño al intervenir para asistir a la víctima en peligro o para prevenir la victimización.

La condición de víctima se adquiere con independencia de que se individualice, aprehenda, procese o condene al autor de la conducta punible y de la relación familiar que pueda existir entre el autor y la víctima (Congreso de la República, 2011, junio 10).

desde la moral y dice que: “Víctima es quien sufre violencia causada por el hombre, sin razón alguna. Por eso es inocente [...], no son víctimas en sentido riguroso, ni los que sufren violencia natural (no hay verdugos), ni se es víctima por el hecho de sufrir: los nazis condenados sufrían pero no eran víctimas, como tampoco lo es quien muere intentando matar” (Mate, 2008, p. 35).

Según el mismo autor, sobre las víctimas ha caído, por lo menos, un doble daño: el material y el político. Del primero dice: “hay seres humanos muertos, otros mutilados o secuestrados o amenazados en sus bienes. Este daño personal alcanza a sus próximos, sobre todo a sus familiares. Cónyuge, padres, hijos o hermanos” (Mate, 2008, p. 39). Del daño político propone que “pensemos que el criminal cuando mata lo hace en el supuesto de que el asesinado ‘está de más’ en la sociedad [...]. No le necesita, le estorba, no vale nada. Le está negando su ser ciudadano, su derecho a la ciudadanía” (Mate, 2008, p. 39).

De las dos esferas del daño infringido a las víctimas propuestas en las líneas anteriores se desprenden dos consideraciones adicionales. En primer lugar, la víctima es un doliente y un sufriente; y, en segundo término, la víctima es invisible.

En el primer caso, para el doliente, el dolor proviene de la constatación de saberse y sentirse de paso porque la muerte del otro —del amado— y el tremendo vacío con el que se hace presente en cada minuto de la existencia ha desgarrado su noción de estar vivo. El dolor “atestigua que se ha partido el cristal complaciente que hasta allí duplicaba su imagen intacta” (Kovadloff, 2003, p. 31). Tal rompimiento se precipita, se impone, cae como un rayo cuando nadie lo espera. Pese a que las condiciones para el advenimiento de la tragedia sean evidentes, la noticia del rapto, la tortura, la violación, la desmembración, la desaparición siempre aterra, paraliza, repugna, enmudece, doblega y duele. La víctima se hace sufriente cuando el dolor da paso a la aceptación de lo que no se puede ocultar a sus propios ojos; la aceptación de que la fatalidad se ha cernido

sobre sí es el primer paso para que el sufrimiento se instale como un motor en movimiento lento y perpetuo que impulsa a la víctima a comenzar esa *peregrinación* que es aprender su propia historia. Un cuento que ha de ser relatado para liberar al corazón de la carga de la muerte; para recuperar la vida congelada por el dolor; para vivir sabiéndose ya un hombre sufriente pero no vencido; para alivianar el peso de las penas pues es, además de víctima, un hombre dispuesto a narrar.

Y en segundo término, siguiendo a Reyes Mate, la víctima es invisible. En el momento del dolor, es ella quien se enclaustra en el espacio de intimidad de su propia casa o quien huye para que sus ojos no vean más el lugar del suplicio y, entonces, lejos del escenario del horror, poder dolerse con plenitud. Las víctimas colombianas permanecían confinadas a los espacios domésticos hasta hace pocos años, tal vez hace menos de una década. En la intimidad, frente a altares erigidos para mantener presente el recuerdo que sus seres amados sacrificados, decían sus nombres moviendo apenas los labios. Tal ocultamiento del dolor parecía determinado por prácticas heredadas de guerras pasadas. Durante La Violencia y todavía muchos años después, los colombianos evitaban reconocer públicamente su filiación política para evitar ataques de miembros del partido opositor.

El miedo a que la muerte con toda su parafernalia de horror retornara al vecindario o en cumplimiento del mandato de los hombres en armas que prohibían los mínimos actos de consideración humana; en algunos caseríos rurales y en barriadas ubicadas en las márgenes de las ciudades, la gente se abstenía de recoger a los muertos, de asistir al novenario por un difunto conocido, de expresar sentimientos de pesar, o de denunciar el delito. En la parálisis que prosigue a los hechos atroces, los colombianos obedecían a una idea que se extendió hasta convertirse en sentencia: los muertos ya no importan; aquí solo cuentan los vivos.

En el ámbito público, la invisibilidad de la víctima se puede constatar en dos momentos. En el instante de la guerra abierta, a muerte, a sangre y fuego, las víctimas no cuentan. *Están demás* y son tratadas como lo que sobra, lo que estorba, lo que se desperdicia. En la arrogancia propia del victimario, la víctima —ese sujeto vulnerable e inerme al que se le erizan los pelos e implora piedad— no importa porque, a juicio del victimario, el horror lo imposibilitará para hablar, y si lo hiciera pocos lo escucharían porque los hombres en armas, aliados con personajes poderosos en la estructura política, estarían al frente para ocultar su voz (quizá a través del asesinato)² o para desmentirla (quizá al deshonrarlo en público). Cuando el gran combate ha cesado y los historiadores y jueces proceden a remover los escombros en busca de los datos y de las evidencias, cuando la memoria —empujada por las miles de voces subterráneas que le prodigan energía— comienza a emerger desde los rincones donde ha sucedido el horror, la víctima se convierte en alguien a quien pocos soportan mirar a los ojos, porque es, ella misma, testimonio de hechos que nos avergüenzan como humanos. Para Primo Levi, por ejemplo, quienes regresaron de los campos de concentración, los sobrevivientes del exterminio nazi, solo con su presencia interpelaban a la sociedad por la debilidad de su esqueleto moral y político de una sociedad “que con su indiferencia y su cobardía allanó el camino a los verdugos” (Mayorga, 2008, p. 34).

El ejercicio de escritura que se presenta en estas páginas es un ejercicio de reconocimiento social de la existencia de víctimas en Medellín y la construcción de un escenario público para que ellas recobren la ciudadanía por medio de la palabra escrita. Las víctimas, que son el centro de este trabajo, se muestran desde el lugar de su propia palabra, recurso de sus propios relatos. Sé que por convicción política le dijeron sí a un proyecto que rompía sus rutinas, agregaba

² Desde el año 2008 en Colombia han sido asesinadas 65 personas que han adelantado procesos judiciales o políticos para reclamar las tierras que les fueron arrebatadas por actores armados (El Espectador, 2013, mayo 6).

obligaciones, descubría dolores, revivía miedos y a cambio solo ofrecía compañía para emprender un proyecto personal con hondo significado social.

Los relatos construidos por medio del taller de escritura autobiográfica se erigieron en un espacio interior caracterizado por la incertidumbre con la que las víctimas dan sus primeros pasos hacia el reconocimiento de la atrocidad que vivieron y el descubrimiento de modos de habitar la ciudad como ciudadanos. Los autores escribieron preguntándose a cada instante qué hacer con sus existencias, cómo sobrellevar el cuerpo mutilado, con qué certezas trazar un camino para sus hijos, cuáles consecuencias traerá cualquier decisión. Por eso las historias resultantes parecen en carne viva. Fueron escritos valerosamente por sujetos que viven la plenitud de sus heridas. Plenitud, como nivel superior del sufrimiento, que los lleva a bucear en lo más recóndito de sus seres en busca de la dignidad humana, casi el único patrimonio que les queda.

La cita con la palabra

Hace siete años en Medellín solo existía el silencio frente al largo proceso de violencia que ha impactado la vida colombiana en todas sus esferas. En ese entonces, yo caminaba por los barrios en busca de escritores naturales capaces de contar la historia que los convirtió en víctimas. Algunos de ellos me escuchaban mientras seguían concentrados en sus rutinas.³ Otros me recibían en parroquias, grupos juveniles, asociaciones de la tercera edad, grupos de oración, colegios, talleres de atención psicológica, jornadas barriales de integración, y como público, ellos simplemente escuchaban. Con otros me encontraba a la hora precisa en el sitio indicado: cafés, parques, iglesias, aulas, supermercados, casas, oficinas, bares y esquinas fueron los lugares donde comenzó el acercamiento entre nosotros, anónimos habitantes de la misma ciudad.

³ El proyecto de escritura que es el aporte principal de esta tesis doctoral contó con el apoyo permanente de asistentes de investigación: estudiantes de periodismo, comunicadores sociales, historiadores, fotógrafos y artistas.

Lentamente se unieron los primeros escritores. Cuatro meses fueron necesarios para reunir a las primeras cuarenta personas dispuestas a entregar su historia con la voz, los gestos, los dibujos y las letras en el primer taller de escritura, que se llamó *De su puño y letra. Polifonía para la memoria. Las voces de las víctimas del conflicto armado en Medellín*.

En tres años (2006, 2007 y 2009) fueron 128 los escritores que acudieron a la cita con la palabra, con su propia historia, con la memoria de su país. Cuando los conocí, llevaba en mi libreta un nombre y la sinopsis de su historia. Emplear las primeras palabras del encuentro para confesarles el interés particular en ellos por su condición de víctimas fue la primera prueba de validez para el taller, pues en ese instante se ponía a prueba mi capacidad para mirarlos a los ojos y decirles que reconocía el dolor que les fue infringido y la incapacidad, por miedo o por indiferencia, de la sociedad colombiana, de la que hago parte, para habérselos evitado; también estaban en cuestión los juegos de equilibrio entre dolor y sufrimiento por los que las víctimas hubiesen transitado como proceso previo a la emergencia de la palabra.

Con ellos sellé siempre un primer pacto: los periodistas dispondríamos de una pedagogía conducente a la escritura de relatos en primera persona y las víctimas desplegarían su historia sobre papeles que luego se harían públicos. Mirarse al espejo para descubrirse, dejar que la voz vagara por un aula donde oídos afinados eran los receptores y deslizar el lápiz sobre el papel en busca de una voz personal que permitiera contar con autenticidad, fueron los ritos de iniciación en un oficio que requiere tanto de buena pluma como de conciencia de la existencia.

Un poco después de los primeros ejercicios —mirarse en el espejo, dibujar su casa campesina, trazar la ruta del desplazamiento, escribir una canción— aparecieron las lágrimas. Sabía que llegarían pero no dónde ni cuándo. Las primeras, según sabemos, acudieron en la soledad de la escritura. Las mujeres, sobre todo las mujeres, contaron cómo el llanto las atacaba

cuando en casa, dispuestas como escritoras sobre las mesas de sus cocinas, sentían un puño atrapado en la garganta que se transformaba en lágrimas y suavizaba el viaje del lápiz. Las segundas llegaron en las comunidades de escritores que se formaron según las vecindades. Las salitas de casas pequeñas, levantadas en asentamientos o construidas sobre vías principales, sirvieron de teatro. A leer las historias se reunían los escritores y los cronistas: a leerlas, a interrogarlas, a completarlas, a cuestionarlas, a repasarlas, a reescribirlas.

En esas comunidades de escritores, que también podrían asimilarse a los “círculos de cultura” propuestos por Paulo Freire en los procesos de alfabetización, ocurría mucho más que juntar letras y ordenar relatos. “Lo que antes era enclaustrado, poco a poco se va abriendo; ‘la conciencia pasa a escuchar los llamados que la convocan siempre más allá de sus límites: se hace crítica’ (Fiori, 2008, p. 14). Al escribir y leer en público, la víctima convertida en autora se reencuentra —como también lo dijo Freire de los alfabetizados— con su propio pasado, con el de los *otros* y con los *otros*.

En estos años, vi cómo las palabras dichas con la afección que impone la tristeza se dibujaron naturalmente sobre el papel una vez los escritores alcanzaron el estado de intimidad necesario para escucharse. Sé que los autores de esta obra recuerdan el instante preciso en que su voz emergió y fluyó como una escritura natural. Cada vez que uno de ellos se me acercó con la mirada fulgurante y la sonrisa tranquila, comprendí que uno más había vivido el momento de la epifanía del escritor, el más importante del proceso creativo; y también intuí que el dolor, que en las primeras sesiones enmudecía a muchos de ellos, había dado paso al sufrimiento, “que no sólo posee dignidad ética, posee, además, relevancia metafísica. El sufrimiento hace del ser humano alguien lúcido y del mundo algo diáfano” (Frankl, 1990, p. 254).

En estos talleres de escritura autobiográfica con víctimas de la guerra, la epifanía tiene un sentido mucho más revelador que cuando ocurre en los iniciados en la literatura como profesión. Cuando surge la voz personal, cuando emerge la escritura de una primera persona verdadera es porque ha comenzado la reconstrucción de la identidad del sujeto a través de la palabra. La escritura autobiográfica “surge de la necesidad de reconstruir o construir una existencia humana, la del mismo autor convertido en narrador de su propia aventura” (Camarero, 2011, p. 15).

Pablo Freire lo escribió antes y con contundencia: “la lucha por esta reconstrucción se inicia con su reconocimiento como hombres destruidos” (Freire, 2008, p. 17). La escritura es espejo y por eso carea, duele, sacrifica, hurga y también sana, apacigua, libera, reconforta. Solo a partir del descubrimiento de esa grieta y de la aceptación de ese desgarramiento moral y político, es posible *decir* su palabra. Al aprender a decir, una vez rompe la barrera que le imponen el miedo y la vergüenza, la víctima —sujeto en este ejercicio de una particular alfabetización— asume su condición de hombre y de ciudadano; y de ese modo “se constituye a sí mismo y a la comunión humana en la que él se constituye; instaura el mundo en el que él se humaniza, humanizándolo” (Fiori, 2008, p. 16).

Una vez los autores vivían esa suerte de iluminación sobre su historia venía lo demás, que era cuestión de técnica y de disciplina. No digo *lo demás* como refiriéndome a accesorios de la escritura. Refiero a los procesos siguientes a la epifanía, con la simpleza necesaria para que el nacimiento de la voz interior se celebre con igual pompa que el momento de descargar el punto final de un relato.

¿Cómo emergió cada voz? Los escritores son conscientes de la gestación y el alumbramiento, y ninguno puede sustraerse a la perplejidad propia del reconocimiento de ese yo que guió su lápiz por los caminos maravillosos de la gramática. Descubrir las voces de los participantes del taller

en sus escritos fue no solo gratificante sino renovador. Gratificante porque se convertían en los resultados tangibles de un proceso pedagógico, guiado por periodistas, que no se ajusta a un modelo regido por las disciplinas de la educación, sino que obedece, con creatividad y rigor, a las características de cada grupo, historia, escritor y situación. También fue renovador porque al considerar que no existen historias iguales ni escritores idénticos, ni formas únicas de narrar, los textos traen casi siempre bellas sorpresas.

Si bien la materialización de este taller de escritura fue la entrega a los lectores de 57 historias en los libros *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona* y *Donde pise aún crece la hierba*,⁴ la satisfacción proviene de la presentación en público de 57 voces capaces de dar testimonio del conflicto armado en Colombia. Las voces que se asoman en *los libros blancos*, como los llamó un cronista local, expresan que al escribir “hacen memoria de su dolor y que el olvido al cual las víctimas han estado acostumbradas puede terminar” (Builes, 2006, junio 26).

De *Jamás olvidaré tu nombre* (Nieto, 2006), el primero de la trilogía, el profesor Juan José Hoyos escribió en la contraportada:

Amanda y diecinueve vecinos más escribieron de su puño y letra o dictaron estos relatos en los que cada uno cuenta su propia tragedia, que es también la tragedia de todos... Algunos apenas sabían firmar. Otros escribían con mucha dificultad. La mayoría vivían en condición de refugiados en barrios de invasión. Sin embargo, durante cinco meses, trataron de que el papel y las palabras se convirtieran en depositarias de su duelo (Hoyos, 2006, contraportada).

La experiencia de producción de *El cielo no me abandona* (Nieto, 2009) motivó al escritor Jorge Franco la siguiente reflexión:

⁴ Los libros *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona*, y *Donde pisé aún crece la hierba* han sido distribuidos de forma gratuita por el gobierno de Medellín. Han sido entregados en escuelas, bibliotecas y eventos públicos. De cada uno se han publicado varias ediciones y reimpressiones. Se calcula que unos 20 mil libros han circulado en la ciudad.

Hay algo catártico en la escritura. Definitivamente, se trata de exorcizar, de hablar sobre lo que nos ha pasado en Colombia [...]. Escribir sobre esas rabias, sobre esos miedos, es mejor que callar, mejor que tragárselo, y creo que en Colombia llegamos a un punto de desesperación donde todo el mundo, simplemente, habla. Por eso cuando leemos libros como este encontramos espejos para reflejarnos, y ahí depositamos mucho de lo que sentimos (Franco, 2007, contraportada).

Al cerrar *Donde pisé aún crece la hierba* (Nieto, 2010), libro con el que se completa el tríptico, el cronista Carlos Mario Correa escribió:

Este libro pone de presente el valor del género testimonial que, por la fuerza de su expresividad elemental, natural, a corazón abierto y en carne viva, no da lugar a que el lector dude de la veracidad de las historias que grafican la magnitud del drama que la violencia ha causado en la nación colombiana. Ahí está justamente uno de los aportes de este trabajo: romper la mudez de las víctimas que se ha traducido en amnesia e impunidad (Correa, 2010, contraportada).

La trilogía que forman los libros blancos de Medellín está escrita con voces que toman distintos colores, a la postre, consignados en el mapa de su relato, de su testimonio acallado durante años hasta la letra puesta sobre el papel, una forma de hacer imborrable la memoria a partir del hilo de dolor que suelta su propio decir. Imagino que estos libros son también un arco iris donde cada autor brilla según el tipo de luz agregado a sus palabras. Podría decir que azules son las voces que llenan de poesía el espacio donde el recuerdo duele más; rojas, aquellas que describen contundentes el horror; verdes, las que bordean el hecho doloroso y se van en busca de explicaciones y responsables; púrpuras, las que relatan un luto que no acaba; y blancas, las que llegan desde lo más remoto de la infancia.

Viajar al interior para tejer el afuera

Las víctimas han interrumpido su mudez. Medellín recibió tres libros en los que los nuevos vecinos relatan sus historias personales forjadas al calor de la guerra. Con ellos, las víctimas derribaron un muro de silencio, violaron el secreto con que alimentaban la impunidad y

recuperaron sus “esforzadas existencias encubiertas por la loza del orden, encerradas en los muros del olvido” (Vasilachis, 2004, p. 18).

La palabra agarrotada fue liberada porque las víctimas, seducidas como autores, se dejaron llevar lenta y suavemente por un laberinto provocador de recuerdos y precipitador de narraciones. Guiados por los cronistas, los autores sortearon los claroscuros de su propia historia, conocieron la *alegría liberadora de poder contar* (Levi, 2005, p. 469), descubrieron los acertijos para construir una escritura capaz de interpelar a la sociedad. Ofrecieron su experiencia como víctimas —inocentes, excluidas, dolientes, sufrientes— para que pudiésemos aproximarnos a la “verdad de nuestro mundo” (Mate, 2008, p. 15).

Por lo anterior, es posible decir que cada texto escrito en los talleres *De su puño y letra. Polifonía para la memoria. Las voces de las víctimas del conflicto armado en Medellín* se ha construido como “un fino lienzo en cuyo tejido se entrelazan los fuertes hilos de la voz de los actores —con reminiscencias y recuerdos de otras voces— con las hebras de la voz del investigador, apelando al recurso de convocar a ese encuentro a otros teóricos y estudiosos” (Vasilachis, 2004, p. 18).

En concordancia con lo anterior, es posible afirmar que los talleres de escritura se nutrieron de los lineamientos del método biográfico definido por Ruth Sautu como “los procedimientos seguidos para organizar la investigación alrededor de un yo individual o colectivo que toma la forma narrativa incorporando sus descripciones de experiencias y sucesos y sus interpretaciones” (2004, p. 24). Sin embargo, es necesario anotar que en el caso de la experiencia de Medellín, tal yo individual era al mismo tiempo el narrador y lo narrado; lo que dio lugar al predominio de la autobiografía como método y como narrativa.

Para escribir sus autobiografías, las víctimas se vieron abocadas a reconstruir los sucesos y experiencias más importantes de su vida, ocurridos “a lo largo del tiempo, articulados en el contexto inmediato y vinculados al curso o a historias de vida de otras personas con quienes han construido lazos sociales (Sautu, 2004, p. 22). Es decir, que además de ser descripción de recuerdos, evocaciones, nostalgias, imaginarios o situaciones, la autobiografía es “también una selección y evaluación de la realidad” (Sautu, 2004, p. 23).

Entonces, es posible imaginar al autor (narrador, narrado por sí mismo) dibujando sobre un papel una línea de tiempo que es su propio pasado. Ordenando la secuencia de su existencia según las *trampas* de su memoria y vinculando los eventos que le son significativos con el afuera, esa versión de los acontecimientos siempre enunciada por otros. Escribiendo en soledad el relato personal que lo restituye como individuo frente a la marca deshumanizante de la masacre a la que ha sobrevivido (Cavarero, 2009, p. 11).

Todo esto sugiere que quizá para las víctimas del conflicto armado colombiano no existe otro escenario tan cargado de libertad y de responsabilidad como la autobiografía. Libertad para construir su yo, su propia épica; responsabilidad para ubicar su historia personal en relación con las trayectorias de otros, muchos de ellos por fuera de las redes de la sangre y los afectos. Libertad para recrear un universo donde su existencia ha cobrado un sentido; “responsabilidad para no confundir ficción con memoria narrativa” (Sautu, 2004, p. 46).

En la escritura autobiográfica, el testimonio cumple una importante función, pues permite actualizar su significado y resaltar que la víctima no ha sido reconocida ni resarcida, como en el caso del común de las víctimas del actual conflicto colombiano. Actualizar es otra de las labores que se adelanta a partir de la representación testimonial venida de los participantes en los talleres, y debe entenderse el verbo “actualizar” como la posibilidad que tiene el testimonio de aportar a la

memoria y a su significado, de hablar por sí mismo y, lo más importante, de conseguir un lugar en la sociedad —también víctima—, independientemente de las mentalidades, sea cual sea su contenido.

En ese sentido los textos autobiográficos como actos de escritura se inscriben en el llamado pacto autobiográfico, entendido como “un contrato de lectura que se establece entre el autor y el lector, un compromiso de veracidad que viene garantizado por la firma —el nombre propio— de la persona que asume el discurso, como sucede con los documentos legales” (Hurtado, 2004, p. 2).

Debe entenderse que el compromiso de veracidad al que alude la cita anterior, obedece a una condición subjetiva de la verdad de cada narrador al entregar su historia o testimonio. Es decir, que el autor se compromete a ser leal con su memoria y el lector a aceptar que “el hecho de que los contenidos emocionales del recuerdo estén afectados por las experiencias de las personas no invalida el contenido de verdad de la historia vivida que tiene el testimonio” (Sautu, 2004, p. 46). Sautu ejemplifica lo anterior así: “si los tanques entraron en un barrio a las 6 de la mañana puede constatarse por varios medios; los sentimientos que despierta el ruido de los tanques se capta en aquellos que lo vivieron, y es tan real como cualquier otra cosa humana y material puede ser real” (2004, p. 46).

El vínculo social que genera el pacto autobiográfico entre lectores y autores de relatos sobre los hechos atroces, podría llevar a suponer que los textos de los que aquí se trata posibilitan a los miembros de una sociedad armar modelos para organizar el mundo de la vida y, en algunos casos, en los individuos se despierta el interés por el destino de todos, como parte de sus preocupaciones personales. Si aceptáramos lo anterior estaríamos inscribiendo este trabajo en la teoría de la memoria social o colectiva propuesta por Maurice Halbwachs. Para él, “la memoria

colectiva es el proceso social mediante el cual un determinado grupo, comunidad o sociedad reconstruye su pasado vivido y experimentado” (citado en Cadavid, Giraldo, Gómez, et al, 2011, p. xvii).

En ese sentido, los relatos de las víctimas del conflicto armado colombiano podrían entenderse como mediadores en la construcción de una amalgama de representaciones sociales y formación de grupos y colectivos sociales (Lisfchizt, Arenas, 2012, p. 101). Según la escuela de la memoria social, las representaciones constituyen modalidades de pensamiento práctico orientadas hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal.

Entonces, los relatos autobiográficos, al tender el lazo de lenguaje entre los sucesos, los sujetos y los grupos sociales, contribuyen a la construcción de una determinada concepción de los hechos que se instala en la memoria social. Una lectura de la memoria en perspectiva sociológica dice que la memoria social se define porque los individuos siempre recuerdan en grupos o porque al recordar siempre se incorpora a otros en el recuerdo. Por lo tanto, la memoria social “siempre tiene la función de juntar, de agregar, de producir cohesión social. En términos de Halbwachs, la memoria social produce ‘comunidades afectivas’” (Lisfchizt, Arenas, 2012, p. 101).

Sin embargo, es necesario precisar que los relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia no se insertan en la memoria colectiva para sumarse a la escritura de una historia nacional. Las voces de las víctimas irrumpen en el escenario público para mostrar otra *verdad* surgida del sufrimiento extremo que es infringido por los señores de la guerra sobre los ciudadanos inermes. La verdad de la víctima no es otra que el relato del sufrimiento, ese al que no le hemos dado importancia porque a lo largo de la historia de Colombia se asume como natural, inevitable, ineludible y hasta necesario cuando se trata de la marcha de la historia; el

mismo sufrimiento que no ha sido contado porque se ha entendido que el progreso implica un costo humano —aplantar muchas flores inocentes, escribió Hegel—; el mismo sufrimiento que se hace necesario testimoniar para que en Colombia se acepte una máxima que oriente la vida política: así como el olvido es sinónimo de injusticia, la memoria lo es de justicia (Mate, 2008, p. 26).

Las víctimas develan el lado oscuro de la guerra y como su mirada es única, “ilumina la realidad con una luz propia, imprescindible” (Mate, 2008, p. 112). Ellas no solo cuentan lo que les ocurrió, sino que ofrecen a los ciudadanos la oportunidad de acercarse a lo que les ha ocurrido a todos. Al aceptar que el sufrimiento infringido por la guerra alcanza a toda la sociedad, responsable de las víctimas del pasado y del presente, una nación como la colombiana podría empezar a escribir su propia cultura de la memoria en la que se acepte que sin las voces de las víctimas el relato de la historia queda incompleto, porque la narrar el horror es condición para acercarse a la verdad y acceder a la justicia.

Michael Pollak llamó la atención sobre el giro en las narrativas de la memoria y en el estudio de las mismas a partir de acontecimientos como el terrorismo de estado en América Latina y el *apartheid* en Sudáfrica. Tales hechos generaron una profusión y diversidad de versiones de los hechos que llegó a plantear la irrupción de verdaderas *batallas* por la memoria. Con respecto a esos *combates*, Pollak planteó que se estaban privilegiando las memorias de los excluidos y de marginados, “las memorias subterráneas que, como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la memoria oficial, en este caso a la memoria nacional” (Pollak, 2006, p. 19).

En nuestros países,

esas memorias, que se mantenían ocultas irrumpieron en la esfera pública de diversa forma. Surgieron nuevos actores, organismos de derechos humanos, comisiones de verdad y de justicia, testigos, testimonios, agrupamientos de familiares de víctimas, sobrevivientes y también nuevas formas de expresión de la memoria política, en la escena cultural, el sector editorial, los medios de comunicación, el cine, los centros de memorias, los homenajes (Lisfchizt, Arenas, 2012, p. 101).

Los relatos escritos por las víctimas del conflicto se inscriben de maneras diversas tanto en la memoria social como en la memoria política. En ese sentido, en los relatos escritos por las víctimas del conflicto se observan los rasgos que han hecho de la autobiografía una narrativa y un método donde tiene lugar la libertad del yo. Por lo anterior

la autobiografía nunca se rinde a una única perspectiva crítica, ni se reduce a fórmulas ya ensayadas, ni nos deja tranquilos como receptores. Discurso lleno de paradojas, paradójico en sí mismo, moviliza las terminaciones de la sensibilidad intelectual, moral, ideológica de sus lectores, les interpela en los quiebres de una escritura que pugna a menudo por ser más que lenguaje y rebasar las figuraciones de la voz, el cuerpo, la vida o la muerte (Amícola, Fernández, 2005, p. 7).

En la autobiografía o esa tentativa de “reclamar la posesión de tu propia vida” (Lessing, 1994, p. 20), sobresale un lenguaje que va más allá de los testimonios: es el lenguaje que logra consignarse en la palabra escrita y que concede múltiples posibilidades de investigación en la medida en que el lector escucha la voz escrita para interpellarla, para profundizar en cada uno de los sentidos que a esta subyacen.

Cuando lo que se representa es el recuerdo de hechos acontecidos en el pasado, es necesario recordar que este está inmerso en el juego dialéctico de memoria-olvido que en Colombia se balancea sin lograr equilibrio. Tal vez por las tensiones generadas por un sector de la sociedad por ocultar, velar y olvidar, lo que se cuenta oficialmente del Conflicto Colombiano es fragmentario y sesgado. Frente a estos relatos homogeneizadores de la historia, la autobiografía se presenta como fuente de versiones, de matices de *otra verdad* que puede abrir el camino hacia

la justicia. Los testimonios pueden entenderse como actos de la imaginación que al recrear el pasado, “al provocar el recuerdo son capaces de revelar, de hallar, de sacar del olvido lo que quizá voluntariamente se ha querido mantener como signo del recuerdo inmerso en el silencio” (Nieto, 2006, p. 153).

La escritura autobiográfica, entonces, parte del tiempo gris, la bruma por la que una persona trasiega antes de percibir que un haz de luz ilumina su intimidad, se tambalea ante las dudas que le impone la propia existencia, se quiebra cuando el espectro de lo público la enfrenta, y trasciende cuando se reconoce a sí misma y decide actuar y hablar como su yo. Así, la escritura autobiográfica —una vez comprendidos los múltiples hilos interiores que hace vibrar— implica rupturas y, por lo tanto, sirve de potencia para transformaciones personales y sociales.

Diez pasos para llegar a una historia

Para contribuir a que cada escritor tejiera su lienzo, el taller *De su puño y letra. Polifonía para la memoria. Las voces de las víctimas del conflicto armado en Medellín* partió de una premisa: si se escucha con atención a Medellín, es posible identificar voces de víctimas que solo serán reconocidas una vez su palabra sea recuperada y escuchada. Tal certeza se convirtió en un objetivo sencillo: acompañar a un grupo de víctimas de la violencia en la narración escrita de su historia como un ejercicio que les devolviera la capacidad de *decir*. Entonces se hizo necesaria una pedagogía a través de la cual la vida se convirtiera en historia; o “un proceso en el que la vida como biología pasa a ser vida como biografía” (Fiori, 2008, p. 12).

Las estrategias didácticas, conducentes a la escritura, fueron diseñadas para que respondieran a situaciones particulares, como testimoniar hechos atroces de un conflicto armado que no ha terminado y apoyar a participantes que han dedicado varios años a la exaltación de los seres queridos ausentes y han suspendido su propia condición de individuos. Una pedagogía que

respondiera a tales situaciones supuso la aceptación de que en los talleres se realizaría una “lectura amistosa, socializada, dialógica (mayormente como la talmúdica, esta es polifónica)” (Ravinovich, 2003, p. 50), de la atrocidad por la que cada víctima pasó y de la sociedad que es su nicho natural. Ello obligaba a propiciar un espacio polifónico en donde se pusieran en “en juego diversas perspectivas disciplinarias y diversos objetos y campos del conocimiento de manera simultánea, sistemática y deliberadamente polémica” (Zavala, 1999, p. 28), que entraran en diálogo con las percepciones, narraciones y expectativas de las víctimas convocadas como autoras.

1. *Todos tenemos una historia.* El vestuario, los gestos, los accesorios cuentan algo sobre quiénes somos, de dónde venimos, y qué hemos vivido. Construir imaginariamente la historia de los personajes representados por estatuas humanas que trabajan como artistas callejeros en nuestra ciudad, permitió reconocer que todos tenemos un pasado que nos da identidad.

2. *Esta es mi historia.* La narración oral de la experiencia traumática permitió dar continuidad a eventos de la vida que se han entendido como aislados, plantear reflexiones sobre lo que ha pasado y esbozar posibles salidas a la situación conflictiva. Abrir el taller de escritura con un ejercicio de narración oral, provocado por objetos reconocidos por cada participante, permitió darles voz como un paso previo a su condición de escritores e introducir una noción elemental: un relato parte de la estructura simple de inicio, nudo y desenlace.

3. *¿Cómo me veo?* Fue la pregunta eje de un ejercicio de autorretrato. Mirarse al espejo, preguntarse por las marcas de la piel y del vestuario, recordar el rostro del pasado y contemplarse para ver qué había cambiado fueron estrategias de evocación y de reconocimiento. Este ejercicio buscó reflexionar sobre el sentido del yo que luego se convirtió en un yo narrador.

4. *Los momentos de mi vida.* Reconstruir las escenas de la propia vida ayudó a expresar significados que a veces no pueden ser transmitidos por las palabras. La puesta en escena partió básicamente de una historia completa en la que, además de inicio, nudo y desenlace, fue posible identificar protagonistas, personajes secundarios, escenarios, ambientes, detalles y voces.

5. *El mapa de mi viaje.* El mapa del recorrido de la vida fue un excelente plano para delinear la historia de cada uno. Al ubicar los ríos, las montañas, los asentamientos y las ciudades, se los fue asociando con los cambios fundamentales de la existencia. Sobre un papel, que representaba el territorio colombiano, marcaron los momentos y los escenarios donde la vida privada o de la comunidad cambió drásticamente.

6. *La historia de mi vida.* Dibujar les permitió a los participantes pensar en sí mismos, introducirse en sus emociones y plasmarlas con colores y formas sorprendentes que nunca podrían contar con su voz. Dibujar un fragmento de la vida, escena por escena, fue reconstruir una historia con antecedentes y contextos y a través de ellas encontrar respuestas a preguntas que han permanecido abiertas durante años.

7. *Mi vida en una canción.* Con la ayuda de músicos profesionales, los participantes hicieron un ejercicio de síntesis de las tramas narrativas y de los sentimientos resultantes del ejercicio de evocación. La canción compuesta por Elvia Posada y su familia:

Tengo mucho sueño,
es difícil despertar.
¡Levántese de nuevo, no hay que echar para atrás!

Qué bello era el camino
que solía transitar.

Hoy recorro otras laderas
sin nunca olvidar
ese pueblo, aquella loma,
mi tierra natal.

Ayer: ¡Pum pumm!
Hoy canciones que cantar.

¡Pum, pum!, cosas que suenan.
Melodías que entregar.
Tengo mucho sueño,
es difícil despertar.

Ayer: ¡Pum pumm!
Hoy canciones que cantar.
¡Pum, pum!, cosas que suenan.
Melodías que entregar.
¡Levántese de nuevo, no hay que echar para atrás!

8. Breve autobiografía. Esta fue la etapa de transición entre la sensibilización hacia la narración y la escritura propiamente dicha. Aquí terminó el trabajo en grupo y comenzó un proceso individual que llevó al escritor a pensarse como sujeto, como testigo de un momento histórico crucial y como contador de esa historia.

9. Memorias. A partir de este momento se formaron grupos de trabajo de cinco participantes y un periodista que hizo de mediador. Lo corriente es que el investigador plantee sus inquietudes, obtenga respuestas y las anote para incluirlas en su texto. En esta experiencia, tanto el narrador como el mediador plantearon preguntas con el propósito de llenar los vacíos del relato, pero fue el participante del taller, y no el mediador, quien introdujo las nuevas secuencias y reflexiones en su texto.

No se habla de investigador e investigado porque ambos sujetos cumplen los dos roles. El participante se preguntó por su experiencia, por su historia, por lo que significa lo que ha ocurrido. El periodista mediador dejó su rol de constructor de los relatos para ayudar al otro a reconstruir su historia. Este papel lo obligó a repensar los métodos de su trabajo y a llevar un

cuaderno de campo de la experiencia de ayudar a restituir la voz de quienes han sido despojados de todos los derechos.

10. El libro. Después de un mes de trabajo constante, cada grupo entregó la versión final de las historias. Los textos, además de las fotografías, los mapas, los cuadernos de campo de los investigadores y los registros en video, fueron el insumo para producir los libros *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona* y *Donde pisé aún crece la hierba*. Estos títulos, como se verá en los capítulos siguientes, obras colectivas donde cada individuo se destaca por el brillo de su voz y responde por su historia como testimonio político y como producción estética.

* * *

Al final de las siguientes referencias bibliográficas, en la versión impresa de esta tesis, encontrará un dossier con cuatro trabajos representativos de los talleres de escritura; corresponden a las historias de Carlina Borja, Orlando Guarín, Rosmira Echavarría y Rubiela Giraldo. Por su parte, en la versión digital de esta tesis, el dossier abarcará, en archivos individuales, los procesos de escritura de los 57 autores.

Referencias bibliográficas

- Alonso, Manuel; Valencia, Germán. (2008, jul.-dic.). “Balance del proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción (DDR) de los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada en la ciudad de Medellín”. *Estudios Políticos*. N.º 33. Instituto de Estudios Políticos. Medellín: Universidad de Antioquia. Pp. 11-34.
- Amícola, José; Fernández, Celia. (2005). “Autobiografía como provocación”. *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*. Barcelona. N.º 69. Pp. 7-9.
- Betancur, Jorge. (2000). *Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín 1894-1943*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

- Builes, Mauricio. (2006, junio 26). "Jamás olvidaré tu nombre". [En línea] *Semana*. Bogotá. Disponible en <http://www.semana.com/Imprimir.aspx?idItem=79576>. Consultado el 29 de abril de 2013.
- Cadavid, Beatriz; Giraldo, Marta; Gómez, Jaime, et al. (2011). *Estudios sobre memoria colectiva del conflicto. Colombia, 2000-2010*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Camarero, Jesús. (2011). *Autobiografía. Escritura y existencia*. Barcelona: Anthropos.
- Cardona, Marlene et al. (2005, mayo-jun.). "Homicidios en Medellín, Colombia, entre 1990 y 2002: actores, móviles y circunstancias". [En línea] *Cátedra e Saúde Pública*. Vol. 21, N.º 3. Río de Janeiro. Disponible en: www.scielo.br/pdf/csp/v21n3/18.pdf. Consultado el 7 de enero de 2008.
- Cerezo, Henrique. (s.f.). "Medellín en 1932". Mapa. En: Concejo de Medellín. *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. Medellín: Comisión Asesora para la Cultura, Alcaldía de Medellín.
- Congreso de la República. (2011, junio 10). "Ley 1448 de 2011". *Diario Oficial*. Bogotá: Colombia.
- Correa, Carlos Mario. (2010). "Contraportada". En: Patricia Nieto (ed.). *Donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- El Espectador. (2013, mayo 6). "Impunidad en homicidios de reclamantes de tierras". *El Espectador*. Bogotá. P. 4.
- Escuela de Minas. (s.f.). "Plano de Medellín levantado por los alumnos de la Escuela de Minas, 1889". Plano. En: Concejo de Medellín. *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. Medellín: Comisión Asesora para la Cultura, Alcaldía de Medellín.
- Fiori, Ernani. (2008) "Aprender a decir su palabra. El método de alfabetización del profesor Paulo Freire". En: Paulo Freire. *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI. Pp. 11-26.
- Franco, Jorge. (2007). "Contraportada". En: Patricia Nieto (ed.). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Freire, Pablo. (2008). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Giraldo, Jorge. (2010). "Ciudad furiosa, ciudad humanitaria". En: Alcaldía de Medellín (comp.). *Medellín en Primavera. La transformación de la ciudad en nueve reportajes*. Medellín: Alcaldía de Medellín. Pp. 207-224.

- Giraldo, José. (s.f.). “Plano de la villa de Medellín, 1791”. Plano. En: *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. En: Concejo de Medellín. *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. Medellín: Comisión Asesora para la Cultura, Alcaldía de Medellín.
- Giraldo, Sol Astrid. (2010). “Una historia de agujas, rotos y ciudades”. En: Alcaldía de Medellín (comp.). *Medellín en Primavera. La transformación de la ciudad en nueve reportajes*. Medellín: Alcaldía de Medellín. Pp. 97-118.
- Gaviria, Zoraida. (2008). “Conversatorio Perspectiva Histórica”. Entrevistada por Gerard Martin. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Hoyos, Juan José. (2006). “Contraportada”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Hurtado, Amparo. (2004). *Memorias del pueblo: la guerra civil española contada por testigos de ambos bandos*. [En línea] Disponible en: <http://www.esferalibros.com/libros/libropcapitulo.html/libroISBN=8497341686>. Consultado el 10 de agosto de 2012.
- Jaramillo, Roberto Luis. (2008). “Conversatorio Perspectiva Histórica”. Entrevistado por Gerard Martin. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Frankl, Victor. (1990). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.
- Levi, Primo. (2005). *La trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph.
- Martin, Gerard. (2008). “El modelo Medellín. Contexto y antecedentes”. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín, Alcaldía de Medellín. Pp. 26-55.
- Martín-Barbero, Jesús. (2004). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mate, Reyes. (2008). *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*. Barcelona: Antrhpos.
- Mayorga, Juan. (2008). “Escuchar sus nombres. Defender nuestras almas”. En: Eduardo Madina, Reyes Mate, Juan Mayorga, et al. *El perdón, virtud política. En torno a Primo Levi*. Barcelona: Antrhpos. Pp. 33-56.
- Nieto, Patricia (ed.). (2006). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- _____. (2007). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Nieto, Patricia (ed.). (2010). *Donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

- Nieto López, Judith. (2006). *De literatura e historia: Manuela Sáenz entre el discurso del amor y el discurso del otro*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Personería de Medellín. (2007). *Desplazamiento forzado intraurbano en la ciudad de Medellín*. [En línea] Medellín: Unidad Permanente para los Derechos Humanos. Disponible en: www.acantioquia.org/documentos/memorias. Consultado el 7 de enero de 2008.
- Pollak, Michael. (2006). *Memoria, olvido, silencio: la producción social de identidades frente a situaciones límite*. Buenos Aires: Al Margen.
- Ravinovich, Silvana. (2003), “La mirada de la víctimas. Responsabilidad y libertad”. En: José Mardones, Reyes Mate (eds.). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Antrhopos. Pp. 50-72.
- Sautu, Ruth. (comp.). (2004). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Lumiere.
- Schnitter, Patricia, (2008). “Conversatorio Perspectiva Histórica”. Entrevistada por Gerard Martin. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Semana. (1990, julio 30). “¿Guerra civil en Medellín?”. [En línea] *Semana*. Bogotá. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/guerra-civil-en-medellin/13662-3>. Consultado el 28 de marzo de 2013.
- Vasilachis, Irene. (2004). “Prólogo”. En: Ruth Sautu. *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Lumiere. Pp. 17-20.
- Verdad Abierta. (2008, octubre 16). “Los años en que el paramilitarismo inundó de sangre a Antioquia”. [En línea] *Verdadabierta.com*. Disponible en: <http://verdadabierta.com/nunca-mas/40-masacres/436-un-vistazo-a-los-anos-en-los-que-el-paramilitarismo-inundo-de-sangre-a-antioquia>. Consultado el 26 de marzo de 2013.
- Yarce, Elizabeth. (2002, abril 30). “Medellín: 20 años de llanto en las calles”. *El Colombiano*. Medellín. P. 10A.
- Zavala, Lauro. (1999). *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad, vida cotidiana y escritura*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.

CAPÍTULO 8.

JAMÁS OLVIDARÉ TU NOMBRE²⁷

Tres sucesos amargos. Por Amanda Uribe

Este libro narra la historia de una familia humilde, llena de sueños e ilusiones; una familia muy unida y feliz, con muchos e incalculables valores humanos, respeto y amor por Dios.

Vivíamos en un pueblo no muy bonito pero sí muy alegre y hospitalario por algunas personas. La fuente de trabajo allá es la minería. Por tal motivo los habitantes gozan de una buena solvencia económica, y teníamos una casa acogedora, bonita, alegre: cuatro alcobas, comedor, cocina, sala, patio grande en la parte de adelante y un solar con una puerta grande de hierro. En el solar tenía gallinas, patos, unas aves llamadas cocoas, un loro al que llamábamos Roberto. También teníamos una mascota particular que queríamos y admirábamos mucho, se trataba de un armadillo al que le pusimos el nombre de Chuchín.

En total lo teníamos todo para ser felices. Las puertas y las ventanas de la casa eran metálicas. El color de la casa era morado-lila. ¡Me encantaba el color de la casa! Tenía comedor de madera, unas poltronas de colores mandarina y gris, las camas de madera, un tocador hermoso... Todo eso lo tuve que dejar. Después me enteré de que algunas cosas las saquearon y a otras las dañaron los bichos.

Perder todo esto me dolió mucho, no porque yo sea apegada a lo material sino por los recuerdos que me traen, pues todas estas cosas llenaban mi vida. Mis hijos me decían que nuestra casa era muy linda. También teníamos un jardín de hortensias, dalias, auroras, cartuchos, aguacates, naranjos y limones. Era una casa finca en el pueblo.

²⁷ En este apartado se presentan cuatro textos publicados en el libro *Jamás olvidaré tu nombre*. La publicación con todas las historias puede encontrarse en el CD anexo.

El hogar estaba conformado por ocho personas que éramos mi compañero, cuatro hijos, dos sobrinos y yo. En mi corazón había regocijo, estaba inundado de alegría pues hasta ese entonces tenía a todos mis hijos. Para una mamá es un sueño maravilloso tener a todos sus hijos vivos.

La violencia y la muerte sí nos rondaban en todo momento, pues los paramilitares eran los que gobernaban el pueblo, ellos eran la autoridad y mataban sólo para hacerse notar e infundir el pánico y el terror a todos los habitantes del pueblo.

Mis hijos eran unos muchachos alegres, sanos y trabajadores. Mi hijo mayor tenía veinticuatro años, estudió hasta el grado noveno, le gustaba el baile, el vallenato. Tomaba licor en ocasiones muy especiales. Eran un muchacho respetuoso con todas las personas, sus amigos lo apreciaban mucho; su muerte fue un duro golpe para todos ellos.

Mi hijo mayor me decía Amandutis por cariño. El comentaba que no se iba a andar para evitarme un sufrimiento, que si yo faltaba entonces se iba a recorrer. Pero no nos imaginamos que él sí se iba para siempre, que no iba a regresar jamás.

Las lágrimas asoman a mis ojos. No es fácil para mí traer todos estos recuerdos. Yo pienso y presiento que nunca voy a superar todo esto que me ha pasado. Yo sé que el tiempo ha sido muy generoso y una buena medicina para mis penas, que me ha amortiguado un poco el dolor, pero nada más.

Mi segunda hija, llamada Érika Adriana, tiene treinta años. Terminó su bachillerato y se graduó como auxiliar de enfermería. Ella es alta, rubia, delgada, extrovertida. Le gusta mucho bailar y es demasiado amable. Esta hija me ha dado dos preciosas nietas.

Mi tercera hija, con nombre Liliana Andrea, tiene veintiocho años. Ella no pudo estudiar porque desde pequeña sufre de sus ojos. Liliana es todo lo contrario de la hermana, de contextura

gruesa mas no gorda, seria, de pocas palabras, de pocos amigos y no le gustan las rumbas. También ella me ha regalado una preciosa nieta.

Mi cuarto hijo, su nombre es Jean Jahader, tiene veintiséis años, es serio, trabajador, de pocos amigos, no le gusta el baile y le fascina escuchar música. Terminó su bachillerato, prestó el servicio militar y hoy trabaja en una empresa de vigilancia privada. Mi hijo también me dio una preciosa nieta.

Las niñas son todo para mí.

Mi sobrina, Jenny Marcela, tiene diecinueve años, terminó su bachillerato y ahora estudia sistemas en el Sena; es delgada, de bonito cuerpo, muy seria y le fascina el fútbol. Juan Carlos, mi otro sobrino, es un mucho sano, le gusta estudiar, tiene diecisiete años y es amante del fútbol y de la bicicleta. Ellos me tratan bien, como si yo fuera su mamá. Antes de desplazarnos para Medellín hablé con ellos.

Les pregunté si querían quedarse con los padres de ellos —yo quería evitarles que vinieran a rodar y a sufrir— y me respondieron que se venían conmigo, que donde yo llegara, ellos estarían siempre a mi lado. En estos momentos estamos todos juntos, yo veo en esos muchachos muchas cosas buenas, muchos deseos de salir adelante y mucha gratitud.

Un día, estando todavía en el pueblo, el jefe de los paracos dijo que ese monito le caía muy mal. Cuando oí esos rumores mi corazón se hinchó de dolor y mi alma se llenó de amargura, mis ojos se volvieron un mar de lágrimas que salían de lo más profundo de mi alma. Ya no tenía tranquilidad ni para dormir. Mi vida era una constante zozobra y agonía pensando que ya me iban a matar a mi hijo mayor, El Mono, como le decían sus amigos. Mis presentimientos se hicieron realidad a los pocos días.

Una fatídica y amarga mañana tocaron a la puerta de mi casa. Era un grupo de hombres armados y encapuchados. Lo que sentí no se los puedo describir porque no tengo palabras para hacerlo. Llegaron diciendo: “Abran la puerta o la tumbamos”. Una de mis hijas, sintiendo un miedo terrible, se vio obligada a abrir la puerta. Ella sabía que si no lo hacía la derribaban. Ingresaron rápidamente, se dirigieron a los cuartos y a todos nos encañonaron, que no hiciéramos ningún movimiento porque nos mataban.

El jefe de esos impíos, desalmados, asesinos, se dirigió al cuarto de mi hijo que aún dormía y que no se había enterado de lo que estaba sucediendo en nuestra casa. En esos momentos, el jefe paramilitar le dijo: “Levántese hombre y salgamos que tenemos que conversar”.

Mi otro hijo, el menor que dormía en el mismo cuarto, nos contó que Alex, así se llamaba mi hijo, le contestó: “Tranquilo Hernando, no hay problema”. Alex se puso una pantaloneta, una camisilla, tenis y una gorra que no le podía faltar. Y salieron del cuarto. Al pasar por la sala estábamos todos pasmados del pánico. Mi hijo, al pasar por delante de nosotros, nos miró con una mirada de angustia, con esa mirada nos quiso decir muchas cosas. Para nosotros era imposible hacer algo para salvarlo.

Viendo lo que estaba sucediendo con mi hijo y pensando lo peor, que lo llevaban para matarlo, hubo llanto de parte de todos los que estábamos presentes. Yo, en especial, no podía contener mi llanto. Llegó a mi casa la angustia, la desesperación, la impotencia al ver que no podíamos hacer nada. Ya habían salido de la casa y mi hija les preguntó: “¿Para dónde lo llevan?”. Y uno de esos desalmados contestó: “Él ya viene”. Todos sentimos un poco de alivio y nuestros corazones se llenaron de esperanzas. En esos momentos me acordé de Dios, empecé a pedirle por la vida de mi hijo Alex. Pero Dios no me escuchó o no me quiso escuchar o será que Dios no tiene nada que ver con las cosas malas de este mundo.

Mi dolor se incrementó más y más al escuchar dos disparos como a dos cuadras de la casa. Mi reacción fue inmediata. Recuerdo que yo pegué un grito desgarrador cargado de dolor de mi corazón. Me decía que habían matado a mi Alex.

Todos nos encontrábamos como clavados en el piso. Ninguno pronunciaba palabra. Al momento llega un vecino y nos dice: “Mataron a Alex”. Todos salieron corriendo menos yo, no creía lo que escuchaba ni lo que estaba pasando. Sentí un impulso que me obligó a asomarme a la puerta. Lo que vi me dejó espantada de terror y de una infinita tristeza al ver a Alex, mi hijo, muerto.

Fueron escenas desgarradoras.

Hubo llanto y gritos de dolor que me arrancaban el alma.

De eso hace algunos años ya pero para mí el tiempo no ha pasado; estas escenas se mantienen presentes todos los días y en cada momento de mi vida. Son sucesos imborrables para una madre. Yo tengo un concepto muy claro de la vida y es que la vida es muy personal, muy de uno, es algo muy propio para que un desalmado se la quite así como si nada, como se la quitaron a mi hijo que era una persona joven, llena de salud, con muchas ilusiones y con muchos deseos de vivir.

Para mí llenar estas líneas con mi historia no es fácil pues es volver al pasado, a revivir todo aquello que queremos olvidar. Pero olvidar no es fácil cuando fuimos tan brutalmente golpeados.

Las horas que siguieron fueron de espera. A mi hijo se lo llevaron para la morgue. Mientras familiares y vecinos arreglaban su tumba yo me encerré en mí misma, no quería ver a nadie ni que me hablaran. Quería estar sola, me encerré en un cuarto, salí cuando llegaron con el féretro de mi hijo. Me acerqué para verlo. Esos fueron momentos impactantes e impresionantes para mí. Mis ojos eran un mar de lágrimas, yo no daba crédito, lo que estaba viendo era un sueño, yo me repetía una y otra vez: “Esto no me puede estar pasando a mí. ¿Por qué a mi hijo, por qué a mí?”.

Mi hijo Alex era un muchacho alto, delgado, varonil, de muy buena presencia, de buen gusto para vestirse. Le gustaba que yo le preparara la comida...

Ahora en mí hay una tristeza inmensa.

La noche transcurría en un ir y venir de la familia, vecinos y amigos. Amaneció un día triste, nublado, con llovizna. Así transcurrieron las horas, sin lluvia. Cuando se acercó la hora del entierro la gente se aglomeró en mi casa. Me sacaron de mi cuarto para que despidiera a mi hijo. En su tumba le hice una promesa y le dije: “Alex, siempre te llevaré en mi mente y en mi corazón, siempre, siempre; viviré para recordarte”.

Estoy escribiendo y también llorando.

Le pedí mucho valor a Dios para hacerlo. Lo despedí para ese viaje sin regreso. Fue muy duro para mí. Llegamos a la iglesia. El señor cura dio inicio a la misa, una ceremonia muy linda. Salimos de la iglesia e iniciamos el recorrido hasta el cementerio. Se escuchaban gemidos y llantos. Yo sentía morir, por mi mente pasaban miles de ideas y una de ellas era poder soportar el dolor que embargaba mi corazón y mi alma. Había mucha romería, no vi casi nada. A mí me sacaron rápido, me montaron en un carro y al rato yo ya estaba en mi casa, con un vacío, pues faltaba mi hijo Alex. Estaba en compañía de mis hijos, mis sobrinos, mi compañero Luis y algunos familiares y amigos. Me dirigí a mi cama y me quedé profundamente dormida. Dormí horas y horas seguidas. No supe cuántas.

Los días siguieron monótonos, sin aliciente para mí. No quería nada. Me gustaba estar sola. De pronto llegó a nuestras vidas una alegría inmensa como un bálsamo a nuestros corazones. Ocurrió un acontecimiento maravilloso: nació Manuela, mi primera nieta, tres días después de haber enterrado a mi Alex. Esta niña trajo alivio a mis penas. Era una preciosa niña. Estábamos muy contentos con la llegada de la bebé.

Habían pasado apenas quince días de la muerte de Alex cuando decidimos desplazarnos para Medellín. Esta decisión fue muy dura para todos nosotros, en especial para mí que ya dejaba un hijo en el cementerio y una casa donde tuve a uno de ellos, donde los vi crecer a todos, donde pasamos ratos tan felices. También abandonaba una mamá, unos hermanos y muchos otros seres queridos.

Vendí enseres como unas sillas mecedoras, cosas de cocina, el tapete de la sala. Lo más duro para mí fue ver cómo mis hijos sufrían en silencio con todo esto. Ellos no me decían nada para no lastimarme. Ellos eran testigos de mi sufrimiento, yo también veía como sufrían porque para ellos era dejar su casa, la casa donde vivieron toda su niñez y parte de su adolescencia. Sus amigos les ayudaban a empacar sus pertenencias con tristeza y en ocasiones con llanto. Ellos me decían que les parecía un sueño dejar la casa, dejar todo con lo que vivíamos tan a gusto. Por fin terminamos de empacar la ropa, las cobijas, algunas ollas y un poquito de loza. Los animales, los vendí; al único animal que trajimos fue a un perro pequeño de nombre Lenon, él nos acompañó mucho tiempo.

Nadie nos despidió. Los familiares, los vecinos y los amigos no tuvieron valor para decirnos adiós. Yo pienso que fue mejor así porque las despedidas son muy deprimentes y tristes.

Contratamos un camión que nos cobró trescientos mil pesos. El día de la partida yo no podía contener el llanto. Dentro de mí tenía miles de preguntas: dónde íbamos a vivir, en qué íbamos a trabajar, de qué íbamos a vivir en la ciudad. Salimos a las nueve de la mañana del pueblo y llegamos a las dos de la mañana en medio de la lluvia. Nos estaban esperando unos amigos para llevarnos a su casa. No se imaginan cómo me sentía yo en una casa ajena, cuando yo lo había tenido todo. Ese fue un cambio muy brusco para todos.

Alquilamos una casita y a los pocos días nos fuimos muy agradecidos con nuestros amigos. Yo empecé a trabajar con ventas. Mi hijo menor y mi compañero consiguieron trabajo como ayudantes de construcción. Así se nos compuso un poco la situación económica.

Ya llevábamos tres meses en esta ciudad tan dura y diferente a un pueblo cuando un buen día me dice una señora que ella vendía un ranchito en una comuna, que lo vendía barato. Le comenté a mi compañero y a mis hijos. Todos nos ilusionamos con la idea de tener una casita propia en esta ciudad así fuera en una comuna. Nos animamos y fuimos varios a verlo. Lo que vimos nos dejó sin palabras: un rancho parado en un hueco, en la parte baja de una calle, tapado por la maleza; sin servicios, ni agua siquiera. Lo primero que les dije fue: “Esto no es para que vivan personas, y menos nosotros que estábamos acostumbrados a las comodidades”. Pero teníamos que pellizcarnos y aceptar que nuestras vidas habían cambiado y que si no aprovechábamos ese ranchito los ahorros se nos iban a acabar. Lo pensamos mucho y al final se lo compramos.

A los pocos días llamaron del pueblo para decirnos que alguien estaba interesado en comprarnos la casa. Viajé hasta allá para hablar y la persona me ofreció poco dinero, ni la mitad de lo que valía. Como los paracos estaban adueñándose de las casas abandonadas, entonces opté por venderla, así fuera por menos precio. Me dolió mucho ver como las personas se aprovechan de la situación del que sufre. Vender la casa me dio una infinita tristeza. Por varios días estuve con una depresión enorme.

Regresé para Medellín y empezamos a hacerle mejoras al ranchito. Construimos dos piezas, echamos el piso y conectamos la energía, el resto del dinero se nos acabó supliendo miles de necesidades.

Pero eso no fue todo. Dos años después de haber hecho los arreglos, la parte de adelante de la casa se deslizó. Estábamos llenos de pánico por el peligro en el que nos encontrábamos y sin

tener para donde irnos. A ese derrumbe le hicimos un relleno de costales llenos de tierra para evitar que se siguiera cayendo, pues no teníamos con que hacerle un muro de contención.

A finales de 2005 tuvimos otro percance, otro problema similar. Cayó otro derrumbe, esta vez por la parte de atrás, debido a las constantes lluvias. Se nos vino parte de la calle que pasa por detrás y cayó encima de la cocina, del baño y del lavadero.

Para mí y para mi familia no se acaban los sufrimientos y tristezas porque vivimos en constante peligro pues el talud amenaza con derrumbarse de nuevo. Yo he tocado varias puertas pidiendo ayuda pero todo ha sido en vano; vienen varios funcionarios, miran el desastre y se van, no más. Como ellos no conocen el dolor ajeno no entienden que yo estoy aquí con mi familia en medio del peligro sin saber qué hacer; estoy desesperada, no sé dónde pedir ayuda. Yo le pido a Dios que nos proteja de todo mal y peligro, ya que nuestro rancho desgraciadamente está en terreno de alto riesgo. En este ranchito estamos desde hace ya ocho años y cinco meses. En esta casita hemos vivido ratos alegres más no felices porque la felicidad nunca va a volver a nuestras vidas.

Cuando llegamos a este barrio había una guerra tenaz, tenebrosa. Los de Villa Lilyam, donde vivimos, con los de arriba, La Sierra, como se llama ese barrio. De día y de noche se escuchaban petardos, tiros de carabina y explosiones de granadas. Cuando empezaban esos enfrentamientos nos protegíamos por debajo de las camas. Gracias a Dios esta guerra ya terminó, claro que no del todo porque ahora hay una guerra silenciosa. Esto es muy preocupante.

Un buen día tuve la agradable sorpresa de ver a mi hermano llegar del pueblo. En poco tiempo se colocó en la construcción. Pasó un año y medio. Una tarde llegó del trabajo y me dijo que la obra se había acabado y no tendría más empleo. Pasaron dos meses y un día llega mi hermano y me dice: “Me ofrecieron trabajo en una finca en Amalfi ganando quinientos mil pesos

mensuales libres de pasajes y comida”. Yo le pregunté: “¿Con quién te vas?” Y me dijo que con un muchacho conocido de por aquí y que él mismo lo iba a llevar. Esto me lo dijo un sábado y al domingo a las doce del día llega y me dice: “Me voy”. Yo le respondo: “¿Tan rápido?” Y él me dijo que sí, que ya lo estaban esperando. “Chao, cuando cumpla un mes la llamo”, me dijo.

Pasó un mes y medio y yo esperando la llamada. Los días pasaban y yo empecé a preocuparme seriamente. Una noche llegó mi sobrino y me dijo: “Amá, hablé con el que se llevó a mi tío —era un día del amor y la amistad, habíamos pasado muy sabroso con juegos y comida— y dice que lo mataron por allá en Amalfi”. Me dolió mucho esa noticia. Yo tenía la esperanza de verlo de nuevo. Me impactó demasiado. Lloré mucho, era mi hermano, un ser querido para mí.

Una tarde vi a aquel muchacho y me fui a su encuentro: “Joven, hágame un favor, yo necesito saber qué pasó con mi hermano, él tiene una familia, todos estamos muy preocupados, no me interesa saber quiénes lo mataron ni por qué, sólo dígame dónde lo mataron, dónde está su cuerpo, dónde lo tiraron”.

Las lágrimas asoman a mis ojos.

El hombre me respondió: “Mire madre, cuando a ese man se lo llevaron empezó a hacer cosas mal hechas con otro mancito, me enteré que los buscaban para darles, mejor dicho yo creo que ya les dieron”.

Todos estos sucesos y acontecimientos son duros para mí. Bueno, creo que les estoy dando finalización a estas historias que me marcaron para siempre. En esta historia encontraron realidades humanas: la muerte, la tristeza, la soledad.

Yo elevo una plegaria para que estas guerras terminen. Con estas historias yo les abro mi corazón y espero que comprendan mi dolor.

Navidad y terror. Por Dioscelina Pérez

Mi padre, Ángel Antonio, era un hombre honesto, trabajador, buen padre, buen amigo, cumplidor de su deber; un hombre al que le gustaba vivir solo por Puerto Berrío, entre Virginia y Caracolí, a orillas del Río San José del Nus. A papá le gustaba la vida que llevaban los ermitaños, el aire fresco, el agua limpia, los pastos verdes; estar solo para pensar en sí mismo, en su familia y en su trabajo.

Tenía como herramienta de trabajo un motor y un cajón que utilizaba para sacar oro en las orillas del Río San Bartolo.

Un día domingo 25 de diciembre, a la una de la tarde, se encontraba trasladando su entable para otro sitio donde había cateado un orito. Llevaba el motor al hombro por un largo camino cuando se encontró con unos hombres armados que lo detuvieron y, como a cualquier delincuente que encuentra la ley después de buscarlo durante mucho tiempo, le ataron sus manos a la espalda y le dijeron que caminara. Sí, que caminara a donde estaban otras personas amarradas como él, que sin ninguna explicación fueron atadas y obligadas a caminar junto al grupo.

De ahí en adelante comenzó su calvario. Hubiese sido preferible estar muerto que haber vivido todo ese tormento, el dolor de ver con sus propios ojos tanta maldad, tanta cosa fea que en tantos años que tenía nunca le había tocado vivir.

Siguieron caminando y en su primera estación llegaron a una finca llamada Santa Isabel donde habitaban una señora y sus dos hijos pequeños, una niña y un niño de ocho y nueve años respectivamente.

Un hombre flacuchento, alto, enclenque, caremico —que no tenía ni siquiera cara de hombre, a quien las armas le daban su hombría porque lo hacían sentir superior frente a esas personas vulnerables, indefensas y algunas no tan inocentes— era el comandante. Fue él quien tocó la

puerta de la finca. La señora muy asustada salió y les dijo: “¿Qué quieren?” El comandante, armado hasta los dientes, con una muy mala cara, a quien le corría la maldad por las venas en vez de sangre, le contestó que tenían hambre, que querían comida. La señora, que lo único que tenía en su finca eran unas gallinas destinadas para el sustento de sus pequeños, le contestó que no tenía nada para darles, que sólo tenía el sustento de sus hijos.

El comandante, indignado por la respuesta de la señora, la ultrajó y la llevó a donde estaban las gallinas. Sacó su arma, les disparó a varias de ellas y, sonriendo por la hazaña, le dijo a la señora: “Ahí está la carne para preparar el almuerzo”. La señora muy asustada corrió como si en vez de a los animales le hubieran disparado a ella. Cogió los animalitos y se dirigió a la cocina a preparar los alimentos.

En tanto esto pasaba, los hombres armados se divirtieron a costa de la inocencia de los niños. El comandante sacó su arma y les dijo que les iba a enseñar a bailar. Les disparó entre las piernas y los niños brincaban, saltaban y gritaban. Todo esto lo hacían en medio del terror del momento. Mientras tanto su mamá regresó con una olla muy grande en la que había preparado ya un succulento sancocho. Ella escuchó todas y cada unas de las barbaridades y maldades que le hicieron a sus pequeños, a quienes ni siquiera pudo defender porque un hombre armado la vigilaba.

En agradecimiento por la comida que la señora preparó, la maltrataron física y verbalmente y, por último, la acribillaron a balazos diciéndole que mirara que sí tenía comida para darles.

Las personas que se encontraban amarradas, entre ellos mi papá, se miraron aterrorizadas. No pronunciaron ni media palabra porque cada uno se encontraba amenazado con un arma en la cabeza. En ese momento comenzaron a darse cuenta en manos de quiénes estaban.

La noche, como se la podrán imaginar, fue también caliente, negra y tormentosa como el día, con el cadáver en la mitad del patio. Los niños lloraban sin consuelo alguno porque, al parecer, su papá tampoco estaba con ellos.

El amanecer del nuevo día fue más tormentoso. Los hombres siguieron sentados, amarrados, con hambre, al sol caliente, sin saber con cuál de ellos el comandante, cuando se le acabara la pereza y el ocio, decidiría practicar el tiro al blanco.

Dentro del grupo de delincuentes, paracos, se encontraba un muchacho que había conocido a mi papá desde que estaba muy pequeño. Él, más que nadie en aquel sitio, sabía cómo era el comportamiento de mi padre. Fue donde el comandante y le dijo que él conocía a ese señor, que sabía que era un hombre trabajador, que nunca había estado de un lado o de otro de los bandos. La respuesta del comandante no se hizo esperar. Le dijo que no se preocupara, que si lo quería defender tanto, la única solución era que él diera su vida a cambio de la de mi papá.

Minutos después de todo esto el comandante fue donde mi papá y en vez de desayuno sacó el arma, se la metió hasta las agallas y le dijo que le había llegado la hora de morir. Lo maltrató, lo ultrajó, pero nada más grave pasó porque la marcha tenía que seguir, gracias a Dios.

Las terminales entre Rancho Quemado y La Culebra quedan a dos horas de distancia, pero el cansancio de la gente hizo parecer más extenso el camino. Entre estos dos sitios caminaron durante todo el cautiverio. Un día dormían en un sitio y al otro, en otro.

Ahora recuerdo las palabras de mi padre: “Yo soy campesino de pura cepa, y al campo no vuelvo ni a deshacer los pasos porque la crueldad, la atrocidad y la barbarie cometida por aquellos paramilitares no quiero que mis ojos la vean de nuevo”.

En el grupo de los amarrados había un hombre que estaba acusado de haber sido colaborador de la guerrilla y que por ese motivo se iba a morir. El secuestrado, sin miedo alguno, se le

enfrentó al comandante y le suplicó que le contara quién lo había acusado de ser colaborador de la guerrilla, que escuchara su versión del asunto y que si por eso se iba a morir, moriría tranquilo.

El comandante enfrentó al secuestrado con el delator. Los hombres habían sido muy buenos amigos algunos años atrás. El supuesto amigo llegaba a cualquier hora del día o de la noche a invitar al ahora secuestrado a algún pueblo cercano a hacer una vuelta. Y él, como confiaba en su amigo, sin preguntar qué, ni cómo, salía y lo acompañaba hasta que un día cualquiera se enteró de las tales vueltas a las que su amigo lo invitaba. Él nunca más volvió a acompañarlo.

El comandante, al escuchar la versión del otro, decidió que ambos se iban a morir. Al enterarse de que de todas maneras, aún siendo inocente, se iba a morir, el secuestrado tomó aire y le dijo al comandante que le concediera un último deseo: que lo matara cuando llegaran a lo más alto de la loma porque él pensaba en su familia, en que cargar con un muerto por esa loma arriba le sería muy difícil y, además, que le diera el gusto de, antes de morir él, ver al otro muerto.

Así fue. Cuando terminaron de subir la loma mataron al paraco y a unos cuantos metros mataron al secuestrado.

Por otra parte del recorrido se encontraron en el sitio llamado Rancho Quemado, una pequeña terminal adonde llegaban los carros con pasajeros y los arrieros con sus cargas. Estaban allí estacionados y de repente llegaron unos arrieros con sus mulas muy cargadas, cansados, sudados, con hambre por el largo viaje.

El comandante visualizó aquel grupo de hombres que acaba de llegar y como mandado por un rayo o por el mismísimo diablo se fue hacia donde ellos estaban y les dijo que ellos eran colaboradores de la guerrilla y que por ende tenían que saber dónde se escondía.

Uno de los paracos se acercó al grupo armado con una motosierra; esa es su arma letal.

El comandante que ya le había puesto el ojo encima a uno de los arrieros le dijo que él tenía que saber donde se escondían los guerrilleros; lo sacó a un lado del grupo y mientras tanto el paraco prendió la motosierra. El arriero suplicaba, gritaba, imploraba y juraba que él no sabía nada de esas personas por las que le estaban preguntando. Eso no valió de nada, otros hombres lo sujetaron por un brazo mientras que el hombre de la motosierra le cortó el otro, luego el otro brazo, las piernas y la cabeza. Así hicieron con cada uno de los arrieros. En últimas la confusión fue peor porque no se sabía de cuál cuerpo era esa cabeza o ese brazo o esas piernas porque todos estaban descuartizados. Los cuerpos se confundían unos con otros.

Mientras ocurría esta masacre, cada uno de los que estaba secuestrado miraba aterrado, no porque gustara de ver, sino porque cada uno tenía un arma en la cabeza para que no se perdieran aquel gran espectáculo.

En el grupo de secuestrados había una señora, chocoana, alta, acuerpada. Esta señora era amiga de mi papá. Él a veces se la encontraba en el camino trasladando su entable y le ayudaba. Ella tenía dos niñas. Iba con sus pequeñas al pueblo para meterlas en la escuela cuando se encontró a esos hombres armados que las secuestraron.

El comandante se había conolido, no sé cómo, de las súplicas de ella y decidió que en uno de los carros que estaban próximo a salir, se iría con sus hijas. Entre tanto todos estaban entretenidos en la masacre. El paraco amigo de mi papá le dio con el pie en el trasero sin previo aviso y así lo tiró dentro del carro. La señora, que ya estaba adentro, lo utilizó como silla para ella y sus dos niñas.

La marcha del vehículo comenzó y dos horas después mi papá ya no sentía ni la cintura ni las rodillas y le preguntó a la señora que si los venían siguiendo. La marcha terminó y mi papá regresó a casa vivo gracias a Dios pero con una enfermedad que no se sabe aún cuál es. Al

principio temblaba como cuando una persona tiene mal de San Vito, no sostenía ni la cuchara para comer. Ahora está mejor, gracias a Dios, pero mantiene un dolor en la boca del estómago, dice que se siente como si tuviera un perro pegado. Tiene la boca tarjada y reseca, como si en vez de comida se sostuviera a punto de sebo. De esto ya han pasado siete años y aún no ha llegado el médico que descubra la clase de enfermedad que tiene.

Así y todo, él está entre nosotros, entre los vivos, a pesar de toda esta tragedia. Gracias a Dios.

Un papá fusilado. Por Mariela Ocampo

Los milicianos se entraron el domingo 22 de julio de 2001, como a las diez de la mañana. Ya habían hecho ir a los de La 29, ya los habían sacado. Los mataban, los cogía la ley, los sacaban escondidos entre las maletas de los carros, ellos se iban muertos de miedo. Los muchachos de La 29 alcanzaron a salir el sábado y al domingo se entraron los otros. Les mandaron a decir que si los encontraban aquí, los tiraban al piso. Entonces se abrieron.

Ellos llegaron aquí a la casa como a las cuatro.

Yo me imagino que ya entraban a matarlo porque venían con el chisme en la cabeza, y muy cerquita, en un altico, estaban por ahí veinte mirando para acá. Le hablaron muy maluco y le preguntaron muchas cosas:

—¿Entonces qué, usted es muy colaborador de esos pirobos que hay aquí?

—No. ¿Yo con qué iba a colaborar, yo no tengo plata, yo no tengo ni con que darle alimento a mis hijos. No ve que yo soy cojo y no puedo estar en esos ajetreos?

—No lo niegue viejo que ya nos contaron todo. Usted ha hecho muy mal al tener relación con esos gatos.

En esas apareció el hijo mayor, que es mío con el primer marido, y uno de ellos le preguntó:

—Oiga negro, ¿Usted es hijo de este señor?

—No, yo no soy hijo de él. Soy hijastro.

— Lástima usted ser hijastro de este señor, lástima.

Ellos venían como a matarlo, pero aquí había mucha gente. Estaban mis yernos, las hijas mayores y unas amigas de ellas, los niños... Entonces ellos miraban y miraban. Se fueron. Pero de más arriba se devolvieron dos. Yo pensé que lo iban a matar. Ellos lo llamaron.

—Vea cucho, no se vaya a ir, no se vaya del barrio que a nosotros nos contaron unos chismes pero nosotros no vinimos a matar a nadie. Quédese tranquilo, relájese.

Entonces el hijo mío le dijo que era mejor que se fuera porque apenas lo vieran por ahí tranquilo lo mataban. Él no se quiso ir, decía que él no había hecho nada para tenerse que ir de su barrio y de su casa.

El marido mío charlaba mucho con el combo que estaba primero. Se trataban por sobrenombres, se salía para la esquina a charlar con ellos pero no les colaboraba. Ellos se metían en una curvita y después en una casa que estaba abandonada. Entonces, desde arriba se veía como si ellos se metieran a mi casa. Decían que se metían a mi casa y era mentira. Se metían a esa de los vecinos a dar plomo para el otro lado.

Mientras ellos hablaban yo intervine y les dije:

—Más les he ayudado yo que les presto las ollas para hacer sancochos, yo les doy agua...

Ellos me miraban muy feo.

De todas maneras él se quedó tranquilo con lo que ellos le dijeron. Pero como una hija mía charlaba con uno de La 29, ya más miedo nos dio. A ese muchacho lo sacaron vestido de mujer. Salió con los labios pintados, con una pañoleta, le pusieron senos, le pusieron un niño en los brazos y él salió en un taxi como si fuera una abuelita.

Esa tarde llovió mucho. La gente me decía que sacara a esa muchacha porque seguro la iban a matar. Entonces yo salí con ella. Subimos hasta la terminal y allá estaba todo ese combo. Porfirio quería ir a llevarla, pero con esa visita que tuvimos yo le dije: “No, usted se queda aquí”. Y me fui con la muchacha. Apenas la monté al taxi, uno de esos negros me miró muy fijo y movió la cabeza como queriendo decir algo.

Arrancamos falda abajo, yo iba con el niño, y él me dijo: “Ay... mamita, ese negro viene detrás de nosotros con otros dos”. A mí me dio tanto miedo. Nosotros nos fuimos por la carretera vieja y ellos detrás. Entonces yo le dije al niño: “Corramos”. Yo más abajo me quité los zapatos porque no era capaz de correr. El piso estaba muy liso, todo empantanado y los zapatos se me salían. Entonces corrí a pie limpio. Logramos perdernos después de unas curvas y nos metimos por momenticos en unos escampaderos. Al rato llegamos a la casa, yo llegué rendida, asfixiada, nerviosa y al niño lo traje casi arrastrando. Yo temblando, nos quedamos con la luz apagada, y yo helada. No dormí un minuto.

Al otro día, por ahí como a las cinco de la tarde, comenzaron a asomarse por unos muros que se ven desde la casa. Miraban y miraban hasta que de repente se brincaron aquí al patio. Unos miraban por las puertas, entraban y salían como buscándolo. Yo le dije: “Mijo, ¿usted cree que lo van a matar?”. Él me dijo: “No, por qué, yo no he hecho nada malo”. Pero yo vi que él ya estaba achantado. Yo le dije: “Ay mijo... lo metivan a matar. ¿Usted por qué no se va? Y él, pobrecito, me dijo: “¿Por dónde voy a salir, no ve que ya estamos cercados?”. Yo estaba tan confundida que teniendo teléfono no acaté a llamar a la ley.

—Oiga, ¿ahí está Porfirio?

Nosotros nos hacíamos los que no oíamos. Nadie les contestaba nada. Pero en esas llegó uno de los muchachos que estaba en el Centro. Apenas lo vieron llegar se le fueron encima:

—¿Usted es Porfirio? A él le dio ese susto tan grande.

—No, no, no, yo no soy... Él está aquí adentro. Lo divulgó.

—Me lo llama me hace el favor.

Él no quiso salir, estaba acostadito. Yo le estaba arreglando la comida y no era capaz. Yo cogía la paila, la descargaba, la cogía, la descargaba. Y él me decía: “Arréglame pues la comidita que tengo hambre”. Y yo no era capaz, yo era con la cabeza como toda pesada.

Una señora que estaba ahí conmigo me dijo que él me miraba y me miraba pero yo no lo vi. Una de las niñas entró y le dijo: “Vea papá es mejor que salga, de pronto se entran para acá”. Y él le contestó: “No hija, déjeme aquí, yo me quedo aquí”. Ella se dio cuenta de que estaba rezando. Después fue el hijo mío, el mayor, y le dijo: “Salí, ellos dicen que tienen que hablar con vos”. Lo agarró de la camisa y lo sacó de la pieza. Ahí fue cuando dicen que él me miró con una tristeza tan grande, pero yo no lo vi.

Cuando salió le dijeron:

—Venga maricón que tenemos que hablar con usted.

Una de las niñas se asomó por la ventanita y les gritaba cosas y ellos le contestaban peor. Ya otro de los hijos la cogió de la cintura y la entró porque si seguía insultándolos nos iba a hacer matar a todos. Cuando yo oí los tiros se me doblaron las rodillas y caí como clavada en el piso. Cuando yo arrimé, él todavía respiraba. Entonces arranqué para arriba a buscar cómo sacarlo, pero tres de esos muchachos se fueron detrás de mí. Una vecina que vio todo me hizo entrar para la casa de ella. Yo le decía que él estaba vivo y ella que no, que con esa cantidad de tiros no podía estar vivo. Cuando dijeron que se había muerto yo me devolví para la casa.

Esas fueron horas muy tristes, todos llorábamos, gritábamos. Hicimos una bulla tan espantosa que esa gente no fue capaz de matar a un vecino. Ellos venían por él porque fumaba marihuana con los de La 29, pero con el escándalo de aquí se fueron y ese muchacho se salvó.

A él lo mataron antes de las siete de la noche y llegaron a hacer el levantamiento casi a las once de la noche. Los policías me preguntaban que por qué lo habrían matado. Yo les decía que no sabía, que motivo no había. Y uno de ellos insistió: “Por ahí dicen que una hija suya es la mujer del jefe de La 29...” El otro me preguntó: “¿Usted sabe quién lo mató?” Y yo: “Pues claro, ese combo que se metió ayer. Los milicianos”.

Ya se lo llevaron para Medicina Legal y nosotros nos fuimos a hacer las vueltas del entierro. Cuando ya íbamos para el cementerio llegaron unas niñas del barrio corriendo a decirnos que no subiéramos a la casa que nos estaban esperando para matarnos. Entonces no subimos. Yo mandé a unas para Copacabana, a otras para Zamora, el muchacho mío que estaba metido en los combos se fue para donde unos amigos, y yo me llevé a unos de los niños para donde una amiga.

En la casa quedaron dos hijas mías con los niños de ellas. Siempre las visitaron pero preguntando por nosotros. Yo a veces me quedaba a dormir en las casas donde trabajaba y a una de las niñas le tocó dormir en un parque que queda al frente de la Lavandería Real, en el Centro. Y yo sin poder conseguir una casita para meternos.

A los catorce días conseguí doscientos mil pesos prestados, pagué un mes de arriendo en Manrique Oriental, conseguí comida, mandé a traer las cositas más necesarias y junté a los muchachos. Por allá nos quedamos tres años sufriendo. Yo trabajé de sol a sol, de día y de noche, para juntar los arriendos que eran de ciento veinte mil pesos. Yo trabajaba hasta las once o doce de la noche, de domingo a domingo.

Cuando ya se salieron esos y entraron los de ahora, que son paramilitares, nosotros pudimos volver.

Mataron a mis hijitos. Por María Edilma Flórez

¿Por dónde empezara a contarles esta historia?

Lo mejor será empezar por el hijo mayor.

Cuando él tenía diez años se iba a trabajar con el papá. Él colaboraba mucho arreglando vasijas, chapas de carro, puertas... Yo me acuerdo mucho de ellos trabajando en las calles, buscando latas para enderezar o soldar o trabajitos así de latonería.

Cuando el niño cumplió once años empezó a relacionarse con unos muchachos muy malos que tenían unos apodos horribles. Por influencia de ellos, el hijo mío se fue a trabajar en una camioneta que hacía viajes del Centro al barrio y del barrio al Centro llevando gente. El hijo mío era ayudante del conductor del colectivo. Él madrugaba a las cuatro de la mañana, se bañaba y se iba a colectivar.

Una vez llegó uno de esos muchachos y le dijo: “Venga Julio, vamos a atracar un depósito”.

Eso fue así, qué pesar tener que aceptar que estas cosas pasaron pero así fueron.

Una muchacha de esa gallada se disfrazó, el hijo mío también se disfrazó con una capota de lana que tiene dos huecos por donde apenas pueden mirar. Cuando ella me vio a mí se quitó eso, yo creo que le dio pena.

De todas maneras ellos se fueron a robar en ese depósito, un negocio donde vendían cemento, arena, ladrillos, madera. El dueño, sería que estaba avisado o cansado de que le robaran, les colocó papel periódico cortado en forma de billetes. Esa fue como una trampa que les puso. Eso fue como a las cinco de la tarde. En ese momento Julio tenía un amigo que era policía.

El marido mío estaba muy cerquita del depósito, en un taller arreglando unas cositas ahí, cuando vio que llevaban al niño en una moto de la Policía. Entonces me llamó y me dijo: “Ahí pasaron con Julio de las güevas”. Eran seis los detenidos. Los llevaron para el calabozo y allá los encerraron. Yo no dormí, ni comí. En esas me dijeron: “Vaya llévele una cobija, un vasito de agua, un poquito de agua de panela”. Yo estaba como boba, sin saber qué hacer. Como a las siete de la noche le llevé una cobija y un traguito de agua de panela.

Cuando él me vio llegar me dijo: “Mami, yo hice esto por ustedes, porque los iban a matar”. Así me gritó desde el calabozo. Y yo: “¿Cómo así? ¡yo eso no lo entiendo!” Lo que dijo era que si él no se metía a robar y a matar, íbamos a pagar nosotros. Yo me quedé sorprendida. Entonces llegó un tipo y ahí mismo en el calabozo le comentó: “Usted no va a durar mucho doble hijueputa”.

Después de que lo soltaron le tocaba presentarse todos los días en una oficina de la Policía porque él era menor de edad.

Ya Hernán dijo: “Vea, lo mejor es que nos vayamos para Cali”. Y así fue, pero en esa época el niño mío, Julio, estaba enamorado de una comadre mía, él estaba encantado con ella y fue marido de ella. Imagínese, él era un niño y dizque con mujer. Nos fuimos para Cali para evitar que lo fueran a matar a él, y en Cali ese muchacho era desesperado por esa mujer. Él tenía quince años. Ese muchacho era insistiendo en que volviéramos a Medellín porque ella le hacía mucha falta. Tanto insistió que nos vinimos. Me vine yo con él, Ferney y la niña. Salimos con el mero encapilladito.

Ya en Medellín, él se puso otra vez a trabajar en los colectivos, de ayudante de esos carros. Yo le decía: “Mijo, consígase otro arte, eso es muy peligroso”. Yo vivía muy preocupada, yo sabía que Julio no me iba a durar mucho. En esa época llegó un tipo peludo, veníamos ahí en el

colectivo y El Peludo le dijo: “¿Usted qué, sigue todavía con esos sicarios?” El niño mío se rió y después en la casa me explicó que ese tipo era muy bocón y que ofendía mucho a la gente.

Eso fue como a las cuatro de la tarde, cuando por ahí a las ocho de la noche el niño mío se bañó y se acostó. Llegó El Peludo, así lo llamaban, y le tocó en la ventana a Julio. Ese muchacho se puso la ropa y salió de una. “¿Mijo, usted para dónde va?” Le dije yo. Y él me respondió: “¿No ve que me necesita El Peludo?”.

A mí no me gustó nada esa salida. Además de El Peludo estaban otros cinco esperando al hijo mío. Yo pensaba que ese muchacho no iba a durar. Yo era la mujer más triste. No me provocaba nada. Yo a ese muchacho lo quería mucho.

A los días, el sábado 7 de agosto de 1993, a las siete de la noche, llegó otra vez El Peludo. Le tocó y el hijo mío ahí mismo se despidió y se fue para el colectivo. Le dijo al chofer que ya iba a ayudarlo. Ya para el último viaje se despidió de nosotros. Él me dejó el anillo, la cadena, el reloj y se despidió de todos nosotros. Se despidió de todos, de todos, de cada uno. Yo le dije a Ferney: “Acompáñeme donde Zulema yo me hago arreglar el cabello”. Yo iba con la niña y con Ferney, cuando cerquita del teléfono público yo escuché cuatro tiros. Yo ahí mismo miré para el cielo y dije: “¡Ay, Dios mío que no sea Julio!”

De ahí en adelante la mujer maluca, yo me sentía como pesada, muy maluca por dentro. Un gentío horrible. El niño se asomó y vio que era Julio pero no me dijo nada, se quedó callado. Yo me arrimé y pregunté: “¿A quién mataron acá?” Y un muchacho me dijo: “No, como que a un muchacho muy joven que venía pegado del colectivo”. Y yo pensé: “Seguro que fue al hijo mío”. Que el muchacho traía las manos llenas de monedas y billetes, que todo se le cayó al piso, que la gente empezó dizque a recoger la plata que él dejó caer. Entonces yo bajé, bajé para donde la comadre —yo vivía con ella porque nos había dado posada— y ahí mismo me dice una amiga:

“Mona, no se vaya a enojar conmigo, ni se vaya a volver nada... Vea: al que mataron allí en la terminal fue al hijo suyo”.

Yo no lo vi, a mí no me dejaron arrimar. “Mija, organícese para que se vaya para el centro de salud”, me dijeron. El marido mío entró y dizque lo tenían colgado. Hubo levantamiento. No me lo dejaron ver. Que decían: “Vean, la mamá es esa monita que está revolcándose en esa manga”. Yo no me daba cuenta de nada. Yo dizque me halaba el cabello... Yo no me acuerdo. Allá dizque me dieron una pastilla.

Ya se lo llevaron para Medicina Legal y el domingo lo llevaron para la casa a velarlo. Lo enterramos el lunes a las cuatro de la tarde en medio de ese aguacero tan horrible. Así fue el entierro de Julio, nos lo llevaron domingo y lo enterramos el lunes a las cuatro.

El hijo mayor, Julio, comentaba en vida: “Mamá, lo siento mucho pero Mario le va a dar más brega que yo”. Y así fue.

Yo enterré a Julio y Mario me duró otros cinco meses no más. El uno cayó en agosto y el otro en enero. Eso fueron dos dolores en muy poco tiempo.

Mario a mí no me hacía caso. Era muy grosero, muy desobediente. Me tocaba castigarlo. ¡Qué Dios me perdone lo que yo hice una vez con él! Una vez me hizo dar mucha rabia y yo le aventé una piedra y le di en la cabeza. El muchachito se fue consiguiendo esos amigos y con esos amigos otros amigos.

Él jugaba mucho billar. Entonces una vez vimos que tenía dizque mucha plata. Él no nos ayudaba con nada, no nos daba ni un peso. Julio sí era muy buen hijo, si él se ganaba cinco mil pesos los partía conmigo. Mario, no. A ese niño Mario una vez lo vieron con un poco de plata y ¿sabe de qué fue eso? Él consiguió esa plata por haber matado a un muchacho. ¡Ay... por Dios! Sí. El hijo mío mató.

Le decían que si él no lo mataba acababan con toda la familia, no dejaban a ninguno de nosotros vivo.

Le dije yo a Mario: “¡Usted no tiene derecho de matar a nadie, no tiene ningún derecho porque todos tenemos derecho a vivir la vida!” Él se enojó mucho conmigo, que él había hecho eso por mandato de esos tipos.

Después llegaron unos tipos y le gritaron: “Eso no se queda así pirobo”.

En el barrio había un muchacho al que le decían Lanza. Yo una vez salí al lavadero a lavar una camisa y llegó el tal Lanza y le tiró una piedra a él, a Mario, y casi me la da a mí. Yo pregunté que porqué le tiraba con piedras. Y él me dijo: “¡Ah, es que ese es un pirobo, muy poco serio. Ese no es amigo, ese me aventó con la ley!” O sea que Mario vendió a ese tipo.

Y una vez, es que uno nunca sabe qué hacen los hijos por ahí, ese muchacho Mario salió disfrazado con un costal para sapiar a otros, pero ellos lo descubrieron. “¿Saben quién es ese pirobo que va allá?” gritó uno. “Ese es Mario”. Lo reconocieron por los zapatos. Él se metió en ese costal para vender a otros del barrio.

Cuando otro día, el hijo mío dizque vestido de soldado. ¿Y sabe para qué se puso esa ropa de soldado? Para venderlos a todos. Ese muchacho hizo hasta para vender ese día.

Una tarde, Mario invitó a Ferney, el niño, a tomar gaseosa a la salida y allá estaba la novia de él, una que se llamaba Nancy. Y que allá estaban unos tipos que miraban muy feo a Mario y que en un matojo había unos tipos escondidos.

¡Ay... Esos fueron unos días muy horribles!

Eso fue como a las cuatro de la tarde. ¡Ay Dios! En la caseta había una cantidad de milicianos. Uno de ellos le dijo a Mario: “Usted se parece bastante a su hermanito, ustedes se

parecen mucho. O sea que si usted muere mañana y ese niño crece, él va a quedar igualito a usted”. Ferney tenía cinco años, imagínese lo pequeñito que era.

Cuando al mucho rato mi hijo dizque desaparecido. Entonces le dijo Nancy a Ferney: “Él aquí trajo un costal y unos zapatos que alumbran”. Y que salió para abajo, para la cancha de Cañada Negra y que ahí había dos muchachas que le dieron de a beso en la mejilla, llorando: “¡Ay Dios!... no nos vamos a ver nunca más”, dizque le decían.

Entonces llegaron unos tipos, cogieron de la mano a Mario, y que él era para abajo dizque seco del llanto. “Vení pirobo que te vamos a matar”. Me contaron que le gritaban. Y el que me contó, se tuvo que perder porque escuchó muchas cosas. A Mario lo llevaban dizque a las patadas. Que él decía que no había hecho nada malo. Así me lo contaron, me lo contaron como a la mamá que soy.

Yo todavía llorando a Julio y ya Mario dizque desaparecido.

Yo me fui para el teléfono público a llamar a la Policía pero no venía nadie. Ese sábado a las doce de la noche y yo llamando y nadie venía. Yo era busque y busque a ese muchacho por todas partes. Al fin me acosté pero no me dormía, yo me sentía muy maluca, con un presentimiento. Yo veía que él entraba pero no, lo veía que pasaba en puras sombras.

A mí me pasaron asombros. A mí me asombraron los dos hijos antes de morir. Me recosté en la cama donde él dormía y él me asombró. Él me salió riéndose y me tocaba el cuerpo. Eso fue antes de matarlo. Como a él le fascinaba el arroz, a mí me tocaba mantenerle una olla llena de arroz; ese día vino en sombras y destapó la olla, sacó arroz. Yo sentí todo, la niña también y Ferney. Era Mario pero no en realidad, sino un asombro. Cuando dice Ferney: “¡Ay amá, lo van a matar!”.

Mario decía que no me iba a durar porque lo amenazaban mucho. Ese amanecer de domingo, a las cinco de la mañana, salí al patio y ahí afuera estaba una evangélica y me dijo: “Mona, vaya a Santa Rita y busque a Mario”. Yo me puse sin saber qué hacer.

Yo me quité la pijama y salí. “Vamos que Mario dizque está muerto, vamos a buscarlo”. Nos fuimos El Caleño, los dos niños pequeños y dos vecinas. Nos fuimos a buscarlo y nada, ni una señal. Les preguntamos a unos jornaleros y ellos dijeron que no habían visto nada. Yo era como mareada, con ese desaliento, con dolores en todo el cuerpo. Anduvimos por todas partes. Nosotros pasamos un alambrado y salimos a un hueco inmenso. Me dijeron: “Vea Mona, allí está Mario”. Yo me desmayé. Yo no me di cuenta de nada más. Él estaba tirado más allá. Los evangélicos me dieron a beber una cosa amarga en una taza, ellos me rezaron, llamaron a la Fiscalía.

Yo quedé en nada. La gente no me dejó verlo porque quedó muy horrible. “Si ella lo ve, se muere”, decían. A él lo torturaron y eso es lo que más me duele. Yo lo vi al otro día dentro del cajón. El esposo mío lo vio, pero el viejo quedó tan impresionado que no dejó que yo me arrimara. Ese muchacho hizo algo grande porque la muerte que le dieron fue horrible.

A Mario le dieron un changonazo, eso tiene una bala grande que entró y le destapó la cabeza. Le sacaron los ojos.

Por allá hay muchos ranchos y hubo gente que oyó los gritos y que pedía auxilio pero quién se iba a atrever a salir.

A nosotros nos tocó pedir limosna para enterrar a Julio y otra vez pedir plata para enterrar a este muchachito. Casi se nos revienta ahí en la caja, en la casa, porque no juntábamos la plata. El tenía la cara llena de chuzones. Ese muchacho no tenía ojos, eso fue lo que más me dolió. El de la funeraria lo destapó y yo miré al descuido y lo vi. Yo me agaché y me puse a rezar. Mi hijo no

tenía ojos sino dos cosas blancas. La gente me decía: “No lo vaya a ver”. El señor de la funeraria se agachó, lo destapó y yo miré: “¡Ay! sí, ese es mi hijo y no tiene ojos”. A él lo volvieron nada. Eso es lo que más duro me dio. Eso fue domingo y lo enterramos martes a las once de la mañana.

Julio era un muchacho más pasivo, más obediente. Pero Mario era tremendo.

El marido mío habló con un muchacho que era como medio primo para que nos ayudara a vender el ranchito. Y ahí apareció la gente que lo iba a comprar. Cuando llegó y nos dijo: “En El Popular hay un señor que les compra el rancho para el hijo de él”. Nosotros bajamos a la glorieta por la plata.

Estaban presentes Jairo y la mamá de Jairo. Hernán me entregó la plata a mí. Yo la metí dentro de un maletín. Él cogió unas enaguas, envolvió la plata y me la entregó. Yo le dije a Elena: “Yo voy a dejar el maletín aquí”. Y ella me dijo: “Tranquila que aquí no roban ni nada”. Yo le dije: “Me tengo que ir para la parroquia por las partidas de los hijos para irme tranquila”. Ella me dijo: “Venga yo la acompaño”.

La niña mía quedó en la casa con dos hermanos de Elena, uno pequeño y otro adulto. Empezamos a caminar cuando ahí en la caseta estaban otros hermanos de ella. Y yo vi que ella miró y les hizo una seña. Nosotros seguimos. Cuando volvimos de donde el padre, me dice Ferney: “Mami, necesito unas medias”. Yo me fui a buscar el maletín y eso todo revolcado, mejor dicho... Yo dije: “¡Ay Señor, la plata!” Entonces fui a ver y nada, ni plata, ni enaguas.

La misma mamá del que nos robó nos ayudó a desocupar el rancho y nos ofreció posada mientras nos íbamos. Los niños vieron al Jairo con un atado de plata en el bolsillo. Nosotros nos lo encontramos en el camino y él nos extravió el camino. Nos robó un millón trescientos veinte mil pesos, toda la platica del rancho.

Como a las ocho de la noche llegó otro de esa familia, y me dijo: “Vea Mona, qué pesar de usted, yo le presto ciento veinte mil para que organice su viaje”. Yo le recibí. Cuando voy yo a ver y era mi plata porque el marido mío tiene la costumbre de ponerle una H o una R a cada billete. Era la plata de nosotros. Él tiene esa costumbre. Desde que yo lo conozco él hace eso. Y el marido mío: “Mona, no diga nada, sigamos callados y salgamos de aquí”.

La ida para Cali nos costó cien mil pesos y nos quedaron veinte mil pesos para fresquiar.

¡En Cali sufrimos con esos pelados! Usted no se imagina, nos tocó dormir en la acera con esos niños. El hermano de Hernán es muy descarado. La casa de Cali era de Hernán, pero el hermano y la cuñada se la quitaron. Allá nos prestó un saloncito para dormir, pero nosotros no cabíamos, no nos podíamos estirar. Entonces nos tocó dormir en la acera porque él no nos dejaba entrar a dormir en una pieza. Hernán compró esa casa con otro hermano que se desapareció en este barrio. Ese muchacho era tan zafado que se puso a decir: “Vea, usted fue el que mató a mi sobrino. Manada de hijueputas”. Se puso a decir eso delante de toda la gente. Después él desapareció.

Dormimos dos noches en la calle hasta que una vecina nos dio posada. Yo le ayudaba a arreglar la casa y a trabajar en un negocio que ella tenía de fritos. Esa mujer nos dio vivienda y comida dos años y sin pagarle un peso, lo que no hizo el hermano.

Allá nos aburrimos y regresamos a este barrio. Aquí estamos pasándola muy mal porque no tenemos ranchito propio y él, con ese trabajo de latonero, no consigue nada. Él sigue saliendo a recorrer las calles con sus herramientas pero hay días que no trae ni un peso. A mí se me metió que los hijitos míos cayeron en los malos caminos por las necesidades. Nosotros no podíamos darles ni lo mínimo. Al principio, el esposo mío los regañaba mucho, pero después, le daba susto hasta preguntarles de dónde venían.

CAPÍTULO 9.

EL CIELO NO ME ABANDONA²⁸

Hay un ángel. Por Carmen Nelly Orozco

Marzo 24 de 2007. Es una tarde fresca. Caen lentamente como cristales en los ventanales suaves gotas de lluvia. Dirijo mi mirada hacia los árboles y veo, de rama en rama, diferentes clases de pájaros: canarios, azulejos, pechirrojos, sinsontes, tórtolas. Trinan y es como si cada uno me anunciara que es el momento justo para escribir con el único deseo en mi corazón de madre: aportar a otros.

Lentamente tomo posición. Dispongo un lapicero y un sencillo cuaderno en el cual quiero que fluyan mis pensamientos, mis recuerdos, mis sentimientos, y narrar ordenadamente las experiencias de un dolor tan desgarrador como es la pérdida de mi hijo mayor, secuestrado, desaparecido y muerto en cautiverio. Justamente, este escrito lo emprendo el día del cumpleaños número veinticuatro de mi segundo hijo, los mismos años que tenía su hermano cuando fue secuestrado por un grupo armado.

Respiro profundamente. Sé que ha llegado el momento de escribir esta historia, aunque pretendo en mi interior ocultar mis temores por enfrentar esta mezcla de sentimientos: tristeza, esperanza, dolor. A veces intento escaparme en una u otra actividad. No será fácil. En muchas oportunidades tendré que suspender para secar mis lágrimas y tomar nuevas fuerzas.

He sido, ante todo, una mujer muy espiritual y por ello estoy convencida de que mis dos tesoros, los diamantes que el Creador me otorgó para moldear y pulir, recibieron la mejor herencia: Conocieron de ese Dios. Él nos ha dado las fuerzas para continuar y tener paz en medio

²⁸ En este apartado se presentan cuatro textos publicados en el libro *El cielo no me abandona*. La publicación con todas las historias puede encontrarse en el CD anexo.

de la tormenta, porque en este mundo todo tiene su hora. Hay un momento para todo cuanto ocurre. Hay un momento para nacer y un momento para morir, un momento para intentar y un momento para desistir, un momento para el amor, un momento para la guerra y un momento para la paz.

Mis pensamientos se dirigen hacia cada uno de los puntos cardinales de nuestra geografía colombiana donde será leído este compendio de literatura que, con palabras sencillas, reconstruye los hechos ocurridos a diferentes familias. Son sucesos que ningún compatriota puede ignorar y mucho menos pensar que no son con él. Es lamentable saber que muchas familias de este territorio han sido tocadas por el flagelo de la violencia. Entonces, mi propósito es que cada una de las personas que tenga en sus manos este libro tome conciencia, porque hay un dolor de patria. Que sean tocados muchos corazones, muchas mentes, desde las más altas esferas de nuestra sociedad hasta el más humilde de los jóvenes que se encuentra en estos grupos. Basta ya. Solamente con el perdón podremos ayudar a construir un país para las generaciones futuras. Respiro nuevamente. Continúan los pájaros trinando. Siento mucha paz interior. En cada uno de los corazones de nuestra familia hemos perdonado. Sonríe levemente porque llega a ocupar su lugar junto a la mesa nuestra mascota, un perrito pequinés, el nene de la familia, a quien tanto quería mi hijo.

Es curioso. Ya no quiero levantarme. Me parece que si lo hago las ideas pueden apartarse. Ya no tengo el temor de enfrentar esos sentimientos. Pienso en el largo camino que he recorrido y que tantas familias apenas empiezan. Para ellas, una voz de esperanza, de consuelo. Más pronto que tarde se logra comprender que nadie más vive el dolor, la amargura y la desolación por la desaparición forzada de un ser querido, que aquellos que siempre estuvieron con ellos, sus propias familias.

Existen razones poderosas para que, desde ese lugar llamado eternidad, nos acompañe un ángel con nombre propio. Sí, a ese ángel le diré Mono, como cariñosamente lo llamábamos. Era un ser con unas características muy singulares, con una personalidad muy propia. Supo aceptar con altura los momentos difíciles, pero también los momentos hermosos que vivimos. Para ese ángel, un homenaje muy especial, ya que es lo menos que podemos hacer por otras personas que han vivido esta situación.

Quiero compartir esos rasgos particulares del Mono. Nuestro Mono. Sonrisa angelical, cabellos largos, ojos tiernos y dulce color miel. 1,85 metros de alto, contextura atlética, deportista de tiempo completo. Estudió Derecho a medias para dedicarse de sol a sol al deporte de las pesas. Hijo ejemplar; padre, amigo, hermano de su Fresita, mi segundo hijo. Responsable, prudente, respetuoso con su padre. Tierno, dulce, amoroso con su madre. Amigo de las celebraciones familiares. Por su disciplina con el deporte nunca trasnochaba. No tomaba. No fumaba. Muy estricto en su dieta alimentaria. Noble, generoso. Ejemplo para muchas personas que lograron conocerle. Todo un señor, como su propio hermano se expresa de él.

Fue el día 25 de enero de 2002. La hora, dos y media de la tarde. Como de costumbre me pidió la bendición. Salió con su porte. Me miró tiernamente y me pudo decir: “Mami, voy a salir con una amiga”. Iba vestido con su camiseta blanca ajustada en las mangas. Sus músculos bien formados se podían ver perfectamente. Su figura era producto de mucho esfuerzo y sacrificio en su deporte. Sus yines, sus botas. Se esmeraba por tener una buena presentación, máxime cuando se trataba de una cita laboral, como en esa tarde. Su conocida, porque nunca lo había visto con ella, lo presentaría a una empresa para un desfile de ropa deportiva y bluyines. El Mono se desempeñaba como modelo profesional de una reconocida marca. ¡Salió tan lindo con su

camiseta blanca! En este momento es como si estuviera presente, frente a mí. Sus dientes blancos, bien cuidados, aparecieron en esa última sonrisa.

Salí al balcón. Vivíamos en un barrio estrato cinco de la ciudad. Tomó su moto del parqueadero, “su niña”. Levantó su mano derecha como diciéndome ya vengo, no me demoro. Lo bendije. Mi mirada lo siguió hasta que no vi más su cuerpo fornido, su camiseta blanca; la misma que me permitió reconocer sus restos el día que me lo entregaron en Medicina Legal, el 25 de enero de 2006, exactamente cuatro años después de aquella despedida.

Como de costumbre, nos sentamos los cuatro a almorzar en la mesa de nuestro hogar. Recuerdo que ese día preparé su almuerzo favorito. Caserito de mami, como decía. Para él, pastas sin ningún tipo de salsa —para los otros, la salsa por aparte— ensalada, tortilla de espinacas, sus siete huevos duros sin yemas en agua leche y bocadillo. Esas eran más o menos las características de su alimentación. Nada de grasas. Nada de salsa. Nada de azúcar. Todo muy sano.

También se despidió de su papá y de su hermano. Una despedida sin regreso. Empezó un viaje del cual sólo regresó el día en que pudimos llevarlo a su última morada terrenal. Nosotros iniciamos un viaje inmensamente largo y doloroso: su búsqueda. Nuestras compañías fueron la perseverancia, la prudencia, la confianza en que lo encontraríamos y en Dios. A la joven que estuvo con él nunca la vimos. No supimos quién era. Tampoco conocimos la empresa donde lo iba a llevar para la prueba de tallaje.

Durante los siguientes dos meses mi familia y algunos amigos nos acompañaron sin descanso. Parejas de esposos que con su voz de aliento y sus oraciones siempre estaban con nosotros. También se hicieron presentes algunos compañeros del Mono y sus amigos más íntimos. Sus primos salían de sus empleos y nunca faltaban en mi casa a la hora del almuerzo y de la cena. Nos acompañaban hasta altas horas de la noche. Todos esperábamos una llamada que

nos diera información para encaminar la búsqueda. Algo certero. Teníamos la esperanza de que alguien se apiadara del Mono y, por supuesto, de nosotros.

Como madre sabía que no era normal que mi hijo saliera y no se comunicara a la casa. Siempre llamaba desde donde estaba. Era tan casero que aún desde la casa de su abuelita, donde iba todas las noches a darle vuelta a su tía, llamaba. Allá veía el noticiero de las siete. Ese día algo no estaba bien. No llegó a comer. No llamó. No se presentó a un desfile que tenía en un centro comercial a las nueve de la noche. Los compañeros empezaron a llamar porque el Mono no llegaba.

Transcurrió esa interminable noche del viernes. Llegó su papá. Yo había cerrado la puerta del cuarto del Mono para no preocuparlo. Se acostó. Mi hijo menor llegó de la universidad. A él le dije que el Mono estaba trabajando. Se puso a ver sus programas de televisión. Como a las diez, colocó una película que la noche anterior su hermano, que tanto lo contemplaba, le había llevado. Recuerdo que esa noche, la anterior, los dos juntos veían esa película y se reían enormemente. Yo me puse a orar. Fueron una o dos horas, si mucho, las que pude medio dormir por la preocupación.

Amaneció. A las ocho de la mañana me dispuse a llamar a su papá y a su hermano. Cuando desayunaron sólo recuerdo que les dije: “El Mono no aparece”. ¡Qué noche aquella! ¡Qué días interminables! Toda una eternidad. Yo estaba bañada, arreglada y lista para salir, pero no sabía qué hacer. El papá repartió funciones. Él y su hermano, la Fresita o el Frutiño, como cariñosamente le llamaba, para los hospitales. También fueron donde sus amigos, sus compañeros de trabajo y su novia, con quien llevaba dos años. En fin, una maratón de allá para acá. Yo, en el apartamento, estaba pendiente del teléfono. A la una de la tarde llegaron sin ninguna noticia. Aún no había llamado a la familia para no preocuparla. Fue entonces cuando su papá llamó a uno de

los primos más cercanos del Mono. El nombre de mi ángel es cambiado, porque el Mono era como cariñosamente lo llamaba su tía abuela, quien inculcó en él grandes valores. Los dos amores de mi familia. Se amaron a tal punto que mi dolor de madre, en toda la extensión de la palabra, lo ha vivido ella paso a paso como si fuera yo misma.

Continúo con mi narración. Si está bien escrita y ordenada, eso fue lo que me propuse. Si es mediocre y sin valor, es todo lo que pude hacer. Deseo que esta obra literaria, con variedad de estilos, agrade a los lectores, pero más que nada pretendo que llegue a muchos corazones, en especial a los de aquellos violentos que terminan con la vida de quienes amamos, como también con la de quienes quedamos. Y es así. Cada día que vivimos, vemos el mundo girar y girar pero no entendemos lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. Por esta razón quiero dejar en estas líneas un homenaje profundo al Mono, al ángel, pero también a mi otro hijo, pues su fortaleza y sus ganas de superación han sido fuente suficiente para tratar de continuar.

A mi hijo menor y a su padre mi gratitud eterna por el tiempo que me regalaron para perseverar en la búsqueda del Mono. Todos, siempre unidos, tomamos la decisión de buscar a nuestro Mono a pesar de... Gracias a mi familia, a todos los que hicieron posible encontrar a nuestro Mono, pero especialmente a Dios, pues permitió que este Mono entrañable se convirtiera en un ángel para conducirnos a hallar sus huesitos.

¡Qué dolor tan profundo ver salir a nuestro ser querido todo un cuajo y tener que darle sepultura a sus restos! No tuvimos la oportunidad de tenerlo en sus últimos momentos. No sabemos cuáles fueron sus últimas palabras ¿Qué pasó? En fin. Tantas preguntas sin respuesta. Pero precisamente por ser un ser tan especial y ejemplar en vida no se podía quedar sin su última morada terrenal.

Se dice que debemos dejar descansar en paz a los que ya no están con nosotros, pero sí puedo decir con certeza que cuando uno encuentra a los desaparecidos no sólo ellos descansan, sus familias también. El dolor del encuentro es muy diferente al que se siente durante la ausencia. Es un dolor basado en la realidad de que no volverán. Pero también queda la satisfacción del deber cumplido. Por ello, elevo un clamor de madre para todos aquellos que, por una u otra razón, tienen conocimiento del lugar donde se encuentran las personas desaparecidas: contacten a sus madres o familiares y den razón sobre estas personas. Estamos llamados a bendecir nuestra nación y una forma de hacerlo es calmar, en parte, el suplicio de una familia por el secuestro o desaparición de un ser querido.

La semana siguiente a la salida del Mono de nuestro hogar fue muy dura. Las noches empataban con el día. Recuerdo que su padre lloró amargamente ese primer domingo. Seguro ya presentía una situación bien difícil y dolorosa. Él mismo lo decía: “Algo anda mal. El Mono jamás se queda sin informarnos dónde está”. Cubrió su rostro con una toalla. Su llanto se transformaba en alarido y con un profundo dolor llamaba a su hijo. Todos los que estábamos en la casa nos contagiábamos de su tristeza y terminamos llorando a mares. No podíamos consolarnos. Algunas personas no pudieron resistir ese cuadro y se fueron.

Siempre, desde el primer momento, buscamos ser acompañados por la oración de sacerdotes, pastores y comunidades religiosas. En nuestro hogar cada jueves se reunían grupos de oración, y a ellos nos acompañaba el Mono. Hoy sabemos que las oraciones de tantas personas unidas por el mismo fin fueron escuchadas.

Comenzó una nueva semana. Era lunes y se acercaba el cumpleaños número veinticinco del Mono. Yo guardaba la esperanza que estaría con nosotros para esta fecha, pero no fue así. Ese mismo día en la mañana llamaron para informarnos que habían encontrado sus papeles en un

lugar húmedo. Pensé que aún estaba con vida, pero las caras de los que nos acompañaban se alargaron. Sus rostros reflejaban nostalgia. El llanto de su hermano, de mi madre y del sobrino que vivió con nosotros era inconsolable.

Mi esposo salió acompañado en busca de los documentos de su hijo. Era la hora de almuerzo y la mesa se quedó servida. Mi esposo regresó traspasado de dolor. Los papeles estaban secos y organizados en su billetera, tal cual era ese ángel. Quienes tenían a nuestro hijo no los tocaron. Tampoco le dieron la oportunidad de hablar porque siendo como era, un ser lleno de amor, su fin no hubiera sido éste. Por ello, en secreto, yo misma pensaba: Es un ser tan adaptable a las circunstancias que por su amor a la naturaleza, a las aves sobre todo, no debe estar sufriendo. Jamás llegaron a mi mente malos pensamientos. Por su fácil adaptación, suponía que estaba compartiendo sus conocimientos. Pero la realidad era otra. Para estos grupos sólo existe su propia ley. No existen sentimientos. Al contrario, mi Mono sufría enormemente con el dolor del otro.

Hemos sido una buena familia, de principios sanos y generosos. ¡Qué contraste! Cuando uno está en este cuento se va dando cuenta, poco a poco, de tantas cosas que jamás pensó que pudieran ocurrir en nuestra ciudad, en nuestros barrios, en nuestro entorno. Cuando recuerdo a mi hijo, lo veo como un ser que recibió mucho amor. Me pregunto: ¿Qué tanto amor pudo tener en su hogar la persona que terminó con la vida de mi hijo?

Casualmente, en este momento van y vienen mis pensamientos y me traslado a dos hechos ocurridos en esa última Navidad: Un encuentro de jóvenes, muy reducido el grupo por cierto, en el cual el Mono habló hasta altas horas de la noche. Les contó de los beneficios que traía tener una vida sana, un continuo ejercicio físico, una buena alimentación. Estos muchachos eran como anestesiados. No espabilaban escuchándolo.

¡Qué recuerdo tan hermoso el de las últimas vacaciones que tuvimos juntos en ese hermoso lugar que tanto amó: la orilla del mar! Me parece verlo como un niño dejándose acariciar por su madre sus cabellos, los mismos que muchas veces entrelacé en mis dedos. También lo veo diciéndole a la abuelita: “Dígale a mi mamá que me deje bañar en el mar al nene (la mascota)”. ¡Cómo me estaría lamentado hoy si no le hubiera otorgado esa dicha! A los lejos se veía la felicidad que tenía en esos momentos. Siempre hemos sido así, una familia que ha sabido disfrutar de las cosas bellas y sencillas de la vida: ver el color de las flores, el aletear de un pájaro, el colorido de una mariposa.

Con la primera semana de la pérdida del Mono empezó para nosotros todo un calvario. Hechos imposibles de olvidar. Ese día martes, en la noche anterior a su cumpleaños, a las once y media más o menos, sentí desde lo más profundo de mis entrañas que todo se me desgarraba. Un vacío. Una voz con un profundo lamento llegó y retumbó en mis oídos: “Mami, búsqieme”. Sí, era la voz de mi ángel, la misma que dejé de escuchar el día de su sepultura. Es increíble descubrir cómo un ser está tan ligado a otro.

No sé cuántas experiencias de este tipo les han ocurrido a su padre o a su hermano. Sí sé que lo recordamos con todas las cosas bellas que dejó en nosotros. Su padre, con su enfermedad y todo, lo menciona de una manera muy parca. Evita tratar el tema del Mono. Parece que quisiera revivir los recuerdos en su silencio. Su hermano, por el contrario, lo recuerda de una forma muy singular: la jocosa forma de ser del Mono, sus cosas graciosas, sus ocurrencias, sus expresiones entre ingenuas y graciosas. Todos los días lo recuerdo. Yo, en algo o en alguien, cada día veo a mi Mono.

Hoy he superado en buena parte esta ausencia. Aunque no puedo negar que hay días, fechas y circunstancias en las que vienen a mí las lágrimas. Mucha nostalgia. Pero me motiva saber que otras personas están esperando lo mejor de nosotros. Muchos nos necesitan y debemos continuar.

En la búsqueda de un ser querido se comienza un verdadero calvario. En más de una ocasión me vi tentada a salir en su búsqueda de mascota en mano y disfrazada. Me detuvo el temor de no regresar, ya que en ese entonces me decían que era peligroso. Me detuvo pensar en el hijo que quedaba, en mi esposo, en mi madre. Me detuvo el hecho de no tener una ruta establecida para saber por dónde empezar. No sabía cómo llegar a algunos sectores. Dentro de mí funcionaron ante todo la calma, la prudencia. Por eso sí hay un ángel con nosotros.

No participé en ningún grupo o asociación con este fin. Todo se fue dando poco a poco, como mi hijo, sin apuros, con paso firme y seguro. Asistí a talleres programados para la paz y la convivencia. Conocí personalidades, conferencistas internacionales. De ellos obtuve grandes aportes por sus experiencias en otros países donde se han superados estos episodios del conflicto armado. ¡Increíble! Cuando engrosamos la lista de víctimas, nos damos cuenta de este calvario, de tantos pasos que tuvimos que recorrer.

Trascurrían los días, los meses, los años. En la búsqueda encontramos muchos altibajos, desengaños, incertidumbre, desolación, abandono, amargura, dudas, temores, pero todos son vencidos cuando la familia está unida y tiene esperanza de obtener resultados.

Se desgasta uno físicamente. La salud empieza a deteriorarse. Llegué a tener las plaquetas en 23 mil cuando lo menos que se requiere son 150 mil. La mente se bloquea con facilidad. Los primeros días se vive como en otro planeta. Una y otra vez leía en mi Biblia Eclesiastés 12 versículos 1-3. Ese capítulo que tantas veces leía mi Mono. “Acuérdate de tu creador en los días de tu juventud, antes de que vengan los días malos y lleguen los años en los que digas: No tengo

ya en ellos gustos; antes que se oscurezca el sol y la luz, la luna y las estrellas y vuelvan de nuevo las nubes, después de la lluvia; el día en que tiemblen los guardianes de la casa, en que se encorven los varones fuertes, en que cesen las que muelen porque serán poco numerosas, en que se oscurezcan las que miran por las ventana”.

Se encuentra uno como en un suspenso. Durante el primer mes íbamos y veníamos de un lado para a otro. No veíamos nada. No entendíamos nada. No captábamos nada. Colocamos avisos en los medios de comunicación, pero no obtuvimos resultados. Aparecieron los insensatos que viven del dolor ajeno. Los oportunistas sin sentimientos. Existen frases rutinarias: ¿Otro desaparecido? Cuando ni siquiera sabíamos que en esta ciudad se vivían capítulos tan amargos.

Ya puesta la denuncia, la Personería de Medellín sacó varias veces la foto de él. Con esto sólo se consiguió que personas sin corazón llamaran a lastimarnos más el nuestro. Durante muchos meses hubo toda clase de llamadas. Desde condolencias, hasta extorsiones de toda índole con resultados infructuosos. Despistes de ubicación a los que acudíamos innecesariamente. Unos decían que estaba en lugares que iban desde la costa de la Guajira hasta el Valle, pasando por Bogotá, Putumayo y Amazonas. Hasta en sitios del exterior lo habían visto. Unos decían que estaba vivo; para otros, enfermo; para otros, loco y mendigo; para más de uno estaba muy mal herido, deprimido; y, lógico, para otros estaba muerto. A todas estas no faltaron las amenazas. Contar esto no es fácil porque fueron cuatro años de responder a estas llamadas, casi todas maldadosas. Sin reponernos de unas versiones nos llegaba otra.

En la tormenta de esos primeros días no faltaba el que insinuaba que nuestro ser querido no era como pensábamos. Este fue el mayor motivo que me impulsó a buscar a mi amado hijo. Acudí a sus confesores espirituales, a mi párroco, a los capellanes de la Universidad Pontificia Bolivariana donde realizó sus estudios. Todos lo confirmaron. Mi corazón de madre no me

engañaba. El propio párroco me recomendó salir y demostrar quién era mi hijo. Con esa certeza logré hacerlo. Di un paso adelante y lo hice. Acudí a País Libre en Bogotá. Fue mi primer contacto. Pusieron a nuestro servicio una psicóloga permanente. Con su ayuda, en pocas consultas, permanecí firme para enfrentar y soportar tantas situaciones amargas.

He sido el pilar para mi hogar. Mis fuerzas vienen de lo más alto. De aquel que hizo el cielo y la tierra, quien permite que salga el sol para buenos y malos, para justos e injustos. En medio de mi dolor veía como mi madre, que era un roble en la familia, se iba apagando lentamente. Me propuse no dejarla apagar. Salí adelante luchando. Ella, al ver mi tenacidad, fue recuperándose. Hoy, después de estos años, continúa con nosotros a sus 88 años en plena lucidez. Aceptó con mucho valor la pérdida de su nieto.

A mi esposo se le agudizó la enfermedad al máximo. Mi hijo menor se fue metiendo en el ausentismo. No pudo continuar su carrera de Economía. Empezó Derecho pero le fue imposible cursarlo. Procuraba no atormentar con su dolor a su papá, su abuelita, sus tíos y a mí. Optó por pasar en silencio. Otras veces se metió de lleno en el fútbol. Sólo ahora decidió empezar a estudiar nuevamente, pues gracias a Dios ha encontrado consuelo.

Un hecho muy triste que marcó durante mucho tiempo este caminar fue la pena moral de mi hermano. Partió de nuestro lado porque no pudo soportar la ausencia de mi hijo. Cada día, con mucho esfuerzo por su estado de salud, iba a acompañarnos y me decía: “Mija, no sé cómo soporta usted esta pena”. Triste, porque mi hermano estaba a la espera de un trasplante de corazón. Ese corazón puro, limpio, transparente de mi hijo no pudo reemplazarlo, pues quien cortó su vida no sabía que había un padre esperando un corazón para continuar el camino con sus dos hijos y su esposa. Ni eso nos lo permitieron.

A los tres años y medio de la desaparición del Mono salió la Ley de Justicia y Paz. Empezamos a buscar su ayuda. Unas veces acudimos donde el doctor Jaime Jaramillo y otras donde el doctor Gustavo Villegas. ¡Ay, que Dios los bendiga hoy y siempre! Nos escucharon con atención. Nos brindaron todo su apoyo. Ellos nos recomendaron con el doctor Jaime Bustamante. Él y su equipo de colaboradores, en julio de 2005, nos dijeron que todo parecía indicar que el Mono estaba muerto. Para el primero de noviembre nos confirmaron tan espantosa información.

El 16 de diciembre de 2005 me llamaron de Medicina Legal para reconocer sus pertenencias. “Le pedimos que se acerque a reconocer unas pertenencias”. Creíamos estar preparados por si esto ocurría, pero qué equivocación. Nadie siente lo que uno vive. El camino para llegar hasta allá se hizo eterno. De mi familia sólo estaban en Medellín mi hermana mayor y uno de sus hijos.

Supuestamente, mi hermana era la persona más fuerte de mi familia, pero qué va. Llegó al apartamento estrato tres a donde tuvimos que desplazarnos. Su cara estaba pálida y por sus ojos se trasapaba el dolor. Me abrazó y expresó: “Arréglese. Tiene que ir a Medicina Legal”. Mi sobrino, quien había vivido con nosotros un tiempo, abrazó a mi otro hijo y le dijo: “Fuerte hermano. Su mamá necesita mucho ánimo. Acompáñela”. Mi hijo se emperó a llorar. Su llanto jamás lo olvidaré. Quedó marcado para siempre en mi corazón. Decía: “¿Por qué a mi hermano? ¿Por qué?” Al papá le avisamos cuando llegamos de Medicina Legal.

¡Qué martirio reconocer sus pertenencias! Las fueron sacando por partes de una bolsa plástica negra. Adentro también estaban sus restos. En ese momento yo tenía el mínimo de plaquetas necesarias para el proceso de coagulación de la sangre y cada vez que me mostraban algo me desmayaba. Era increíble lo que estaba viendo: los huesos de mi hijo secos. Verlo salir tan fornido y tenerlo en ese momento así. Sus llaves, su camiseta.

Al final me dijeron: “Nosotros se los vamos a tener aquí en custodia como una joya, pues no se lo podemos entregar hasta no hacer los estudios de rigor. No podemos empezar hoy porque todos salimos a vacaciones”. Yo les rogué que me dejaran permanecer con él, que les prometía no causar molestias, pero fue imposible. Con un inmenso dolor aceptamos pasar el mes de diciembre en velorio sin sus restos. Fue horrible. No quiero recordar esa nueva separación, así fuera de sus restos. Pero mi corazón de madre, por lo que vi, me aseguraba que era él.

El 23 de enero de 2005, los estudios forenses que le habían practicado confirmaron que, efectivamente, se trataba de mi hijo. El 25 de enero, día en que se cumplían cuatro años de su desaparición, nos autorizaron para hacer las vueltas del sepelio. Entre una y otra gestión pasaron cinco días. Le dimos cristiana sepultura el 30 de enero, día en que hubiera cumplido veintinueve años de vida.

Fue hermoso. Cuatro años de inhumana espera, pero al fin el Todopoderoso se apiadó de nuestro indefinible dolor y permitió que familiares, vecinos, conocidos y amigos entrañables hiciéramos realidad nuestro sueño: Colmar la iglesia en la que lo bautizamos, en la que había hecho su primera comunión. ¡Qué belleza ser la misma que a los veintinueve años lo albergara por siempre en su última morada! Fueron 1.460 noches de espera.

Sin respuestas. Por María Theresa Giraldo

Todo comenzó hace un poco más de dieciséis años. El día 28 de enero de 1991 salieron de Medellín mi esposo, en esa época de 43 años; mi hijo, de trece años; el señor Luis Cortés, quien conducía el vehículo en que viajaban, un jeep Toyota blanco cabinado de placas OM-5384 que había sido propiedad de mi suegro (asesinado en Salgar, Antioquia, en marzo de 1989 por el ELN); el señor Hernando Londoño Henao; y un teniente activo del Ejército perteneciente al Batallón Pedro Nel Ospina de Niquía, con destino a la finca El Jardín, también conocida como La

Calera. Era de nuestra propiedad y está situada en La Danta, corregimiento del Municipio de Sonsón, en el Magdalena Medio antioqueño.

Aparte de una visita de rutina a la finca, esta vez el objetivo principal era el de poner a funcionar de nuevo el horno para la producción de cal viva y cal agrícola, productos obtenidos por el procesamiento de la roca de mármol. Para la extracción de este material es necesaria la utilización de dinamita para partir la roca, razón por la cual entre los acompañantes de mi esposo iba el mencionado señor Londoño Henao, quien tramitaba la compra de la dinamita con el Batallón Pedro Nel Ospina. El teniente fue asignado por el batallón para inspeccionar el área donde posteriormente se llevarían a cabo las voladuras de mármol.

Ese mismo día, a eso de las tres de la tarde, al salir de la finca fueron interceptados por un grupo de civiles armados o autodefensas que opera en la región de La Danta, Sonsón, al mando, en esa época, del señor Jesús Alfonso Ochoa, alias Tío, y bajo órdenes de Henry de Jesús Pérez, jefe de las Autodefensas del Magdalena Medio. Fueron llevados a un retén que ellos tenían a la entrada del Corregimiento. Allí los tuvieron hasta aproximadamente las ocho de la noche cuando llegó un vehículo con refuerzos y fueron sacados vendados y amarrados con rumbo desconocido.

En vista de que ese día no regresaron empecé a preocuparme, pues mi hijo tenía entrenamiento de fútbol al día siguiente. Al otro día me llamó el entrenador preguntando por mi hijo, pues era muy cumplido y responsable. Le dije que no sabía nada de ellos, ya que no contestaban el teléfono en la finca ni en La Danta.

Al día siguiente, 30 de enero, viajé a La Danta con mi cuñada a averiguar por ellos. Allí vivía mi cuñado y nos contó que los habían secuestrado y que no le permitieron llamar a avisar.

El primero de febrero de 1991 logramos conseguir una cita con Henry Pérez por intermedio del padre Diego Botero, cura párroco de La Danta y Doradal.

El padre Diego nos comentó que le había tocado esperar bastante en Puerto Boyacá para conseguir la cita con Henry, pues en la oficina se encontraba el comandante, en esa época, del Batallón Bárbula. Luego supe que al teniente que habían secuestrado con mi esposo le dieron tratamiento especial y fue liberado seis días después. El padre Diego nos acompañó a la cita con Henry Pérez y nos advirtió que no habláramos nada hasta que él tosiera. Esperamos un rato en la casa de Puerto Boyacá y luego entró Henry. Venía con muchos escoltas armados con metralletas. A mí se me olvidó lo que dijo el Padre y le dije: “Don Henry, soy la esposa del secuestrado y necesito que me entregue hoy a mi hijo”. Él se puso furioso y me llamó aparte. Mi cuñada y el Padre se pusieron pálidos y yo me fui detrás de él a un lugar cerca de una piscina. Saqué valor y le conté lo sucedido. Le dije que el niño tenía sólo trece años, que estaba perdiendo colegio, que parecía de más edad por la estatura, pero que me lo devolviera. Le mostré la tarjeta de identidad. Le dije que mi esposo me había recomendado que cuando tuviera un problema en el Magdalena Medio acudiera a él, cosa que era falsa, que yo confiaba en que él me ayudaría, que si tenía algún problema con mi esposo lo arreglara pero que por favor me devolviera a mi hijo. Él me contestó que sólo mandaba del río Magdalena hacia Puerto Boyacá, y que había subalternos que se le salían de las manos. Llamó a un muchacho alias Chocolate y le dijo que me anotara un número para llamar y que trataría de ayudarme. Cuando salimos el Padre me dijo que yo había sido muy valiente por la forma cómo le hablé, porque Henry era furioso.

Salí llorando, lloré todo el trayecto hasta el Batallón Bárbula de Puerto Boyacá. Como no encontré al comandante, hablé con un sargento de inteligencia y le comuniqué lo ocurrido a mi esposo y mi hijo. Más tarde fuimos a La Danta y hablé con el señor Alfonso Ochoa Tío, quien me mintió todo el tiempo y ya sabía que yo había hablado con Henry, pues todo se lo comunicaban por radio.

El 11 de febrero fuimos llamados a rendir declaratoria mi cuñada y yo en el Batallón Pedro Justo Berrío, cerca al aeropuerto Olaya Herrera. En el interrogatorio nos mostraron un panfleto titulado “Movimiento Moral Militar 3M”, donde, entre otras cosas, decía: “Hoy hacemos entrega del primer oficial retenido por nuestra organización, cuando en compañía de hombres de Escobar participaba en negocios de explosivos”, cosa supremamente extraña pues la misión del teniente era otra muy diferente y, además, no llevarían un niño de trece años para una misión tan peligrosa. Además, tenían el permiso de la Alcaldía de Sonsón por ser área de su jurisdicción.

Es de anotar que, desde la cita con Henry Pérez, marcaba el número que me dio Chocolate unas quince o veinte veces diarias y dejaba la razón de que por favor me devolvieran a mi hijo, pues no consentía que un niño estuviera privado de la libertad, quién sabe en qué circunstancias, sin conocer nada de la vida.

En la noche me arrodillaba ante el Corazón de Jesús y le pedía con mucha fe que lo liberaran. Fue una experiencia espantosa. La niña, que tenía un año en esa época, se enfermó. La melliza, callada todo el tiempo. Y yo, con mucha incertidumbre...

Por fortuna tuve el apoyo de mi familia que me acompañó todo el tiempo con sus oraciones y presencia, lo mismo que una tía de mi esposo y su familia. En esos días se cumplió el primer aniversario de la muerte de mi papá y mi hermana menor, fallecidos en un triste accidente en Sonsón.

El 12 de febrero conseguí una cita con el doctor Juan Guillermo Sepúlveda, procurador departamental en esa época. Allí escucharon mi declaración y al día siguiente el mismo doctor Sepúlveda me llamó para informarme que había enviado mi caso a la Personería de Honda, pues allí lo investigarían.

El 13 de febrero acudí a la Unidad Antisecuestro (Únase) y al Departamento Administrativo de Seguridad (DAS). En la noche del mismo día fui a la IV Brigada, al apartamento del comandante del Batallón Pedro Nel Ospina. Hablé con la esposa para ver si por medio de ella me era posible hablar con el teniente que había estado secuestrado con mi esposo, pues en el batallón me informaron que lo habían liberado. Fue imposible hacerlo a pesar de mi insistencia.

El 15 de febrero estuve en el comando de la IV Brigada y hablé personalmente con el comandante. Tomó los datos. Me manifestó que el secuestro no fue en su jurisdicción pero que trataría de ayudarme. Como siempre, llamé todo el día a Puerto Boyacá rogando que me devolvieran al menos a mi hijo. La última llamada la hice más o menos a las once de la noche. Aproximadamente a la una y media de la mañana llamó mi hijo y me dijo: “Mamá, estoy vivo y voy para la casa”. Colgué el teléfono saltando de felicidad y esperé y esperé... Pensé que ya llegaba y nada.

Eran las diez y media de la mañana del sábado 16 de febrero cuando mi hijo bajó de un taxi. Casi no lo reconozco. Estaba supremamente delgado y pálido, y tenía los huesos de la cadera pelados, casi en carne viva. Pero estaba vivo, gracias a Dios. Todo el barrio se dio cuenta. Le pregunté por el papá y me dijo que vendría en unos días porque lo necesitaban para preguntarle algunas cosas. Dijo que venía muy triste por la despedida con su papá, que rogaba para que lo dejaran con él y que, viendo al papá tan triste, quería quedarse.

Inmediatamente, mi hija, su melliza, se fue a comprarle los libros y útiles para empezar a estudiar ese lunes y ella lo ayudó a desatrasar. Como una hora después de la llegada de mi hijo llamaron por teléfono —era un hombre pero no se identificó— preguntando si había llegado mi hijo, y colgó.

Como estaba contando, mi hijo fue liberado cerca a Mariquita, Tolima, en una autopista, a la media noche del 15 de febrero, con el conductor y el tramitador en la compra de la dinamita. El otro trabajador se había quedado en la finca el día del secuestro.

Días antes fui al Instituto San Carlos de La Salle donde había matriculado a mi hijo para el grado octavo. Le conté lo del secuestro al rector, hermano Bianor Gallego, y me pareció muy inhumano, pues en vez de decirme que lamentaba mucho lo sucedido, me dijo que si faltaba un mes a clase había que cancelarle la matrícula porque así lo exigía la Secretaría de Educación. Ésto, a pesar de que llevaba dos años con medalla de excelencia y de haber sobresalido por ser muy buen arquero de fútbol. Afortunadamente, mi hijo pudo continuar estudiando.

El día 20 de febrero hablé de nuevo con el comandante de la IV Brigada y él me informó sobre la liberación del teniente que había sido secuestrado con mi esposo.

El 4 de marzo hablé por teléfono con el comandante de la XIV Brigada de Puerto Berrío, y manifestó no saber nada del secuestro, pero dijo que le daría instrucciones al comandante del Batallón Bárbula para que hiciera inteligencia.

Esa semana hablé con los dos señores liberados junto con mi hijo. Me manifestaron que cuando salían de La Danta la noche del secuestro, vendados y amarrados, en los retenes donde los hacían parar, el conductor decía que estaban trabajando a órdenes del Batallón Bárbula.

El día 6 de marzo estuve de nuevo en la Procuraduría y hablé con el señor Gustavo Hurtado. Posteriormente, este señor envió a algunas señoras de los desaparecidos de la misma época para que hablaran conmigo y se aterrorizó de solo pensar en que viajara alguna delegación de la Procuraduría a investigar al Magdalena Medio.

El 18 de marzo envié una carta contando lo sucedido y solicitándole ayuda al comandante de la XIV Brigada de Puerto Berrío. Esa semana envié por alguna maquinaria de la calera a un

sobrino que tenía un camión. Le advertí que si lo paraban en algún retén de las autodefensas dijera que la traía para reparación. Así pude salvar algo.

El 24 de marzo recibí dos notas de mi esposo. Me las entregó en río Claro un joven conocido que trabajaba con las autodefensas. Esta es la transcripción textual:

Primera nota: “Creo que el asunto mío no es grave. Estuve quince días con una patrulla de la Policía Élite. Me trataron bien, pero no me interrogaron. Llame al coronel del Bárbula y si no le pasa, visítelo personalmente. Dígale que fui detenido en La Danta delante de todo el pueblo por un civil, que está de comandante Ochoa que trabajó conmigo en el Bomboná, que no diga que él no tiene conocimiento porque este grupo está en su jurisdicción y trabajan autorizados por él, que además fui detenido con un teniente en servicio activo del Batallón Pedro Nel Ospina, que la primera semana lo soltaron —tuvo que haber sido por una intervención de su comandante porque él estaba cumpliendo una misión oficial en la cantera—, que ya voy a cumplir dos meses en calabozo, enfermo, con la misma ropa y sin recurso de justicia, que cuándo me resuelve la situación o que cuál juzgado me recibió el interrogatorio para enviar el abogado. Dígale que, además, el hijo menor de edad también estuvo quince días en calabozo, que toda la situación es porque tres miembros que trabajan con el grupo en La Danta colaboraron para cercarme y expropiarme a las malas una mina de oro en La Danta: Álvaro, Darío y un hermano de Álvaro que está con el grupo, pero cualquier aclaración la doy yo en el interrogatorio. Si le contesta que se dirija a la Brigada XIV, dígale que no va a perder tiempo para que no la atiendan, pero que tenga en cuenta que fui detenido en su jurisdicción y que estoy aquí porque a mí me conoce mucha gente de las autodefensas y han comentado en Doradal”.

Segunda nota: “Cuénteme qué le ha dicho el coronel del Bárbula, porque no me vaya a salir con el cuento que usted, después de pertenecer diez años a una Institución Militar, de terminar

una tesis sobre Administración Municipal (sobre La Danta) no sepa o no pregunte quién es la primera autoridad militar del Corregimiento, además usted sabe quién es el comandante del grupo y dónde reside. Hable con el coronel Rodríguez y dígame que la detención mía no es tan secreta porque fui detenido delante de todo el pueblo de La Danta. Que todo el mundo sabe que el comandante de ellos es Henry y que trabaja a órdenes del Batallón Bárbula, que además fui detenido con un teniente en servicio activo que venía con nosotros y que lo soltaron la primera semana, que tuvo que haber intervenido su comandante del Pedro Nel Ospina, dejando a un niño veinte días en el calabozo y a mí pudriéndome ya dos meses”.

El 25 de marzo fui nuevamente al Batallón Bárbula y pude hablar con el coronel. No le hablé de las notas para no perjudicar al joven que me las entregó, pero le dije lo mismo, diciéndole que me habían informado por teléfono (lo que decían las notas). Además, le manifesté que mi esposo estaba secuestrado en la hacienda Las Palmeras (información que logré sacarle al joven que me trajo las notas). Luego supe por algún libro que leí que la hacienda Las Palmeras figuraba a nombre de Henry Pérez y está situada enseguida del Batallón Bárbula. El comandante del Bárbula trató de negarme su vinculación con las autodefensas y llamó a un subalterno preguntándole si sabía dónde quedaba situada la hacienda Las Palmeras. El subalterno le dijo que sí sabía, y quedó de ordenar un allanamiento para esa misma tarde. Además, me dijo que le llevara un informe por escrito de los sucesos, al día siguiente. Me fui para San Miguel donde la esposa de un tío de mi esposo, y allí escribí el informe que me pidió el coronel.

Al día siguiente regresé al Batallón Bárbula, llevé el informe y el coronel me mostró alguna munición que encontraron durante el allanamiento, pero me dijo que no había nada más. En la tarde del mismo día, cuando llegué a Medellín, me llamó el joven de las notas, me comentó lo del allanamiento a la hacienda y que no le pudo entregar a mi esposo unas notas que le envié con una

pantaloneta y unas medicinas, pues habían sacado a mi esposo y a otro detenido para la orilla del río Magdalena y no sabían qué había pasado con ellos.

Seguramente, “los tiraron al río Magdalena”, según recientes declaraciones de Ramón Isaza Arango, actual comandante de las Autodefensas del Magdalena Medio.

El día primero de abril llamé por el microondas de la IV Brigada al comandante del Batallón Bárbula. Le comenté que me habían informado que efectivamente mi esposo estuvo en la hacienda Las Palmeras y que lo habían sacado para la orilla del río. Me contestó que iba a hablar con el alcalde de Puerto Boyacá.

El día 2 de abril hablé con un coronel de la Policía Élite en Bello. Le comenté que me habían informado que mi esposo había estado quince días con una patrulla de la Policía Élite y me contestó que la única patrulla de la Policía Élite era la que estaba a la entrada de la Hacienda Nápoles. El 25 de abril llamé de nuevo al comandante del Bárbula y me contestó que estaban trabajando sobre informaciones. Le insistí en que sólo bastaba una llamada suya a Henry Pérez y aclarábamos la situación.

El 17 de mayo fui llamada a declarar con mi hijo al juzgado 48 de Instrucción Criminal piso 12, Palacio de Justicia. Anteriormente el caso lo tenía el Juzgado 39 de Instrucción Criminal de Sonsón.

El 22 de mayo envié sendas cartas al reverendo padre Rafael García Herreros y a María Elvira Samper, directora de la revista Semana, pues leí un reportaje que le hicieron a Henry Pérez, el cual salió en la edición 467 de fecha abril 16 al 23 de 1991. Allí aparecía ante la opinión pública como el redentor del Magdalena Medio. Las cartas no fueron contestadas.

A finales del mes de junio me gradué como Tecnóloga en Administración Municipal en la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP). El título de mi tesis fue Diagnóstico y ficha

veredal del Corregimiento La Danta, Municipio de Sonsón, Antioquia. Antes del secuestro, mi esposo la leyó y le hizo las correcciones necesarias, pues la hicimos basados en informaciones de personas de la región, fundadores y líderes comunales, ya que no había ningún documento sobre la fundación del Corregimiento.

El día 6 de julio viajé a Honda, pues me habían informado que posiblemente mi esposo estaba por esos lados. Estuve en el Batallón Patriotas donde un mayor del Ejército amigo. No me dieron ninguna razón de que mi esposo hubiera estado por esa región ni de haber visto el vehículo, ni de saber nada de él.

Al día siguiente fui a La Danta para dar vuelta a la finca. Cuando salía, el padre me llamó y me dijo que era mejor que saliera rápido, pues los miembros del grupo de autodefensas estaban muy nerviosos con mi presencia.

El 20 de julio me enteré por radio de la muerte de Henry Pérez dentro de la iglesia de Puerto Boyacá, creo que en una celebración de la fiesta de la Virgen del Carmen.

El 31 de julio fui llamada a ampliar mi declaración al Palacio de Justicia, piso 20, unidad investigativa del orden público, comisión No. 375.

El 4 de agosto salió en El Colombiano un reportaje que nos hicieron a tres señoras de desaparecidos en el Magdalena Medio por la misma época.

El 8 de agosto estuvimos las señoras Olga Lucía Giraldo (esposa de Luis Alfonso Sánchez Molina), Norma Pineda (hija de Francisco Pineda) —esposa e hija de desaparecidos— y yo en la IV Brigada hablando con el comandante. El general nos recomendó hablar personalmente con el comandante de la XIV Brigada en Puerto Berrío. No viajamos, pues sabíamos que perdíamos el tiempo, pues cuando yo lo llamé el 4 de marzo se puso furioso cuando le hablé de la relación entre el Batallón Bárbula y las autodefensas.

El 14 de agosto hicimos una grabación para el Noticiero de las 7 con el periodista Heiner Castañeda, e hicimos una llamada a Ariel Otero para que nos respondiera por la suerte corrida por los desaparecidos. Ariel Otero reemplazó a Henry Pérez.

El 28 de agosto llamé por teléfono a la Procuraduría Delegada para los Derechos Humanos en Bogotá. Allí me manifestaron que habían enviado un oficio a la Personería de Honda pidiendo pruebas y testimonios. Además, me dijeron que mi caso tiene el número de radicación 008-110729. Y se ha quedado sólo en un número estos últimos dieciséis años.

El 31 de agosto llamé al padre Jorge Eliécer, párroco de Doradal (en esa época y antes párroco en Puerto Berrío), y me contestó: “Ni razón ni esperanza”. Con eso me quería decir que mi esposo ya no estaba. A veces pienso que tal vez Henry se confesó con él antes de morir y le contó sobre la muerte de mi esposo.

El 2 de septiembre salió en el noticiero de radio Última Hora Caracol un llamado que hicimos a las autodefensas para que por favor devolvieran a los secuestrados. (Periodista Beatriz Elena García).

El 6 de septiembre enviamos una carta con los nombres de los desaparecidos de esa época, más o menos siete por la misma región, al doctor Rafael Pardo Rueda, Ministro de Defensa. El 2 de octubre nos llamaron de Bogotá a avisarnos que estaban investigando por orden del doctor Rafael Pardo, pero nada más.

El 8 de octubre me llamó de La Danta el señor Higinio Cardona. Me dijo que fuera tranquila a dar vuelta a la finca, que mi seguridad estaba garantizada, ya que había hablado con el señor Jesús Alfonso Ochoa Tío, comandante del grupo en La Danta. Como ya me había mentido una vez que hablé con él me puse a pensar que, seguramente, era una trampa, pues ellos sabían de mis investigaciones.

El 9 de octubre estuve donde una persona a la que le escribí una carta un mes antes. La hice llegar a través de una de las señoras de los desaparecidos. Hablé con él en vista de que había acudido a todos los organismos de seguridad del Estado con resultados infructuosos hasta la fecha.

El señor estaba detenido y me dijo así: “Señora, usted salvó a su hijo, pues las autodefensas no devuelven a nadie vivo. A su esposo ya lo mataron. Nunca tuve nada que ver con él pero lo admiré mucho, pues ayudó a pacificar el Magdalena Medio. Ahora usted se debe reunir con las señoras de desaparecidos para demandar a Ariel Otero, sucesor de Henry, pues el trabajo con él (Henry) ya lo hicimos”. Cuando regresé, dije: Al menos ya sé la verdad, por dura que sea, por lo menos no se sigue pudriendo en un calabozo, como me escribieron.

Octubre 31. Le escribí una carta a la señora Ana Milena Muñoz de Gaviria, primera dama de la nación.

Noviembre 5 de 1991. Carta al Ministro de Justicia, Fernando Carrillo Flórez.

Noviembre 6 de 1991. Declaración en el Juzgado 100 Ambulante de Instrucción Criminal, piso 15, Alpujarra (Envió de Derechos Humanos – Procuraduría Departamental).

Marzo 2 de 1992. Declaración en el DAS, seccional Medellín, señor Carlos Aristizábal, expediente No. 7330. Pasó a jurisdicción de orden público, piso 20, Alpujarra. Igualmente declaró mi hijo liberado, Alejandro Álvarez Giraldo.

Abril 9 de 1992. Acudía a la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (Asfaddes) y conté mi caso. Me llenaron una ficha con los datos de mi esposo.

Mayo 4 de 1992. Envié una carta a Amnistía Internacional a Londres (Gran Bretaña) con los nombres de los siete desaparecidos en esa época.

Noviembre de 1992. Terminó mi hijo el grado noveno y le fue regular. Habilitó dos materias, ganó el año por la fama de buen estudiante que tenía. Empezó mi calvario pues comenzó el trauma de la adolescencia sin su padre. Se volvió rebelde. Se tomaba una cerveza y se descontrolaba como si todos le fueran a hacer daño. Mi hija, la melliza, también perdió el grado noveno.

Noviembre de 1993. Mi hijo comenzó el grado décimo y lo perdió, pues seguía rebelde, irresponsable, mal estudiante. Empecé a buscar ayuda durante el año con el psicorientador del colegio y con una amiga sicóloga, pero no se le notaba ningún cambio.

Febrero 7 de 1994. Me citaron al Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía (CTI) para ampliar declaraciones.

Abril 10 de 1994. Murió mi mamá en Sonsón.

Abril 15 de 1994. Citación a la Fiscalía regional, código 1015. Me preguntaron sobre entrevistas que tuve con oficiales del Ejército. La orden de citación fue enviada por la Fiscalía General de la Nación.

Noviembre de 1994. Se graduó mi hijo de bachillerato pues logré que validara décimo y once en el Centro de Estudios Especializados (CESDE), en un año, aunque con muchas dificultades.

Marzo 29 de 1995. Citación a la Fiscalía General, código 1602, comisión 1897.

Julio de 1995. Se fue mi hijo a prestar servicio militar a Puerto Berrío. Él siempre quiso estar en la región donde su padre había trabajado cuando era oficial del Ejército en casi todos los grados. Durante todo el año de su servicio militar me hizo solamente una llamada telefónica. Me iba cada dos o tres meses a visitarlo con las dos hermanas. Regresó a mediados de 1996 muy mal psicológicamente. Le fue diagnosticada esquizofrenia paranoide. Debe estar en tratamiento

permanente pues ésta es una enfermedad progresiva e irreversible. La hija melliza también prestó servicio militar en el año 1996.

Diciembre 9 de 1996. Me citaron al CTI de la Fiscalía a ampliar declaraciones.

Abril 29 de 1997. Fueron rematadas las fincas La Calera y El Prado colindantes, por el Banco Popular - Fondo Financiero Industrial, ya que mi esposo tenía una deuda por la construcción del horno para el procesamiento de cal. El banco siempre me negó el seguro de vida que amparaba la deuda. Aún no se había dictado sentencia de muerte por desaparecimiento. Logramos conseguir copia del seguro varios años después y aún el banco no se ha pronunciado.

Agosto 15 de 1997. Citación a la Fiscalía regional, radicado No. 5611, división tres, código 21.

Septiembre 15 de 1998. Acudí a la Fundación País Libre de Medellín, doctora Ana Marcela Vásquez. Me dijeron que me debía dirigir a la Fundación País Libre en Bogotá.

Julio 20 de 1998. Me citaron al grupo Gaula Urbano, hoy DAS, para ampliar declaraciones.

Septiembre 22 de 1998. Envié una carta a la Fundación País Libre. Les informé sobre el remate de las fincas que fueron secuestradas y rematadas por el Banco Popular, sin haber dictado sentencia de muerte por desaparecimiento. Me contestaron que debía viajar a Bogotá. No viajé por la situación de mi hijo y porque tampoco me encontraba bien de salud.

Abril 9 de 1999. Dictaron sentencia de muerte por desaparecimiento de mi esposo. Notaría Primera de Itagüí. Fecha de muerte presunta: enero 28 de 1993, dos años después de su desaparición.

En el mes de marzo de 2001 se terminó el proceso de interdicción por demencia de mi hijo. Diagnóstico: Esquizofrenia paranoide. Jamás superó la desaparición de su padre ni lo que vivió durante el secuestro, situaciones que empeoraron prestando el servicio militar. No tiene ningún

tipo de vida social ni afectiva. Con frecuencia tiene crisis donde cree ver luces y se pone muy nervioso con los carros y las personas, pues piensa que vienen a hacerle daño. A pesar de las medicinas, las crisis continúan. No puede estudiar ni trabajar y ha perdido bastante la motricidad.

Cuando regresó de prestar servicio militar, lo matriculé en el Instituto Pascual Bravo para estudiar mecánica y al mes me dijo que no se sentía en igualdad de condiciones a sus compañeros, que casi no entendía las explicaciones de sus profesores.

Es de anotar que no siento odio ni rencor por nadie, tampoco me pregunto porqué a mí. Sólo sé que Dios no nos da cargas con las cuales no podamos. Lo tomo como una prueba más para salir adelante, pero confío mucho en que nuestro actual presidente Álvaro Uribe Vélez, nos ayude para que haya verdad, justicia y reparación.

Con esta historia quiero resaltar la tristeza que se siente cuando se tocan tantas puertas y nadie responde, y la impotencia al ver que todos los oficiales que conocieron el caso se hicieron los locos o pusieron oídos sordos.

El comandante en esa época del Batallón Pedro Nel Ospina, intervino para que el teniente que iba con mi esposo fuera liberado seis días después del secuestro, sin importarle que dejaba a un niño de trece años detenido. Lo mismo el comandante del Batallón Bárbula, que luego supe que había sido compañero de curso de mi esposo y tampoco me ayudó. Colaboró para su desaparición definitiva.

A veces pienso: ¿Para qué investigué tanto si al final no obtuve nada? En fin. No siento odio ni rencor por nadie. Dios los juzgará, y en cuanto a mi hijo seguiré viviendo con él el día a día con sus crisis frecuentes y con mucha fe en Dios, a quien también pido mucha fortaleza, pues no es fácil convivir con una persona enferma sin esperanzas de recuperación.

Hoy colaboro con un voluntariado. Vivo con mi hijo de veintinueve años y con mi hija de diecisiete que está empezando carrera. La hija melliza se casó hace casi siete años. Tengo un nieto de cuatro años y medio otro que nació en abril de 2007. Ella terminó Investigación Judicial y Sistemas.

Perdí el miedo. Por Jaime Avelino Bravo

El año 2003 será un año de grandes contrastes. Por un lado, el dolor, secuela de la violencia, y por otro, la alegría de una primera Navidad en paz.

Sábado 24 de mayo de 2003. Diez de la noche. Dos jóvenes muertos en la calle, fruto del enfrentamiento armado con las fuerzas especiales urbanas. Gritos en la calle. La gente muy alarmada. El Ejército daba órdenes para que la gente se retirara: “¡Devuélvanse! ¡Devuélvanse!”. Y luego disparaba al aire. La gente, en lugar de retirarse, aumentaba cada vez más. En eso, se escucharon gritos de alarma: algún joven herido... Y su madre lloraba a los gritos.

Con motivo de la fiesta de María Auxiliadora, yo estaba en el comedor de la casa cural. Estábamos compartiendo con el sacristán, su esposa, tres seminaristas y el padre vicario, que también era el formador. En eso se escucharon los disparos, los gritos, el correteo de la gente. Nos quedamos en silencio. Luego salimos a ver qué sucedía.

Los colectivos se devolvieron. La calle estaba llena de, al menos, 40 militares bien armados, quienes empuñaban las armas y encañonaban a la gente. Salió primero el vicario. Cuando los militares lo pararon, la gente dijo: “¡El Padre! ¡El Padre!”. A lo que los militares le dijeron: “¡Papeles!”. Él dijo que ya se los traía, que los tenía en la casita, unas 150 escalas más arriba. Recuerdo que cerré la puerta y nos quedamos en silencio esperando que todo pasara afuera. Otro entró también, y así permanecimos por largos minutos en silencio. En eso, una señora gritaba

afuera; era una señora que colabora en el comedor infantil parroquial, y gritaba desesperada: “¡Padre, párroco, Padre, párroco!”.

Yo no sabía qué hacer. Tenía miedo. Me acordé de la recomendación que hicieron en la Pastoral de la Diócesis cuando dijeron que era necesario llevar el distintivo sacerdotal. Como ese día fue de la fiesta de María Auxiliadora, llevaba puesta la camisa de clérigan. Me puse el cuellito. Luego fui al oratorio, me encomendé a Dios y, sacando valor de donde no tenía, salí a la calle sin saber qué iba a hacer o decir.

La gente, apenas me vio, dijo: “¡El Padre, el Padre!”. La señora que gritaba se acercó a mí y me dijo: “¡Mi hijo! ¡Mi hijo está herido!”. Al salir me encontré en medio de la calle, sin saber ni qué decir ni qué hacer. Miré alrededor y me encontré con las metrallicas de los militares dirigidas hacia mí. Nunca antes me había sentido encañonado por un arma. ¡Y aquí había muchas armas apuntándome! En medio del griterío, lo único que se me ocurrió hacer fue pedir un megáfono. Uno de los tres seminaristas, el más bajito y de pelo ensortijado, me lo pasó, pero no funcionaba. Saqué las pilas. Estaban al revés. Las volví a colocar y luego dije: “Pido hablar con el jefe. Esta no es la manera de tratar a mi gente”. En ese momento subían unas motos de los mismos militares. Me planté delante y no les dejé pasar. En eso, un militar me dijo al oído: “Padre, ya viene el jefe a hablar con usted, déjelo pasar”. Automáticamente me hice a un lado.

Caminé unos metros más arriba y me encontré con varios jóvenes tendidos en el piso. Estaban tirados boca abajo con las manos sobre la cabeza. Si alguno intentaba levantarse, inmediatamente un militar lo volvía a bajar de un solo golpe y un insulto. Unas mamás, desafiando los guardias, se habían acercado a sus hijos y, sentadas en el piso, los abrazaban. Los guardias las estaban retirando. Cuando me vieron llegar, las madres me llamaron: “Ayúdenos, Padre. Haga algo que se llevan a mi hijo”. Yo me acerqué a los muchachos y en eso un militar me

dijo al oído: “Padre, dígales que se vayan”. Yo se los dije: “¡Váyanse!”. No me creían, así que volví a repetir: “¡Váyanse!”. En un instante todos se fueron, menos uno. Seguía boca abajo, me acerqué a él, le toqué el hombro y le hablé: “Andate”. Me miró con una mirada de miedo que me taladró el alma. Y se fue en un santiamén.

En eso, uno de los guardias, que cercaba la calle para que la gente no se acercara a los cadáveres, me franqueó el paso y me dijo: “Allí viene el jefe”. De hecho, el militar jefe estaba muy enojado. Me saludó y me dijo: “¿Cómo le parece, Padre, que estos nos recibieron a tiros?” Lo consideraba algo increíble y una falta de respeto.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el barrio? —dijo.

—Cinco meses —le respondí.

—Usted debe conocer a esta gente.

Me llevó hasta los dos cadáveres, y en efecto, uno de ellos era el hijo del sacristán. Lo reconocí, pero no dije nada. Le pregunté al militar si daba permiso para que la gente se acercara, con el afán de permitir que el papá lo reconociera, pero no lo permitió. Por un lado y otro de la calle los militares cerraron el paso a la gente. De pronto, aparecieron muchachas jóvenes, adolescentes, una de ellas en estado de embarazo avanzado. Estaban como locas, gritando y llorando. Querían acercarse a los cadáveres pero los militares lo impedían.

Ya en la fila, junto a los guardias, estaban el padre vicario, el seminarista que me pasó el megáfono, el sacristán y una de sus hijas, la mayor, de diecisiete años. La muchacha se puso a chillar como una histérica y tuvimos que hacerla callar con una bofetada. Apenas me vio, el sacristán me dijo: “Padre, por favor déle la absolución. Padre, déle la absolución”. Así que me devolví a los cadáveres. El uno, el hijo del sacristán, estaba tendido boca arriba con la mirada perdida, con la palidez de la muerte. No sé cuántos tiros se hayan encajado en el cuerpo, pero sin

duda eran muchos. Tenía una pequeña arma en la mano derecha. En el piso no había nada de sangre. Unos metros más abajo estaba, boca abajo, el que había sido su amigo incondicional, también con un arma en la mano, pero él sí con un reguero de sangre que manchaba el pavimento.

Me acerqué a los cadáveres y oré por ellos, y al hijo del sacristán le di la absolución, diciendo: “Si al momento de morir estabas arrepentido de tus pecados, yo te perdono y te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.

Volví nuevamente al grupo y la gente seguía pugnando por acercarse a los cadáveres. La gente insultaba a los militares y ellos devolvían los insultos. La gente, especialmente muchachas jóvenes —yo las veía por primera vez— querían pasar y no las dejaban. Una de ellas estaba en embarazo e insistía. Un militar le puso el arma en el pecho, y ni así le hacía caso. Intervine, tratando de calmar los ánimos, y los militares me dijeron: “Mire, Padre, cómo nos tratan”. Yo les respondí: “Tengan calma. Cálmense. Ustedes tienen las armas. ¡Por favor no respondan!”. Me dijeron: “Ah, entonces pídale a la gente que se retire y se calme”. Así fue. Con el padre vicario le pedí a la gente que se calmara, diciendo que ya venía en camino la Fiscalía, y que cuando llegara se podrían acercar.

La Fiscalía llegó a eso de las once y media de la noche. Llamaron a un familiar de cada uno de los muertos y les hicieron muchas preguntas. Levantaron los cadáveres y se fueron. En ese momento, la gente que estaba represada fue al lugar en que estaban los cadáveres y, gritando y llorando, tocaba el piso. ¡Las mujeres tocaban la sangre del piso! Una de ellas era la hermanita del amigo incondicional. Edad: quince años. Caía una llovizna continua que nos mojaba a todos. Poco a poco, al retirarse ya los militares, también la gente se fue retirando. Me quedé hasta el final. Incluso los militares se despidieron de mí. ¡Y me agradecieron!

Al día siguiente, vinieron a llamar a la puerta de la casa cural los jóvenes del barrio. “Que hay que llamar a los de Derechos Humanos, hay que reclamar por abuso. Falta a los Derechos Humanos”, decían. El tono iba creciendo, hasta que le dije a un joven —que luego sería el comandante en reemplazo de La Muñeca—: “¿Y ustedes dónde estaban? Yo estuve allí, presente. ¡No es como ustedes dicen!” Allí se calmaron y bajaron el tono.

Esa noche perdí el miedo a andar en el barrio. Hasta ese día yo había caminado siempre acompañado, pero a partir de esa noche ya empecé a salir solo. La gente comentó mucho sobre el valor, y decía que nunca antes nadie los había defendido así. Gané ascendencia sobre la gente, gané unos primeros puntos en mi voluntad de “permanecer” en éste, mi nuevo lugar de trabajo, desde hacía sólo cinco meses.

¡En los días siguientes todo fue muy triste! Yo no sabía cómo intervenir. El dolor de la familia del hijo del sacristán de la parroquia fue muy grande. El papá, la mamá, el hermano, las tres hermanas... Todos quedaron como idos, como en otro mundo.

La noche del velorio la familia pidió el salón parroquial para velarlo allí. Así fue. Compartí esa noche con las personas que permanecieron allí. Rezamos rosario tras rosario. Allí, por primera vez, fui conociendo el entretejido social. Conocí a los “muchachos”, compañeros del hijo del sacristán, y a sus seis novias. ¡Me impactó ver a tantos jóvenes, adolescentes! Nunca vi un muerto tan “movido” como éste. A cada momento levantaban la tapa del ataúd, le remojaban los labios con agua, le cambiaban de posición la cachucha. Lo abrazaban, lo besaban, le hablaban.

Con los jóvenes fue una lucha continuada, pues ellos ponían música, especialmente aquella canción titulada Jefe de jefes, y en un rincón del salón se dedicaron a tomar licor y se emborracharon, mientras el papá y yo, con la gente, rezábamos un rosario tras otro. Perdí la cuenta de cuántos rosarios rezamos esa noche. Esa noche no dormí.

Cuando llegó el día del funeral, fue algo inesperado. ¡Qué cantidad de gente! Se hicieron presentes la banda de música de la escuela de Villa Turbay, delegaciones de los distintos grupos y asociaciones del barrio. Fue con todos los honores. Sólo faltaba la bandera del tricolor nacional.

Al terminar la misa, dispararon una ráfaga al aire, rindiendo honor a su “jefe”. Todos los colectivos de la cooperativa del barrio llevaron la gente al cementerio. Se formó una larga fila, bajando por la única carretera que conecta La Sierra con la ciudad. Cuando pasaron por la iglesia de abajo, nuevamente, sonaron disparos al aire. De allí salió el otro cortejo fúnebre, llevando al otro joven caído bajo las balas de esa noche.

Para poder levantar el ánimo de la familia, le ofrecí celebrar la misa cada mes, durante el primer año. Así fue. El día 24 de cada mes, día más o día menos, nos reuníamos en el ranchito del sacristán para celebrar la misa. Asistían los vecinos del barrio más las muchachas que tuvieron hijos del difunto. Sus abuelos se sentían muy orgullosos de sus nietos. Me ingenié para hacer llegar un mensaje de esperanza. Conté historias. Y repetí hasta la saciedad: ¡Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y lo libra de todas sus angustias! Dios escribe recto en renglones torcidos. No hay mal que por bien no venga. ¡Algo de bueno ha de salir de todo esto! Después de la tormenta viene la calma. La gente se aprendió la historia. Mi caballito de batalla fue la historia ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe?:

Había una vez, por allá en el Japón, un campesino, ya de edad, que tenía un caballo para cultivar el arroz para él y su familia. Un día el caballo se perdió. La gente del pueblo, al enterarse, lo buscó y le dijo: ¡Qué mala suerte que tienes, se perdió tu caballito! A lo que él respondió: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe? Cuando en uno de esos días, en la plaza del pueblo, apareció el caballo con una manada de caballos. ¿Qué había sucedido? Que el caballo se fue a las montañas, allí peleó con otro caballo y lo venció. Resultó que el caballo vencido era el jefe de la manada, por lo tanto, los demás lo reconocieron como nuevo jefe y cuando regresó, lo siguieron. Al enterarse, la gente fue a decirle: ¡Qué buena suerte que tienes! Ahora tienes muchos caballos. A lo que el anciano campesino respondió: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe? En esos días, su único hijo, tratando de domar uno de esos

potros salvajes, se cayó y se rompió la pierna. La gente del pueblo, al enterarse, fue y le dijo: ¡Qué mala suerte que tienes. Tu hijo se fracturó la pierna! A lo que el anciano campesino respondió: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe? Precisamente, en esos días llegó al pueblo el ejército de la nación y se llevó a todos los jóvenes a la guerra, menos al hijo del campesino, por tener la pierna fracturada. Entonces la gente del pueblo fue con alegría donde el anciano a decirle: ¡Qué buena suerte que tienes! No se llevaron a tu hijo a la guerra. A lo que el campesino respondió: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe?”.

Hasta aquí la historia. Así es nuestra vida. Hay situaciones que, aparentemente, son bienes y, al final, resultan males. Pero también algunos males que, al final, resultan grandes bienes. ¿Quiénes somos nosotros para saber qué es bueno y qué es malo? Dejemos a Dios decidirlo. Nosotros confiemos en Él. Romanos 8,28: “Todo sucede para bien de los que aman a Dios”.

La familia, aunque en vida no compartía la vivienda con el difunto por estar involucrado en la “guerra”, a su muerte lo consideraba como un pequeño “héroe” que dio su vida por el barrio.

Unos pocos días después del entierro, ya entrada la noche, yo me encontraba solo en la casa cural, porque el padre vicario no estaba y tampoco los seminaristas. Golpearon la puerta. Salí a ver y era el sacristán con su hija mayor que estaba con fuertes dolores de cabeza. Saqué el carrito rojo y, con miedo y todo, nos fuimos, a eso de las once de la noche, hacia la Clínica León XIII. Allí esperamos mucho hasta que la atendieran. Regresamos al barrio a eso de la una de la madrugada. ¡Dando gracias a Dios no tuvimos ningún inconveniente en el camino!

Pasaron los meses. Hubo otras víctimas del conflicto, heridos, muertos por balas perdidas o por enfrentamientos entre grupos armados al margen de la ley. Hasta que por fin llegó la ansiada paz. En noviembre de 2003, el Gobierno pactó con uno de los bloques paramilitares la desmovilización y la reinserción, es decir, el desarme. Con eso llegó la paz al barrio y en diciembre tuvimos la primera Navidad en paz.

El día de los aguinaldos navideños congregamos a los niños para las novenas en el único espacio amplio y bonito de los Hogares Claret. Fueron dos mil niños de cero a doce años. ¡Una cantidad congregada tan grande, así como ésta, nunca la había visto! Ver a todos esos niños sonrientes y felices con sus juguetes fue algo impactante e impresionante. Y lo mejor, disfrutamos por primera vez en mucho tiempo la paz.

Hoy la gente enfrenta los grandes desafíos de la pobreza, el hambre, el analfabetismo, la marginación, la falta de empleo, de salud, de educación, de un trabajo estable y justamente remunerado. Aún tenemos muchos niños “trabajando” en las calles, vendiendo Tumix o Bon Ice, haciendo de saltimbanquis, limpiando parabrisas, transportando mercados a la gente o haciendo cualquier cosa por ganarse unos pesos y llevar algo para sus casas.

El desafío es grande, pero vamos adelante con esperanza, porque aquí he encontrado pobreza material, sí. ¡Pero también hay una gran riqueza humana!

Carta a mis nietos. Por María Helena Cadavid

Quiero empezar a contar mi historia acerca de la muerte de mi hija Mónica María. Es un día frío y triste como mi corazón, al recordar cómo murió inmolada por una violencia cruel, terrible. Ella vive en la calidez de los afectos y los recuerdos de quienes compartimos su alegría y su hermosura espiritual a los veinte años. Quiero que su nombre y su recuerdo no se esfumen, que perduren. Por eso he escogido a mis nietos como destinatarios, para que cuando ellos sean adolescentes lean esta carta y Mónica sea recordada por ellos.

Tengo una familia compuesta por mi esposo Luis Fernando, que es médico oftalmólogo; mi hija Mónica, que hoy tuviera 37 años; su hermana Claudia, casada y con dos niños: Juliana y Pablo; y Juan Fernando, mi hijo menor que tiene una discapacidad, es autista. Es un gran muchacho, muy afectivo e inteligente dentro de su problema.

Juliana y Pablo: Quiero que sean ustedes los que lean mi historia, sobre todo tú, Juliana, que eres una niña hermosa, inteligente y tienes esa sensibilidad y ese cariño que ella tenía. Mónica María era tu tía, la mayor de la casa. Nació el día 24 de mayo de 1970 acá en la ciudad de Medellín. No sabes la alegría tan grande cuando la tomé en mis brazos. Nunca pensé separarme de ella hasta que yo muriera. ¿Sabes? Empezó a crecer, a caminar, a ser una niña que jugaba con muñecas como tú. Tenía barbies pero no tantas y tan bonitas como las tuyas. Amaba mucho a una muñeca pelirroja y cuando se le perdía no era capaz de dormir llorando y buscándola. No era tan linda como tú, pero tenía unos ojos grandes y expresivos como los tuyos. Su cabello era ondulado y negro, y su piel, trigueña. Para mí, ella era hermosa. Claro que tu mamá llamaba más la atención, pues ella era mona de ojos azules. Imagínate el contraste. Seguramente, tú tienes o recuerdas entre tus muñecas dos así ¿verdad? Las dos muy lindas. La una, mona, y la otra, morena.

Mónica creció y estudió en el Colegio La Enseñanza. Allí estudió también tu mamá. Cuando a Mónica le quitaban el cuaderno o el lápiz, Claudia era la que la defendía de sus amiguitas. Ella era tímida e insegura, mientras que tu mamá era líder en el colegio.

Pasaron los años y Mónica cumplió quince años. Seguramente, a tus quince vas a tener una fiesta. Ella, no. Hizo un asado en la finca con sus amigos de Interar, que era un grupo de jóvenes que ayudaba en obras sociales. Y ¿sabes?, allí conoció a un gran muchacho que fue su primer novio: Jorge Mario Naranjo, que después tuvo que ver mucho en mi vida cuando ella murió.

Mónica y Claudia, ya adolescentes, eran muy diferentes. La una, tímida e insegura; la otra, muy independiente. Querían mucho a Juan Fernando y lo sacaban a fiestas de la universidad con sus compañeros, ya que tu tío Juan necesitó mucha atención y mucho cariño.

Pasó el tiempo y Mónica se graduó en el colegio a los diecisiete años en La Compañía de María. Se llegó el día de escoger su carrera y escogió Comunicación Social. Quería ser periodista, entrevistar a gente importante, escribir un libro sobre la vida en familia con Juan Fernando, y ser presentadora de televisión. Y así fue como empezó a estudiar en la Universidad Pontificia Bolivariana. Estaba feliz. Allí la querían mucho sus compañeros. Tenía muchos amigos y hasta novio. Le gustaba mucho estudiar inglés y viajar a Estados Unidos. Sabes, Julianita, Mónica era vanidosa como tú. Le gustaba maquillarse, ponerse aretas y collares como a ti y a mí. ¿Recuerdas cómo te llevabas mis collares y pulseras para jugar con tus muñecas?

Ahora que te cuento quién era Mónica, tu tía, quiero que sepas cómo sucedió esta tragedia que nos llenó a tus abuelos, tu mamá, tu tío y demás familiares de llanto y dolor.

Acá en Medellín, en el año 1991, Mónica estudiaba en la universidad y unos amigos y su novio la invitaron a la corrida de toros de La Macarena. Era la Feria Taurina muy famosa. La gente se ponía linda para asistir a ella. Nosotros, tu abuelo y yo, estábamos preparando un viaje para irnos con unos amigos para Cartagena. En ese tiempo, acá en Medellín, había mucho terrorismo, y el miedo invadía toda la ciudad.

No salíamos tranquilos a las calles pues tiraban bombas para asesinar a los policías, para destruir instituciones bancarias. Los sicarios, que eran muchachos que aprendían a matar, asesinaban a la gente. El capo de ese tiempo era Pablo Escobar, temido por unos y amado por otros, ya que le ayudaba a los pobres (eso dicen), nos hizo mucho daño.

El día 16 de febrero yo la llamé por teléfono a la casa. Eran las nueve de la mañana. Mónica me contó que iría a llevar a Juan Fernando a la casa de mi hermana Estella para que se lo llevara ese fin de semana para la finca, y ella y Claudia iban a la peluquería y de ahí a la corrida. La sentí feliz. Me contó que había comprado las botas para estrenar ese día.

La volví a llamar de Cartagena a las dos de la tarde, pero me contó Oliva, la empleada, que ya la habían recogido y que iba muy bonita. Yo desde allí me la imaginaba. Nosotros nos fuimos a dar un paseo en yate por la bahía con unos amigos. Eran las seis de la tarde cuando regresamos al hotel. El administrador del hotel nos preguntó que si nosotros éramos de Medellín. Le dijimos que sí y nos contestó que habían acabado de tirar una bomba a la salida de la corrida de toros de La Macarena. Recuerdo ese momento y me provoca gritar. Pensé en mis dos hijas que estaban allí. Subí con mi esposo a la habitación e inmediatamente prendimos el televisor, y empezamos a llamar por teléfono a que nos dieran informes de ellas. No las encontraban. Nuestra angustia y dolor crecían. Quería tener alas y salir volando de ese hotel para ir a buscarlas, pero nos sentíamos impotentes, sin poder hacer nada. Luego, nos dieron razón de que Mónica estaba herida en el Hospital San Vicente de Paúl y que a Claudia no le había pasado nada. Yo lloraba como lloro ahora narrando este drama de dolor. Mi hija se moría y mi esposo estaba comunicado con los médicos amigos que le decían paso a paso lo que le estaba sucediendo a Mónica. Tuvieron que hacerle varias intervenciones quirúrgicas. ¡Qué dolor! ¡Qué horror! Aquella trágica noche nos abrazamos para orar a Dios, para que no la dejara morir hasta que nosotros llegáramos al otro día.

Nos madrugamos. Mis amigos fueron con nosotros al aeropuerto hasta que conseguimos cómo viajar a Medellín. Llegamos al hospital a las doce del medio día. El dolor de la tragedia se respiraba por todas partes. La gente lloraba, corría y gritaba de dolor. Yo me encontré con Jaime, mi hermano. Me abrazó y salí corriendo con mi esposo hacia cuidados intensivos donde ella estaba. No te imaginas cuál fue mi dolor. El corazón se me rompía en pedazos. Yo quería morirme al ver a mi niña quemada, toda conectada, y me preguntaba ¿Qué hizo ella? ¿A quién le hizo daño? A nadie. No podía acercarme a ella. No podía ni abrazarla ni besarla. Era parada allí

como una piedra. No era capaz de hablar. El dolor que estaba sintiendo me inmovilizó. Mi hija Claudia me hizo salir de allí, mientras mi esposo hablaba con los médicos. Eran muchos heridos y personas que aún no habían encontrado a sus seres queridos. Yo estaba horrorizada. Nunca creí que eso me estaba pasando a mí. Me salí de la sala de cuidados intensivos, pero no quería moverme para la casa. Tenía un miedo terrible de que ella se muriera.

Claudia me convenció de que fuéramos a la casa a cambiarme de ropa, ya que Fernando, mi esposo, se quedaría en el hospital mientras yo volvía. Me vine para la casa con mi hija Claudia. Ella es más fuerte que yo pero la vi pálida y muy triste. Ella estudiaba Medicina pero apenas estaba en el tercer semestre. Llegamos a la casa y allí estaban familiares y amigos acompañándonos. Al verlos, yo sentí como si ya viniera de enterrar a mi hija. Al mirar su alcoba no sabía si ella iba a volver a acostarse allí en su cama. ¡Para saber que nunca volvió!

Los días fueron pasando. Del hospital la trasladaron al Seguro Social, al Pabellón de Quemados. Allí estaban su novio, que también se quemó y pensamos que él se moría primero, y Diana, otra amiga que estaba en la corrida también con su novio. A otra niña, Libertad, la llevaron para la Clínica Medellín. No sé el número exacto de muertos, pero dicen que fueron como 32, y heridos y mutilados, muchos. Aquellas niñas: Mónica, de veinte años; Libertad, de veintidós; y Diana, de veinticuatro; estaban luchando por vivir, pero las quemaduras eran muy graves y los medios para ayudarlas eran insuficientes.

En el Seguro Social empecé a darme cuenta de la magnitud de la tragedia. Todos los días estábamos con ellas. Parecíamos unos zombis esperando qué nos decían. No podíamos acercarnos a ellas. Usábamos mascarillas para poder siquiera mirarlas. Mónica un día me dijo: “Mamá, no llores más. Algo malo tenía que pasarme. Tuve todo en la vida. Una familia, un hogar y una mamá tan buena y linda como tú”. Le hicieron varias cirugías plásticas para su

recuperación. Mi esposo era más impotente que yo. Por ser él médico le daba ira y mucho dolor no poder salvarla. Todos los días nos tenían una razón distinta. Permanecíamos todo el día en el Seguro con Ligia y Guillermo, los papás de Diana, quien murió el primero de marzo. Ese día yo pensaba que a mí no podía pasarme eso. La esperanza de superación era poca, pero mi corazón no quería renunciar a perderla. Mi esposo averiguaba qué podía hacer llevándola a otro país para hacerle un injerto de piel con mi piel ya que ella y yo nos parecíamos mucho. Pero todo fue inútil. Un día un compañero de mi esposo, Tiberio Álvarez, quiso entregarme un libro para prepararme. Se llamaba Cuando los hijos se van. Yo no quise aceptarlo porque ella no se iba a morir. Me negaba a aceptar tan horrible realidad. Mirar a mi hija, saber como la amaba y pensar que podía perderla... No lo concebía.

Al novio de Mónica lo llevaron un día a verla, pero ella siempre decía lo mismo, que quería que todos la recordaron como era antes sin ese cuerpo quemado que le había dejado tanto horror. Al único que dejó pasar a verla, fuera de la familia, fue a Jorge Mario. ¿Y sabes? Cuando ella murió, él se fue de sacerdote y me dijo que ella se lo había pedido en sueños. Todos la amaron mucho.

El 8 de marzo, estando en el hospital, el padre Gonzalo Restrepo, que fue capellán del colegio La Enseñanza y luego rector de la Universidad Pontificia Bolivariana, fue a aplicarle los santos óleos y a decirme que se la entregara a la Virgen María, que ella estaba sufriendo mucho. Fuimos a la capilla del hospital. Delante de la Virgen María me arrodillé para entregársela, pero yo no era capaz de hablar. El padre oró por mí. Yo lloré. Sentí un dolor muy grande. Desprenderme espiritualmente de ella me hacía sentir como si yo quisiera que ella muriera. Esa mezcla de sentimientos te confunde y no te deja ni pensar.

Ella, en aquellos días en el hospital, no me dejaba hablar de aquella tragedia. Solo me decía que le había tocado a ella y había que asumirlo así. No se lamentaba de nada ni se quejaba. Me sonreía y me decía que nos quería mucho. Un día le destrozó el corazón a su papá ya que le preguntó que si ella iba a volver a caminar. Él sabía que no porque las quemaduras habían comprometido mucho sus músculos. Ella decía que no quería vivir sin poder caminar.

El 11 de marzo estaba en la casa cuando nos llamaron del Seguro que nos fuéramos rápido, ya que Mónica estaba muy asfixiada. Llegamos. Fernando entró y se la habían llevado a ponerle el respirador. Ya veíamos que se aproximaba la despedida de ella. Pasamos el día y eran las dos de la mañana. Me fui para la casa a cambiarme y regresé a las cinco de la mañana del día 12 de marzo. Ya no nos conocía. Seguía con el respirador artificial y se nos moría.

Mis ojos no dejaban de mirar el monitor de signos vitales para ver en que momento se paraba. Llegó un momento en el que yo grité: “¡Se va a morir! ¿Por qué no me dejan abrazarla?” Iban a ser las dos de la tarde cuando empezó a agonizar. No puedo contar más. Mi esposo, Claudia y mi mamá se abalanzaron sobre ella. Yo me desmayé. Alguien me levantó y como pude salí corriendo y llegué a un baño donde no supe lo que había acabado de pasar. Todos me buscaban y al oír mis gritos alguien me encontró allí. Ya mi hijita se había muerto a las 2:10 de la tarde del día 12 de marzo de 1991.

Ya siguieron las celebraciones fúnebres. Muchos amigos y familiares. Muchas flores. Pero nosotros estábamos vacíos sin ella. A Juan Fernando lo llevaron al funeral para que entendiera que su hermanita se había ido, como dice él, “para no volver nunca jamás”. En su tumba le copié una frase que ella le escribió a una amiga que murió en el colegio.

Aún no comprendía
por qué se te negaba
cuando eras más feliz

el don maravilloso de la vida.
Aquí en tu sepulcro
aún lloro tu partida
y recuerdo esa tarde
bajo la luz del día.

Ella escribía versos y decía así:
Escribo versos
como lo hace todo el mundo
de esos versos que se pierden en el aire
versos que se leen y se olvidan
versos que al igual que la neblina
se deshacen tiernamente
para que pase el sol al despuntar el día.

Pablo y Juliana: tu mamá tendrá muchas otras anécdotas que contarles sobre la vida de Mónica. Si yo estoy, les puedo aclarar dudas o curiosidades. Espero que nunca olviden que tuvieron una tía que se llamaba Mónica María y que si viviera los habría amado mucho.

Su abuela que tanto los ama,

María Helena.

CAPÍTULO 10.

DONDE PISÉ AÚN CRECE LA HIERBA²⁹

Bitácora de un andariego. Por Eugenio Serna Tapia

Nací el 5 de junio de 1966 en el departamento del Chocó, en un corregimiento que pertenece al municipio de Lloró. Mi pueblo se llama Villa Claret, un lugar muy hermoso con un río cristalino. Allí, cada ocho días, subía mucha gente de Lloró y de Quibdó, la capital, a gozársela comiendo sancocho, bailando y disfrutando de esa agua cristalina. Para esos festejos se arrendaban casetas, y los adultos y los jóvenes bailaban hasta al amanecer al ritmo de clarinetes y tambores.

Mi papá se llama Norberto Serna Maturana, nació el 6 de junio de 1936. Él ha sido un padre excelente con sus hijos, muy responsable. Mi mamá se llama Dioselina Tapia Arias, nació el 31 de enero de 1939. Ella se casó con mi papá y nunca se han separado, parecen tortolitos, donde está el uno está el otro. Son dos viejitos muy queridos, se la pasan viajando y visitando a los hijos en Chocó, Zaragoza, Medellín y Bogotá. Yo ocupó el cuarto puesto entre nueve hermanos, cinco mujeres y cuatro hombres, todos muy unidos.

A los cuatro años sufrí mi primer accidente cuando fui a pasear donde mi abuelito materno. La finca donde él vivía quedaba muy cerca del pueblo, aproximadamente a unos quinientos metros. Ese día, 3 de julio de 1970, fue muy triste para mi familia. Mis abuelos estaban cocinando la miel para la panela en una paila muy grande. Yo estaba muy cerca y cuando bajaron la paila del fogón, se les resbaló y esa miel caliente me alcanzó a caer en la cabeza. Me llevaron a Lloró y el médico dijo: “No, este niño hay que remitirlo para Quibdó porque está muy mal”, y me

²⁹ En este apartado se presentan cuatro textos publicados en el libro *Donde pisé aún crece la hierba*. La publicación con todas las historias puede encontrarse en el CD anexo.

llevaron a la capital, donde permanecí dos meses en coma. Mi familia le rezaba mucho a Dios para que yo me salvara.

Luego de mi recuperación, cuando tenía cuatro años, mi papá nos llevó a vivir a El Dieciocho, ubicado entre Quibdó y El Carmen de Atrato. Allí, él compró una casa y nos matriculó en la escuela para que empezáramos a estudiar; yo solo hice hasta quinto de primaria. El Dieciocho era un pueblo muy bonito y sus ríos eran muy acogedores. En el lugar había una empresa que se llamaba Zona Carretera, encargada de organizar las vías que llevaban a Bolívar y a Quibdó. Esa gente construía los puentes y mantenía la carretera arreglada. A ese pueblito lo visitaban muchos turistas que llegaban de Medellín y de Bolívar; también iban muchos gringos a bañarse en las aguas cristalinas del río La Playa.

Cuando cumplí nueve años me fui de la casa. Yo era juicioso, pero me gustaba la aventura y el trabajo, y como mis padres no tenían forma de darnos el estudio, entonces todos nos tiramos a trabajar. Me fui lejos de la casa porque sabía que en Andes se movía mucho el café y había mucho trabajo. Entonces hablé con Robertico, un camionero muy conocido y querido en El Dieciocho. Le dije que me llevara y como dijo que sí me fui con él a entregar una carga de cervezas a Bolívar, Antioquia. Luego de descargar el viaje nos fuimos para Andes. En ese municipio terminó nuestro viaje juntos. Él me recomendó con un amigo suyo que trabajaba en una mayoría. Llegamos a una finca, y en aquel tiempo estaba lista la cosecha de café. El mayordomo, Carlos Arturo Velásquez, se sorprendió al ver que yo siendo un niño buscara trabajo.

Yo me había ido al escondido de la casa, pero Robertico les contó a mis padres y les dijo: “Tranquilos que yo lo recomendé en una finca y el dueño es muy amigo mío. Lo dejé en buenas manos y él es un pelao muy verraquito para trabajar”.

En esa mayoría había 46 trabajadores: quince mujeres muy jovencitas y el resto eran hombres adultos. Entonces el mayordomo me dijo: “El único trabajo que hay es para recoger café. Voy a dejarlo para que ensaye”. Esa misma tarde me entregó las herramientas de trabajo y al día siguiente, a las cuatro de la mañana, todos los trabajadores estaban en pie organizando sus instrumentos. A las cinco de la mañana salimos para el cafetal. En ese primer día de trabajo me fue muy mal; como no estaba acostumbrado, mis manos me quedaron hinchadas y peladas. Ese día cogí dos cuartillados de café, y las muchachas recogieron de a veinticinco o treinta.

Al día siguiente madrugamos otra vez y cuando llegamos al corte yo me hice en medio de las jóvenes, miraba para todos lados y no podía hacer nada porque mis manos no me acompañaban, pues la tenía hinchadas. En la hora del almuerzo se reunieron las mujeres y me dijeron: “Niño, venga”, yo fui y cuando vieron mis manos hinchadas se sorprendieron y me dijeron: “Eugenio, a usted lo vamos a poner de garitero para que nos traiga agua y almuerzo todos los días hasta que termine la cosecha”. Empecé a trabajar con las muchachas. Esa tarde me sentí muy feliz, contento, porque entre ellas me reunieron el jornal que equivalía a lo que una de ellas ganaba en un día de trabajo. Continué trabajando hasta que se terminó la cosecha y después me fui con ellas a trabajar a otra finca. Estuve con las muchachas seis meses. En esa época empecé a coger plata y cada ocho o quince días mandaba para mi casa.

Cuando reuní buena plata me fui para Zaragoza, Antioquia, porque allá vivían muchos familiares y se movía mucho la plata. Llegué a donde mi tía Martha, una hermana de mi mamá. Ella me trataba muy bien, como a un hijo más. Zaragoza es un pueblo de clima caliente y de mucho ambiente, pues está ubicado en zona minera. A la gente le iba muy bien porque sacaba mucho oro. Los mineros usaban palillos, cuchillos y tenedores de oro; algunos llevaban una o dos libras de oro en el cuello, y otros tenían revólveres de oro.

Un sábado bajaron mis primos del Porce y me invitaron para una discoteca que se llamaba Luces de París, uno de los mejores bailaderos de Zaragoza. Al otro día, domingo, mis primos Darío Rentarúa y Ortelio me presentaron al resto de la familia. Cuando nos reunimos todos nos fuimos para una caseta que se llamaba El Quisto, pero también la conocían como El Quitapasaje, porque los trabajadores se gastaban la plata en trago y no dejaban dinero para volver al trabajo. Cuando yo miraba a la gente me sorprendía mucho, pues estaban llenos de anillos, collares y pulseras de oro.

Al día lunes empecé a trabajar con mi familia. Me fui con los primos que tenían el entable para sacar oro. Cuando me inicié en la minería tenía diez años y mis primos estaban por cumplir los veinticinco. En la primera quincena nos fue muy bien, sacamos catorce libras de oro. En ese entonces me tocaron 106 mil pesos en efectivo. Me demoré tres años gastándome esa plata porque decidí guardarla en el banco. En ese tiempo existía un banco en Zaragoza y como mi tía era de mi confianza, le dije que abriera una cuenta a su nombre para yo poder ahorrar. Cuando cumplí los dieciocho años, ella retiró la plata, me la entregó y yo abrí una cuenta a mi nombre. Cada ocho o quince días, me entraba plata y de ahí le mandaba a mis viejos, compraba lo que me hacía falta, dejaba para el fresco y el resto se lo entregaba a mi tía, que gracias a Dios todavía está con vida, aunque está muy cuchita y se mantiene muy enferma.

Con lo que me ganaba compraba mi ropa y todo lo que me gustaba. También me empezó a gustar el trago. Cada ocho días, cuando llegaba de la mina, entraba a la casa, me organizaba, le daba la plata a mi tía, sacaba lo que me iba a gastar y salía a la calle con mis amigos a rumbear, a conseguir novia y a jugar billar. Nos reuníamos un combo de cinco o seis compañeros, y nos metíamos a un billar bien grande y bien bueno. Jugábamos tres contra tres y los que perdían tenían que pagar con dos medias de ron o de brandy.

Cuando tenía trece años viajamos para Barbacoas, Nariño. Todos los que íbamos éramos de la familia. El propietario mayor era mi primo Alonso Tapia. Él tenía dos carros y era el dueño de la mitad de las dragas. Las dragas vienen equipadas con todo lo necesario: tienen cuatro bollas plásticas, la estructura está armada con varillas de hierro que llevaban pasadores para sostener las bollas, tiene un cajón donde se va almacenando el oro; además, trae dos motores, una manguera de seis metros y un vestido de buzo como los que se ven en el mar. Lo único que uno tiene que hacer es echarle combustible, ponerse el vestido de buzo y meterse a bucear con la manguera para sacar el oro.

En total los socios del negocio eran cuatro personas. Llevaron seis dragas, una canoa metálica de doce metros con un motor Yamaha y una chalupa que conocían como la voladora. En ese combo, era el único niño. Permanecimos ocho días en el pueblo, compramos mercado y contratamos a una mujer para que preparara la comida. Con todo listo, nos fuimos para el río Telembí, de aguas cristalinas y hermosísimas. Allí hacíamos cambuches plásticos y cada quince días bajábamos a Barbacoas. Ese pueblo cogió ambiente cuando empezó a llegar la gente de Zaragoza. Se decía que los mineros eran muy gastones y que las mujeres de Barbacoas dañaban sus hogares por irse detrás de ellos. La primera quincena nos fue bien, sobre todo a los dueños de las máquinas. El oro era tanto que se veía en el fondo del río. En esa época, como maquinista, me quedaron ochocientos mil pesos. Allí también aprendí a bucear para buscar el oro que estaba regado en la peña, una especie de roca. Con ellos trabajé dos años.

Después empecé a trabajar con un primo que se llama Plinio Tapia; mi primo Darío también se quedó con nosotros. Ocho meses después, esa mina se quebró porque todo era muy caro y lo que ganamos en la primera lavada no alcanzó para librar la inversión. Cuando liquidamos todo

nos fuimos para el Ecuador. Trabajamos siete meses y medio en el río Yantzaza. En ese tiempo reuní 780 mil sucres que no valían nada. Nos aburrimos porque ganábamos muy poquita plata, entonces decidimos volver a Zaragoza. De regreso paramos en Tulcán para cambiar la plata que traíamos; a mí me dieron 350 mil pesos. Llegamos a Zaragoza sin una moneda, pues todo nos lo gastamos en pasajes y comida.

Descansamos la primera semana y nos fuimos a trabajar al Porce. En la primera quincena lavamos ocho libras de oro y me quedó un millón 250 mil pesos. Con esa plata, en el año 1980, cuando tenía catorce años, compré en compañía de dos primos una draga HG que nos costó 950 mil pesos. En los primeros quince días de trabajo nos lavamos tres libras de oro; con parte de esa plata libramos la inversión y el resto lo repartimos entre nosotros. En la siguiente quincena nos fue mucho mejor. Cada uno compró su máquina y dividimos la sociedad. Yo me quedé con la primera que compramos, porque fue la que nos dio la suerte, y con el tiempo me conseguí otra draga. Empecé a conseguir cateos muy buenos en el río Porce. Cada quince días me lavaba tres o cuatro libras de oro. En esa época el oro era muy barato.

En 1986 conseguí una mujer muy especial, su nombre es Martha Cecilia Blandón Moreno. La conocí en el río Porce, pues ella les cocinaba a sus hermanos que trabajaban con unas dragas. Yo la molestaba y le decía que cocinaba muy rico. Empezamos a charlar y después de cuatro meses le dije que se fuera conmigo. Luego empecé a derribar monte virgen a punta de hacha para abrir mi finca. Ese terreno que conseguí quedaba a dos horas en lancha desde Zaragoza.

Con Martha Cecilia compartí nueve años, y tuvimos una maravillosa hija que se llama Yarina Serna Blandón. En este momento tiene dieciocho años y está en la universidad estudiando bacteriología. Mi hogar se dañó porque Martha era una mujer muy desconfiada y muy celosa. A ella no le gustaba que yo saliera a rumbear con mis amigos.

Estuve solo ocho años y después conocí a Katia, mi esposa, con la que vivo ahora. Ella cocinaba en una mina que yo tuve con unos socios. Al final nos quebramos, y le dije a Katia que se quedara a vivir conmigo porque no tenía plata para pagarle, entonces me siguió la corriente y se quedó conmigo. Con ella tengo dos hijos muy hermosos: la mayor se llama Yariyadiana y tiene cuatro años, y el menor se llama Juan David y tiene un año y dos meses.

Les sigo contando mi historia. Nosotros vivíamos en la finca La Mora, en el río Porce, en los límites del municipio de Zaragoza. Mi finca es vecina de la vereda Los Trozos y también queda cerca de la vereda El Cagüí. Nuestros vecinos eran Darío Rentería, Euliser Serna y el señor Jorge Mena. Cada uno tenía quince hectáreas de tierra y vivíamos en nuestras propiedades. Mi finca tiene partes planas y partes quebradas. Es una tierra muy buena para la agricultura: pega el maíz, la yuca, el plátano, el frijol y otras verduras, también pega la coca que algunas personas cultivan.

Yo trabajaba la minería al frente de mi finca. Lavaba el oro con las máquinas y lo sacaba debajo del agua. Con esa herramienta yo mantenía a mi familia y a las familias de las cuatro personas que trabajaban conmigo. Cuando el invierno estaba muy fuerte y no podíamos sacar oro, todos nos dedicábamos a la cosecha para poder sostener a nuestras familias.

Fuimos felices hasta que empezaron a aparecer los grupos armados; en ese momento se nos perdió la tranquilidad que teníamos. Veíamos bajar por el río Porce muchas personas muertas, destrozadas. La gente empezó a desplazarse y a abandonar sus tierras. Al ver todas esas cosas, mi familia empezó a sentir miedo. Mi esposa tenía seis meses de embarazo y en esos días se enfermó. Yo la sequé para el pueblo y la llevé al hospital, donde permaneció cuatro días. Después la remitieron para Medellín, porque su embarazo era muy riesgoso. Yariyadiana nació en la ciudad y desde ese momento decidí dejar a mi familia en una casa que arrendé en el barrio Santa

Cruz. Yo seguí trabajando solo en el campo y cada quince días les mandaba plata para su sostenimiento.

En aquellos días, antes de mi accidente, estaba visitando a mi familia y decidí irme para la finca a recoger la draga, pues como el invierno estaba encima los trabajadores estaban en Zaragoza. Yo era una persona que le gustaba andar sola, pero ese día que iba a viajar mi señora me dijo: “Mijo, no se vaya solo; llévese a mi cuñado Chucho que está sin trabajo y le paga con la plata que usted le va cobrar al señor Rubén Ulloa”. Yo le hice caso a mi señora y esperé dos días hasta que el señor Chucho consiguió el pasaje para llevármelo a la finca.

A los tres días me llamó mi cuñada, la hermana de mi esposa, y me dijo: “Eugenio, ya Chucho consiguió el pasaje para que se lo lleve para la finca y lo acompañe”. Esa misma tarde viajamos para Zaragoza y al día siguiente nos fuimos para la finca, donde permanecemos ocho días organizando todo.

Ese día, 6 de abril del año 2006, yo le dije al señor Chucho: “Arréglese para que nos vamos para la finca del señor Rubén Ulloa. Él me dijo que nos fuéramos a dormir en su finca para que pesquemos por la noche. Allá se sacan unas doradas muy grandes, de diez libras. Por ahí derecho él nos regala yuca y plátano porque tiene mucho; además, está cerca de la carretera”.

Muy temprano cogimos el camino hacia las bocas del río Mata. Allí, nos tocaba esperar la canoa que subía desde Zaragoza. En las bocas del río Mata había un planchón con una retroexcavadora trabajando y yo me acerqué a los campamentos para hablar con unos familiares míos que trabajaban ahí. Ellos me dijeron: “Primo, la canoa ya no sube hoy porque son las doce del día. Quédese aquí que mañana pasa muy temprano. Esta mina es de su primo Alonso Tapia y usted sabe que aquí no tiene problema con la dormida ni con la comida”. Y yo les contesté: “No,

muchachos, yo quedé de llegar hoy donde el señor Rubén porque vamos a pasar la noche pescando y mañana me voy para Medellín”.

Entonces le dije a uno de mis familiares que me llevara a la entrada del camino, y Danilo Rentaría me llevó y me dejó donde el señor Gerardo que vive en la entrada del camino y es un hombre muy apasionado por la agricultura. En ese momento no había nadie en las casas, porque todo el mundo estaba trabajando, así que yo me fui con mi compañero.

Cuando llegamos al filo de la cordillera, nos dimos un descanso y llamamos a nuestras familias; en ese lugar todos los campesinos del sector subían a llamar a sus familiares porque era el sitio donde el celular cogía mucha señal. Después de descansar llamé a mi esposa que se encontraba en Medellín y también llamé a Zaragoza para saludar a algunos familiares. Continué mi camino y más adelante, donde todavía había señal, volví a llamar a mi casa y les dije que al otro día viajaba para Medellín y que les llevaba revuelto, frutas y pescado para que pasáramos una Semana Santa bien buena.

Continuamos caminando para poder llegar temprano donde el señor Rubén; queríamos tomar un descanso para hacer la pesca por la noche. Yo en esos momentos estaba muy contento porque iba a llevar de todo para mi casa. Fue ahí donde pisé la mina antipersonal, ese 6 de abril del 2006 a las tres y media de la tarde, en las riberas del río Mata, territorio que se encuentra entre Zaragoza, Amalfi y Anorí. Allí, fui víctima de una mina antipersonal, en el marco del conflicto armado interno, cuando iba a cobrar un dinero que me debían por un trabajo.

Cuando me monté sobre la mina, no sabía que estaba parado en ella. Me detuve ahí mientras esperaba a mi compañero que venía muy atrás. Al ver que ya estaba cerca, aproximadamente a unos veinte metros, seguí, y cuando alcé el pie me levantó la mina unos cuatro metros. Después de caer, traté de pararme y como no pude, me miré mi pie y lo vi vuelto picadillo. Al mismo

tiempo sentí pánico, tristeza y mucho dolor. Minutos después reaccioné y le grité a mi compañero: “Chucho, no se mueva de ahí que de pronto hay más minas”. Pero él tenía mucho miedo y me dijo: “¿Qué hago?”. “No se vaya a mover porque no sabemos si hay más minas”, le dije.

Yo me arrastré hasta el camino y luego le dije: “Chucho, pisé una mina y me voló la pierna izquierda”. Me arrastré con ayuda de las manos y del pie derecho hasta donde estaba él, aproximadamente a veinte metros; me quité la riñonera donde cargaba mis documentos y mi celular, y le dije: “Chucho, tome la riñonera para que usted regrese al río y le avise a mi familia y a algunos finqueros para que vengan a sacarme. Pero con mucho cuidado porque no sabemos si hay más minas”. Después de lanzar la riñonera, me arrastré otro poquito y Chucho me acostó y me puso su bolso de almohada. Cuando vi que mi compañero se fue, le dije: “Chucho, tenga mucha fe en Dios para que lo saque sano y salvo. Cuando llegue al lugar donde hicimos la llamada, llame a Medellín y le avisa a mi señora y después llama a Zaragoza a mi familia”.

Cuando me quedé solo, pensé en Dios y le pedí que no le fuera a pasar nada a mi compañero, que lo sacara sano y salvo porque solo así me iban a recoger. En ese momento de tristeza y de angustia le rogaba a Dios para que me diera fuerzas y valor y me permitiera reunirme nuevamente con mi familia. Gracias a Él pude verlos otra vez, y también le agradezco por enviarme ese amigo que me acompañó, pues yo era una persona que siempre andaba sola.

Una hora después me largué a vomitar sangre, hasta llegué pensar que me había reventado por dentro, pero gracias a Dios no fue así. En esos momentos no sentía dolor, sino que veía mi pierna prendida en candela. Así duré dos horas y después empecé a sentir dolor. Yo decía: “Señor mío, no dejes que aparezcan grupos armados por aquí”. Había escuchado rumores de que cuando una persona caía en una mina y llegaba un grupo armado, lo terminaban de matar.

A las cinco y media de la tarde escuché la voz de mi primo Nicanor Rentería; él pegó varios gritos y yo saqué mis últimas fuerzas para contestarle. Aproximadamente llegaron unas veinte personas entre familiares y amigos. Llevaban la camilla lista, la habían armado con un palo largo y una hamaca. Cuando los vi llegar, me dio mucho ánimo y les dije: “Muchachos, regálenme agua”. “No puede tomar agua”, me decían.

La camilla la cargaban ocho personas, cuatro adelante y cuatro atrás. Cuando esas ocho se cansaban, la agarraban otras ocho y así se fueron turnando. Cuando me subieron a la camilla eran las seis de la tarde, y a las ocho de la noche me bajaron al río. Mis familiares tenían la canoa lista, me embarcaron y uno de ellos, Luvian Tapia, el maquinista, me aplicó una ampolla para calmarme el dolor porque yo iba muy mal. El señor Alonso Tapia, el dueño de la mina de retro, mi primo, fue el que respondió por los gastos de la canoa, pagó el flete, el combustible y me dio cien mil pesos en efectivo. Le agradezco mucho todo lo que hizo por mí, que Dios lo ayude a él y a todas las personas que me sacaron de esa montaña. Estoy muy agradecido por ese gesto tan bonito, no tengo con qué pagarles, pero yo, Eugenio Serna Tapia, le pido mucho a Dios que los cuide y los proteja de todo peligro.

Cuando la canoa llegó al puerto de Zaragoza muchos familiares y amigos míos me estaban esperando. A las nueve y media de la noche me entraron al hospital, donde fui atendido por los médicos. Inmediatamente me pusieron sangre y suero porque yo estaba muy mal, ya no reconocía a las personas, las veía borrosas. Minutos después cortaron pedazos de bota que quedaron en la pierna. Luego empezaron a buscar carros porque las dos ambulancias no estaban en el pueblo. Mis familiares y amigos estaban muy preocupados porque en esos momentos no había ambulancia y se enojaron con los médicos porque se estaban demorando mucho para llevarme a Cauca, pues no aguantaba el viaje hasta Medellín. Al fin me llevaron en una camioneta Hilux;

iba con un doctor, una doctora y mi exesposa, Martha Cecilia. En ese viaje yo iba muy desesperado. No sé cuánto nos gastamos para llegar a Caucasia, porque el conductor de la camioneta era muy bueno y estaba manejando muy rápido.

A la una y media de la mañana me entraron al hospital de Caucasia y el doctor que me recibió se enojó con los de Zaragoza porque me llevaron lleno de tierra, sin bañarme. Inmediatamente me atendió el cirujano César Hernández. A las tres de la mañana estaba que me reventaba por dentro, porque no había orinado desde mi accidente, entonces llamé a Martha y le dije: “Me voy a reventar”. Ella corrió y llamó a una enfermera que vino rápido. Empezó a chuzarme con una aguja para sacarme la orina, pero como no fue capaz llamó a otra enfermera y tampoco pudo, así que se reunieron cinco enfermeras; al ver que no eran capaces, llamé a Martha y le dije: “Me voy a morir porque no puedo orinar, ya no aguanto, me voy a reventar. Cuida mucho a mis hijos y diles que los quiero mucho”. Ella, al ver que yo le hablaba como en agonía, salió corriendo y trajo al cirujano. Él vino rápido y me sondeó la manguerita por el pene y ahí mismo empecé a botar ese poco de agua que tenía adentro. Al fin descansé, pero si el cirujano no llega a tiempo no estaría contando la historia.

Al otro día a las siete de la mañana me entraron a cirugía. El cirujano hablaba con otros cuatro médicos sobre cómo podían salvarme la rodilla. Cuando los escuché, le dije: “Doctor, esa rodilla no tiene salvación porque está muy partida. Mejor hágame un solo trabajo mochándome arriba de la rodilla para yo descansar, y usted también gana muchos puntos en su trabajo”. Así fue, me mocharon el pie izquierdo arriba de la rodilla. Gracias a Dios salí muy bien de mi cirugía.

Al día siguiente, llegó Katia, mi señora, de Medellín. Yo estaba dormido en la sala de recuperación y mi acompañante Martha Cecilia me dijo: “Eugenio, Katia llegó”. Yo tenía la cara muy hinchada y no sé por qué me desperté riéndome. Martha Cecilia le dijo a Katia: “La pierna

de Eugenio está en esa bolsa; toca llevarla al cementerio para enterrarla”. Katia se asustó mucho cuando vio esa pierna hinchada, y le dijo a mi ex esposa: “Coja la bolsa usted, porque a mí me da miedo”. Marta la llevo y cuando llegaron al cementerio se la entregaron al sepulturero y le pagaron para que la enterrara. Cuando regresaron al hospital, Martha le dijo a Katia: “Ya me tengo que ir para Zaragoza porque tengo la casa sola. Nosotros vamos a estar pendientes de ustedes”, y se despidió.

Al otro día llegó al hospital un muchacho de Boca Nechí. Tenía dieciocho años y también había sido víctima de una mina antipersonal. Su mamá nos contó que su hijo tenía una marranera muy grande con cuarenta marranos y también tenía un yucal que cada ocho días le daba veinte bultos de yuca. El día del accidente, el muchacho, después de recoger la yuca, salió tres metros del yucal para armar una trampa que detuviera a una guagua que le estaba arrancando las yucas. En ese momento, se paró sobre la mina que lo partió por la cintura. Luego de llegar al hospital de Caucasia, murió. Por eso yo les digo a las personas del conflicto armado que nosotros los civiles no sabemos el porqué de la guerra, entonces les pido de corazón que no siembren más minas antipersonales, pues somos los civiles los que sufrimos.

A los cinco días de estar hospitalizado, me dieron de alta y me trajeron para Medellín. Cuando llegué a mi casa, mi señora les pidió a algunos vecinos que me ayudaran a bajar del carro. Ellos se sorprendieron al verme llegar sin mi pie izquierdo, estaban aterrados porque viajé con mis dos pies y regresé mocho.

Al otro día llegó uno de mis mejores amigos, Mauro Madrigal, a darme su apoyo. Me trajo un mercado de doscientos mil pesos, me regaló doscientos mil pesos en efectivo y me dijo: “Estamos muy tristes por lo que le pasó, pero mucho ánimo que los vamos a apoyar”. Después

llegaron dos monjas que trabajan en la iglesia La Asunción, que queda a una cuadra de mi casa. Ellas me hicieron las curaciones hasta que me quitaron los puntos.

Ingresé al Hospital San Vicente de Paúl, donde fue toda mi atención médica. Mi doctor se llama Ariel López. Él me hizo muchas preguntas y yo le dije: “Doctor, yo tengo que conformarme con mi nueva situación porque esto ya es de por vida, mi pie no va a volver, entonces yo me hice a la idea de que no me pasó nada. Tengo que echar para adelante”. Él se puso muy contento con lo que le dije, entonces me mandó mis primeras terapias, en total fueron veinte. Después de que me llegó la prótesis, me mandó otras veinte terapias. También estuve donde la sicóloga, pero yo terminé dándole clases; sabía que la vida seguía y tenía que salir adelante con mi familia que cada vez era más grande, pues un año y medio después del accidente nació mi hijo Juan David.

Yo estaba acostumbrado a los trabajos físicos y sabía que después del accidente no me podía dedicar a eso; pensé en conseguir un trabajo en la ciudad que se ajustara a mis condiciones. Con la ayuda de Acción social y de la Cruz Roja Internacional me fui sosteniendo y monté en un localcito un negocio de víveres y de venta de minutos. Empecé con cuatrocientos mil pesos y poco a poco le fui metiendo más plata. Con lo que gano en el negocio pago el arriendo, los servicios y la comida.

Quiero luchar por mi familia. Mi papá no nos pudo dar estudio por falta de recursos, pero yo voy a trabajar para sacar a mis hijos adelante, porque el estudio es el mejor regalo que un padre les puede dar a sus hijos.

Después de tres años, regresé a mi finca. Cogí la rula para limpiar la tierra y siempre se me ampollaron las manos. Ese día solo trabajé una hora y media porque me caí y me dio miedo

lastimarme el muñón. Estoy esperando que me den lo que me corresponde por la finca, pues por ahí va a pasar la represa Porce IV. Cuando eso suceda, sólo volveré a recoger mis pasos.

Con los ojos del alma. Por Diomedes Osorio

Mi niñez fue trabajo y estudio hasta los once años, cuando por la fuerte carga laboral tuve que retirarme de la escuela. En esa misma época me fui de la casa en la que vivía con mi mamá, mis hermanos y mi padrastro. Estaba aburrido, sentía que por ser el mayor de la casa tenía que dar más. Pero me exigían más de lo que podía. Estaba presionado. Todo esto sucedía en una vereda pequeña de un municipio de Antioquia. Quienes vivíamos allí cultivábamos en nuestras fincas pequeñas: café, maíz y fríjol; también había ganado.

Al salir de mi casa, consciente de que estaba encaminándome en una aventura para explorar medios distintos para salir adelante, llegué a la finca de unos amigos. Quedaba a media hora de la casa de mis padres. Era un lugar en un terreno faldudo, rodeado de cañadas y muchos árboles como naranjos, cedros y otros. Allí estuve hasta los diecisiete años, llevando la leche a la carretera, recogiendo el ganado, madrugando a ordeñar, picando cuido para las vacas, errando las bestias, arreglando el alambrado de los potreros y haciendo muchas cosas más.

Yo era un vueltero. Vueltero es alguien que tienen en una finca donde necesitan hacer muchas vueltas: que vaya recoja el ganado, que vaya recoja los terneros, mucha cosa. No tenía que depender de mis padres, me demostré que era capaz de conseguir por mi cuenta las cosas que necesitaba. Después de esta experiencia, siendo un poco mayor, decidí volver a mi casa esperando encontrar un ambiente distinto. Las cosas marchaban bien. Me entendía con mi padrastro y mis hermanos, y trabajábamos juntos. Ya no había autoritarismo. De lunes a sábado madrugábamos para ir a trabajar la tierra, sembrando maíz, fríjol, tomate, cebolla, café, cacao,

plátano, entre otros productos agrícolas, hasta las cuatro de la tarde o donde nos dieran una o dos horas de trabajo, mientras salía el cultivo para conseguir la comida y llevarla a la casa.

Al mismo tiempo empecé a salir y a conocer. Me iba de paseo con mis amigos a las veredas aledañas. Me gustaban las fiestas y el fútbol. En el campo nunca falta el trabajo, pero sábado o domingo cuando uno lo sacaba para descansar nos íbamos a bañarnos a los charcos. Fue una época donde viví cosas hermosas. Pero por otro lado, las cosas cambiaron. La independencia que había ganado en mi vida familiar fue perturbada por una fuerza mayor no solo para mí sino para todos los campesinos. Se trataba de los grupos armados.

Era una presión inmensa para todos. Ellos querían adueñarse del territorio, y esa era su pelea. Tanto la guerrilla como los paramilitares amenazaban a los campesinos. Nadie podía andar tranquilo. El campesino era asesinado sin saber siquiera por qué. Sobrevivir era un reto. Nosotros los campesinos no teníamos tranquilidad para nada.

Para uno desplazarse al pueblo a mercar había hasta dos o tres retenes de diferentes grupos armados. Uno permanecía asustado en el pueblo porque hay cosas de las que uno fue testigo. Uno de los grupos andaba con una varilla envuelta en cartón, seguían personas que dejaban pasar en los retenes, pero entrando al pueblo había un cruce de información entre ellos y se iban encima de alguien, perseguían a la gente fijándose donde podrían acorralar a las personas para pegarle a alguno un varillazo; lo recogían inconsciente, lo montaban en una camioneta que iba a algún lugar, donde lo mataban para luego tirar su cuerpo al río, el Riosucio. Muchos campesinos desaparecían así, pues nunca hallaron sus cuerpos.

El mercado que uno hacía en esa época no podía pasar de quince o veinte mil pesos, porque supuestamente ya no era para el propio consumo sino para otro de los grupos armados. El que llevara más de eso lo mataban y el mercado lo dejaban tirado en la carretera. Al que estaba muy

de buenas tan solo le quitaban el mercado y sin comida se tenía que ir. Pero eran pocas las veces que pasaba eso. Siempre los grupos armados se portaban agresivos con el campesino y al que estaba de malas lo iban matando. Eran reglas que ellos imponían. Había familias de siete u ocho personas que tenían que pasar una semana con un mercado de quince mil pesos.

Lo más trágico fue cuando los grupos armados empezaron a minar el campo sin importarles que esa fuera tierra para la labor del campesino. Teníamos menos tranquilidad. No sabíamos dónde estábamos parados. No había seguridad por lo que pudiera pasar. Para poder sostenernos, teníamos que sufrir ese riesgo, caminar por un terreno peligroso.

La vereda donde yo vivía empezó a desolarse con la presión de estos grupos. Muchos campesinos huyeron dejando atrás su tierra, su único sustento, los grupos armados los señalaban de ser partidarios de un grupo enemigo. El hecho de que se le diera un vaso de agua a alguno de ellos —que uno no podía saber de qué bando era y uno lo hacía por obligación— significaba una sentencia de muerte. Por esto la gente se fue sin saber qué podía depararles el destino después de tener que abandonar lo que era suyo y fruto de un largo trabajo.

Todo eso fue a principios de la década de los noventa. Eso tiene más de doce o trece años de ser zona roja. Yo estaba muy pelado. De ahí siguió muy duro el desplazamiento. Yo seguía en la casa de mis papás, saliendo diario a trabajar, hasta que ocurrió mi tragedia.

El día del accidente

Nosotros en el campo, normalmente, nos levantamos a las cinco de la mañana para iniciar labor; por muy tarde, a las siete. Recuerdo patético que ese día me levanté con muchos ánimos. Vi a toda mi familia muy alegre. Bregué a arreglarme lo más bien que pude. Me puse un pantalón de jean, que es la ropita que uno usa en el campo, ropa especial. Yo tenía de esa ropa y otra ropa buena para salir como la que uso ahora en la ciudad.

Ese día estaba con ropa bien lavadita, pero tal vez manchadita. Me puse una camiseta. Trabajaba a veces de camisa en la cintura, aunque he sido muy abandonadito de camisa. Era rara la vez que me vieran con camisa trabajando. Me la amarraba en la cintura, y así estaba cuando me explotó la mina.

Tenía yo veintiún años. No recuerdo bien cómo me veía yo en ese momento, porque ya se me olvidó. Era muy ocasional que me mirara en el espejo. Me veía con la cara un poco perfilada. Mis ojos, que yo recuerde, eran negros, o eso decía yo, pero la verdad es que tiraban más a cafés miel. No tenía ojos grandes, tampoco eran pequeños ni rasgados. Nunca llegué a detallar a quién le había sacado el mayor parecido en la familia. Que yo en los ojos me parecía a fulano, nunca me lo llegaron a decir. Lo otro de la cara ya hasta se me olvida. Creo que no era muy barbado. Tenía, de pronto, un bozo muy leve. Mi cara era más bien pulida, porque no he sido como “caroncho”. Sé que mi cara no era gruesa sino menuda. ¿Hoy la cara mía cómo es? Eso me pregunto yo. A uno se le olvida.

Me mantenía quemadito del sol. Era como morenito. El color que tengo ahora no es el mismo, porque lo que aguanto de sol es poquito. Ya son siete u ocho años desde que me vine del campo, entonces también el color me cambió. Pero antes me veía trigueño. Ahora me dicen que me he descurtido mucho. Tenía estatura más o menos. Ni muy alto ni muy bajito que digamos. Mido un 1.67, muy normal. En estos días yo preguntaba eso, que cómo soy ahora, porque desde el accidente no me acuerdo.

Ese día salimos a trabajar a las siete de la mañana. Mi mamá nos despachó, o sea, nos dio el desayuno y nos empacó el almuerzo. Traguiamos, porque en el campo uno no perdona los traguitos antes de irse; nos tomamos un chocolatito; el almuerzo lo pusimos en la costaleja, un bolso que se usa en el campo para cargar; cogimos el bolso cada uno, el machete o rula como lo

llamamos en el campo y salimos aprovisionados con el almuercito y todo listo. Mi mamá nos echó la bendición: “Bueno, hijos, que les vaya muy bien”, nos dijo.

Yo tenía mucha moral, no sé por qué ese día estaba muy alegre. No era lejos donde íbamos a trabajar, apenas como a unos quince minutos de la finca. Salimos antecitos de las siete de la mañana y ligerito llegamos al punto donde íbamos a trabajar. Estábamos recochando, y todos, muy felices.

Amolé el machete. Cogí una lima para sobar el filo por el borde, de costado. Lo sobé y lo sobé, y lo volteé y le saqué filo. Lo toqué con los dedos a ver si había quedado filudo. No estaba tan amellado, pero lo amolé para no amallagar la rama, para que no me tocara darle más duro. Yo iba a desmalezar. Nos metimos en un rastrojo que estaba de alto como la estatura de uno. Estaba con mi padrastro y mis dos hermanos menores que yo. Después lo que íbamos a hacer ahí era rozar, barrer y fumigar para, al final, sembrar ese campo con fríjol. A mí me tocó ver ese tajo apenas desmalezado hasta la mitad. Con otros dos días de trabajo se acababa la rozada, pero yo no alcancé a ver más. La cosecha de fríjol no me tocó a mí.

En ese tajito hasta animales pasaban por ahí de vez en cuando. Nosotros no teníamos, pero de otras fincas se venían, porque eso era pequeñito, en parcelas. Al lado había un camino real por donde pasaba toda clase de gente, gente de la vereda y gente de los grupos armados. Uno no sabe bien en qué momento fue que pasaron esos grupos y dejaron minas ahí. Donde estábamos era un tajito de tierra que hacía tres o cuatro meses no pisábamos, porque estábamos trabajando otros trayectos. En este caso, ese tajo no era ni propio de nosotros. Era alquilado a un señor que le pagábamos para que nos dejara sembrar. Estaba encordillerado, tirando más a la montaña, en la parte alta de la vereda. Eso queda en una parte pendiente donde se divisa mucho hacia el frente,

hasta se ve del pueblo para arriba. De noche, yo veía hasta los carros pasar por la troncal, muy lejos, muy lejos, pero los divisaba.

Era un día hermoso, muy soleado, muy bonito. No había asomo de agua. El paisaje era de potreros, montañitas pequeñas, montañas grandes... Podía divisar azulito el cielo, muy bonito. Iba trabajando, rozando, dele, dele, cuando tuve como un susto. Todo estaba muy bonito hasta que todo se me oscureció; volteé y golpeé la mina; le di con el machete; me quitó el machete de las manos y me tiró al piso. No fue que la pisé, y eso sí lo agradezco a Dios, que no me dejó parar en ella.

Cuando sentí el golpe, sentí un dolor, un ardor en el lado izquierdo de la cara. Era impresionante. Una de las esquirlas me entró en el pómulo; las otras me entraron por la vista cortándome la visión. Me destruyeron la retina totalmente. Eran como las diez y media de la mañana, entonces, se me acabó la visión. La explosión me dejó sin vista, y no solo la vista sino parte del brazo izquierdo al lado del pulmón, lo que causó una discapacidad severa en mí.

Cuando yo sentí el golpe se me oscureció todo, dejándome el ojo derecho casi que salido, brotado, y la mano izquierda sin movilidad. Esa me duró como cuatro meses quieta. Yo quedé como ido. Me quedé un rato ahí tirado sin saber qué era lo que me había pasado. Me ponía a pensar: ¿A mí qué me pasó? Yo no vi nada por los lados. Aquí no había nada que explotara, decía yo. También llegué a pensar que me mató. Pero no estaba inconsciente del todo, más bien estaba ido hasta que me cogieron.

Mis hermanos y mi padrastro vieron la humarada y se vinieron a ver qué me había pasado.

—¿Usted ve? —me decían.

—Yo no veo nada —respondía yo.

Estaba vaciado en sangre por boca y nariz. Tenía tierra por todo el cuerpo. Al lado izquierdo de la espalda, donde me entró la otra esquirla cerquita del pulmón, también estaba echando sangre. Ellos me sentaron y se pusieron fue a limpiarme la tierra que era ya una mezcla de tierra y sangre.

Yo no pensaba que estuviera ciego. Pensaba que la tierra y el golpe hacían que yo echara sangre y que eran heridas leves, porque yo reaccioné, no quedé inconsciente. Les decía a ellos, mis hermanos y mi padrastro, que, conforme me fueran saliendo la tierra, las ramas y las yerbitas que me habían quedado en los ojos, yo iba a volver a ver. No quería aceptar ni pensar que eso me había causado el daño total de las vistas.

Ya me recogieron, me llevaron para la casa y nadie siguió trabajando ese día. Me bañaron y me consiguieron pastas para el dolor. Fue un día muy duro para mí. Nunca pensé que hasta ahí iba a llegar la historia de todo lo que yo había visto en mi vida, de mi independencia. No creía que hasta ese momento llegaba la forma de ser mía, yo solo volteando para donde fuera. No pensé que ese era el momento en el que me tocaba empezar a adaptarme de por vida a quedar ciego.

Mi padre, así lo llamo aunque sea mi padrastro porque él fue el que me crió, y mis hermanos, todos eran conmigo a ver qué necesitaba yo. También mi mamá. “Vamos a ver mi hermanito qué necesita”, se decían. Me bregaban. Yo esperaba recuperarme.

Veía oscuro totalmente. Oscuro, oscuro. O, mejor, no veía. Donde me dejaran, acostaran o sentaran, ahí me quedaba, porque yo no me atrevía a voltear para ninguna parte, a pesar de que yo distinguía mi casa toda bien cuando veía. Pero fue cosa de mucho tiempo hasta que volví a moverme solo.

Después del accidente

Esos primeros días era así. “Vamos a bañarlo”, decía mi mamá o algún otro, y me cogían de la mano y me llevaban al baño. Ya allá, de todas maneras, yo mismo me bañaba, independiente. Yo era capaz con una mano. La otra la tenía quieta y me interrumpía un poquito porque me quedó muy desforzada, pero ahora la muevo como si la tuviera buena.

Yo pensaba que al otro día del accidente iba a ver mejor. Pero no. Seguía oscuro. Nunca pude decir que abrí mis ojos otra vez y pude ver algo. Al otro día, los ojos estaban llenos de cosas malucas, hinchados y echando agua, estaban enconados, supurando. Pensé que tomando pastas se me iban deshinchando. Me las tomaba también para la infección, eran del botiquín de la vereda. Me llegaron por la acción comunal. Era el botiquín para las urgencias de la gente de por ahí. En este caso, a mí me tocó una parte.

Después, tan mal, tan mal, yo no me sentí. Mi familia decía que nos fuéramos para Medellín, que cómo íbamos a hacer para sacarme a una clínica. Pero económicamente no podíamos. Estábamos apenas empezando a desmalezar para sembrar el cultivo y ver cómo sobrevivir. Yo mismo les dije: “Esperemos, yo me recupero. Yo no quedé tan mal y soy capaz de caminar. Esperemos”. Si alguien llega a leer esta historia y ha vivido en el campo se da cuenta de que es así, que no es como en la ciudad que con cualquier cosa tira para donde el médico. Uno en el campo tira mucha tranquilidad. Se cura más que todo a base de plantas. Y económicamente mal uno se pega de todo eso. A mí me ponían plantas para deshinchar. Cogían la mata deshinchadora, la cocinaban y con la agüita me hacían unos pañitos calientes. Eso me mejoraba.

Mucha parte sería que yo en ese momento no me sentía tan mal, y por otra parte era que habiendo quedado así me daba miedo tirar por donde había grupos armados. Uno de todo temía.

A los quince días me sentía mucho mejor pero igual no veía nada. No permití que me taparan. Me hacían el aseo en la cara y en la herida de la espalda, que fue un huequito chiquito, pero que de todas formas me dejó muy perjudicado porque no permitió que saliera la sangre. En la cara, vimos después en radiografía, unas esquirlas que quedaron cerquita del cerebro. Me hubieran matado si hubieran llegado más lejos.

Seguía sanando pero no veía nada. Una vista me quedó salida y la otra hundida. La familia bregaba a ver cómo me colaboraba. Ellos siguieron trabajando a ver cómo recogían para traerme a Medellín. Les tocaba trabajar la tierra donde fuera, así hubieran quedado con temor de otro accidente. No podían quedarse en la casa y chao. Les tocaba arriesgarse y salir a trabajar.

Yo les daba moral a ellos, y yo lloraba. Era una tristeza por quedar ciego. ¿Qué será lo que mi Dios va a ser conmigo?, me decía yo en esos llantos tan horribles. Me llenaba de complejo. Cuando tratábamos el tema en mi familia yo les decía que tranquilos, pero por dentro yo no me aguantaba. ¿Qué será de mí más adelante? Ya era mayor de edad. ¿Si voy a quedar ciego, cómo voy a hacer?

Pasaban los días y yo mantenía las esperanzas de que volvería a ver. Llegué a momentos a tirar mente. Decía que tenía que quedar a juicio de la familia. De pronto pasaba por los pensamientos de económicamente cómo iba a seguir mi vida. Pero guardaba las esperanzas de que volviera a ver.

Fueron tres años y medio los que me quedé en la finca después del accidente. Yo no quería ni salir. Ni a la casa de la misma familia en la vereda salía. No quería nada. Fue un cambio muy grande. No pude seguir trabajando la tierra con la que yo mismo me animaba. Yo antes veía que en unos meses daba la cosecha y pensaba que con eso me compraba la mudita de ropa, la comida. Pero ahora diario era yo esperanzado en lo que me querían dar. Que le tocara a uno que le dieran

algo. Todo era dado. Eso me hacía sentir mal. Era algo que yo nunca me imaginaba. No podía yo disponer con esto para que me trajeran tal cosa. Tenía que esperar que me trajeran un cepillo de dientes, un jabón. Es una cosa que ha sido muy dura, estar esperanzado de lo que me quieran dar.

La dependencia me tocó en todo sentido. Todo fue un cambio. Si era para la ropa, dónde está la ropa, que para ir al baño. Además, recién que uno queda ciego queda como borracho. Uno se va para los lados. Al principio, pensaba que me iba a caer. Para todo tenía que decir: llévenme. Para comer, me ponían la comida y me decían: aquí está. Si no me decían, yo no sabía qué era. Iba comiendo lo que encontrara. Era muy duro.

En la finca, esos años no salía de la casa. Era un encierro. Me la pasaba haciendo nada. Fue total el encierro. De pronto escuchaba música y no era más. Algunos amigos me visitaban. Muchos cambiaron conmigo. Ya no eran los mismos amigos saludables que uno encontraba siempre. No saludaban. Pienso que tal vez esos pensarán que yo quedé loco, o que me incomodaba que saludaran. Tal vez pensaban que el hecho de que uno no los viera significaba que uno sabía que estaban ahí, o que no iba a saber que lo estaban saludando.

Para mí se acabó toda diversión. No volví a tirar charcos ni a jugar fútbol. Eso no ha vuelto. Hasta hoy no lo he podido volver a hacer. Salía muy escasamente, por ahí tal vez pegado del hombro de alguno, tal vez para una invitación donde un vecino. Pero no había ánimos.

La guerra y el desplazamiento

Nunca se supo qué grupo armado dejó la mina sembrada. Mientras tanto, en la vereda todo seguía normal. Y lo normal era que desaparecieran gente, que mataran gente, que sacaran a la gente de su casa. Primero, fueron unos vecinos de más arriba los que se fueron. Llegaban los grupos armados y decían: “Tienen tanto para que desocupen”. Y así nos tocó a nosotros también.

Llegaron unos hombres uniformados y armados. Nos dieron dos días para que desocupáramos. “Después de eso no se responde”, decían. Nos tocó venimos con lo que teníamos encima. Dejamos los pocos sembrados que tenía mi familia. En la casa dejamos gallinitas y no mucho más porque no teníamos mucha cosa. Una parcelita era lo que teníamos allá con palitos de café. Eso quedó allá abandonado, a lo que la gente quisiera hacer con eso.

Empacamos poco, de pronto la ropita buena, si mucho tres muditas cada uno, y era lo que uno tenía bueno para poder salir. Salimos caminando porque eso fue en semana, y por esos días no pasaba carro. Caminamos por trocha una hora y de ahí para abajo, por carretera, recorrimos una hora y media hasta el pueblo. Allá ese día los desplazados éramos solamente todos los de mi familia. Eran desplazamientos muy graneados. No fue que llegaron desocupando la vereda. Al final la desocuparon, pero graneadito.

Nosotros cogimos el bus para Medellín a ver qué íbamos a hacer, a ver qué iba a hacer la familia con uno. Yo era una carga más. Veníamos mis hermanos, mi padrastro y mi mamá. Llegamos a donde una prima. La casa no era muy grande. La posada era donde nos pudiéramos recoger todos en una pieza o en la sala. La dormida era dura. Y pensábamos: ¿Cómo vamos a hacer sin vivienda, sin nada? A mi mamá la orientaron para que fuera a la Cruz Roja para recibir beneficios. Empezaron a llegar ayudas y pudimos pagar una piececita donde arrumamos todo, mientras mi padrastro y mi hermano, el que me sigue, cumplió los dieciocho y pudo conseguir para sobrevivir aquí.

Nos dieron arriendo y alimentación por tres meses. Aguantamos hambre y sufrimos mucho. A ellos les tocó colocarse en construcción... Muy duro. Muy duro para conseguir una casa donde pudiéramos estar más amplios y tener una calidad de vida mejor, y conseguir una camisita, irnos vistiendo así de a poquitos. Es que nos sosteníamos todos con lo del hermano mío que era el que

conseguía. Al padrastro mío lo sacaban y le decían: “Vaya para la casa y después lo llamamos”, y nunca lo llamaban. Sería por la edad.

Ser víctima

No sabía que yo era víctima de conflicto. Eso lo vine a saber yo entre 2007 y 2008 cuando me fueron explicando que tenía ciertos derechos. Al ser desplazados nos orientaron. En algunas partes nos decían que siendo víctima de mina yo tenía otros derechos, que había una parte médica que tenía que responder por ese accidente hasta el fin. Y nosotros no sabíamos nada de eso. Lo supimos muy lentamente en trabajos y citas con otras personas. Muchas veces fui a reclamar y me decían que ya había perdido esos derechos. De todas formas, yo ya estaba ciego, pero me faltaban muchas cosas.

Tenía mis testigos de la vereda, por los cuales la autoridad competente me certificó mi accidente. El alcalde del municipio me dio una carta donde certifica que yo fui víctima de mina. Sin esa carta uno no tiene ninguna atención médica como víctima del conflicto. Esa carta la presenté a la Cruz Roja y ellos se tenían que encargar de separarme una cita en el Hospital Universitario San Vicente de Paúl. Llamaron y el San Vicente no me la asignó, porque yo no tuve una atención inicial de urgencias en el municipio en el momento en que sufrí el accidente. Preguntaban dónde estaba la atención de urgencias para poder pasar el comunicado al Fondo de Solidaridad y Garantía (Fosyga) para que pudieran cubrir eso. Pero yo no la tuve: yo me quedé más de tres años en la vereda después de la mina hasta que me desplazaron.

Entonces en la Cruz Roja me orientaron para que me metiera por el Sisbén. Allí tampoco querían ayudarme y me mandaron a Comfenalco, y que había que esperar un mes. El portero de Comfenalco me dijo que allí era demorado y que fuera a la Dirección Seccional de Salud de Antioquia, donde di con una muchacha.

“El caso suyo lo tienen que atender”, me dijo y me remitió para el Hospital Marco Fidel Suárez de Bello. Me dirigí para allá ahí mismo. “¡Vamos a ver!”, dije yo. Allá no me trataron con esas repelencias. Una doctora, la encargada de llevar esos casos, dijo que siendo paciente de mina no necesitaba sino la carta del alcalde. Con esa carta y un formulario que ella me dio fue que comencé a recibir toda la atención. Tanto bregué y bregué que por fin empezó el tratamiento.

En el Marco Fidel empecé todo el proceso. Me dieron la primera atención con médico general, donde me vio y me empezó toda la historia de las pérdidas que tuve con el accidente. Él me remitió con diferentes médicos, unos por la pérdida de los ojos, otros por problemas de la nariz, otros por los problemas de la espalda, y así según todas las secuelas que me dejó el accidente. Eso empezó en junio del 2008. Ese año fue todo el año volteando. Las operaciones las tuve todas a remate de año en el Marco Fidel.

Me operaron la nariz, porque después del accidente me había quedado torcida hacia el lado derecho. La segunda operación, el nueve de diciembre, fue para extraerme la vista derecha, la cual me causaba mucho dolor y había quedado muy afectada. En la espalda no me pudieron practicar ninguna operación. Tengo una esquirla en el pulmón izquierdo, pero el médico me mandó fue terapias, porque para operar ese pulmón ahí es súper riesgoso. Él mismo me aconsejó que era mejor quedarme así con esa esquirla ahí, que si quería me mandaba donde el cirujano pero que él no respondía.

Pero no he podido acceder a la prótesis ocular, la cual ha sido demorada para gestionar. El doctor que me sacó la vista me dio una remisión para la prótesis, que la podía gestionar en el Marco Fidel o en el San Vicente. Me fui donde la doctora y me dijo que más fácil me fuera con esa remisión al San Vicente. Allá llevé la papelería al principio de enero del 2009. Ese caso le tocaba llevarlo a la trabajadora social, pero ella se demoró mucho para poner la papelería a

circular. Ella salía a vacaciones y entraba para finales de enero y cuando entró se demoró mucho con mi papelería. Entonces, ese ha sido el motivo de la demora. Yo comencé a acosarla mucho, llamándola, y me sacó una cita con un especialista que me revisó ya bien y miró qué era lo que yo necesitaba. Él me dio la orden para la prótesis, pero la trabajadora social dijo que por una ley nueva, el Fosyga me estaba negando esa prótesis, por ser algo de estética. Traté de explicar que algo estético es como si se me viera sin ojo así no más o desde el nacimiento, y aclaré que no estaba pidiendo algo estético para aparentar sino que era un derecho que tenía referente a mi accidente. Con ese mismo chiste le salió la trabajadora social a la especialista que me atendió. Entonces, ella le respondió a la trabajadora que a mí no tenían por qué negarme eso, que de ninguna manera el Fosyga tenía por qué negarme ese derecho.

Ahí mismo en el San Vicente me dieron una orden y el mismo hospital firmó un papel donde decía que se hacía responsable por ese costo de la prótesis. Con una orden me mandaron donde el doctor Mario Escobar. Él es el que me está haciendo la prótesis. He ido a una cita para dibujar la vista en sí. Me faltan siete u ocho citas para terminar de dibujar la vista, para sacarle el color, ponerle la forma que es, etcétera. Por ahí a remates de abril estará lista, y ahí voy.

Uno en el campo no tiene claro qué derechos tiene uno como víctima, qué entidad del gobierno me podría cubrir mi accidente. Fue mi familia la que me apoyó en todo mientras estuvimos en el campo. Perdí muchos derechos que tenía como víctima. Perdí mi capacidad para trabajar. Quedé ahí durante tres años largos en la finca. No podía trabajar. Era lo que mi familia pudiera hacer por mí. Ya en la ciudad estoy buscando esas ayudas que están tan envoltadas. Aquí lo que sí encontré de una fue una mala noticia. Que yo no iba a volver a ver nunca. Eso me lo dijeron unos médicos del Sisbén. Para mí fue duro, otra vez, pero no fue primicia. A mi familia

le dio más duro que a mí. Yo me llené de fuerzas. Si así fue, qué le vamos a hacer. Durito, mucho, pero no para acomplejarme mucho.

Al principio me puse a vender bolsas en la calle algunos días. Pero no me justificaba exponer mi vida por cuatro o cinco mil pesos que me estaban quedando. Ahora hago mucha cosa solo. He estado en procesos de rehabilitación visual para adaptarme más a mi discapacidad, y eso porque me los han obsequiado el CRAP de Bogotá y el San Vicente. Pero económicamente uno no sería capaz de sostener eso, porque no tengo una situación definida. Allá tengo como una especie de beca. Cada hora son como doce mil pesos que vale y yo no tengo plata.

También estoy yendo por Prado Centro a la Unión Nacional de Limitados Visuales, una institución que hace diez años se formó y no tiene ánimo de lucro. Solamente donantes y voluntarios la apoyan. Allá estoy recibiendo clases de lectoescritura braille, las cuales me permiten escribir como las personas videntes en tinta, pero en uno no es con tinta sino en un relieve. Ahí estoy aprendiendo a defenderme en todo lo que es escrito.

A todas esas partes voy solo, pues no tengo alguien disponible todo el tiempo para que me acompañe en ese tipo de cosas y también porque me estoy adaptando. Al principio no me arriesgué a andar solo, pero después me di cuenta de que era capaz y me decidí: voy solo a lo que sea capaz de hacer con la poca rehabilitación a la que he podido acceder. En el caso del Metro, todos los discapacitados tenemos una atención preferencial y es fácil.

En el bus es más que todo la independencia de uno. Le toca a uno dirigirse al conductor o a la persona que vaya al lado de uno. Uno pregunta y le pide el favor de que le avise cuando vaya por ahí. En la calle hay que aprenderse el trazado urbanístico, o sea, aprenderse los puntos cardinales. Eso le ayuda a defenderse y con eso tengo mejor desplazamiento sin necesidad de estar muy desubicado; voy buscando una dirección y sé a qué lado me queda.

Otras cosas, unas que no necesiten la vista, las hago de otra manera. En la comida hay cosas que las detecto por el olor. Antes lo que iba encontrando me lo comía, pero primero lo olía, le cogía el sabor, y así fui aprendiendo. Reconozco el olor de los frijoles, sé de algunas sopas pero no sé diferenciar bien hasta probarlas. Algunas son de pastas, otras de verduras. Las reconozco antes de probarlas, pero uno puede confundir una sopa con un sancocho. La carnita la siento crujir todo rico cuando la están fritando y descubro las tajadas del maduro en el olor.

Estoy progresando, pero todo ha sido muy duro para mí. Los derechos económicos como víctima los perdí, ya que no me los dan por el tiempo que no declaré mi accidente. Como víctima de mina antipersonal, no he recibido más servicios distintos a la atención médica. Ahora dependo de la familia y económicamente estamos mal. En Medellín, todo es muy distinto, comenzando por las vueltas en las que me mantengo para todo, pero ya casi, si todo sale como espero, voy a tener mi prótesis, con la cual yo no vuelvo a ver pero tal vez la gente me vea mejor a mí.

La esperanza de los hermanitos Úsuga. Por Cristian C., Jhon E. y Octavio Úsuga

Cristian Camilo

Mi nombre es Cristian Camilo Úsuga, tengo 18 años. Yo nací en Cañasgordas junto con mis hermanos Octavio, Jhon Elkin, Jhonatan Arley, Hernando, Nevardo y mi hermana Magdalena; mientras que Juan Pablo y Alexander nacieron en La Unión.

Nosotros vivíamos en la finca La Pepinera, en la vereda El Cardal del municipio de La Unión. La finca la compró papá en el año de 1996, pero estaba en puro monte y no tenía casa; papá pronto le hizo una casa y le arrancó todo el monte para sembrar papa. La casa era grande, estaba pintada de azul, tenía tres piezas, cocina, y un corredor. Cuando papá terminó de arreglar la finca, conseguimos unas gallinas.

Antes yo trabajaba sembrando y recogiendo fríjol o arriando caballos que estaban cargados de papa. Por eso me pagaban cuatro mil pesos al día. Me puse a ahorrar y con lo que recogí durante un mes compré una vaca por ochenta mil pesos. Mi papá fue por ella a la feria en el municipio de La Ceja en el año 2002. También compró ganado para él, pero al tiempo se le murió. Hicimos una rifa para que no perdiera tanta plata, pero no logramos mucho.

Mi vaca se llamaba Esperanza y todos la cuidábamos mucho porque la teníamos desde los tres días de nacida, la consentíamos tanto que cuando empezaba a llover salía corriendo a escampar en la casa. Es tan cansona que un día a las doce de la noche se entró a la pieza y se paró en la cabecera de la cama de uno de mis hermanos. Lo bueno es que todos los días le sacamos doce litros de leche; y es muy mansitica, incluso cuando cría. Los dos terneros que ha tenido se vendieron, uno en treinta mil y otro en sesenta mil pesos, y con esa plata le compré cuido y melasa.

Jhon Elkin

Mi papá era de la vereda Castillal y mi mamá de San Pascual, en Cañasgordas. Ella trabajaba en un teléfono que había en el corregimiento. Un día un amigo le dijo a papá que le llevara saludos a mamá y entonces empezaron a hablar hasta que se casaron, cuando él tenía diecinueve años y mi mamá dieciocho.

Papá mantenía en la finca sembrados de frijol, alverja, legumbres y hortalizas. Nosotros, los mayores, le ayudábamos a él en los sembrados de papa: primero rompíamos la tierra, la curábamos, y luego se regaba la semilla; después se tapaba, se abonaba y se bañaba con venenos y químicos para que no se dañara el producto ni le cayeran plagas. Cuando la arrancábamos se vendía en la plaza del pueblo.

En 1999 nos vinimos para Medellín, porque papá tenía una úlcera y no podía trabajar porque estaba muy enfermo, entonces tenía una tiendita por el barrio París, pero solo le dejó pérdidas. Él se aburría y nos volvimos a San Pascual, en Cañasgordas, donde vivía mi abuela. Luego de un tiempo en la casa de mi abuela volvimos a La Unión mi papá y los cuatro hermanos mayores, y mi mamá y los otros hermanos llegaron a los cuatro meses. Allí, mi papá empezó a trabajar en una finca cerca de la escuela.

Después, en el 2002, se comenzó a complicar la situación con los grupos armados y los vecinos comenzaron a desplazarse. Entonces nos fuimos para Cañasgordas otra vez. Allí las cosas eran diferentes porque mi papá no contaba con lo mismo que teníamos en La Unión. Nos tocó pasar por cosas muy duras, porque no teníamos lo suficiente para vivir en buen modo, pero con la ayuda de mis abuelos José Gómez y María Dolores, logramos salir adelante mientras mi papá volvió a sembrar y se recuperó económicamente. Entonces pudimos volver a La Unión.

Octavio

Pero la situación con los grupos armados continuó complicándose. Como nosotros estábamos pequeños, el pánico nos agobiaba mucho. Por allá, el que le daba comida a la guerrilla o a los paras estaba muerto. Era muy duro porque había enfrentamientos y nosotros en medio del fuego.

Los helicópteros pasaban por arriba de la casa chorreando balas y a nosotros nos gustaba ver eso. Un día a las once de la mañana estaba mi hermana haciendo el almuerzo y Cristian jugando bolas en el patio, y se sintió un ruido duro y un tiroteo abajito de la casa. Dicen que fueron soldados que quedaron en una mina, y los helicópteros fueron por ellos. Como teníamos tanto miedo le bajamos el almuerzo a mi papá muy rápido, tanto que las alverjas quedaron crudas.

Con todo eso, en un año recorrimos cuatro casas. Mi papá sin saber qué hacer, por último tomó la decisión de irnos para una casa que nos prestó un señor cerca a la carretera que va para

Sonsón. Pero a los dos meses nos tocó salirnos para otra casa, porque a cada rato quedábamos en medio de los enfrentamientos entre guerrilla y los paramilitares.

Ya en el 2005, papá, sin saber qué hacer, porque los paramilitares no nos dejaban, tomó la decisión de venirse para Medellín y se puso a trabajar en vigilancia para mandarnos la plata para el mercado.

Cuando viajó se sintió el vacío en la casa, porque ya no estábamos tan tranquilos y no sentíamos la protección de alguien que siempre estuvo protegiéndonos. Nos sentimos tristes, pero también sabíamos que era algo que nos serviría a todos porque contaríamos con una mejor economía.

Cristian Camilo

Un día teníamos a Esperanza ahí donde vivíamos en la orilla de la carretera, pero como el corral era pequeño se le acabó el pasto. Los mayores le dijimos a mi mamá que íbamos a subir la vaca a la finca, pues ya todo estaba muy calmado.

Mi mamá llamó a papá a Medellín para decirle que pensábamos subir la vaca a la finca, pero papá le respondió que eso siempre estaba maluco con las minas antipersonas, pero de todas maneras que subiéramos, que imposible que nos pasara algo. Nosotros sabíamos que había minas, pero más retiradas de la finca, no llegamos a oír algún caso cerca de la vereda, por eso fue que subíamos tan tranquilos.

Entonces el sábado 5 de agosto del 2006, Jhonatan Arley, al que le decimos “El Chiqui” porque es muy chiquito, John Elkin, Octavio y yo nos fuimos a llevar la vaca a la finca. Cuando nos íbamos a ir, yo mandé a Octavio y a Jhon a prestar un caballo donde don Humberto, un compadre de papá que vivía a quince minutos de la casa, cerca de la carretera, pero él no nos lo pudo prestar porque lo necesitaba para mover abono a unos potreros, entonces nos fuimos a pie.

Ese día teníamos botas llaneras, que son botas altas y muy buenas porque le cubren a uno hasta la rodilla, también teníamos sudaderas y sombreros de tela, de unos que tienen una tirita.

Cuando íbamos en el camino, nos encontramos con Róbinson y Elkin, unos amigos que conocimos cuando vivíamos en la finca, porque cuando bajábamos a estudiar de arriba de la finca, nos tocaba pasar por un lado de la casa de ellos y por eso éramos tan buenos amigos. Ellos trabajaban sembrando papa con el papá de ellos. Los convidamos a llevar la vaca a la finca, pero dijeron que no podían porque les tocaba cargar leña. Entonces nosotros nos seguimos solos.

Cuando subimos, no encontramos el ganado de otro señor. Manteníamos el ganado junto porque la finca de ese señor quedaba pegada a la de nosotros, y cuando se acababa el pasto en una finca, pasábamos el ganado para la otra; y también lo manteníamos junto porque si dejábamos a Esperanza sola se aburría y se iba para la casa. Nosotros empezamos a buscar las vacas del señor pero no las encontramos.

Había una casa más arriba de la finca de nosotros, era una casa grande pero estaba enrastrada, no tenía ventanas y estaba muy abandonada. Yo les dije a mis tres hermanos que me esperaran mientras yo iba a soltar la vaca, entonces Jhon Elkin, Jhonatan y Octavio se quedaron jugando mientras yo iba al potrero.

A los quince minutos volví donde mis tres hermanos. Ya estábamos los cuatro juntos y nos íbamos a ir para la casa, pero un hermano dijo que siguiéramos buscando el ganado del otro señor; le hicimos caso y nos fuimos a buscarlo de la casa para arriba, y llegamos a un morro desde donde se veían unas pineras y unos montes muy bonitos; ahí fue cuando uno de mis hermanos se subió a un palo para poder divisar mejor las montañas que se veían, el palo se quebró y explotó la mina.

No sabemos si nos paramos del suelo ahí mismo o al rato; el caso fue que cuando nos paramos nos preguntamos si estábamos bien y todos pensábamos que sí. Yo les dije a mis hermanos que nos fuéramos ligero para la casa. Nos demorábamos cuarenta minutos para bajar a la casa, y ese día en quince minutos llegamos. En el camino, mi hermano Octavio dijo que le estaba doliendo una mano, se alzó la manga de la camisa y estaba herido. Entonces Jhon Elkin dijo que le estaba doliendo mucho una pierna, pero nosotros no le hacíamos caso porque la sudadera no estaba rota. Pero cuando íbamos llegando a la casa se levantó la bota de la sudadera y estaba muy herido, entonces fuimos a la casa y le dijimos a mi mamá lo que había pasado.

Mi mamá se puso a llorar junto con mi hermana mayor y nos preguntaban a cada uno qué nos había pasado. Entonces mi hermana corrió a conseguir un carro para llevarnos al hospital, pero yo no quise ir porque no se me veía ninguna herida.

Jhon Elkin

Mi hermana nos llevó al hospital, que estaba a cuarenta minutos de la casa. Nos iban a llevar en bus, pero un señor que se llama Tulio nos llevó en el carro.

Jhon Elkin tenía morados y “El Chiqui”, vidrios en el pecho. En el hospital nos lavaron las heridas y nos preguntaron que si nos dolía alguna cosa, y a Jhonatan le preguntaron que si veía bien, porque a él le había pegado una esquirla en el ojo, y él dijo que estaba bien. Después nos vendaron las heridas y nos fuimos para la casa.

Cuando volvimos del hospital con las heridas tapadas y curadas, nos preguntamos los unos a los otros: “¿Y ahora quién va a subir por la vaca?”. Pero ninguno quería volver a subir, entonces por la noche iba bajando una tropa de soldados y mi mamá y mi hermana salieron a hablar con ellos para ver si podían ir por la vaca a la finca. Ellos preguntaron que por qué no íbamos nosotros, y mi mamá les contó lo que pasó. Ellos dijeron que pedirían permiso y se siguieron para

la base militar, que quedaba a tres kilómetros de la casa, en un morro junto al corregimiento de Mesopotamia.

Cuando llamaron a mi papá a contarle, se asustó mucho, preguntó cómo estábamos, y si nos habían llevado al hospital.

Entonces al otro día mi hermana madrugó con una amiga de ella para la base militar a ver qué respuesta daban los soldados, y ellos le dijeron a mi hermana que no podían subir por la vaca, porque no tenían el material suficiente, y que si nosotros íbamos a subir nos fuéramos en caballo. Pero como no conseguimos caballo, entonces nos tocó subir a pie.

Camilo y yo subimos a las seis de la mañana, teníamos mucho miedo pero nos tocaba ir, porque si dejábamos la vaca sin ordeñar se enfermaba y se moría. Cuando llegamos a la finca, buscamos la vaca, y cuando nos íbamos a devolver nos encontramos otra que también se había parado en una mina porque estaba llena de esquiras. Luego supimos que era un novillo del vecino, que valía mucha plata; afortunadamente el animal se recuperó. Nos devolvimos por el mismo camino, y la vaca la llevábamos adelante de nosotros.

Octavio

Por los alrededores otro señor se paró en otra mina al martes siguiente, cuando estaba buscando el ganado del vecino. Él quedó muy herido, lo pensaban amputar pero al final no fue necesario.

Luego del accidente sentimos mucho miedo. Antes éramos muy libres. Nos manteníamos cazando gurre, guaguas, cusumbos y conejos de monte. Teníamos perros criollos que sabían cazar, nos íbamos al río El Cardal o al río La Rubiela a pescar con anzuelos o con costales de papá. Pero ya no.

Seguimos trabajando en otras fincas, sembrando y arrancando papa. Ese trabajo siempre era duro, pero también ayudábamos a mamá en las actividades de la casa. Eso solo lo hacíamos Cristian Camilo y yo, porque Jhon Elkin y Jhonatan siguieron estudiando.

Donde papá trabajaba como vigilante, un señor le dijo que nosotros teníamos muchos derechos por ser víctimas de minas, y gracias a él fue que nos dimos cuenta de nuestros derechos. Un año y medio después del accidente, Camilo y yo tomamos la decisión de venarnos a estudiar a Medellín.

El día que llegamos a Medellín, ese mismo día, nos tocó estudiar. Llegamos al colegio un poco asustados, pero después nos fuimos acostumbrando no solo al colegio sino también al clima, porque en La Unión es clima frío y en Medellín hace mucho calor.

Los que se quedaron en La Unión estudian y le ayudan a mamá con los destinos de la casa; mientras que Camilo y yo, además de estudiar, trabajamos en confecciones. Las máquinas las tenemos desde el 2008. Las compramos con la plata que nos dieron por ser víctimas de mina antipersonal. En ellas hacemos camisetas, bóxer y cacheteros. Un día a mi papá se le ocurrió ponerle nombre a la ropa, entonces ahora le tenemos una marca que se llama Úsuga y Hermanos.

Vivimos en Bello en el barrio Central, en un apartamento pequeño con papá; a él le toca muy duro. De arriendo de la casa le toca pagar 190 mil pesos, además del mercado, el estudio de los que estamos aquí en Medellín, y tiene que mandar para los gastos de los que están en La Unión.

También nos tocó acostumbrarnos a cocinar todos los días y a vivir sin nuestra madre; aunque nos hace mucha falta, ya nos acostumbramos un poco a vivir sin ella.

Aquí en Medellín hay más oportunidades. Estamos en octavo en el Colegio Jorge Eliécer Gaitan en la jornada nocturna, en la que se ven dos niveles por año. A nosotros la ciudad no nos gusta para vivir, a nosotros nos gusta más vivir por allá, en el campo.

Nunca volvimos al lugar del accidente. La casa en la que vivimos cuando llegamos a La Unión ya no está. Las tejas eran de zinc y las paredes de tapia, y con el abandono y la lluvia terminó cayéndose. Esperanza ya tiene siete años, es una vaca joven. Hace seis meses tuvo una ternerita que se llama Niña, decidimos quedarnos con ella y cuidarla. Ahora, la mitad de la leche de Esperanza es para la Niña.

Nunca hubo otro día así. Por Elvia Posada

El 17 de febrero del 2008 fue el día más triste de nuestras vidas. Ese domingo, Édgar, el esposo mío, estaba cumpliendo treintaitrés años. Era un día de sol. Con motivo del cumpleaños, él dijo que de verriondo no se iba a levantar temprano, que se iba a levantar tarde; pero como a las ocho de la mañana llegó una tía de él avisando que no había agua. Como Édgar era el fontanero de la vereda, le tocó levantarse a trabajar. Yo me quedé haciendo un almuercito distintico. Le hice un sudaíto de pollo.

A las dos de la tarde terminamos de almorzar. Como en la ida a arreglar el problema del agua había desayunado donde la tía, no quiso tomar la sobremesa porque estaba muy lleno. Dejó la leche y hasta una cucharadita de arroz y unas papitas. En esas llegó don Iván Mazo, también tío de él, con Michael, un nietecito de tres años. Ya me dijo: “mija, ya que no está haciendo nada, vamos pues”. Y nos fuimos a darle vuelta a una vaca recién parida, a ver si había que bañarla para matarle las garrapatas y a ponerle el bozal al ternerito porque se mamaba la vaca. Como no había agua porque el daño del acueducto era muy grande y yo no podía lavar la ropa, me fui detrás de ellos. Nos fuimos caminando y ahí fue que pasó lo que nos pasó.

De mi casa al potrero hay como cinco minutos. Édgar iba primero, después don Iván con el niño cogido de la mano, y yo de última. Yo iba caminando normal cuando de pronto sentí ese estruendo. Yo me sentí que iba corriendo, pero no estaba corriendo sino que la explosión nos

elevó, y yo me sentía corriendo, corriendo. Cuando dejé de correr, sentí que algo me pegó en la espalda. Aunque no fue un dolor fuerte. Yo no sé, sería cuando me pegó que yo ya no sentí ese aliento de correr. Cuando yo ya me vi fue en el suelo.

La explosión reventó las cuerdas de la luz que atravesaban el potrero y cuando cayeron, como era verano, se hizo un incendio. El potrero se prendió y la candela iba a abarcarnos a todos. Me demoré mucho para reaccionar. Estaba como ida. Cuando me levanté, me preguntaba qué había pasado. Yo, como si estuviera loca, les gritaba a los vecinos que me ayudaran a sacar a Édgar y a los demás de ahí, de miedo a que se quemaran.

En la tierra había un hueco. Después vi a los compañeros en el piso, estaban muy mal. Como todos estaban de frente, al primero que vi fue a don Iván, tirado boca arriba. El niño cayó a un laíto de él, me le acerqué y vi que estaba muy herido y no se movía; le toqué una mano y como que medio la movió, pero no más. Le decía: “don Iván, don Iván”; pero no respondía. Al lado de él estaba el niño, no tenía sangre, pero tampoco se movía. Ellos no se movían y yo era como ida, yo no era de capaz de pararme tampoco.

Entonces cuando me di cuenta de dónde estábamos, me paré de una. Entonces veo a don Iván así tirado, a él se le salió todo lo de adentro. Y al niño lo volví a ver y pensé ¿será que se mató el niño? Édgar sí tenía sangre en la frente y tenía la manito dañada, pero hablaba. Le dije que se apoyara en mí para poderlo sacar. Me respondió: “No, mire la mano como la tengo y el pie... yo no siento este pie. ¿Sabe qué hace?, saque al niño”.

Entonces me dijo que como yo no era capaz ni de cargarlo a él ni a don Iván, que cogiera al niño y me lo llevara para la casa. Cuando lo fui a sacar, llegó la mamá de él y se lo llevó para el centro de salud. Allá le dijeron que la herida era grave y que lo mejor era que también lo sacara para el hospital del pueblo.

¿Yo decir que sentí un dolor muy fuerte por la herida del brazo? No. Ya al rato no podía mover la mano y entonces sí sentí que estaba herida. En ese momento sentí el dolor en la espalda. Los que me vieron me decían que tenía como quemado. Cuando me toqué yo sentí un hueco ahí.

A Édgar no lo llevaron para la casa. Los amigos dijeron: “Váyase usted tranquila para la casa, nosotros armamos una camilla para sacarlo; lo que demora es cortar la guadua”. Ahí mismo había tres guadas muy gruesas. Y ellos dijeron: “Nos vamos ya con este hombre porque está muy mal”.

De todas maneras me fui para la casa. Édgar me había dicho que tenía mucho calor en la mano, entonces le mandé una manta para que se la tapara. También mandé la hamaca para que organizaran la camilla. En ese mismo potrero había una mata de guadua y los vecinos cortaron varias para armar las camillas: una para Édgar y otra para mí. Al niño lo sacaron en caballo; como era pequeño, la mamá lo llevó cargadito.

Mientras tanto, a mí me sentaron en la banquita en mi casa. Yo no me di cuenta cuando se lo llevaron. ¿Y Édgar?, le decía yo a los familiares. Me dijeron que él ya iba muy abajo. Y en seguida me dicen: “Con usted también vamos a salir ya”. Cuando los veo a todos organizando otra camilla para mí. Yo oía todo lo que decían. Y pensaba que Édgar no estaba muerto, porque me había hablado y había movido una manito. Yo no le dije que el tío estaba muerto y me puse muy pensativa por haberle dicho que el tío estaba bien cuando lo había visto muy mal.

Estaba todavía en la casa cuando dijeron: “Ahí llevan a don Iván”. Los muchachos vinieron dizque a sopear y vieron al papá ahí tirado. Lo cogieron, lo llevaron... ellos iban con la esperanza de que estaba vivo pero una señora le tomó el pulso y les dijo: “Su papá ya está muerto”. Entonces uno de los hijos, ellos son muy católicos, en medio de tanto pantano se tiró, se acuclilló y se puso a rezar. Me contaron que un señor que va mucho por allá le metió las tripas,

los arregló y al otro día sacaron el cadáver para San Andrés de Cuerquia, para hacerle la necropsia. Don Iván tenía 54 años y era una persona muy amable. Édgar dice que era como su otro papá, porque la finquita de él está pegada a la de nosotros. Si necesitábamos algo, siempre estaba dispuesto a ayudarnos y así era con la demás gente. Era muy atento.

Me estaban armando la camilla cuando llegaron Alejandro, Santiago y Juan David, mis tres hijos. Ellos no estuvieron presentes en la explosión, porque ese día llegaba la mamá de Édgar del pueblo, entonces Juan David, el mayor, debía llevarle la bestia hasta la carretera. Santiago y Alejandro se fueron a acompañarlo para que la abuelita los trajera al anca del caballo.

Ellos no alcanzaron a ver a Édgar herido. A mí sí, pero para que no se asustaran mucho, los vecinos se hicieron alrededor de la banquita donde estaba sentada y me taparon para que no me vieran. De todas maneras tampoco estaba muy ensangrentada; la sudadera que tenía era blanca y apenas le cayeron una gotitas de sangre, la blusa era negra entonces la sangre de la herida de la espalda no se veía. Juan David, el mayor, sí preguntó por qué me llevaban en camilla si yo estaba bien, pero le respondieron que como estaba herida, de pronto me desangraba o me desmayaba. Ahora recuerdan que ellos escuchaban a los vecinos decir que el papá no se iba a salvar, y que ellos decían que sí, que él aguantaba.

Desde La Loma, el corregimiento donde vivíamos, caminamos tres horas para llegar a Cacahual, que es el sitio de salida a la carretera que va a Ituango. El camino entre La Loma y Cacahual es de herradura. Con mi esposo venían por ahí unas veinticinco personas que se turnaban para cargarlo, y conmigo otras diez. En Cacahual nos estaba esperando la ambulancia del hospital de San Andrés de Cuerquia. Una doctora sacó suero para ponerle a Édgar y también le vendó la mano y la pierna. Cuando nos subieron a la ambulancia le dijo al chofer: “Hágale rápido que este hombre está muy mal”.

Eran como las seis y media de la tarde cuando llegamos a San Andrés. El pueblo se alarmó mucho con lo que estaba pasando, la gente salía a la calle a ver quiénes eran los heridos. Al primero que atendieron fue a Édgar. Le quitaron la ropa de trabajo que tenía ese día y lo dejaron en calzoncillos. A mí también me hicieron unas curaciones y me pusieron droga, porque cuando salimos en la ambulancia para Medellín ya no sentía dolor y en esos carros siempre hay mucha movención.

De San Andrés salimos como a las ocho de la noche. Yo viajé en la parte de adelante de la ambulancia, con el conductor y don Iván García, el papá de Édgar; atrás venían Édgar, el niño que también se accidentó y la mamá, y dos doctoras. La médica que nos atendió en Cacahual nos dijo que no sabía si Édgar resistía con vida hasta Medellín. Ella vino con nosotros hasta aquí con nosotros. Cuando estábamos entrando a Medellín, había mucha tractomula cargada y no dejaban pasar a la ambulancia, entonces la doctora insultaba a los choferes, decía: “Den paso ‘hijuetantas’ que llevamos tres heridos”. Yo creo que ella también estaba con muchos nervios.

A las once de la noche, llegamos al Hospital San Vicente de Paul, en Medellín. Nos esperaban las hermanas de nosotros y demás familiares. Los dos estábamos conscientes; recuerdo que había dos médicos: se miraban entre ellos con preocupación; uno de ellos le dijo al compañero: “Este hombre está muy mal, si no vomita se nos va”. Édgar le pedía al médico que me atendieran a mí primero, aunque se quejaba mucho del dolor que estaba sintiendo. Yo rezaba para que sí vomitara, porque en el camino lo había hecho varias veces. Me decía a mí misma: “él sí se salva” y mientras pensaba eso, vomitó.

En la madrugada le hicieron la cirugía del abdomen. La primera cirugía que le hicieron fue la del abdomen, porque según decían los médicos, de esa dependía que conservara la vida, además no aguantaba también las operaciones de la pierna y el brazo. La explosión le abrió el estómago y

cuando los médicos lo lavaron por dentro, vieron que tenía tierra y pasto. Eso fue lo que lo complicó, porque le quedó una arenita que le perforó el intestino. Por eso los médicos tuvieron que operarlo otra vez.

Uno de los médicos habló con Eunice, la hermana de Édgar que siempre nos ha apoyado mucho. Le dijo que no estaba reaccionando a los medicamentos, que hiciera las vueltas en la funeraria por si se nos iba. Yo estaba como tan ida que no recuerdo muy bien lo que pasaba.

A don Iván, el papá de Édgar, fue a quien le tocó firmar la autorización para que le mocharan el pie. Él le decía: “no apá, no deje que me mochen mi pie”. Para don Iván fue muy duro firmar, pero le tocaba porque de todas formas la gangrena lo iba a matar.

Como yo seguía hospitalizada y delicada de la presión arterial, las enfermeras me decían que lo más conveniente era que no lo viera, porque la droga que le estaban poniendo lo había hinchado mucho. Además, que ya le habían amputado la pierna y el brazo. Dicen que parecía un monstruo; la gente entraba a visitarlo y salía impresionada. Ramiro, uno de los hermanos que vino desde Yarumal, lo vio de lejitos y no fue capaz de acercársele.

Uno de los momentos más difíciles fue cuando despertó y vio que tenía amputados la mano izquierda y el pie izquierdo, y abierto el abdomen, reconstruido el colón y el páncreas, y una herida en la espalda. En la cabeza también tenía una esquirla. Como no podía hablar porque estaba lleno de sondas, se movía y señalaba el brazo amputado. Los médicos lo mantenían dopado por temor a que se hiciera daño él mismo. Se ponía muy mal: alzaba el pie mocho y la manito, y se movía como si estuviera enojado. Como se tiraba de la cama, los médicos lo mantenían dopado y tuvieron que amarrarlo. Mostraba el pie y la mano buenos como quejándose de que lo hubieran amarrado.

Yo siempre pensé que él se aliviaría y volvería a casa conmigo y con los niños. Lo tuvieron en cuidados intensivos un mes y una semana. Después lo pasaron a la sala de recuperación. Yo lo visitaba todos los días. En recuperación lo dejaron una semana hasta que le dieron salida para la casa. El tratamiento ha sido mucho más largo, y las primeras citas eran tan seguidas que le tocaba toda la semana: cuando no era curación, era con la sicóloga; cuando no era con la sicóloga, era con la siquiatra; cuando no era con la siquiatra, era la terapia; cuando no era terapia, era terapia ocupacional; después el fisiatra, revisión con el cirujano y las curaciones.

Cuando le dieron de alta, nos vinimos para la casa de Flor Eunice, la hermana de Édgar. Ella nos la prestó para que viviéramos con los niños. A ellos los trajeron a los quince días del accidente. A mí me dieron de alta un martes y ellos llegaron el fin de semana siguiente. Juan David y Santiago, que son los más grandecitos, sí entendían que el papá estuviera hospitalizado, pero Alejandro, que es tan apegado a él, decía que le estábamos diciendo mentiras, que seguramente al papá lo habían enterrado y no le queríamos decir. Entonces pedí permiso en el hospital para poder tomarle fotos, después se las mostré a los niños para que vieran que su papá sí estaba vivo.

Ese que nos pasó lo afectó mucho: le mutiló la pierna y mano izquierda, la pierna derecha también le quedó con problemas, y le tuvieron que reconstruir el intestino. Antes de salir del hospital nos entregaron una silla de ruedas para que pudiera estar más cómodo. Él dijo que no se iba a sentar en eso, hasta que logramos convencerlo. Lo aconsejábamos diciéndole que tenía que aceptar que le faltaba el pie y que como le gustaba pasear era muy difícil para nosotros andar con él cargado para todas partes, entonces que aceptara la silla de ruedas. En este momento quiere mucho su silla.

Cuando le pusieron la prótesis, él y nosotros éramos felices, porque así pudo volver a caminar. Pero no fue tan fácil como lo creíamos. El 17 de febrero de 2009 le hicieron otra cirugía para poder remodelarle la prótesis; y aunque salió bien de la operación, lamentablemente le dio una infección y estuvo hospitalizado casi dos semanas.

Aunque en este momento, por el tratamiento médico y la recuperación de Édgar vivimos en Medellín, tenemos la ilusión de devolvemos para La Loma. Los primeros seis meses, la Cruz Roja nos ayudó con comida, ollas, tendidos, colchonetas y trastecitos, para que nos acomodáramos. Después hemos pasado con la colaboración de buenas personas, amigos y familiares.

La parcelita que tenemos en La Loma la conseguimos a punta de jornales de Édgar. Nosotros dos nacimos y crecimos allá. Duramos dos años como novios y ahora cumplimos doce de casados. Juan David, el mayor, tiene once años y está en sexto aquí en Medellín; Santiago tiene siete y está en primero de primaria; y Alejandro cumplió cuatro. Los tres son muy preocupados por el papá: Juan es serio y obediente, Alejandro es detallista y Santiago es muy preocupado por las cosas de Édgar.

Nosotros extrañamos mucho la vida en el campo, sobre todo por los niños, porque en la ciudad se corren muchos riesgos. Además la vida allá es más tranquila, sin tantos gastos. Él siempre fue jornalero, porque la finquita no da lo suficiente para vivir. Antes él trabajaba cogiendo café, lavando los tanques del acueducto o sembrando frijol, y con lo que producíamos en lo de nosotros comprábamos la ropa y nos ayudábamos con las cosas de los niños. Por los jornales en otras fincas le pagaban dieciséis mil pesos, además de los veinte mil pesos que ganaba por el día trabajado como fontanero donde le tocaba lavar tanques, arreglar tuberías destapadas y revisar contadores.

Yo nunca trabajé por fuera, porque siempre he estado pendiente de las cosas de Édgar y los niños, pero en lo de nosotros sí trabajábamos juntos: sembrábamos fríjol, maíz. Tampoco puedo decir que tenía que trabajar mucho, pero en tiempo de invierno, para ahorrarnos la plata de un trabajador, yo le ayudaba a sembrar café: él hoyaba, Juan David ponía los arbolitos y yo los sembraba. Después del accidente, cuando apenas iba a empezar a dar granitos, tuvimos que vender ese cafetal porque no había quién lo cuidara y también por la situación económica en la que quedamos. Antes del accidente teníamos sembrados naranjos, plátano, yuca, mandarinos y hasta un zapote que dejamos chiquitico.

CONCLUSIONES

1. Las múltiples guerras colombianas, denominadas revolución, guerra civil, confrontación bélica, violencia, conflicto armado menor, guerra contra las drogas y el terrorismo, violencia pública, guerra sucia o conflicto armado, se han narrado en diferentes épocas y con diversas estrategias. Tales narraciones poseen un gran valor subjetivo y simbólico, porque dan a conocer los acontecimientos desde la vivencia de quienes actuaron y sufrieron el conflicto como víctimas, victimarios o testigos. Cada colombiano ha tenido una historia de guerra para contar y muchos lo han hecho con el propósito de certificar ante los demás la situación que han conocido o vivido.

El periodismo, uno de los principales narradores de la guerra, ha trazado una línea transversal en la historia colombiana provocadora de una polémica permanente. Las reflexiones en torno al papel de los medios permiten afirmar que estos se han convertido en relatores de la guerra que otorgan visibilidad privilegiada a los guerreros, mientras que el país del no-guerrero, del sujeto que ha sobrevivido a la guerra, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano por encima de ella, no ha sido escuchado. Algunos analistas van más allá al decir que el periodismo acompaña la guerra; no la conoce a partir de diversas fuentes, no la comprende, ni la contextualiza.

2. Frente a la realidad de un periodismo de *urgencia* sometido a políticas editoriales comprometidas con los grandes poderes, y ejercido en rutinas laborales extenuantes, algunos cronistas han propuesto una manera renovada de relatar la barbarie y la dignidad que son huellas de las guerras colombianas. Esas metodologías —revisadas, reinventadas, recreadas, reinterpretadas— y las obras resultantes son hoy textos periodísticos imprescindibles para comprender el conflicto colombiano. Además de la información que proveen, en las nuevas crónicas de la guerra es posible distinguir varios cambios significativos en el sentido político y en

los principios de la profesión. La mayor inflexión que proponen se sintetiza en una frase simple: la memoria se sobrepone a la verdad. Las nuevas crónicas de los hechos de guerra no ocultan la verdad ni la desplazan como fin último del trabajo de la prensa; pero parten de comprender que a la verdad solo se accederá si los cronistas logran incorporar en sus relatos las voces de quienes han habitado la cara oculta de la guerra: las víctimas. Al hacerlo, ingresan a la esfera de la memoria con toda la carga política que ella entraña y que no es otra que vincular las memorias de la gente, por medio de la crónica, a la construcción de la democracia en un país en guerra permanente.

Lo anterior, reinención, reinterpretación, relocalización del periodismo narrativo frente a la guerra, implica operar transformaciones sustanciales en algunos ejes de la profesión. Qué se cuenta, cómo se investiga, quién narra, a cuáles géneros acude ese narrador, para quién escribe y con qué intención, son preguntas que han girado sobre su eje y se han abierto a posibilidades impensables para la tradición académica que levanta muros entre las disciplinas que intentan conocer la sociedad y su cultura.

Al sobreponer la construcción de la memoria a la búsqueda de la verdad, el primer concepto que se agrieta es el objeto mismo del periodismo: la actualidad, entendida como la parte de la realidad elaborada como información por los periodistas y divulgada por los medios de comunicación en el eje de un presente continuo. Es esa línea cronológica imperturbable, sobre la que se sostiene el acontecimiento noticioso, la que rompen los periodistas que deciden frenar la marcha y volver en busca del pasado. En consecuencia, en la nueva escritura de la guerra, lo que se cuenta no es la noticia. Los cronistas de esta tendencia no buscan la novedad, lo que ocurre en el instante, lo que irrumpe en la cotidianidad. Ellos regresan a los lugares del horror para someterse a lo que podría denominarse experiencias del recuerdo revivido que, luego, en la

escritura, permiten resignificar los acontecimientos. Sus crónicas podrían leerse como pasado que se hace presente. Más allá de los recuerdos que irrumpen en el hoy por la autonomía de la memoria, es el encadenamiento de los recuerdos por medio de narraciones lo que los actualiza y los convierte en presente.

La incorporación de la voz de las víctimas en la crónica del conflicto armado, como ya se anunció, ha generado otra transgresión a los principios del periodismo. La que entra en cuestión en este punto es la atribución, aquella función del lenguaje periodístico que permite (obliga) decir quién dijo qué. En la reinención de la narrativa periodística con ocasión del horror se impone proteger la integridad y la vida de quienes tienen el valor de denunciar la atrocidad. Entonces, en este camino se gesta un trabajo colaborativo entre el investigador con sus fuentes y, de esa manera, les reconoce simbólicamente el papel como coautores del relato.

De lo anterior se desprende una nueva ruptura con la teoría periodística, en cuanto a que el lector potencial se vuelve autor. Esto implica, entonces, una ampliación del espectro de intenciones comunicativas del relato, pues en un primer momento, las fuentes dan la noticia de haber visto el horror. Luego, una vez sus propias palabras están dispuestas en las páginas de un libro, las leen y piensan si aquello que dicen en realidad pasó. Cuando comprueban que es cierto porque otros también narran allí que asistieron al mismo espanto, pueden denunciar al criminal, demandar justicia y pregonar que una historia como la de ellos no puede ocurrir otra vez. He ahí la reinterpretación a la que he aludido.

Las transformaciones en mención suponen que también el cronista se ha desplazado del reducido espacio al que lo redujeron las técnicas de la información, hacia las líneas fronterizas de las ciencias sociales. Parado en la intersección de muchos campos del saber, obligado a cruzarlos de ida y vuelta, el cronista también reinventa su rol de sujeto enunciador. Su voz de autor cumple

la función del director de una orquesta. Es él quien compone y dirige la ejecución de una melodía polifónica en la que la oralidad se hace escritura. A través de la narrativa periodística el acontecimiento violento se convierte en objeto estético. Esto explica por qué tales relatos autobiográficos se vuelven fuente de nuevos relatos.

Sin embargo, estas obras del periodismo narrativo revivido tienen un límite, y está en que siguen siendo acercamientos desde el afuera de los sucesos para responder a la necesidad común de quienes están lejos de los escenarios de la guerra y no conocen a los sujetos que la padecen. Es decir que si bien las estrategias narrativas de los nuevos cronistas de la guerra son una alternativa frente al periodismo frenético de titulares y emisiones en vivo que deja a los espectadores sumidos en el miedo y en el sinsentido, su potencia no llega aún a explorar la intimidad de los sufrientes, de los que dan testimonio, que los que conocen las cara más sórdida de la guerra.

3. El centro del problema que se plantea para el periodismo es cómo narrar la guerra desde el adentro sin perder la perspectiva de la naturaleza multiforme del conflicto colombiano. Esto conlleva a aceptar que un ejercicio en tal sentido logra su demarcación más en torno al objeto mismo que a un método predeterminado por una disciplina específica. En este caso, el objeto de observación (las narrativas) que es a la vez objetivo (narrar), al convertirse en una obra por construir, se ubica en esa generosa intersección donde diversas disciplinas se rozan, se cruzan y se fertilizan: la producción cultural.

Narrar la guerra desde la perspectiva de quienes la han padecido, a partir de un giro metodológico y epistemológico del trabajo de los periodistas narradores, implica romper barreras tras las cuales la comunicación ha pretendido configurarse como disciplina. Es decir que este problema ha requerido cambiar el punto de vista desde el que los periodistas han pronunciado tradicionalmente sus preguntas e introducir en sus rutinas de reportería estrategias propias de

otras disciplinas para acercarse a esa función necesaria de posibilitar que la gente *cuenta lo visto*. En ese encuentro entre el cronista y las víctimas consideradas autoras de sus propios relatos, surge una oportunidad para articular las dimensiones ética y estética de la Comunicación.

Una manera de convertir tal oportunidad en proceso fértil es la escritura autobiográfica, convertida en recurso del periodismo literario, tal y como se ha demostrado en esta tesis. Mediante los relatos autobiográficos de las víctimas del conflicto armado, logrado con una combinación de técnicas procedentes de diferentes disciplinas, se han hecho públicas las tribulaciones de la víctima; sufrimientos que al transitar de la palabra dicha al rasgo escrito, necesariamente, consiguen por parte del lector una meditación de alcances políticos y estéticos.

Los talleres, propuestos como mecanismos generadores de técnica y seguridad al contar, permitieron volver escritura la experiencia límite de las víctimas. Fueron un recurso de encuentro pedagógico y comunicativo para quienes al atender el llamado de quien los convocó empezaron a narrar sus propios sufrimientos, los mismos que les permitieron remover las razones de sus inexplicables y dolorosas pérdidas, así como conseguir la re-comprensión del hecho, equilibrar las cargas emotivas, revisar el pasado con el beneficio del recuerdo, reconocer que el dolor tiene memoria, y, al convertirla en texto, la verdad se hace otra.

4. Los autores de esa *otra verdad*, colombianos víctimas de la guerra, escriben, narran, relatan, porque necesitan compartir el dolor y el sufrimiento con alguien, y han decidido que ese alguien puede ser el público. De esa manera los sobrevivientes se presentan como sujetos políticos. Antes, el único acto público en memoria de la víctima era su funeral, si acaso había cuerpo para sepultar. Narran porque saben que se trata de una decisión que reivindica a las víctimas totales, sujetos que al ser asesinados fueron reducidos a la nada, convertidos en insignificantes porque los violentos quizá no contaban con la aparición de la figura política de las

víctimas. Narran porque saben que un ser al que amaron ha sido víctima definitiva. Y se les hace necesario contar que él vivió y denunciar que fue asesinado. Es decir, hacer justicia con sus propias voces; esto conlleva a que el sufrimiento de las víctimas deje de ser insignificante y empiece a significar injusticia.

Las víctimas escriben y relatan sus experiencias porque se les hace imperativo enumerar sus pérdidas. Personales: muertes, mutilaciones, secuestros, extorsiones, desplazamientos, expropiaciones. Políticas: la pérdida de la ciudadanía y el rompimiento de los acuerdos básicos de convivencia. Sociales: después de los eventos de terror, la sociedad queda empobrecida y fracturada. Los sobrevivientes narran su historia porque descubren que son únicos en el sufrimiento. Cuando el desgarramiento ha dado paso al sufrir, se sienten apartados diferenciados de la multitud y convocados a hablar. De este modo los sobrevivientes levantan su voz como una forma de resistencia ante quienes prohíben recordar las desgracias como condición para la reconciliación; o en contra de quienes creen que el progreso supone “aplastar muchas flores inocentes”; o a contracorriente de una sociedad sacrificial donde se acepta que algunos sean ofrecidos, sacrificados, a cambio de logros como acumulación de tierras y de recursos naturales.

Las víctimas narran porque no confían en la justicia punitiva. Y esperan que la palabra instaure una justicia por la vía de la moral y de la ética. No esperan protección ni reparación desde el Estado. Las buscan en la solidaridad y en la compasión de los demás seres humanos; compasión entendida como acompañamiento en el dolor y, también, como responsabilidad frente a las demandas que las víctimas del presente y del pasado nos hacen. A las víctimas ya no les es posible una vida feliz porque una sensación de culpabilidad los despierta cada nuevo día. Constantemente se preguntan por qué no fueron ellos los muertos. Muchos de ellos piensan que los muertos eran los mejores y que ellos quedan en tierra pero soportando la culpa por el

sacrificio de los otros, sintiendo que viven una vida inmerecida. Narrar les permite saber que están vivos y que su voz les concede hacerse cargo de su historia y contribuir a que la sociedad también lo haga. También narran porque se consideran testigos calificados o autorizados para contar lo sucedido; pues se sienten poseedores de la verdad. Los relatos de las víctimas develan lo que ha permanecido en las sombras, sin significado; y aquello no es otra cosa que su experiencia como sufrientes. Ellos son poseedores de una mirada particular sobre la realidad, y sin ella, cualquier relato quedaría incompleto.

Con el proceso de escritura, las víctimas descubren que son una herida abierta que interpela a la sociedad, y descubren que su propia fortaleza —pese a ser frágiles, vulnerables, inermes, sufrientes— está en la capacidad que tienen de amar y de cuidar incluso a los muertos ajenos. Cuando empiezan a hablar, las víctimas descubren que son narradoras fabulosas y desplazan la sensación de frustración por la vida perdida hacia la creación de un relato donde la memoria y la libertad de contar se fusionan; descubren que su relato es una victoria en medio de tantas derrotas.

5. Leer los relatos de las víctimas publicados en los libros *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona* y *Donde pisé aún crece la hierba* permite elaborar unas nuevas preguntas: ¿Es posible contar el adentro de la guerra desde la voz de los victimarios apelando a las metodologías propuestas en este trabajo? ¿Cuáles serían las estrategias de acercamiento a los victimarios que permitan allanar el camino para obtener relatos de la *verdad* de quienes han sido los ejecutores del horror? ¿Cuáles serían las estrategias pedagógicas para conseguir relatos desprendidos, al máximo, de su necesidad de evadir la acción punitiva? ¿Sería necesario convocar a la escritura solo a quienes hayan sido juzgados por el Estado, condenados y sometidos a penas de prisión para conjurar la tentación de ellos a influir con sus relatos en la marcha de sus

causas? ¿Están preparados algunos victimarios de la época reciente del conflicto armado para confesar, a través de un relato de su puño y letra, cómo fueron protagonistas activos del horror? ¿Cuál es el contexto político para emprender una tarea como esta? ¿Cuál sería la contribución de un ejercicio en tal sentido a la consolidación del periodismo como un campo transdisciplinar? ¿Qué hacer con los relatos de los victimarios sobrepuestos a los de las víctimas? ¿Cómo plantear un proyecto de comunicación que permita el encuentro fecundo de esas voces provenientes de posiciones extremas? Estas inquietudes parten de la premisa de que un proceso de reconciliación requiere recuperar la sociedad tanto para las víctimas como para los victimarios; también ellos hacen parte del entramado social y son representación de la condición humana en torno a la cual todos nos reunimos.

BIBLIOGRAFÍA

“Guerra a muerte”. (1877, marzo 13). *El Estado de Guerra*. N.º 24. Bogotá.

“Subachoque, 24 de enero de 1877”. (s. f.). *Archivo de la guerra de 1876. Bogotá, correspondencia, documentos y planos relativos a la guerra de 1876 a 1877*. Folios 247-248.

Alonso, Manuel; Valencia, Germán. (2008, jul.-dic.). “Balance del proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción (DDR) de los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada en la ciudad de Medellín”. *Estudios Políticos*. N.º 33. Instituto de Estudios Políticos. Medellín: Universidad de Antioquia. Pp. 11-34.

Amícola, José; Fernández, Celia. (2005). “Autobiografía como provocación”. *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*. Barcelona. N.º 69. Pp. 7-9.

Arboleda, Javier. (2002, mayo 12). “Un pastor en medio del fuego”. *El Colombiano*. Medellín. P. 7A

Arcadia. (2008, noviembre) “El fenómeno de los libros sobre el secuestro. Bálsamo comercial”. *Arcadia*. N.º 38. Bogotá. Pp. 22-23.

Aristóteles. (2000). *Poética*. Juan David García Bacca (trad.). México: Editores Mexicanos Unidos.

Atkinson, Paul. (1990). *The Ethnography Imagination: Textual Constructions of Reality*. Londres: Routledge.

Blandón, Fidel. (2010). *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Uniediciones.

Bello, Andrés. (1849). *Principios del derecho de gentes*. París: Imprenta de Bruneau.

Berger, John. (2004). *El tamaño de una bolsa*. Buenos Aires: Taurus.

Bernabé, Mónica. (2006). “Prólogo”. En: María Sonia Cristoff, Beatriz Viterbo (eds.). *Idea crónica. Literatura de no ficción iberoamericana*. Buenos Aires: Fundación Typa. Pp. 7-27.

Betancur, Jorge. (2000). *Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín 1894-1943*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Brown, A. (2011). *La madona de los patriotas*. Michel Hermelin (trad.). Medellín: Fondo Editorial Eafit.

Brunello, Piero. (2005). "Introducción". En: Anton Chéjov. *Unos buenos zapatos y un cuaderno de notas. Cómo hacer un reportaje*. Barcelona: Alba. Pp. 9-15.

Builes, Mauricio. (2006, junio 26). "Jamás olvidaré tu nombre". [En línea] *Semana*. Bogotá. Disponible en <http://www.semana.com/Imprimir.aspx?idItem=79576>. Consultado el 29 de abril de 2013.

Buitrago Salazar, Evelio. (1967) *Memoria autobiográfica de un sargento segundo durante el gobierno de Rojas Pinilla*. Bogotá: Imprenta de las Fuerzas Armadas.

Cadavid, Beatriz; Giraldo, Marta; Gómez, Jaime, et al. (2011). *Estudios sobre memoria colectiva del conflicto. Colombia, 2000-2010*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Camarero, Jesús. (2011). *Autobiografía. Escritura y existencia*. Barcelona: Anthropos.

Cardona, Marlene et al. (2005, mayo-jun.). "Homicidios en Medellín, Colombia, entre 1990 y 2002: actores, móviles y circunstancias". [En línea] *Cátedra e Saúde Pública*. Vol. 21, N.º 3. Río de Janeiro. Disponible en: www.scielo.br/pdf/csp/v21n3/18.pdf. Consultado el 7 de enero de 2008.

Cátedra Konrad Adenauer. (2004). *La desmovilización de las autodefensas: un caso de estudio*. Bogotá: Universidad Javeriana, Fundación Konrad Adenauer.

Cavarero, Adriana. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana.

Child, Jorge. (1957, jun.-jul.). "El comandante Guadalupe Salcedo". Mito. Vol. 3, N.º 14. Bogotá. Pp. 136-140.

Cerezo, Enrique. (s.f.). "Medellín en 1932". Mapa. En: Concejo de Medellín. *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. Medellín: Comisión Asesora para la Cultura, Alcaldía de Medellín.

Clifford, James; Marcus, Georges. (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California.

CNRR. (2009). *Memorias en tiempos de guerra*. [En línea] Bogotá: Centro de Memoria Histórica. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/index.php/informes-gmh/informes-2009/memorias-en-tiempos-de-guerra#>. Consultado el 8 de octubre de 2012.

Collazos, Oscar. (2003). *Desplazados del futuro*. Bogotá: Intermedio.

Congreso de la República. (2011, junio 10). "Ley 1448 de 2011". *Diario Oficial*. Bogotá: Colombia.

Consuegra, Inés Aminta. (2007). "Meditaciones del general Ricardo Gaitán O. en su prisión de Cartagena y Panamá". En: *Narrativa de las guerras civiles colombianas. Vol. V, 1885*. Bucaramanga: Ediciones UIS. Pp. 71-179.

Cordovez Moure, José María. (1942). *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*. Tomo III. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

_____. (2006). *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá. Vol. I*. Bogotá: Epígrafe.

Correa, Carlos Mario. (2009, mayo 19). Presentación de Patricia Nieto. *Llanto en el paraíso*. Ganador del Premio Nacional de Cultura Universidad de Antioquia. 2008. Conferencia s. e. Medellín: Parainfo de la Universidad de Antioquia.

_____. (2010). “Contraportada”. En: Patricia Nieto (ed.). *Allí donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Corte Interamericana de Derechos Humanos. (2004). “Masacre de Pueblo Bello vs. Colombia”. [En línea] C-140. Disponible en: <http://www.uasb.edu.ec/UserFiles/369/File/PDF/CentrodeReferencia/Bancodecasos/colombia/masacredepueblobellovscolombia.pdf>. Consultado el 10 de abril de 2013.

_____. (2006). “Caso de las masacres de Ituango vs. Colombia”. [En línea] Sentencia. Disponible en: http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_148_esp.pdf. Consultado el 2 de abril de 2013.

De Certeau, Michael. (1993). *La escritura de la historia*. López Moctezuma, J. (trad.). Universidad Iberoamericana. México.

De Fontcuberta, Mar. (1995). *La noticia: Pistas para percibir el mundo*. Barcelona: Paidós.

De Pombo, Lino. (2011). “Reminiscencias del sitio de Cartagena”. En: Moisés Álvarez Marín (comp.). *El sitio de Cartagena: una hazaña colectiva*. Cartagena: Instituto Internacional de Estudios del Caribe. Pp. 53-67.

De Santa Teresita, Rosa María. (s.f.). *El Carmelo en Medellín 1791-1975*. Libro mimeografiado. Medellín: Convento de las Carmelitas Descalzas.

Dewalt, Kathleen; Dewalt, William. (2002). *Participant Observation. A Guide for Fieldworkers*. Nueva York: Altamira Press.

Duzán, María Jimena. (2004). “Un atentado que cambió la historia. El asesinato de Galán”. En: Daniel Samper Pizano (comp.). *Antología de grandes crónicas colombianas*. Tomo II. 1949-2004. Bogotá: Aguilar. Pp. 357-365.

El Espectador. (2013, mayo 6). “Impunidad en homicidios de reclamantes de tierras”. *El Espectador*. Bogotá. P. 4.

Escobar, Alfredo; Torres, Édgar. (1995, mayo 21). “La operación Casa Verde”. [En línea] *El Tiempo*. Bogotá. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-330793>. Consultado el 2 de mayo de 2013.

Escuela de Minas. (s.f.). “Plano de Medellín levantado por los alumnos de la Escuela de Minas, 1889”. Plano. En: Concejo de Medellín. *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. Medellín: Comisión Asesora para la Cultura, Alcaldía de Medellín.

Fals Borda, Orlando. (2010). “Introducción”. En: Alfredo Molano. *Siguiendo el corte*. Bogotá. El Áncora. Pp. 13-21.

Ferrándiz, Francisco. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona: Universidad Autónoma Metropolitana. Anthropos.

Ferry, Stephen. (2012). *Violentología. Un manual del conflicto colombiano*. Bogotá: Ícono.

Figuroa Sánchez, Cristo Rafael. (2004) “Gramática-violencia: Una relación significativa para la narrativa colombiana”. *Tabula Rasa*. N.º 2. Bogotá. Pp. 93-110.

Fiori, Ernani. (2008) “Aprender a decir su palabra. El método de alfabetización del profesor Paulo Freire”. En: Paulo Freire. *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI. Pp. 11-26.

Franco, Jorge. (2007). “Contraportada”. En: Patricia Nieto (ed.). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Franco, Natalia; Nieto, Patricia; Rincón, Omar (eds.). (2010). *Tácticas y estrategia para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Frankl, Victor. (1990). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.

Freire, Pablo. (2008). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gaitán, Jorge Eliécer. (1948). “Oración por la paz”. [En línea]. Disponible en: <http://lacomunidad.elpais.com/vidales/2008/2/10/oracion-la-paz-jorge-eliecer-gaitan-7-febrero-1948>. Consultado el 2 de abril de 2012.

_____. (1972). *La masacre de las Bananeras*. 2.^a ed. Medellín: Pepe.

García Márquez, Gabriel. (1996). *Noticia de un secuestro*. Bogotá: Norma.

Gaviria, Zoraida. (2008). “Conversatorio Perspectiva Histórica”. Entrevistada por Gerard Martin. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Giraldo, Andrés Felipe. (2011, mar.-mayo). “La masacre de Bojayá contada por María Lepesqueur”. *Revista Número*. N.º 68. Bogotá. Pp. 74-81.

Giraldo, Javier. (2009, mayo 19). Presentación de Patricia Nieto. *Llanto en el paraíso*. Ganador del Premio Nacional de Cultura Universidad de Antioquia. 2008. Conferencia s. e. Medellín: Paraninfo de la Universidad de Antioquia.

Giraldo, Jorge. (2001). *El rostro de Caín. Guerra, paz y guerra civil*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.

_____. (2010). “Ciudad furiosa, ciudad humanitaria”. En: Alcaldía de Medellín (comp.). *Medellín en Primavera. La transformación de la ciudad en nueve reportajes*. Medellín: Alcaldía de Medellín. Pp. 207-224.

Giraldo, José. (s.f.). “Plano de la villa de Medellín, 1790-1791”. Plano. En: *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. En: Concejo de Medellín. *Cartografía urbana de Medellín, 1790-1950*. Medellín: Comisión Asesora para la Cultura, Alcaldía de Medellín.

Giraldo, Juan Fernando. (2005). “Colombia in Armed Conflict?: 1946-1985”. *Papel Político*. N.º 18. Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. pp. 43-78.

Giraldo, Sol Astrid. (2010). “Una historia de agujas, rotos y ciudades”. En: Alcaldía de Medellín (comp.). *Medellín en Primavera. La transformación de la ciudad en nueve reportajes*. Medellín: Alcaldía de Medellín. Pp. 97-118.

Gómez, Marisol. (1998, octubre 20). “Adiós a los niños de Machuca”. *El Tiempo*. Bogotá. P. 6A.

Gómez, Paco. (2002). *Los muertos no hablan*. Bogotá: Aguilar.

Grillo, Max. (1934). *Emociones de la guerra*. Bogotá: Casa Editorial Santafé.

Guber, Rosana. (2005). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.

Guillermoprieto, Alma. (2005). “Prólogo”. En: Juanita León. *País de plomo*. Bogotá: Planeta. Pp. 13-14.

Guzmán, Germán; Fals Borda, Orlando; Umaña, Eduardo. (1977). *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social. Tomo I*. Bogotá: Punta de Lanza.

Hammersley, Martyn; Atkinson, Paul. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.

Herrscher, Roberto. (2012). *Periodismo narrativo. Cómo contar la verdad con las armas de la literatura*. Barcelona: Ediciones Universidad de Barcelona.

Hoyos, Juan José. (1999). “Siete años de pesadilla. Prólogo”. En: Luis Felipe Atehortúa. *7 años en el infierno. Argiro Tobón, sindicado de un crimen que no cometió*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Pp. xi-xiii.

_____. (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

_____. (2006). “Contraportada”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Hurtado, Amparo. (2004). *Memorias del pueblo: la guerra civil española contada por testigos de ambos bandos*. [En línea] Disponible en: <http://www.esferalibros.com/libros/libropcapitulo.html/libroISBN=8497341686>. Consultado el 10 de agosto de 2012.

Izquierdo, José María. (2003). *La literatura de la generación del cincuenta en España y la narrativa actual de la memoria*. [En línea] Oslo: Universidad de Oslo. Disponible en: <http://folk.uio.no/jmaria/lund/2003/ponencias/Izquierdo.pdf>. Consultado el 8 de octubre de 2012.

Jaramillo, Roberto Luis. (2008). “Conversatorio Perspectiva Histórica”. Entrevistado por Gerard Martin. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Jiménez, Juan Sebastián. (2013, mayo 8). “Falsos positivos como crímenes de guerra, controvertida propuesta”. *El Espectador*. [En línea] Bogotá. Disponible en: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo-420743-falsos-positivos-crimenes-de-guerra-controvertida-propuesta>. Consultado el 10 de mayo de 2013.

Joyce, James. (1978). *Stephen el Héroe*. Barcelona: Lumen.

Kapuscinski, Ryszard. (1987). *Another Day of Life*. Londres: Harcourt Brace Jovanovich.

_____. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México: Fondo de Cultura Económica, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Fundación Proa.

Kovach, William y Rosenstiel, Tom. (2004). *Los elementos del periodismo*. Madrid: El País.

Kramer, Mark. (2001, ago.-sep.). “Reglas inquebrantables para los periodistas literarios”. *El Malpensante*. N.º 32. Bogotá. Pp. 77-80.

Lara Zavala, Hernán. (1989, junio). “James Joyce y la revolución de la novela”. *Casa del Tiempo*. [En línea] Vol. VIII, núm. 89. Pp. 100-104. Disponible en: http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/89_jun_2006/casa_del_tiempo_num89_100_104.pdf. Recuperado el 8 de septiembre de 2012.

León, Juanita. (2005). *País de plomo. Crónicas de la guerra*. Bogotá: Aguilar.

Levi, Primo. (2005). *La trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph.

Maldonado, Nelly. (2005, mayo). “Identidad, memoria, escritura: Una sola muerte numerosa de Nora Strejilevich”. [En línea]. *Coloquio Writing Exile, Migrancy, Nomadism, Bordercrossing*. Montreal: Universidad de Concordia. Disponible en: http://artsandscience.concordia.ca/cmll/Dislocation_Maldonado.htm. Consultado el 8 de octubre de 2012.

Martin, Gerard. (2008). “El modelo Medellín. Contexto y antecedentes”. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín, Alcaldía de Medellín. Pp. 26-55.

Martín-Barbero, Jesús. (2004). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Martínez, María. *Diario de los sucesos de la Revolución en la Provincia de Antioquia en los años 1841-1841*. Medellín: Fondo Editorial Eafit.

Martini, Stella. (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Bogotá: Norma.

Mate, Reyes. (2008). *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*. Barcelona: Antrhropos.

_____. (2008). "Primo Levi, el testigo: una semblanza en el XX aniversario de su desaparición". En: Eduardo Madina Muñoz (comp.). *El perdón, virtud política. En torno a Primo Levi*. Barcelona: Anthropos. Pp. 11-32.

Mayorga, Juan. (2008). "Escuchar sus nombres. Defender nuestras almas". En: Eduardo Madina, Reyes Mate, Juan Mayorga, et al. *El perdón, virtud política. En torno a Primo Levi*. Barcelona: Antrhopos. Pp. 33-56.

Medios Para la Paz. (2001). *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto*. Bogotá: Medios Para la Paz.

_____. (2005). *Cubrimiento periodístico responsable del desplazamiento forzado interno*. Bogotá: Corporación Medios para la Paz.

_____. (2005). *Para desarmar la palabra. Diccionario de términos del conflicto y la paz*. 2.^a ed. Bogotá: Medios Para la Paz.

_____. (2006). *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*. Bogotá: Medios Para la Paz.

_____. (2009). *Cubrimiento periodístico responsable de la vinculación y desvinculación de los niños al conflicto armado*. Bogotá: Medios Para la Paz.

Memoria Histórica (2010). *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Ediciones Semana, Taurus.

Mills, Charles Wright. (1961). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Molano, Alfredo. (1987). *Selva adentro*. Bogotá: El Áncora.

_____. (2000). *Los años del tropel*. Bogotá. El Áncora.

_____. (2001). "Estuve muerto muchas veces". En: Peter Schultze-Kraft (comp.). *La horrible noche. Relatos de violencia y guerra en Colombia*. Bogotá: Seix Barral. Pp. 77-85.

- _____. (2010). *Siguiendo el corte*. Bogotá. El Áncora.
- Morales, Mario. (ed.). (2006). *Prensa, conflicto armado y región. Aprendizajes del diplomado Periodismo responsable en el conflicto armado*. Bogotá: Corporación Medios para la Paz.
- Morelo, Ginna. (2009). *Tierra de sangre, memorias de las víctimas*. Medellín: La autora.
- Murcia Ballén, Humberto; Behar, Olga. (2004). “Tragedias. Yo sobreviví al Palacio de Justicia”. En: Daniel Samper Pizano (comp.). *Antología de grandes crónicas colombianas*. Tomo II. 1949-2004. Bogotá: Aguilar. Pp. 308-319.
- Nieto López, Judith. (2006). *De literatura e historia: Manuela Sáenz entre el discurso del amor y el discurso del otro*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Nieto, Patricia. (ed.). (2006). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- _____. (ed.). (2007). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- _____. (ed.). (2010). *Allí donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- _____. (2007). “El asombro personal”. En: Graciela Falbo (comp.). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Al Margen. Pp. 141-161.
- _____. (2011). *Relatos de una cierta mirada*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- _____. (2012). “Amores y batallas de María Martínez de Nisser”. En: María Martínez. *Diario de los sucesos de la Revolución en la Provincia de Antioquia en los años 1841-1841*. Medellín: Fondo Editorial Eafit. Pp. 7-12.
- _____. (2012). *Los escogidos*. Medellín: Sílabo.

Nieto, Patricia. (2012). “Crónicas a fuego lento en la nueva narrativa periodística colombiana. El pasado se hace presente y la memoria se sobrepone a la verdad”. En: Jorge Miguel Rodríguez (coord.). *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.

PNUD. (2003). *El conflicto, callejón con salida. Informe Nacional de Desarrollo Humano. Colombia, 2003*. Bogotá: PNUD.

Ortiz, Alexandra. (2001). “Constitución de nuevos espacios discursivos en tres novelas centroamericanas de posguerra”. [En línea] *Revista Virtual Istmo*. N.º 4. Disponible en: <http://collaborations.denison.edu/istmo/n04/proyectos/posguerra.html>. Consultado el 8 de octubre de 2012.

Osorio, Raúl. (2000, julio). “Polifonía de saberes. Por una epistemología del reportaje”. *Folios*. N.º 5. Medellín: Facultad de Comunicaciones. Universidad de Antioquia. Pp. 61-74.

Palacios, Marco. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Personería de Medellín. (2007). *Desplazamiento forzado intraurbano en la ciudad de Medellín*. [En línea] Medellín: Unidad Permanente para los Derechos Humanos. Disponible en: www.acantioquia.org/documentos/memorias. Consultado el 7 de enero de 2008.

Pollak, Michael. (2006). *Memoria, olvido, silencio: la producción social de identidades frente a situaciones límite*. Buenos Aires: Al Margen.

Poniatowska, Elena. (2012, octubre 10). “Discurso de apertura”. En: Encuentro Nuevos Cronistas de Indias 2. México: Conaculta. Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Rahimi, Atik. (2001). *Tierra y cenizas*. Madrid: Lengua de Trapo.

Ramos, Antún. (2002). Carta. En: Paco Gómez Nadal. *Los muertos no hablan*. Bogotá: Aguilar.

_____. (2011, agosto 23). Entrevista con Patricia Nieto. Quibdó: s. e.

Ravinovich, Silvana. (2003), “La mirada de la víctimas. Responsabilidad y libertad”. En: José Mardones, Reyes Mate (eds.). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthopos. Pp. 50-72.

Restrepo, Juan Diego. (2008, abril 22). “Verdad en masacre de San José de Apartadó se impone a mentira estatal”. [En línea] Colectivo de Abogados. Disponible en: <http://www.colectivodeabogados.org/VERDAD-EN-MASACRE-DE-SAN-JOSE-DE>.

Consultado el 5 de octubre del 2011.

Restrepo, Olimpo. (2002, mayo 17). “El diablo no aparece en el infierno”. *El Colombiano*. Medellín. P. 11A.

Rey, Germán. (2003). *El conflicto armado en las páginas de El Tiempo*. Cuadernos de Análisis. Bogotá: El Tiempo.

Rincón, Héctor. (1976). “El cerco a la guerrilla en Anorí”. En: Daniel Samper Pizano (comp.). *Antología de grandes reportajes colombianos*. Bogotá: Nueva Frontera. Pp. 295-303.

Rincón, Omar; Ruiz, Marta. (2002). *Bajo todos los fuegos. Los periodistas en el conflicto colombiano*. Bogotá: Proyecto Antonio Nariño.

Robayo, Luis. (2012). “El conflicto armado de Colombia en cifras”. [En línea] Disponible en: <http://co.noticias.yahoo.com/conflicto-armado-colombia-cifras-112523845.html>. Consultado el 3 de mayo de 2013.

Rueda, María Helena. (s. f.). “La violencia desde la palabra”. En: José Antonio Rodríguez (ed.). *Novela colombiana*. [En línea] Bogotá: Universidad Javeriana. Disponible en:

http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/rueda.htm. Consultado el 10 de noviembre de 2012.

Ruiz, Eduardo. (1992, abril). “Santander y las ejecuciones: 39 españoles y 21 patriotas fueron fusilados por el Hombre de las Leyes”. [En línea] *Revista Credencial Historia*. N.º 28. Bogotá. Disponible en:

www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/abril1992/abril2.htm. Consultado el 2 de abril de 2013.

Salazar, Alonso. (1990). *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Cinep.

Salazar, Alonso. (2001). *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*. Bogotá: Planeta.

Salcedo, Alberto. (2011). *La eterna parranda*. Bogotá: Aguilar.

Sánchez, Gonzalo. (2006) *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta.

_____. (2007). “Los estudios sobre la violencia. Balances y perspectivas”. En: Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (comps.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Medellín: La Carreta Histórica. Pp. 10-38.

_____. (2009). “Introducción”. En: Memoria Histórica. *La masacre de El Salado, esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Taurus. Pp. 14-24.

_____. (2010). “Prólogo. Bojayá: la guerra sin límites”. En: Memoria Histórica. *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Ediciones Semana, Taurus. Pp. 13-23.

_____. (2012). “Raíces del conflicto”. En: Ferry, Stephen. *Violentología. Un manual del conflicto colombiano*. Bogotá: Ícono.

Santamaría, Cirilo. (1999, octubre). “Guatemala: recuperación de la memoria histórica camino y perspectivas”. En: *Seminario Taller Internacional de Superación de la Impunidad. Memorias*. Bogotá: Códice. s. p.

Sarlo, Beatriz. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sautu, Ruth. (comp.). (2004). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Lumiere.

Schnitter, Patricia, (2008). “Conversatorio Perspectiva Histórica”. Entrevistada por Gerard Martin. En: *Medellín, transformación de una ciudad*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Semana. (1990, julio 30). “¿Guerra civil en Medellín?”. [En línea] *Semana*. Bogotá. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/guerra-civil-en-medellin/13662-3>. Consultado el 28 de marzo de 2013.

Sierra, Luz María. (2007, noviembre 25). “Cuando el diablo se les metió a los paras”. [En línea] *El Tiempo*. Bogotá. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2741966>. Consultado el 20 de abril de 2012.

Silva Romero, Ricardo (2009, marzo). “Oveja Negra”. [En línea] *Soho*. Bogotá. Disponible en: <http://www.soho.com.co/Imprimir.aspx?idItem=10251>. Consultado el 10 de abril de 2012.

Sims, Norman. (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá. El Áncora.

Tafalla, Marta. (2003). “Recordar para no repetir: el nuevo imperativo categórico de T.W. Adorno”. En: José María Mardones y Reyes Mate (eds.). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos. Pp. 126-154.

Téllez, Pedro Claver. (1995). *La hora de los traidores*. Bogotá: Panamericana.

Tzvi, Tal. (2000). *Imaginando dictaduras: Memoria histórica y narrativa en películas del Cono Sur*. [En línea] Santa María: Universidad Federal de Santa María. Pp. 257-296. Disponible en: <http://www.tau.ac.il/~tzvi/Publications.htm>. Consultado el 8 de octubre de 2012.

_____. (2001). *Cine, colonialismo cultural y lucha política: Construcción de identidades nacionales en Argentina y Brasil*. Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv.

Universidad de Antioquia. (1999). *Pregrado en periodismo. Plan de estudios, pedagogía, didáctica, currículo y administración académica*. [Documento administrativo]. Medellín.

Uribe, María Teresa. (1993). "Presentación". En: Alonso Salazar. *Mujeres de fuego*. Medellín: Corporación Región. Pp. 13-25.

Uribe, María Teresa; López, Liliana. (2006). *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: La Carreta.

Vasilachis, Irene. (2004). "Prólogo". En: Ruth Sautu. *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Lumiere. Pp. 17-20.

Vela, Juan Carlos. (2010). "La verdadera Manuelita Sáenz". [En línea] En: *Memorias de Simón Bolívar y sus principales generales*. Disponible en: <http://www.memoriasdebolivar.com/blog/2010/06/manuelita>. Consultado el 29 de abril de 2013.

Velasco, Honorio; Díaz de Rada, Ángel. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid: Trotta.

Vélez Rendón, Juan Carlos. (2003, ene.-jun.). "Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares". [En línea] *Estudios Políticos*. N.º 22. Instituto de Estudios Políticos (IEP). Medellín: Universidad de Antioquia. Disponible en:

<http://biblioteca.clacso.edu.ar//ar/libros/colombia/iep/22/03-velez-rendon.pdf>. Consultado el 10 diciembre de 2012.

Vélez, Lucrecio. (2009). “El camino de Palonegro”. En: Hoyos, Juan José (comp.). *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia, 1638-2000*. Medellín: Hombre Nuevo, Editorial Universidad de Antioquia. Pp. 340-343.

Verdad Abierta. (2008, octubre 16). “Los años en que el paramilitarismo inundó de sangre a Antioquia”. [En línea] *Verdadabierta.com*. Disponible en: <http://verdadabierta.com/nunca-mas/40-masacres/436-un-vistazo-a-los-anos-en-los-que-el-paramilitarismo-inundo-de-sangre-a-antioquia>. Consultado el 26 de marzo de 2013.

Wall, Jeff. (1997). “Señales de indiferencia: aspectos de la fotografía en el arte conceptual o como arte conceptual”. En: Gloria Picazo; Jorge Ribalta. (eds.). *Indiferencia y singularidad. La fotografía en el pensamiento artístico contemporáneo*. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona. Pp. 213-249.

Yarce, Elizabeth. (2002, abril 30). “Medellín: 20 años de llanto en las calles”. *El Colombiano*. Medellín. P. 10A.

Zavala, Lauro. (1999). *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad, vida cotidiana y escritura*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.

Bibliografía complementaria

Abad, Héctor. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.

Afanador, Sandra. (1994). *Rostros del secuestro*. Bogotá: Planeta.

Atehortúa, Luis Felipe. (1999). *7 años en el infierno. Argiro Tobón, sindicado de un crimen que no cometió*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Collazos, Óscar. (2003). *Desplazados del futuro*. Bogotá: Intermedio.

Correa, Carlos Mario; Mejía, Marco Antonio. (2008). *Las llaves del periódico*. Medellín: Fondo Editorial Eafit.

Gómez, Juan Alberto. (2008). *Crónicas. Corregimientos de Oriente Antioqueño*. Vols. 1, 2. Rionegro: Observatorio de Paz y Reconciliación del Oriente antioqueño.

Gómez, Marisol. (2001). *Desterrados. Las cicatrices de la guerra en Colombia*. Bogotá: Intermedio.

González, Guillermo. (2002). *Los niños de la guerra*. Bogotá: Planeta.

Guillermoprieto, Alma. (2000). *Las guerras en Colombia*. Bogotá: Aguilar.

Lara, Patricia. (2000). *Las mujeres de la guerra*. Bogotá. Planeta.

Lozano, Pilar. (2005). *La guerra no es un juego de niños. Historias de una infancia quebrada por el conflicto*. Bogotá: Intermedio.

Molano, Alfredo. (2001). *Desterrados. Crónicas del desarraigo*. Bogotá: El Áncora. ____.

(2005). *Del Llano llano. Relatos y testimonios*. Bogotá: El Áncora.

Nieto, Patricia. (2008). *Llanto en el paraíso. Crónicas de la guerra en Colombia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

____. (2008). "Lava y canta al son de Machuca Stereo". En: Varios Autores, *Más allá de víctimas y culpables. Relatos de experiencias en seguridad ciudadana y comunicación. América Latina*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. Pp. 105-114.

León, Juanita; Uribe, Carlos. (2001). *Años de fuego: Grandes reportajes de la última década*. Bogotá: Planeta.

Ruiz, Marta (ed.). (2010). *Crónicas. Premio Nacional de Paz*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Salazar, Alonso. (1993). *Mujeres de fuego*. Medellín: Corporación Región.

Spitaletta, Reinaldo; Correa, Mary. (2011). *Tierra de desterrados. San José del Pinar: historias de desplazados y otras violencias*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Téllez, Pedro Claver. (1987). *Crónicas de la vida bandolera*. Bogotá: Planeta.

Zuluaga, Guillermo. (2007). *24 negro. Testimonios del conflicto armado en el Oriente antioqueño*. Medellín: Hombre Nuevo.

Abad, Jesús. (2007, sep.-nov.). “Contra el olvido”. *Revista Número*. N.º 54. Bogotá. Pp. 62-69.

Álvarez, Juan Miguel. (2009, marzo). “El remanso de Beltrán”. *El Malpensante*. N.º 95. Bogotá. Pp. 60-73.

Arias, Samuel. (2005, mayo-jun.). “Estar aquí queriendo estar allá”. *El Malpensante*. N.º 62. Bogotá. Pp. 76-93.

Arteaga, José Miguel. (2009, abril). “El coatí de mi secuestro”. *Soho*. N.º 108. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/anecdotas/articulo/el-coati-de-mi-secuestro/10562>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Castaño, José Alejandro. (2006, marzo). “Memorias de un ex sicario”. *Soho*. N.º 71. Marzo, 2006. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/memorias-de-un-ex-sicario/2428>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2008, marzo). “La desenterradora de huesos”. *Soho*. N.º 95. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/la-desenterradora-de-cuerpos/8516>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2009, julio). “Argelia de María, el pueblo en el que todas quedaron viudas”. *Soho*. N.º 111. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona->

cronica/articulo/argelia-de-maria-el-pueblo-en-el-que-todas-quedaron-viudas/10612. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Castro Caycedo, Germán. (2007, marzo). “La guerra en el mar”. *Soho*. N.º 83. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/la-guerra-en-el-mar/332>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Duzán, María Jimena. (2008, julio). “Duelo por mi hermana”. *Soho*. N.º 99. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/duelo-por-mi-hermana/9240>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

García Ángel, Antonio. (2003, agosto). “Cien horas en el ejército”. *Soho*. N.º 43. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/cien-horas--en-el-ejercito/6329>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Gaviria, Pascual. (2007, marzo). “La guerra desde el río”. *Soho*. N.º 83. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/la-guerra-desde-el-rio/336>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2009, febrero). “Un héroe de la guerra”. *Soho*. N.º 106. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/un-heroe-de-guerra/10079>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Giraldo, Andrés Felipe. (2009, jun.-ago.). “Historia de un asesinato anunciado. Never Ríos Carrascal”. *Revista Número*. N.º 61. Bogotá. Pp. 74- 80.

González, Guillermo. (2009, dic.-feb.). “Colombia: un paraíso convertido en purgatorio”. *Revista Número*. N.º 59. Bogotá. Pp. 10-17.

León, Juanita. (2004, octubre). “Las traiciones de Segovia”. *El Malpensante*. N.º 57. Bogotá. Pp. 33-47.

_____. (2009, julio). “Los kankuanos, el pueblo que se resistió al exterminio”. *Soho*. N.º 111. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/los-kankuanos-el-pueblo-que-se-resistio-al-exterminio/10613>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Molano, Alfredo. (2007, sep.-nov.). “El desplazamiento en Colombia: antecedentes, causas y consecuencias”. *Revista Número*. N.º 54. Bogotá. Pp. 70- 81.

_____. (2008, octubre). “Qué pasa con los muertos que nadie reclama”. *Soho*. N.º 102. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/¿que-pasa-con-los-muertos-que-nadie-reclama?/6483>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Navia, José. (2009, octubre). “La fuerza del ombligo”. *El Malpensante*. N.º 102. Bogotá. Pp. 50-61

Neira, Armando. (2007, marzo). “La guerra desde el aire”. *Soho*. N.º 83. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/la-guerra-desde-el-aire/330>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Orrantía, Martha. (2006, noviembre). “Historia de una exhumación”. *Soho*. N.º 79. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/historia?de-una?exhumacion/3882>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Quiroz, Maritza. (2007, sep.-nov.). “Tras los pasos de los desplazados”. *Revista Número*. N.º 54. Bogotá. Pp. 82-87.

Ruiz, Marta. (2011, marzo). “Regreso a mi barrio en la comuna 13”. *Soho*. N.º 131. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/regreso-barrio-comuna-13/22679>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Salcedo, Alberto. (2007, septiembre). “Cita a ciegas con la muerte (Limpiando la escena del crimen)”. *Soho*. 2007. Bogotá. Versión electrónica disponible en:

<http://www.soho.com.co/cronicas-rojas/articulo/cita-a-ciegas-con-la-muerte-limpiando-la-escena-del-crimen/7865>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2008, junio). “El cantar de Claudia”. *Soho*. N.º 98. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/1-el-cantar-de-claudia/9014>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2008, junio). “El cielo que perdimos”. *Soho*. N.º 98. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/4-el-cielo-que-perdimos/9020>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2011, dic.-feb.). “El enfermero de los secuestrados”. *Revista Número*. N.º 67. Bogotá. Pp. 54-67.

Salcedo, Alberto. (2009, julio). “El pueblo que sobrevivió a la masacre amenizada con gaitas”. *Soho*. N.º 111. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/el-pueblo-que-sobrevivio-a-una-masacre-amenizada-con-gaitas/10614>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2008, junio). “El refranero de Manuel Ceballos”. *Soho*. N.º 98. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/3-el-refranero-de-manuel-ceballos/9018>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2007, marzo). “La guerra desde las montañas”. *Soho*. N.º 83. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/la-guerra-desde-la-montana/334>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2008, junio). “La ruta de la infamia”. *Soho*. N.º 98. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/2-la-ruta-de-la-infamia/9016>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

_____. (2008, marzo). “La tutora de los reinsertados”. *Soho*. N.º 95. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/la-tutora-de-los-reinsertados/8536>. Consultado el 5 de octubre del 2011.

Solano, Andrés Felipe. (2006, octubre). “Historia de un homicidio cualquiera”. *Soho*. N.º 78. Bogotá. Versión electrónica disponible en: <http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/historia-de-un-homicidio-cualquiera/6004>. Consultado el 5 de octubre del 2011.